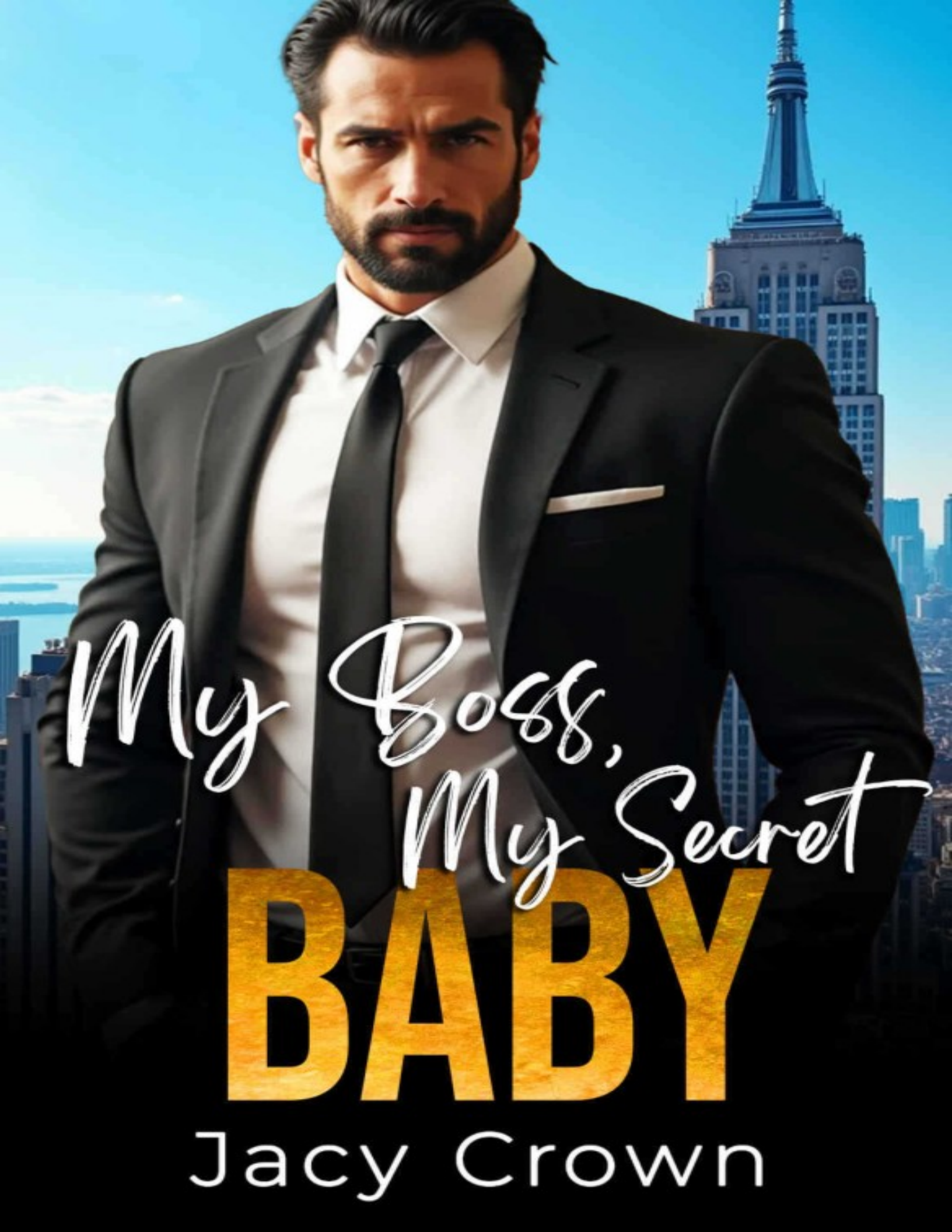

My Boss, My Secret
BABY
Jacy Crown

My Boss, My Secret Baby

Jacy Crown

Copyright 2026 @ Jacy Crown
Todos los derechos reservados
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma sin permiso escrito del editor o autor, excepto lo permitido por la ley de derechos de autor de EE.UU.
Editorial
Ruben Herzhoff
Mozartstr. 6
47239 Duisburg

Tabla de Contenido

Título

Derechos de Autor

Capítulo 1 | Olivia

Capítulo 2 | Jake

Capítulo 3 | Olivia

Capítulo 4 | Jake

Capítulo 5 | Olivia

Capítulo 6 | Jake

Capítulo 7 | Olivia

Capítulo 8 | Jake

Capítulo 9 | Olivia

Capítulo 10 | Jake

Capítulo 11 | Olivia

Capítulo 12 | Olivia

Capítulo 13 | Jake

Capítulo 14 | Olivia

Capítulo 15 | Jake

Capítulo 16 | Olivia

Capítulo 17 | Jake

Capítulo 18 | Olivia

Capítulo 19 | Jake

Capítulo 20 | Olivia

Capítulo 21 | Jake

Capítulo 22 | Olivia

Capítulo 23 | Jake

Capítulo 24 | Olivia

Capítulo 25 | Jake

Capítulo 26 | Olivia

Capítulo 27 | Jake

Capítulo 28 | Olivia

Capítulo 29 | Jake

Capítulo 30 | Olivia

Capítulo 31 | Jake

Capítulo 32 | Olivia

Capítulo 33 | Jake

Capítulo 34 | Olivia

Epílogo | Jake

Capítulo 1

Olivia

Hay algo ilegal en lo bien que sabe este cóctel.

Me apoyo contra la encimera de azulejos desgastados en la diminuta cocina que comparto con mi hermano y tomo otro sorbo. Dulce, cítrico, con el ardor justo para que mis mejillas se calienten. No sé qué mezcló en él, pero es una especie de alquimia. De esa que convierte la noche de martes de una universitaria sin un peso en una celebración.

—Está bien —digo, parpadeando hacia el vaso como si acabara de contarme un secreto—. Esto es una locura. ¿Qué es?

Caleb sonríe mientras apoya una cadera contra la estufa. —Secreto profesional.

—Quieres decir que simplemente serviste de lo bueno en un vaso y esperaste lo mejor.

Él se ríe, estirando el brazo para dar un golpecito al borde de mi vaso con el dedo. —De nada. Eso se llama un Gold Rush con un toque especial. Bourbon, limón, miel y algo que no me está permitido admitir legalmente que tomé prestado del bar.

Sonrío y tomo otro sorbo. —En serio, estoy tan contenta de haber cumplido finalmente veintiuno. Me lo estuviste ocultando.

—Estaba protegiendo tu virtud. —Esquiva el trapo de cocina que le lanzo a la cabeza—. Además, cuidando mi propio trasero. Lo último que necesito es que Mum se entere de que te he estado pasando mojitos bajo cuerda desde primer año.

—Dios —gimo—, por favor no vuelvas a mencionar a Mum y "mojito" en la misma frase nunca más.

Él sonríe con suficiencia y desliza una bandeja de cubitos de hielo de vuelta al congelador. La cocina es pequeña, apenas lo suficientemente grande para que los dos choquemos hombros y nos peleemos por quién lava los platos, pero esta noche se siente acogedora. Segura. Nuestro extraño departamentito sobre una

bodega en Brooklyn zumba con el sonido de la ciudad justo más allá de la ventana: sirenas, bocinas de autos, algún tipo gritando algo sobre bagels.

Me dejo caer en uno de los taburetes de la barra y apoyo la barbilla en la mano. Caleb me observa por un segundo, luego su expresión se suaviza.

—¿Cómo te fue en los exámenes?

Me encojo de hombros, siguiendo con el dedo la condensación que baja por mi vaso. —Bien, creo. Macro fue brutal, pero clavé la sección de política. Y no me quedé en blanco con ninguno de los gráficos de oferta y demanda.

Él estira la mano y me revuelve el pelo como si tuviera doce años otra vez y no estuviera pagando miles de dólares por semestre para asistir a uno de los programas más competitivos del estado.

—Eres una fiera, Liv. Honestamente. Yo abandoné después de dos semestres de educación general y tú estás aquí desglosando mercados internacionales.

—Es solo Economía —murmuro.

—Es la NYU —dice él, alzando una ceja—. Eso es otra historia. Eres la más inteligente de los dos, y no lo digo solo porque yo quemo las tostadas y me olvido de cómo funciona el alquiler.

Pongo los ojos en blanco pero siento que el calor se asienta en mi pecho de todos modos. Caleb siempre ha sido mi mayor fan: ruidoso, leal y totalmente sin filtros. Él es la razón por la que incluso postulé a la NYU en primer lugar. La razón por la que superé el primer año sin colapsar. Cuando Dad se largó y Mum trabajaba turnos dobles, él intervino y se aseguró de que yo no me hundiera.

Antes de que pueda agradecerle —o burlarme de él, dependiendo del humor— se oye un golpe en la puerta.

—Esa es Meg —digo, saltando del taburete.

Efectivamente, cuando abro la puerta, Meghan está allí con leggings y una sudadera tres tallas más grande, con sus rizos recogidos en un moño alto y la cara sin maquillaje.

—Alguien te hizo enojar —digo, haciéndome a un lado para que pueda pasar.

Ella suelta su bolso y se desploma dramáticamente en el futón de la sala.

—Porque alguien lo hizo. Su nombre es Trey, y es un mentiroso de un metro noventa con bíceps y problemas de límites.

—Uf. ¿El portero? —grita Caleb desde la cocina.

Meghan levanta la cabeza. —El mismísimo.

Cierro la puerta detrás de ella y me tiro en el sofá a su lado. —Espera. Pensé que ustedes dos eran, no sé, desesperantemente compatibles.

—Lo éramos. Justo hasta que empezó a mandarle mensajes a su ex a medianoche "solo para ver cómo estaba su salud mental".

Caleb suelta un silbido bajo. —Error de principiante.

Meghan gime y hunde la cara en el cojín. —Iba a usar ese vestido verde ajustado esta noche. Se suponía que íbamos a salir de fiesta. Pero, ¿honestamente? Solo quiero un trago y algo con lo que llorar a moco tendido. ¿Todavía tenemos esa contraseña de Netflix?

Caleb aparece con un cóctel recién hecho y se lo entrega con una pequeña reverencia. —Un elixir para el mal de amores, con extra de cítricos.

Ella lo toma agradecida. —Eres un príncipe.

—Solo recuerda eso cuando me nombres para Boss Bartender del Mes —dice él, agarrando su abrigo del gancho junto a la puerta—. Hablando de eso, tengo que irme. El trabajo de esta noche es una fiesta de compromiso en la zona alta. Un lugar grande, gente rica, más champán que sentido común. No puedo permitirme llegar tarde.

—¿Te guardo una porción de pizza cuando pidamos? —le grito mientras sale.

—Obvio. Y te dejé cócteles extra. Están en el refrigerador. —Nos señala a ambas—. No le digan a Mum que están bebiendo. No dejen que Meg le escriba a su ex. ¿Y Liv?

—¿Sí?

—Vas a arrasar. Siempre lo haces.

Se va antes de que pueda darle las gracias. La puerta se cierra con un clic, y por un segundo, el departamento vuelve a estar en silencio. Entonces Meghan se vuelve hacia mí con una mirada que es puro caos. —Sabes que tu hermano es guapo, ¿verdad?

Me atraganto con mi bebida. —Meg. No.

—Solo digo que, si no estuviera emocionalmente devastada, me treparía en él como en un juego de plaza.

—Qué asco. Es mi hermano.

—Tu *guapísimo* hermano —dice ella cantando, acurrucándose a mi lado con su trago—. Ustedes están, no sé, bendecidos genéticamente.

Le lanzo una almohada a la cabeza y ella la atrapa sin derramar nada. —Cállate y elige una película.

—¿Comedia romántica o documental de asesinatos?

—¿Acaso tienes que preguntarlo?

Ella navega por las opciones de streaming mientras yo me levanto y agarro una bolsa de palomitas del gabinete. El departamento huele a bourbon, limón y mantequilla de microondas. Una mezcla extraña, pero extrañamente perfecta.

Terminamos viendo un romance cursi de los 90 sobre identidades equivocadas y compromisos falsos. Media hora después, las dos estamos un poco alegres, un poco somnolientas y mucho más relajadas que antes.

—Esto está bien —dice Meghan de repente, con voz suave.

—¿Qué cosa?

—Quedarnos en casa. Simplemente... esto.

Asiento. —Sí. Lo está.

La noche avanza. Bebemos, comemos y citamos frases de películas malas. Casi olvido que en unos pocos días estaré de vuelta en las salas de conferencias y en sesiones de estudio nocturnas. Que estaré trabajando turnos de fin de semana solo para poder pagar la comida. Que el mundo fuera de este departamento es caótico, implacable y está lleno de decisiones difíciles.

¿Pero justo ahora?

Justo ahora, tengo a mi mejor amiga a mi lado, un cóctel en la mano y una especie de felicidad tranquila que se siente como una victoria inusual.

Aún no lo sé, pero esta es la última noche en que mi vida se sentirá así de simple.

La película es cursi y terminamos riéndonos durante al menos la mitad. Esto es exactamente lo que necesitábamos.

Meghan va por la mitad de su segundo trago, arropada bajo una manta y suspirando dramáticamente ante una ruptura ficticia, cuando mi teléfono empieza a sonar en algún lugar bajo los cojines del sofá.

Lo saco, frunciendo el ceño al ver el nombre de Caleb parpadeando en la pantalla.

—Hola —respondo, acercándomelo al oído.

Su voz está medio ahogada por la música y el caos. —Liv. Estás en casa, ¿verdad?

—¿Sí?

—Necesito un favor. Uno enorme. Nivel "la mejor hermana del mundo".

Me enderezo un poco. —¿Estás bien?

—La fiesta es un desastre —gime—. Un par de camareros se bajaron a último minuto, y me dejé mis malditas mancuernillas de repuesto en el cajón de la cocina, al lado de los clips. Llevo puesto mi saco de "juro que soy responsable" y se ve mal sin ellas.

Parpadeo. —Caleb. ¿Me estás pidiendo que te lleve unas *mancuernillas*?

—¡Están grabadas! Soy el jefe de barra en una fiesta de compromiso de alto nivel. La gente aquí puede oler a los impostores, Liv.

Suspiro, ya poniéndome de pie. —Me debes palomitas y masajes de pies.

—Hecho. Eres una santa.

—Te voy a mandar el recibo del Uber.

—Mándalo y agrega propina. Te quiero.

Cuelgo, ya dirigiéndome a su habitación. Detrás de mí, Meghan está murmurando por su teléfono, con la voz baja y extrañamente suave. Me detengo un segundo, mirando hacia atrás.

Está acurrucada en el brazo del sofá, con los pies encogidos bajo ella, con los ojos brillantes de esa manera que no tiene nada que ver con la película y todo que ver con quienquiera que esté en la línea.

No digo nada; simplemente agarro la caja con los gemelos de Caleb y la meto en mi bolso junto con mi teléfono y bálsamo labial. Para cuando me estoy poniendo los zapatos, Meghan ya colgó y se está retocando el brillo labial en el espejo del pasillo.

—¿A dónde vas? —le pregunto.

Ella se ajusta el frente de su sudadera como si de repente fuera importante. —Trey envió un mensaje. Está afuera.

Siento un vuelco en el estómago. —¿En serio?

Ella se encoge de hombros, evitando un poco mi mirada. —Lo sé, lo sé. Pero dijo que quería hablar. Solo hablar.

—¿Estás segura de que es una buena idea?

—No —admite, soltando una media risa—. Pero prefiero estar con alguien que me haga sentir *algo* que estar sentada aquí fingiendo que estoy bien con repeticiones de series y cócteles de lástima.

Exhalo por la nariz. —Meghan...

Se gira para encararme por completo. —No tienes que decirlo. Sé cómo se ve esto. Pero ya me conoces: no soy buena fingiendo que no me importa. Quiero a alguien que me descoloque un poco. La universidad es difícil. Él me hace sentir viva. Me hace sentir que no voy sonámbula por la vida.

Hay un momento de silencio. Luego asiento lentamente. —Está bien. Solo... ve con cuidado.

—Lo haré. —Se cuelga el bolso al hombro—. ¿Cómo me veo?

—Como alguien que no aguanta porquerías de nadie —le digo con sinceridad.

Ella sonríe, me besa la mejilla y se dirige a la puerta.

Ambas salimos juntas, cerrando el departamento detrás de nosotras y quedándonos un momento en los escalones agrietados de la entrada.

Su transporte llega primero. Se gira, dándome una mirada que está a medio camino entre la vergüenza y el agradecimiento. —Gracias, Liv.

—¿De qué?

—Por no juzgarme.

Le aprieto la mano. —Envíame siempre un mensaje cuando llegues. Hablamos luego. Y *nunca* te juzgaré.

Ella asiente, se sube a su auto y desaparece en la noche de Brooklyn.

Me quedo allí un segundo más, con los dedos todavía cerrados sobre el calor de su tacto. Meghan es la única persona que no se inmutó cuando le conté todo el desastre del asistente de cátedra el año pasado. Estuvo allí cuando lloré en su piso después de que aquel profesor desapareció en cuanto me puse demasiado seria. Ni una sola vez dijo que yo fuera tonta. Ni una sola vez me hizo sentir sucia o pequeña.

Solo porque he renunciado a las relaciones no significa que no quiera que ella encuentre a alguien que la vea como yo: brillante, terca y demasiado buena para tipos que no saben cómo dar lugar a su fuego.

Cuando llega mi Uber, me deslizo en el asiento trasero y dejo que la ciudad se convierta en un borrón a través de las ventanillas.

*

Para cuando llego a Manhattan, empiezm a sentirme fuera de lugar. La cuadra es brillante y silenciosa, las aceras anchas y pulidas como si nunca hubieran visto una mancha de chicle. Miro hacia el enorme edificio de cristal con luces parpadeantes en los balcones y hombres de traje revisando portapapeles en la entrada.

Definitivamente hay una lista de invitados.

Saco mi teléfono y le envío un mensaje a Caleb. *Aquí. Parece lujoso. Creo que necesito que vengas por mí.*

Treinta segundos después, lo veo bajar los escalones con un impecable chaleco gris marengo y corbata, con las mangas remangadas hasta los codos. Huele ligeramente a cítricos y whisky puro.

—Eres una salvavidas —dice, abrazándome con un brazo y tomando la caja de mi bolso—. En serio. Me habrían decapitado por presentarme sin accesorios.

Sonrío. —¿Dónde está mi medalla de honor de mesera?

—¿Quieres una? —se ríe—. Porque en realidad... odio pedirlo, pero...

—No.

—Solo escúchame.

—No, Caleb.

—Estamos cortos de personal. Pagan en efectivo. Buen efectivo. Tipo: "puedes comprar víveres y champú de marca esta semana".

Dudo.

—Vamos. Tienes experiencia. Trabajaste en aquel lugar de desayunos durante un año.

Miro de nuevo hacia el edificio. —¿Es un evento muy estirado?

Él señala hacia las puertas. —Maxwell y Sylvia St. James. Sí. Es de lo más estirado.

Suspiro, tirando del dobladillo de mi sudadera. —Está bien. ¿Dónde está el uniforme?

Él sonríe, victorioso. —Eres la mejor.

*

Diez minutos después, estoy dentro del salón, aferrando un uniforme negro de mesera y siendo dirigida hacia los baños para cambiarme.

Todo es mármol reluciente y centros de mesa florales más altos que mi cabeza. Hileras de luces brillan en el techo como constelaciones. Un cuarteto de cuerda toca en la esquina, y los meseros que ya están trabajando parecen anuncios de revista en movimiento: impecables, pulidos, invisibles.

Me deslizo en el primer baño abierto que encuentro, esperando un lugar tranquilo para cambiarme.

En lugar de eso, camino directo hacia una nube de perfume y nervios empolvados.

Hay tres mujeres adentro, todas con vestidos relucientes; una encaramada en el lavabo mientras otra aplasta algo blanco y granular en una línea nítida con una tarjeta de platino.

¿Coca en el baño?

Me quedo helada. Parpadeo.

Ellas levantan la mirada. Una espeta: —¡Lárgate de aquí, carajo!

—Oh, lo siento —tartamudeo, retrocediendo tan rápido que casi golpeo la pared.

La chica que sostiene la tarjeta la agita vagamente. —Cielos, no lo tires. Esta mierda probablemente cuesta más que tu auto.

—Entendido —murmuro, saliendo por completo. El pasillo da vueltas ligeramente mientras tropiezo al salir. Sacudo la cabeza e intento orientarme. La gente rica realmente es otra especie de animales.

Doblo una esquina demasiado rápido y me estampo de lleno contra un pecho.

Un salpicón frío golpea mi brazo, y me doy cuenta de que he chocado con alguien que llevaba una copa de champán.

—Oh, Dios mío... lo siento tanto...

—Tranquila —dice una voz grave, mientras unas manos firmes me sujetan de los codos—. ¿Estás bien?

Levanto la vista.

Y todo lo demás se desvanece.

Es alto; tan alto que tengo que inclinar la barbilla hasta arriba. Cabello oscuro peinado hacia atrás de una manera que lo hace parecer salido de la portada de una revista. Pero son los *ojos* los que me detienen en seco.

Gris azulado tormentoso. El tipo de color que solo se ve justo antes de una tormenta eléctrica. Penetrantes. Inteligentes. Cansados.

Hermosos.

Él me observa como si fuerm algo inesperado. Algo que interrumpe.

Juro que puedo oír mi propio corazón en los oídos.

—Estm... eh... bien —susurro, con el cerebro haciendo cortocircuito.

Él sonríe, y es una sonrisa suave pero afilada como una navaja en los bordes. —Bien. No estaba listo para explicarle a seguridad lo de una mesera desmayada.

Toma una servilleta de una bandeja cercana y se limpia el puño empapado, sin dejar de mirarme.

Alguien detrás de él grita su nombre. —J.P., te necesitan para un brindis.

—Ya voy —responde por encima del hombro, y luego me mira de nuevo—. ¿Segura que estás bien?

Asiento tontamente.

Él me dedica una última mirada, algo ilegible cruzando su expresión. Luego desaparece entre la multitud, tragado por el brillo y las copas de champán.

Tardo diez segundos completos en volver a moverme. En respirar.

¿Quién *era* ese?

Quienquiera que sea, acaba de fundir mi cerebro.

Me aliso el frente de mi uniforme prestado, inhalo y me recuerdo por qué estoy aquí.

Para ayudar a mi hermano.

Para ganar unos dólares.

No para perder la cabeza por unos ojos azules y pómulos marcados.

Definitivamente para eso no.

Capítulo 2

Jake

Mi saco todavía está arrugado por el maldito avión.

Llegué hace menos de cuatro horas, dejé el equipaje en el penthouse y pedí un Uber para venir directo, con media botella de melatonina aún en el torrente sanguíneo. I'm funcionando con café negro, un croissant rancio del aeropuerto y pura obligación. *Funcionando al 60% de batería, quizá menos.* Suficiente para lo básico: hablar, moverme, poner caras. Nada de procesamiento emocional. Ninguna función superior.

Pero en cuanto entro al salón de baile—al mareo de flores, lucecitas y copas de champán tintineando—mi agotamiento se afila en algo más alerta. Está tambaleándose. Sutil, pero ahí está. La caída del hombro izquierdo, el leve desfase entre pasos. Una inclinación de cinco grados, quizá seis: casi imperceptible, pero ya corrí suficientes modelos de probabilidad a medianoche como para saber cuántas veces una esquirla de peligro se vuelve letal.

Mierda.

Max está borracho.

Otra vez.

Aprieto la mandíbula y cruzo el salón, esquivando mujeres en sedas pasteles y hombres mayores con puros detrás de la oreja como si fueran lápices. Cada parte de mí quiere sacudirse esto, atribuirlo al estrés o a los nervios o a cualquier pretexto de mierda que me dé.

Pero conozco ese vaivén.

Lo he visto demasiadas jodidas veces.

Cuando llego a él, sonríe radiante, los brazos abiertos como si yo fuera un hermano perdido que vuelve de la guerra. —¡J.P.! —grita por encima del cuarteto de cuerdas—. ¡Llegaste!

Me jala a un abrazo que huele a colonia y tequila de gama alta. Le doy unas palmadas en la espalda, con los labios apretados.

—No lo miss por nada del mundo —digo.

Y es cierto. A pesar de todo—el caos del negocio, el vuelo nocturno, los correos apilándose en mi bandeja de entrada como fichas de dominó—no me perdería su fiesta de compromiso. No la de Max. Trece años de amistad significan algo. O al menos, solían hacerlo.

Se separa, con los ojos un poco vidriosos. —¿Cómo estuvo Londres?

—Gris. Carísima. Llena de idiotas.

Se ríe. Un beat demasiado fuerte. Un beat demasiado forzado.

Inclino un poco la cabeza, escaneándolo bajo la luz pulida. Tiene las pupilas dilatadas. La piel enrojecida.

Mi cerebro lo clasifica en automático—síntomas, señales, umbrales. Como si I'm de vuelta en la clase de estadística de primer año, calculando curvas de probabilidad de recaída. Está marcando demasiadas casillas. No necesito una pizarra para saber que esto está mal.

Nos metemos en un salón contiguo, justo a un lado del principal: un lounge tranquilo con luces más tenues y sillones de terciopelo en los que nadie se sienta de verdad.

Cierro la puerta detrás de nosotros, la voz baja. —Acabas de salir de rehabilitación, Max.

Su sonrisa se desarma.

—¿Cómo es que ya estás usando otra vez? —pregunto.

—No. —Niega rápido, con la mirada saltando—. Lo juro, I'm not —

—Puras mentiras.

—Estoy bien —insiste, pasándose una mano por los rizos oscuros como si eso lo fuera a despejar—. I'm solo celebrando.

Camino al carrito de bar en la esquina, agarro un vaso limpio y lo lleno de agua. Se lo meto en la mano y me quedo ahí hasta que bebe.

Hace una mueca pero se lo empina. —Jesús, Dad.

—No.

Se pasa una mano por la cara. —Fueron las damas de honor de Sylvia, ¿ok? Trajeron algo como... I'm no estoy seguro de qué

pastillas eran, pero era una cosa de felicitación. Solo un poquito. Ni siquiera lo suficiente para agarrar un viaje.

—Pero lo suficiente para que estés aquí bamboleándote como una maldita vela en el viento —le espeto, más bajo de lo que quisiera—. Max.

Vuelve a reír, ahora tembloroso. —Vamos. Está bien. Es mi fiesta.

Bajo aún más la voz, con la mirada clavada en la suya. —Lo prometiste. Cuando saliste, prometiste que me llamarías si se ponía feo.

—I'm diciendo que no está mal. Lo tengo bajo control.

Es la mentira más vieja del libro. Pero antes de que pueda insistir de nuevo, la puerta se abre con un chirrido detrás de mí.

Entran un par de invitados—una pareja mayor con pómulos vagamente reales y copas de martini. Me vuelvo a poner la cara neutral, casual, como si mi mejor amigo no se estuviera deshilachando en silencio a mis espaldas.

Les hago un gesto con la cabeza y salgo de nuevo al pasillo, con el pulso golpeándome en la garganta.

I'm aquí por Max, me lo repito como un mantra. I'm aquí para apoyarlo. Sonreír para las fotos. Levantar la copa. Evitar armar un escándalo.

Aun así, me duele la mandíbula de lo fuerte que I'm apretándola.

Le hago señas a un mesero que pasa, tomo otro vaso de agua de su charola y me lo bajo en tres tragos. El estómago me da vueltas: ácido, resentimiento y cansancio, todo enredado.

La noche apenas comienza, carajo.

Y ya tengo la corazonada de que todo se va a torcer.

Ahora el lugar está lleno. A reventar.

En algún lugar detrás de mí, un cuarteto de cuerdas está destrozando un arreglo de Bach mientras los invitados, con trajes de diseñador y carillas rentadas, beben burbujeante como si fuera agua de la llave. Max volvió a mezclarse, riéndose demasiado fuerte y abrazando a cualquiera que tenga al alcance del brazo. Su madre, esculpida y estatuaria en un lila pálido, no para de secarse la comisura de los labios con una servilleta con monograma como si estuviera tratando de no gritar.

Su dad—Reginald maldito St. James—está junto a la barra, ya marcando territorio.

Fundador y presidente de St. James Equity, uno de los fondos de cobertura privados más grandes de Norteamérica. El tipo de hombre que desayuna con OPI y aun así le alcanza el tiempo para intimidar a la mitad del mundo empresarial de Manhattan antes del mediodía. Es Wall Street de la vieja escuela: frío, pulido, implacable. Cree que su hijo es encantador. Cree que esta fiesta es una celebración.

Veo cómo Max se tambalea un poco cuando Sylvia le rodea el cuello con los brazos y le susurra algo al oído que lo hace reír y la gira hacia un beso desprolijo.

Nadie reacciona.

Solo yo.

Me paso la mano por la cara.

Porque para ellos, esto es solo Max siendo Max. Todos aquí lo han visto borracho. Drogado. Descalzo, con camisa de esmoquin, haciendo karaoke en el yate de alguien. Todos se ríen, ponen los ojos en blanco y lo atribuyen a un encanto juvenil.

Pero yo sé más.

Yo *conozco* a Max.

Y no está bien.

—¡Jake! La voz de Reginald retumba por el salón como si acabaran de tocar la campana de apertura en la bolsa.

Me vuelvo, acomodando el gesto en algo fácil, digerible.

—Mr. St. James —digo, estrechando la mano que me ofrece como si no lo hubiera hecho ya cien veces—. Fiesta preciosa.

—¿Le parece? Sylvia hizo la mayor parte del trabajo. Yo solo firmé los cheques.

Hace un gesto para que camine con él.

—Su padre ha estado hablando de usted.

Por supuesto que sí.

Thomas Price no habla si no hay una agenda. Y últimamente, yo soy el que todos miran: los rumores de que I’m stepping in como jefe de operaciones globales en Price Capital están arremolinándose como tiburones alrededor de la sangre. Lo que significa que estoy

estrechando más manos, sonriéndole a más desconocidos y conociendo a más *personas que de verdad deberías conocer, Jacob.*

Reginald me da una palmada en el hombro.—Hay alguien con quien quiero que hable. La concejala Lemaire. Es joven, ambiciosa. Sabe adónde va el dinero antes de que llegue. Una aliada perfecta para un hombre en su posición.

Asiento con educación, tratando de mantener la mirada en él y no en el desastre que se reproduce en mi visión periférica. Porque Max está besando a Sylvia otra vez. Y ahora lo veo: el brillo vidrioso en sus ojos, la lentitud de su sonrisa. El lápiz labial corrido. Tiene los ojos dilatados. Está drogada. No achispada. No celebratoria. *Drogada*.

¿Y Max? Está jodidamente radiante.

Actúo por instinto.

—Con permiso, un segundo —le digo a Reginald—. Solo necesito encargarme de algo.

Alza una ceja, pero me hace un gesto para que vaya.—No la haga esperar demasiado.

Giro sobre los talones, escaneando a la multitud en busca del primer aliado útil que se me ocurra.

Y ahí está.

La chica de antes: la que chocó conmigo y me dejó el regazo lleno de champaña añeja. Ahora recorre el salón con una charola equilibrada en una palma, vestida con ese negro y blanco estándar.

Es linda.

No solo atractiva—*linda*. El tipo de linda que te hace mirar dos veces, no porque sea llamativa o muy producida, sino porque parece que no pertenece aquí. No en mal sentido. En plan *¿por qué alguien como ella* está aquí?

Se mueve con cuidado. La cabeza baja, los hombros rectos, la charola firme. Pero hay un poquito de pánico en sus ojos cuando me ve acercarme. Un destello de reconocimiento, como si quizá hubiera pensado que me olvidé del derrame de antes y ahora aquí estoy, listo para vengarme.

Me detengo justo frente a ella.

Se endereza, con la charola aún equilibrada, como si esperara que se la volcara por despecho.

—No quise empaparte antes —suelta—. En serio —no estaba mirando. Acababa de salir de—eh—no importa. Perdón otra vez.

Levanto un trago de su charola y lo dejo en una mesa cercana.

—Todo bien —digo, con voz pareja.

Parpadea, claramente sorprendida.—Oh. Está bien.

Me inclino apenas. Lo suficiente para que me escuche ella y nadie más.

—¿Cómo te llamas?

—Olivia —dice, y sus ojos suben a encontrarse con los míos.

Asiento una vez.—Necesito un favor, Olivia.

—¿Ok?

Miro a nuestro alrededor para asegurarme de que nadie escuche y bajo la voz aún más.

—Esta noche te tocó atender a los novios, ¿cierto?

Asiente despacio.—Eso dijo el bartender, sí.

—Bueno —digo—, cuando pidan bebidas... dales agua.

Frunce el ceño.—¿Qué?

—Dígales que es tequila si quiere. Vodka. No importa. Solo... manténgalos lejos de lo fuerte.

—No entiendo.

—No tiene que hacerlo—, digo, sacando un billete crujiente de cien del bolsillo y metiéndoselo entre los dedos—. Por favor.

Ella mira el billete y luego me mira a mí. Abre la boca como si fuera a discutir. Luego asiente una vez, despacio.

—Entendido.

—Gracias—, digo, ya dándome la vuelta—. Me salva la vida.

Cruzo de vuelta el salón, esquivando por poco a una anciana con lentejuelas que se mece al intento de jazz del cuarteto de cuerdas.

Reginald me espera con una mujer alta, en un vestido tubo rojo que le queda como armadura política. Councilwoman Lemaire. Treinta y pocos. Cejas poderosas. Parece que podría haber sido una estrella de Broadway si no odiara los aplausos.

Jake Price. Encantado.

Intercambiamos cortesías. Es más lista que la mayoría de los aquí presentes sumados. Habla en viñetas. Cada frase se siente como el comienzo de una charla TED. Escucho. Asiento. Hago las preguntas correctas. Sonrío en los momentos precisos.

Pero, con el rabillo del ojo, I'm mirando a Olivia.

Llega a la mesa de Max y Sylvia. Max le sonríe como si fuera el sol y él hubiera estado en la oscuridad por años. Sylvia se le pega, susurrándole algo. Olivia mantiene el rostro neutro. Les entrega con gracia vasos de agua con gajos de lima en el borde.

Beben.

Max hace una mueca pero no se queja.

¿Y Olivia?

Sigue su camino como si nada. Como si no acabara de hacer exactamente lo que le pedí.

Bebo el vino que alguien me metió en la mano antes, aún escuchando a medias a la concejala hablar de propuestas de rezonificación y votos de infraestructura. Pero mi mente divaga.

Esa chica... tiene algo.

No es reluciente ni acartonada. No anda desesperada por atención ni rezuma privilegio. Tiene foco. Aplomo.

Incluso en pánico, no se derrumbó.

Eso me gusta.

Me gusta *ella*, aunque no debería. Ni siquiera la conozco. Y I'm trabajando. Haciendo contactos. Cuidando la imagen. Jugando el juego.

Aun así, cuando Councilwoman Lemaire me hace una pregunta sobre asociaciones público-privadas y respondo con la estadística perfecta, le capto un destello de satisfacción en los ojos.

Pero I'm todavía mirando a Olivia por el rabillo del mío.

Y cuando me sorprende mirándola—solo por un segundo—, juraría que se sonroja.

Creo que eso me gusta mucho.

*

Una conversación se convierte en tres. Luego en cuatro. Primero la concejala, luego su asistente de PR, y después un desarrollador inmobiliario de Tribeca que quiere —"colaborar en la zonificación del litoral con un enfoque de lujo"—. Lo que carajos quiera decir eso.

Asiento. Sonrío. Hago girar champaña que no bebo.

En algún momento, alguien hace tintinear un tenedor contra una copa y la música baja.

Max se pone de pie, la corbata chueca, Sylvia colgada de su brazo. Ella ya se ríe antes de que él abra la boca. La sala se calla. Él se bambolea un poco, parpadeando bajo las luces.

—Solo quiero decir—, empieza, y ya sé que esto va a salir mal— que el amor es salvaje, amigos.

Hay risas dispersas. Algunas genuinas, la mayoría no.

Él sigue. Algo sobre fuegos artificiales. Sobre cómo Sylvia entró en su vida como una copa de martini estrellada. Cómo supo que ella era —la indicada— cuando le soltó un puñetazo a un valet por coquetearle. Se me tensa la mandíbula.

No confío en mí mismo para escuchar, porque *no* creo que ella sea la indicada. No creo ni que sea la quinta mejor cosa que le haya pasado.

Pero sé que es mejor no meterme. Él no escucharía, y lo perdería en el proceso.

Más risas. Aplausos más fuertes.

Vuelven a besarse—más largo esta vez. Descuidado. Hay lápiz labial en su mejilla cuando se inclina hacia el micrófono para decir: —¡Comamos un maldito pastel!

La gente vitorea.

Aparece un cuchillo. Cortan el pastel. Estallan los flashes.

Mi teléfono vibra.

Reviso la pantalla y maldigo por lo bajo. Medianoche.

Es mi asistente, Claudia.

Sabe que no llama tan tarde a menos que alguien esté sangrando o presentando una demanda.

Miro a Max. Tiene la cara metida en crema de mantequilla y shots de vodka. Bastante distraído.

Me deslizo entre la multitud, paso junto a damas de honor risueñas y padrinos aburridos, y empujo la puerta lateral que da al balcón.

La ciudad zumba abajo. El viento es más fresco aquí, filoso contra la nuca.

Contesto la llamada. —¿Claudia?

—Perdón, Jake —dice, sin aliento—. Sé que es tarde.

—¿Qué pasa?

—Hay un problema con el portafolio europeo; Legal marcó una transferencia que no debió pasar. Está vinculada a la adquisición de Rosedale.

Mierda.

—Pensé que eso estaba limpio.

—Lo *estaba*. Pero alguien movió el capital a través de una sociedad holding que no se puede rastrear.

Me froto los ojos. —Bien. Vuélvelo a contar. Empieza desde el principio.

Lo hace.

Toma media hora.

Para cuando cuelgo, tengo el cerebro frito. Y no por la jerga financiera—vivo en eso—, sino por las implicaciones. Fraude. Posible exposición. Riesgo para nuestro nombre si se filtra.

Guardo el teléfono, enderezo los hombros y regreso adentro.

Excepto—

No es la misma fiesta.

Ni de cerca.

La mitad de la gente se fue. La música está más baja. Los meseros recogen copas perdidas y servilletas arrugadas. Un centro de mesa floral está volcado cerca de la pared del fondo.

¿Pero más importante aún?

Max no está.

Detengo a una mesera cercana. —¿Dónde está el novio?

Ella parpadea. —Se fueron.

Frunzo el ceño. —¿Se fueron?

—Sí. Como... ¿veinte minutos? Simplemente como que se esfumaron.

Tienen que estar *bromeando* conmigo.

Salgo disparado hacia las puertas, escaneo la calle como si por arte de magia fuera a verlos pidiendo un taxi.

Nada.

Lo llamo una vez. No contesta.

Dos veces. Aún nada.

A la tercera, contesta.

—Brooo —dice, con la voz arrastrada, como jarabe—. —H-hoy estuvo increíble.

—¿Dónde *carajos* estás?

—Vegas.

Me detengo. —¿Qué?

—Syl y yo. Nos vamos a fugar. Espontaneidad, bro. Es jodidamente romántico.

—¿Te casas *esta noche*?

—¡Sí, hermano! Oigo viento. Y risitas. Y algo que suena como alguien intentando pedir un Uber en francés.

—Max, no hagas esto. No estás pensando con claridad.

—Estamos *enamorados,* Jake. ¿Qué más hay que pensar?

—Estabas *apenas* en rehabilitación. Ni siquiera recuerdas tus votos.

Se ríe. —Recuerdo la parte importante. El amor es salvaje, ¿recuerdas?

—Lo juro por Dios...

—No te oigo. Un túnel o algo. Te quiero. Hablamos luego, bro. Se corta la llamada. Llamo de inmediato. Va directo al buzón.

—Maldito *infierno.*

Me quedo ahí, hirviendo por dentro, el teléfono aún en la oreja, mirando hacia la densa noche de Manhattan como si pudiera ofrecer alguna pista. Una señal. Un motivo por el que mi mejor amigo es un maldito idiota.

Y es entonces cuando la noto.

La chica.

Olivia.

Está de pie al borde de la terraza, con el teléfono en la mano. No estaba aquí cuando salí antes. Debe de haber salido durante mi

llamada. Ahora lleva el cabello recogido, con algunos mechones sueltos alrededor del rostro. A la luz de la luna, sus ojos son más claros de lo que pensé. Avellana, quizá. Su cabello castaño brilla dorado en las puntas.

Es... impresionante, la verdad.

De una manera más *real* que cualquier cosa dentro de ese salón.

—¿Todo bien? —pregunta, con voz suave.

Suelto el aire. —No. ¿Qué carajos hacías aquí afuera, de todos modos?

Se mueve, ahora nerviosa. —No estaba tratando de escuchar ni nada. Solo salí a hacer una llamada. No quise entrometerme.

Me doy cuenta de que probablemente parezco que I'm a punto de empezar a gritar. Me obligo a respirar.

—Perdón —digo—. No quise perder la calma.

—Está bien. Se abraza a sí misma. —Suena a que estás teniendo una noche rara.

—Es una forma de decirlo.

Asiente, insegura. Se mece un poco de un pie al otro, como si estuviera lista para disculparse e irse.

—Espera —digo, antes siquiera de saber qué I'm haciendo—. ¿Puedo tomar un trago?

Se endereza. —Sí. Claro.

—I'm J.P., por cierto.

Sonríe, apenas. —Mucho gusto, J.P.

Volvemos a entrar juntos y, de alguna manera, todo se siente un poco menos fuera de control.

Capítulo 3

Olivia

Todavía está con el mismo trago.

Han pasado veinte minutos, tal vez más, y juro que nunca he visto a alguien beber tan despacio. Está sentado solo ahora, con el codo apoyado en la mesa de mantel blanco, sosteniendo el vaso con descuido en una mano mientras su mirada oscila entre el teléfono y lo que queda de la fiesta, que no es mucho.

Los otros camareros están rezongando en el pasillo del personal, hablando de que se suponía que debían salir hace una hora. Lo entiendo. La mayoría de los invitados ya se han ido, pero todavía queda un puñado de rezagados que fingen que este lugar no se está desinflando lentamente como un globo cansado. Son casi las once. El evento terminó oficialmente a las diez. Esta gente simplemente... no se va.

Por esto odio atender a los esnobs.

El evento principal terminó. Se comieron el pastel. Se hicieron los discursos. La pareja desapareció. Y aun así, estos cinco o seis fantasmas de traje merodean como si fueran dueños del tiempo.

Caleb ya se largó; lo contrataron para otro trabajo en Harlem y tuvo que irse justo después de limpiar. Me preguntó si podía esperar por los cheques de ambos para no miss esa oportunidad. Le dije que sí, porque soy así de blanda. Además, no tenía a donde ir esta noche.

El problema es que todavía no nos han pagado.

La organizadora del evento —Tamara, creo— se acerca con aspecto agotado, todavía con un auricular Bluetooth enganchado en la oreja como si estuviera unido quirúrgicamente. —Sigo sin noticias de Max —le dice a uno de los otros camareros—. He llamado a Sylvia dos veces. Nada. No responden.

Mierda.

Esa es la única forma en que nos pagarán esta noche. Nos dijeron que St. James Equity procesa todo directamente a través de Max, y si Max está desaparecido...

Exhalo por la nariz y me apoyo contra la pared cerca de la estación de agua. Por supuesto. Por *supuesto* que así es como va la noche. Primero, todo el asunto de "sírvele solo agua". Luego la llamada afuera. Después los novios desaparecidos.

¿Y ahora?

Ahora estoy calculando cuánto rendirá un billete de cien dólares en mi bolsillo.

Aparto el pensamiento de mi mente.

Al otro lado del salón, J.P. se termina lo último de su trago, luego me mira a los ojos y levanta una mano. Camino hacia allá, tratando de no mostrar cuánto me duelen los pies en estas chatitas baratas.

Señala su vaso ahora vacío. — ¿Crees que podría pedir un Moscow Mule?

Parpadeo. —Oh. Lo siento. El barman se fue hace una hora.

Él frunce el ceño, mirando alrededor del salón casi vacío como si recién se diera cuenta de que la fiesta terminó.

—Mierda —murmura, enderezándose—. No me di cuenta de la hora. Lo siento.

—Está bien —digo, con una sonrisa cortés ensayada—. ¿Puedo ofrecerle algo más?

Él niega con la cabeza y saca su teléfono. —No. Llamaré a un Uber. Me iré.

Asiento y me doy la vuelta para irme, pero algo dentro de mí —un cóctel de agotamiento y frustración y tal vez la absoluta *rareza* de la noche— empuja las palabras fuera de mi boca antes de que pueda detenerlas.

—Max se fue sin pagar —digo en voz baja.

Se detiene a mitad de lo que estaba viendo en su pantalla. —¿Qué?

Me encojo de hombros. —Todo el mundo está entrando en pánico. Nadie puede localizarlo, y la organizadora dijo que no tiene los detalles del pago. Nos dijeron que él liquidaría la cuenta.

Él hace una mueca. —Maldición.

No sé por qué se lo digo. Tal vez pienso que dirá algo útil. Tal vez solo quiero que alguien más comparta lo absurdo de la situación.

—Puedo llamar a alguien —ofrece, sacando ya su teléfono—. Tal vez a Tamara...

Pero levanto una mano para detenerlo. —No hace falta.

Busca en el bolsillo interior de su saco y saca una chequera; una chequera física de verdad. Por supuesto que tiene una. Hombres como él llevan relojes que cuestan más que los autos y cheques escritos a mano que abren puertas.

Finjo no mirar fijamente el reloj cuando se le mueve la manga. Es elegante, plateado y minimalista. No conozco de marcas, pero reconozco la riqueza cuando la veo.

—Eso podría haber salido de cualquier manera —murmuro antes de poder contenerme.

Él arquea una ceja. —¿Qué podría haber salido así?

—Nada —digo, sonrojándome—. Lo siento. Yo solo... gracias.

Escribe algo rápidamente, arranca el cheque de la libreta y se lo entrega a la organizadora con un gesto de cabeza. Luego, así de simple, se va; se encamina hacia las puertas, desapareciendo en cualquier vehículo de lujo que recoja a hombres como él a las once p.m.

Me dirijo al vestidor, me quito el uniforme y me pongo de nuevo mis jeans. Cuando vuelvo a salir, la organizadora del evento está anotando nombres y datos de contacto del personal restante. Promete que nos pagarán lo antes posible, ahora que tiene un cheque de respaldo.

Bien.

Miro a mi alrededor.

Ni rastro de J.P.

Bien de nuevo. Probablemente sea lo mejor. Después de todo el drama de esta noche —la pareja desaparecida, las damas de honor drogadísimas, el novio ebrio— no tengo por qué estar pensando en un tipo como ese.

Reviso mi teléfono. Un mensaje perdido de Meghan: *El DJ está genial esta noche. Deberías venir. Besos.*

Sonrío levemente. Al menos la noche de alguien fue mejor que la mía.

Caleb me dejó las llaves de su auto en mi bolso. Dijo que me lo tomara con calma, que el tanque del Civic está lleno y que los frenos chirrían un poco al dar marcha atrás por primera vez.

No conozco a ninguno de los otros camareros, así que salgo sola.

El estacionamiento está casi vacío ahora. Silencioso. Presiono el botón de desbloqueo y me deslizo en el asiento del conductor, lanzando mi bolso al lado del pasajero.

Es recién cuando enciendo el motor que lo veo. Está parado bajo la luz del fondo, cerca del costado del edificio, con un cigarrillo entre dos dedos. El humo brilla tenuemente en la oscuridad.

J.P.

Avanzo lentamente y me detengo frente a él.

—¿Oye? —pregunto, con la ventanilla bajada hasta la mitad.

—¿Uber? —se voltea, y luego se sorprende un poco al verme—. Ah. Eres tú.

Señalo con la cabeza el cigarrillo. —Eso es malo para salud.

—Lo sé —dice, dando una última calada antes de arrojarlo lejos —. Pero he tenido una noche particularmente mala. Estoy cansado. Y hambriento.

No sé por qué digo lo que sigue. Tal vez es ese destello de algo humano en su voz. Tal vez es la soledad que nunca admito en voz alta.

—Hay una buena pizzería —ofrezco—. Todavía está abierta. No muy lejos.

Él levanta una ceja. —¿Me estás invitando a salir?

Siento un vuelco en el estómago. —No. Solo doy información.

Él no pregunta. No espera. Abre la puerta del pasajero y se desliza dentro, con toda la naturalidad del mundo.

—La pizza suena bien —dice, sacando su teléfono—. Cancelaré mi Uber.

Dios mío. *¿Qué estoy haciendo?*

Salgo a la calle, con las manos apretando el volante. Su colonia —amaderada y penetrante— invade inmediatamente el espacio. Cálida. Masculina. Cara.

Me obligo a calmar mi respiración, pero no puedo.

Empieza a juguetear con el dial de la música como si lo hubiera hecho mil veces, pasando por las estaciones preestablecidas. Jazz. Luego indie pop. Luego algo con mucho sintetizador que no reconozco.

—¿Es tuyo? —pregunta, mirando alrededor.

—¿El auto? —niego con la cabeza—. De mi hermano.

Él asiente con aprobación. —Tiene buen gusto.

Me detengo en un semáforo rojo y me aclaro la garganta. —La pizzería está en Brooklyn. Debería haber mencionado eso.

Él se encoge de hombros. —No me importa.

A mí sí. O al menos, creo que debería importarme. Mi cerebro está gritando *mala idea* mientras mi cuerpo se inclina inconscientemente hacia el calor que emana de él.

Me digo que es su aroma en el auto lo que me está confundiendo.

Pero en el fondo, sé que no es así.

Estoy siendo imprudente.

Y parece que no puedo parar.

*

El restaurante está escondido en la esquina de una calle tranquila, un pequeño local italiano que huele a queso derretido, ajo caliente y albahaca en cuanto entramos. Hay una campanita sobre la puerta que suena cuando se cierra detrás de nosotros.

J.P. se quita el abrigo y lo cuelga en el respaldo de la cabina mientras nos deslizamos en el asiento. Ahora se ha remangado hasta los codos, dejando ver unos antebrazos delgados y ligeramente cubiertos de vello oscuro. Su reloj capta la luz tenue mientras se mueve, brillando como si perteneciera a una vitrina de cristal.

El lugar no es lujoso. Manteles a cuadros rojos y blancos. Menús descoloridos con fundas de plástico agrietadas. Un hombre con aspecto cansado detrás del mostrador que asiente cuando levanto dos dedos.

Pedimos una pizza grande de pepperoni y champiñones con extra queso de mozzarella y dos refrescos, porque por alguna razón siento que necesitamos algo que nos ponga los pies en la tierra después de la noche que hemos tenido.

Nos acomodamos en el reservado y, durante unos segundos, simplemente nos quedamos sentados en una especie de silencio que no resulta incómodo. Él recorre el salón con la mirada como si no terminara de creer que sigan existiendo lugares así. Supongo que si vives en penthouses de cristal y salas de juntas, probablemente olvidas que los lugares de verdad huelen a orégano y a masa quemada.

—Entonces —dice finalmente, volviendo a fijar sus ojos en los míos—, ¿es esta la noche más rara en la que te ha tocado trabajar?

Me río, echando la cabeza hacia atrás. —¿Te refieres a la parte en la que el novio salió huyendo?

Él sonríe, relajado de una manera que no estaba antes. —A todo.

Apoyo el codo en la mesa. —Definitivamente está entre las mejores. Una vez, trabajé en una recaudación de fondos donde alguien soltó a su cabra de apoyo emocional y le dio un cabezazo en la entrepierna a un senador. Pero sí, lo de hoy probablemente gana.

Él suelta una risita, pero hay algo detrás de su sonrisa. Algo más silencioso.

Dudo, y luego pregunto: —No pretendo ser entrometida, pero... ¿tu amigo está bien?

Su expresión cambia solo ligeramente, pero es suficiente.

—No —dice en voz baja, mientras sus dedos rozan un anillo de condensación sobre la mesa—. No está bien. Pero me aseguraré de que lo esté. Max... siempre ha sido como un incendio forestal. Encantador. Ruidoso. Más grande que la vida misma. Pero arde rápido. Y a veces se pierde en eso.

Dejo que el silencio se prolongue.

—Nos conocimos hace trece años en el internado —continúa, bajando el tono—. Yo era el chico nuevo. Callado. Él era este estallido maníaco de energía en una casa llena de idiotas con fondos fiduciarios. Me arrastró a su mundo. La primera semana, me convenció de escaparnos y tomar un tren a la ciudad para ver a una

banda que le gustaba. Nos atraparon, por supuesto. Pero no me importó. Él hacía que todo se sintiera como una aventura.

Asiento. —¿Han sido cercanos desde entonces?

—Es lo más parecido que tengo a un hermano.

Sonrío. —Me suena a alguien que conozco.

Él inclina la cabeza. —¿Ah, sí?

—Mi mejor amiga. Meghan Torres. Somos inseparables desde noveno grado. Es directa a morir y de alguna manera siempre tiene razón. Me pone en mi lugar, me calma, me da ánimos. También es la razón por la que no reprobé el segundo año.

—¿Estás en la universidad?

—Ajá. En la NYU.

Eso lo hace detenerse. —Espera, nunca te pregunté tu edad.

Levanto mi refresco y bebo despacio. —Acabo de cumplir veintiuno.

Sus cejas se elevan ligeramente. —Mierda. Habría adivinado que eras mayor. Te desenvuelves como alguien que sabe cosas.

—Bueno, sé cómo servir vodka falso. Eso ya es algo.

Él se ríe. —Yo tengo veinticinco, por cierto.

—¿Sí?

—Sí. Sé que parezco mayor, pero te juro que es por todos los años que pasé en la escuela. La NYU es dura; sé que no hace falta que te lo diga.

—¿Fuiste a la NYU?

—Ajá. Era una especie de protegido. Ahí es donde hice uno de mis títulos.

Levanto una ceja. —¿Uno de ellos? Dios, ¿cuántos tienes?... En realidad, no me respondas o me sentiré mal por lo mucho que la escuela me está dando una paliza justo ahora. Ni siquiera pareces nerd.

Se pone una mano en el pecho fingiendo ofensa. —Para que sepas, fui el mejor de la clase.

—¿Dónde?

—En la NYU. En Oxford.

—*Oh.*

—Doble licenciatura. Finanzas y economía. Un prodigio, para qué te voy a mentir.

Parpadeo. —Estoy impresionada.

Él sonríe. —Hazme un problema de matemáticas. Apuesto a que puedo hacerlo mentalmente.

Justo en ese momento llega la pizza: grande, burbujeante, gloriosa.

—Bien —digo en tono desafiante—. ¿Cuánto es el veinte por ciento de treinta y seis?

—7.2 —dice sin dudarlo ni un segundo. Luego añade—: ¿Me estás poniendo a prueba? Pensé que me harías preguntas de suma o algo así.

Me encojo de hombros mientras corto una rebanada y la dejo en mi plato. —Estudio economía. No lo puedo evitar.

Él asiente, tomando su rebanada. —Así que hablamos el mismo idioma.

—Supongo que sí.

Es... extrañamente fácil. No he hablado tanto con un extraño en años, y mucho menos con uno tan perspicaz. No hay posturas, ni intentos forzados. Solo una fluidez tranquila que se siente inmerecida y desconocida.

—Es muy fácil hablar contigo —dice de repente.

Levanto la vista. —Contigo también.

Entonces se inclina, con los ojos fijos en mi cara. —No te muevas.

Me quedo inmóvil.

Su pulgar roza mi mejilla, quitando algo.

—Queso —dice con una sonrisa ladina.

Entonces —que Dios me ayude— lo *lame* de su dedo. Y el estómago se me cae hasta el suelo. Se tensa. No, se contrae. Como un resorte que ha estado estirado demasiado tiempo. Se me corta la respiración y no puedo ni pretender que no me afecta.

Sus ojos encuentran los míos. Luego bajan a mi boca.

Y por un segundo, juro que va a besarme.

Se inclina hacia mí.

Solo un centímetro.

Pero entonces...

Miro más allá de él, hacia la ventana.

Dos hombres. Con pasamontañas. Rondando el Civic.

—Ay, *ni de chiste*.

Salgo de un salto del reservado.

Él se levanta un segundo después. —¿Qué...?

—¡*El auto de mi hermano!* —grito, saliendo disparada por la puerta.

El aire frío me golpea la cara. Los dos tipos están mirando hacia el interior del lado del pasajero. Uno intenta abrir la manija.

—¡OIGAN! —grito, arremetiendo contra ellos.

Salen corriendo. Uno tropieza con el bordillo. J.P. está justo detrás de mí, alto y rápido y aterrador de una manera que resulta extrañamente reconfortante cuando estás ahuyentando a posibles ladrones.

Desaparecen al doblar la esquina. Nos detenemos junto a la acera, sin aliento y jadeando.

Él se está riendo.

Una risa profunda, de esas que retumban en todo el cuerpo.

—Esta —dice entre jadeos— es oficialmente la noche más *loca* de mi vida.

Asiento, apoyada sobre mis rodillas, tratando de recuperar el aire. —No te lo discuto.

Nos quedamos allí, respirando con dificultad. El aire frío de la noche forma vaho entre nosotros.

Entonces él me mira.

Me mira de verdad.

Y algo cambia.

Antes de que me dé cuenta, me atrae hacia él, con una mano en mi cintura y la otra rodeando mi nuca.

Y me besa.

No es suave.

No es ensayado.

Es *urgente*. Y crudo. Y real.

Mi cerebro se queda en blanco. Mis manos encuentran su pecho y se quedan allí, como si mi cuerpo intentara memorizar su tacto.

Cuando nos separamos, él está murmurando algo.

—Adrenalina —exhala—. Perdón. Es que yo...

Me inclino hacia él antes de poder pensarlo demasiado.

Él es más alto, así que se agacha de nuevo, estrellando su boca contra la mía con más intensidad esta vez.

Cuando volvemos a separarnos, nuestras frentes están juntas.

Él desliza su pulgar suavemente por mi pómulo. —¿Podemos rescatar esta noche?

Asiento. —Sí. Sí, creo que podemos.

Él sonríe —una sonrisa suave, auténtica— y me coloca un mechón de cabello detrás de la oreja.

—¿Podemos pedir la pizza para llevar? —pregunta.

Asiento de nuevo, con el aliento entrecortado.

—Sí. Hagamos eso.

Capítulo 4

Jake

I’m contento de que me haya dejado manejar.

Es la única forma en la que pude mantener las manos alejadas de ella.

Ella va sentada junto a mí, con la mirada suave y perdida por tanta noche y la dosis justa de deseo, una pierna recogida en el asiento, los labios todavía hinchados por donde la besé afuera de ese restaurante.

El silencio entre nosotros no es incómodo: vibra. Denso. Cargado. Tenso de la mejor manera posible.

En el siguiente semáforo en rojo, me giro hacia ella. Sus ojos se encuentran con los míos. Me inclino y la vuelvo a besar. Gime en mi boca, y el sonido se me graba en el cerebro como una maldita marca. Dulce. Honesto. Sin filtros.

Me aparto, respiro con fuerza. —¿Estás segura de esto?

Se humedece los labios, baja la mirada y vuelve a mí. —Sí. Siempre que tenga el carro de vuelta para las seis.

Sonrío. —Trato hecho.

Alargo la mano y tomo la suya solo porque quiero. Sus dedos son suaves, sus uñas cortas, pintadas de un rosa tenue que de algún modo me dan ganas de besar cada una por separado.

Aprieta mi mano una vez.

Cruzamos el puente en un silencio cómodo, las luces de la ciudad difuminándose sobre el parabrisas como pintura al óleo. Cuando entramos a SoHo, su mano sigue en la mía, y siento un leve temblor. Anticipación, no miedo. Ya puedo leerla, incluso en estas pocas horas. Ella no me tiene miedo.

Saber eso me jode de la mejor manera.

Me estaciono en la calle y bajamos. Saco la pizza del asiento trasero, la beso una vez más en la acera y hago un gesto con la cabeza hacia la puerta de vidrio en la base de mi edificio.

—Vamos —murmuro.

Ella me sigue.

En el ascensor, está un poco inquieta. Tira del borde de la manga. Se mira en las paredes espejadas como si revisara que nada esté fuera de lugar.

—Si cambiaste de opinión... —empiezo.

—No —me interrumpe, y luego vuelve a entrelazar sus dedos con los míos. Su palma está tibia.

Le levanto la mano y beso el centro.

Se muerde el labio inferior, y siento que me vuelvo a endurecer, ya a medio camino. Aparto la mirada, intento respirar para controlarlo.

Llegamos a mi piso. Abro la puerta, entro, enciendo las luces.

Está silencioso. Limpio. Minimalista, pero cálido. Ventanas de piso a techo, madera clara, un sofá seccional azul marino y arte que elegí en Ámsterdam el otoño pasado.

—Bonito lugar —dice, girando despacio.

—Lo es —asiento—. ¿Quieres algo de tomar?

Niega con la cabeza.

Voy al refri, agarro una botella de agua, destapo y doy un sorbo.

Ella se acerca, fijándose en las maletas apiladas cerca de la entrada.

—¿Te vas a algún lado? —pregunta.

—De hecho, acabo de volver de Londres.

Me recorre con la mirada y esboza una sonrisa ladeada. —Niño bien. Luego, valiente como el infierno, se acerca, me quita la botella de la mano y bebe—del mismo lugar donde estuvo mi boca hace un segundo.

No debería excitarme tanto como me excita.

Pero lo hace.

Todo mi cuerpo se tensa.

—Eres sexy, Olivia —digo, casi ronco.

Ella sonríe. —Eres inesperado.

—Igual.

Dejo la botella y la acerco. Sus caderas encajan con las mías demasiado perfecto, sus curvas suaves en esos jeans. Su cuerpo se

siente como algo que me he ganado.

—He tenido una noche de mierda —le susurro al cabello—. Pero I'm jodidamente contento de que estés aquí.

—Yo también.

La vuelvo a besar, más profundo esta vez.

Suspira contra mi boca. La siento relajarse y tensarse al mismo tiempo, como si su cuerpo no decidiera si derretirse o pelear contra la gravedad.

La alzo y la siento sobre el mostrador de la cocina. Suelta un sonido suave, me rodea con las piernas.

Le voy dejando besos por la mandíbula, luego por el cuello, y ella inclina la cabeza lo justo para darme más.

Sonríe cuando beso el punto justo debajo de su oreja.

Luego le quito la camiseta de un tirón. Es grande, suave, cae con facilidad.

Me arrodillo para quitarle los zapatos. Ella jadea, y luego gime cuando le froto el arco de un pie, presionando suavemente el punto que sé que le duele después de horas de estar de pie.

—Podría casarme contigo solo por esto —murmura.

Suelto una risa baja. —No me tientes.

Desabrocho mi cinturón despacio, sin romper el contacto visual.

Sus ojos son color avellana, pero aquí, con esta luz, se ven más verdes. Más cálidos. Me mira como si quisiera decir algo, pero no lo hiciera.

—¿Estás bien? —pregunto.

Ella asiente. —No dejas de mirarme como si fuera artem.

—Tal vez lo eres.

Se sonroja, y es demasiado. La beso otra vez: largo, lento, más profundo.

Gime cuando le quito los jeans, quedándose en unos panties rosas con un pequeño dinosaurio de caricatura dibujado al frente. Es un T-rex. Sus bracitos están levantados.

Me detengo, sonrío.

—¿En serio?

Ella gime. —No esperaba esto esta noche.

—Me encantan —digo, y es cierto—. —Eres adorable. Luego engancho los pulgares en la pretina y se los deslizo hacia abajo. Sus muslos se abren por instinto, se le corta el aliento.

Su brasier es del mismo rosa que los panties. Sencillo. De encaje. Sus tetas son redondas, llenas, y cuando desabrocho el broche, saltan libres.

Más grandes de lo que esperaba. Perfectas.

Me vuelvo salvaje.

—Eres jodidamente sexy —le ronco.

Chupo un pezón, luego el otro. Ella se arquea, gimiendo más fuerte.

Sus manos están en mi cabello, aferrándose. Sus muslos se cierran alrededor de mi cintura.

Beso un camino desde su pecho hasta su estómago.

Se le corta la respiración mientras vuelvo a arrodillarme frente a ella, con los ojos fijos en los míos, como si me desafiara a detenerme.

No voy a hacerlo.

No *podía*.

Le recorro los muslos con las manos, sintiendo el estremecimiento en su piel, la tensión apenas contenida bajo la superficie. Está cálida, suave, receptiva. Y cuando poso un beso en la parte interna de su muslo, suelta ese tipo de sonido que me dispara directo a la columna.

Ya no trae panties. Está abierta para mí, enrojecida, reluciente y jodidamente perfecta.

Me inclino.

Su jadeo cuando mi lengua la toca es entrecortado e inmediato. Sus caderas se estremecen. Una de sus manos vuela a mi cabello.

Voy despacio al principio, lamidas suaves y burlonas que la hacen estremecerse bajo mi boca. Me encanta cómo se le tensan los muslos, cómo su respiración empieza a salir en pequeños jadeos entrecortados. Sabe a calor y a nervios y a algo a lo que ya estoy adictom.

—J.P.... —susurra, la voz apenas pegada al aire, quebrada en los bordes, como si se deshilara solo con la anticipación.

—¿Mmm? —murmuro, con la boca aún enterrada entre sus muslos. Luego rodeo su clítoris con los labios y chupo con suavidad, rítmicamente, como si estuviera saboreando algo que nunca volveré a probarm.

Jadea—no, grita—, el sonido crudo y alto, sin filtro, sin contenerse. Reverbera en los azulejos de la cocina y me atraviesa. Siento cómo la desgarra, cómo todo su cuerpo se bloquea y luego tiembla. Es tan reactiva, tan jodidamente vocal, que parece que cada sonido suyo estuviera cableado directo a mi sistema nervioso.

Sus caderas ruedan, se frotan contra mi cara como si su cuerpo se hubiera olvidado de la modestia, y yo *la dejo*. Dios, la quiero así. Fuera de control. Enloquecida con esto.

Hundo más la boca, la trabajo con la lengua: lento, luego rápido, luego lento otra vez—aprendiéndola. Le tiemblan las piernas, aprieta los bordes de la encimera como si necesitara anclarse o se fuera a desvanecer. Ahora jadea mi nombre, el aliento entrecortándose con cada barrido de mi lengua, con cada hueco de succión.

Entonces echa la cabeza hacia atrás y todo su cuerpo se estremece. Se corre fuerte—alta, hecha pedazos—, la voz rompiéndose en un sollozante —joder... joder...— que me entra directo al torrente sanguíneo como una droga a la que no sabía que era adicto.

No paro hasta que le da un espasmo, hasta que sus dedos encuentran mi cabello y empujan suave, temblorosos y sobreestimulados. Aun así, poso un beso tierno en la parte interna de su muslo, luego en su cadera, luego en la piel suave justo debajo del ombligo. Sabe a sal y a sudor y a sexo y a algo que se siente peligrosamente como confianza.

Está sonrojada, radiante, el pelo hecho un desastre, el pecho subiendo rápido mientras intenta recuperar el aliento. Los músculos de sus muslos aún tiemblan bajo mis manos.

—¿Estás bien? —pregunto, con la voz un poco ronca, limpiándome la boca con el dorso de la mano.

Se ríe, sin aliento, aturdida. —Jesús —dice, pasándose los dedos por el cabello.

Me pongo de pie, me saco la playera por encima de la cabeza y la aviento a algún lado sin mirar. Luego me deshago rápido de los pantalones y los calzones, con la verga pujando, oscura y ya goteando. Estoy tan duro que casi duelem.

Ahora me está mirando, con los ojos aún nublados pero afilados por el interés. Por la lujuria. Por el asombro, incluso.

Luego parpadea. —¿Condón?

—En la sala —digo.

Alza una ceja, con una sonrisa ladeada. —Tienes un departamento lindo. ¿Y un alijo de condones?

Suelto una risa, ayudándola a bajarse de la encimera. —Estar preparado es sexy.

Resopla. —¿También tienes una playlist para el sexo, no?

En vez de responder, agarro el CD y lo deslizo en el equipo de sonido. Un zumbido bajo y sensual llena el cuarto: minimalista, con mucho bajo, seductor pero no distrae.

Cuando me doy la vuelta, ella ya está de rodillas. Así, sin más: sobre las rodillas, el cabello cayéndole por un hombro, los ojos alzados hacia mí como si me ofreciera algo sagrado.

Santo *carajo*.

La imagen por sí sola casi me hace perder el control. Me busca, me rodea la verga con una mano y luego, despacio—tan despacio—me toma con el calor de su boca.

—Jesús, Olivia... —gimo, apoyando una mano en el borde del sofá.

Empieza con cautela, la lengua arrastrándose, los labios carnosos y húmedos. Luego se vuelve más audaz, más segura, como si recordara cuánto le *gusta* esto, cuánto *ama* tener el control. Una mano me bombea con suavidad mientras con la otra junta sus pechos, levantándolos justo como me gusta. Mi verga se desliza entre su suave redondez cuando vuelve a succionar la punta.

La imagen se me graba a fuego. Sus mejillas sonrojadas, el brillo de saliva en su labio inferior, el hambre vidriosa en sus ojos cuando me mira mientras me toma más hondo.

—Así, así —susurro, casi sin querer, metiendo la mano en su cabello—. Joder, estás preciosa así.

Ella vibra alrededor de mí, la vibración me hace estremecer.

Casi pierdo el control. Casi me dejo ir ahí mismo.

Pero quiero más.

La quiero *toda*.

Salgo con un jadeo, mirando el hilo de saliva que se estira entre sus labios y mi verga. El pecho le sube y baja rápido, y se lame los labios como si estuviera ebria con mi sabor.

La levanto y la beso, hondo, desordenado y agradecido. —Eres tan jodidamente sexy —raspo—. Ni siquiera creo que lo sepas.

Tropiezos hacia atrás hasta el sofá, enredados y voraces. Tiro del cajón bajo la mesa de centro, los dedos torpes buscando un condón. Ella ayuda, su mano rozando la mía, anclándome de una forma en que nada más lo ha hecho.

Lo abro con los dientes, me lo pongo y luego deslizo las manos bajo sus muslos y la alzo lo justo para acomodarme sobre ella.

Ahora está boca arriba, el cabello en halo sobre la almohada, las piernas abiertas, invitándome. Hay algo suave en sus ojos, algo casi... inseguro.

Me detengo.

—¿Todo bien?

Asiente, mordiéndose el labio. —Sí. Es solo que... —la voz se le apaga—. Ha pasado muchísimo tiempo.

Me inclino y la beso lento. No para el show. Solo para ella.

—Igual —susurro.

Y entonces entro.

Despacio. Centímetro a centímetro.

Su cuerpo me recibe como si estuviera hecho para esto. Para mí. Está apretada y mojada y cálida, sus manos aferrándose a mis brazos, la respiración cortándose con cada centímetro que me hundo más hondo.

Me quedo inmóvil dentro de ella, la frente apoyada en la suya, dándole un segundo. Dándonos *un* segundo.

Exhala, un suspiro suave. —Ok.

Empiezo a moverme.

Una embestida lenta, luego otra. Encontramos un ritmo, uno al que caemos de forma natural, como si lo hubiéramos hecho mil

veces en otra vida. Su cuerpo se me enreda, las piernas se cierran sobre mis caderas, las uñas arañan suave mi espalda, cada movimiento me mete más hondo.

Le beso la garganta, el hombro, la mandíbula. La boca.

Gime contra mí, al principio quedo, luego más alto, más desesperado.

Embeso más fuerte, más profundo. Ella me sale al encuentro en cada una, levantando las caderas para frotarse contra mí, tomándome por completo. Ahora jadea, los ojos le aletean cerrándose, los labios se le abren de puro placer.

Y puedo sentirlo: *a ella*. Su cuerpo tensándose, su pulso martillando donde el cuello se une a la mandíbula, el borde rasposo de su respiración.

Está cerca.

Yo también.

—Ven conmigo —le digo contra la boca.

La espalda se le arquea. Los dedos se me clavan en los hombros.

Y entonces se quiebra.

Grita, alta y hermosa, su cuerpo apretándome mientras la atravieso, y luego I'm cayendo también—gimiendo su nombre mientras me dejo ir, las caderas sacudiéndose, el calor derramándose en el condón.

Respiramos agitados. Todavía enredados. Todavía conectados.

Durante un largo minuto, no nos movemos.

Luego poso un beso en su hombro, en su mejilla, en su sien. Sus dedos acarician la nuca, suaves, como si quisiera memorizar mi forma.

—Jesús —dice de nuevo, con la voz ronca.

—Lo sé —susurro, acurrucándome en su cabello.

Ninguno de los dos se mueve para desenredarse todavía. Sus manos se deslizan por mi espalda en círculos perezosos. Entierro la cara en su cuello. Aún recuperamos el aliento cuando se ríe, un sonido suave, atónito.

—Siento como si me hubiera arrollado un camión del placer —murmura.

Sonrío contra su piel—. Así te ves.

Me manotea el brazo y luego suspira—. ¿Estuvo bueno, no?

—Lo estuvo.

Hay un fino brillo de sudor a lo largo de su clavícula, y sus labios están rojos e hinchados de besos. Sus pestañas aletean cuando presiono la boca contra su mejilla. Nos quedamos en silencio. Hay algo sagrado en este momento: la quietud que sigue a la tormenta.

Salgo de ella despacio, con cuidado, y me quito el condón, lo ato y lo lanzo al basurero cerca del carrito de bar sin levantarme.

Cuando vuelvo la mirada, está despatarrada en mi sofá como una especie de obra maestra que alguien olvidó enmarcar. Un brazo tirado con pereza sobre los ojos. Las piernas aún entreabiertas. Su piel brilla, sonrojada y pegajosa en todos los lugares correctos. Su pecho sube y baja con respiraciones cortas, posorgásmicas, y sus labios se curvan en ese tipo de sonrisa suave que hace que un hombre se sienta como un maldito dios.

Me dejo caer a su lado y beso el interior de su muñeca. Su pulso aletea bajo mis labios.

—Ni siquiera quiero moverme —murmura, con la voz perezosa, arrastrada por el placer.

—Entonces no lo hagas —digo, apoyando la mano bien baja en su vientre.

Vuelve la cabeza para mirarme, con una media sonrisa en la boca —. Huelo a sexo.

—Bien —murmuro, dejando que la mirada le recorra el cuerpo—. Yo también. Deberíamos embotellarlo.

Resopla, se incorpora lo justo para jalar una de las mantas del brazo del sofá y se la echa sobre el pecho mientras mira la mesa de centro como si estuviera pensando en ir a la guerra.

—¿Crees que esa pizza ya esté fría?

—Solo hay una forma de saberlo. —Me inclino hacia adelante, agarro la caja grasienta y la abro. El queso está cuajado. La orilla está floja como el demonio. Parece casi trágica.

Huele increíble.

Le paso una rebanada. La toma y muerde, soltando un gemido largo y bajo como si otra vez estuviera en mi boca.

—No hagas eso —le advierto, apretando la mandíbula.

Se lame la grasa del pulgar—. ¿Qué?

—Ese sonido. Vas a ponerme duro otra vez, Olivia.

Sonríe con otra mordida, sin arrepentirse de nada, masticando despacio como si fuera un reto.

Comemos pegados bajo la manta, con las piernas desnudas enredadas, riéndonos entre bocados grasientos y pullas juguetonas. Me cuenta de los mejores lugares de pizza de madrugada en Brooklyn, y cometo el error de decir que la pizza de Londres es una porquería.

Jadea como si la hubiera abofeteado y me acusa de difamación gastronómica.

Después de la segunda rebanada, acomoda la manta, apretándosela más sobre el pecho. Se inclina hacia adelante por su botella de agua, y es cuando la veo: justo debajo del seno izquierdo, sobre las costillas. Una cicatriz tenue, pálida. Larga y fina, como si alguien alguna vez la hubiera abierto y vuelto a coserla con secretos.

Alargo la mano y le paso el nudillo por encima—. ¿Qué es esto?

Se queda inmóvil.

—¿Puedo preguntar? —digo, más suave esta vez.

Asiente despacio. Sus dedos aprietan la manta.

—Me operaron cuando tenía quince. Torsión ovárica —dice—. Se torció de la nada. Urgencias. Pensé que me moría.

—Jesús —digo, poniéndome serio—. Eso suena aterrador.

—Lo fue. —Se encoge de hombros y luego mira la cicatriz—. Lograron salvar el ovario. Todavía me reviso. Tengo un DIU. Ahora todo está... bien.

La miro a la cara—. Gracias por contármelo.

Sus ojos se suavizan—. Gracias por no decir alguna estupidez.

—¿Como qué?

—Como decir que es 'tierna' o 'badass'.

Sonrío—. Está bien, pero *sí* como que creo que es medio badass.

Se ríe y se inclina sobre mí, posando un beso en mi mandíbula—. *Sabía* que lo dirías.

Ahora I'm recostado, hundido en los cojines. Ella está sentada a horcajadas sobre mis muslos, aún envuelta en la manta, con las yemas de los dedos dibujando líneas perezosas por mi pecho. Sus

ojos me recorren despacio, como si absorbieran cada cicatriz, peca y arista de mí.

—Eres como un unicornio —murmura.

Alzo una ceja—. ¿Porque te di pizza fría y un orgasmo de los buenos?

—No. Porque de verdad preguntaste si estaba bien.

Le paso el pulgar por el pómulo, y todo el calor y la broma ceden un momento a algo más callado—. Eso no debería ser raro.

Me mira durante un largo segundo. Luego, sin decir una palabra, se aparta la manta de los hombros.

Y vuelve a estar desnuda.

Su cuerpo, aún encendido por lo de antes, se ve comestible con la luz tenue. Sus tetas rebotan apenas al moverse—perfectas, llenas, suaves— y mi verga se estremece solo con verla.

—Sabes —digo, la voz más baja ahora—, tienes *tetas* para pecar.

Suelta una risa entrecortada. —Qué romántico.

—No dije que fuera poeta. Pero desde el segundo en que dejé de hacerlo, no paro de pensar en volver a chupártelas.

Se muerde el labio inferior, luego mete la mano entre nosotros, encontrándome ya duro otra vez. Sus dedos me rodean, acariciando lento y deliberado.

Gimo, echando la cabeza hacia atrás.

—¿Segura?

Asiente, la voz ronca. —Solo... un poco más despacio esta vez.

Le paso un condón del cajón. Mantiene los ojos fijos en los míos mientras lo abre y me lo desliza, con los dedos seguros y suaves.

Luego se pone de rodillas y se desliza sobre mí.

Es calor *instantáneo*. Apretado. Profundo. Se le corta la respiración y los ojos se le cierran temblando. Mis manos vuelan a sus caderas y la sujeto con fuerza, sosteniéndola ahí mientras la lleno.

—Mierda —escupo entre dientes—. Se siente a gloria.

Se mueve despacio, las caderas girando en círculos perezosos, frotándose en lugar de rebotar. Sus manos se apoyan en mi pecho. Las mías bajan de su cintura a su culo, atrayéndola más, arrastrándola hacia abajo para que me reciba hasta el fondo.

Tiembla un poco, gimiendo en el espacio entre nosotros.

Sus dedos pellizcan sus pezones, los ruedan, y se me oscurece la vista. Mi verga late dentro de ella.

—¿Estás tratando de hacerme perder la cabeza?

Sonríe, aturdida. —¿Tanto así?

Embolo hacia arriba, una vez—solo para arrancarle un jadeo.

Funciona.

Y entonces empieza a cabalgarme más rápido. Más profundo. Su ritmo sigue siendo fluido, pero ahora más desesperado. El golpe de piel contra piel se vuelve más nítido. El sudor le perló las sienes. El cabello se le pega a la espalda. Sus gemidos suben de tono cada vez que le doy justo en ese punto.

Mis manos están en todas partes—abarcando sus pechos, deslizándose por su espalda, sujetando sus muslos.

La miro desmoronarse otra vez.

Y entonces—*crac*.

Al principio es sutil.

Pero luego todo su cuerpo se queda quieto, con los ojos muy abiertos.

—Oh, Dios mío —exhala. Se alza un poco y mira hacia abajo.

El condón está roto de par en par en la base.

—Mierda —murmuro, intentando inmovilizarla—. Ok, espera—

Apoya ambas manos planas sobre mi pecho, deteniéndome. Su voz es tranquila, firme.

—Está bien —dice—. Te lo dije antes. Tengo un DIU.

Se me tensa la mandíbula. —¿Segura?

—I'm covered —dice, alzando las caderas y deslizándose de nuevo hacia abajo, ahora sin nada—. Me lo cambié el año pasado.

Dudo, aún dentro de ella, con el corazón desbocado.

Luego asiento. —Ok.

Y le sujeto las caderas.

Y *embisto*.

Ella grita, fuerte, indefensa. La crudeza de eso me atraviesa directo.

Ya no hay contención. No hay barreras. Solo nosotros.

Me cabalga como si lo *necesitara*—como si fuera una adicta. Sus uñas se me clavan en los hombros. Yo embisto hacia arriba, más fuerte con cada estocada, el sudor volviendo resbalosa nuestra piel.

Los sonidos son obscenos. El arrastre húmedo de su cuerpo sobre el mío. Sus pequeños jadeos entrecortados. La forma en que dice mi nombre como una plegaria y una maldición.

Ella se rompe primero—temblando, gritando, con todo el cuerpo palpitando alrededor de mí.

La sigo rápido, gimiendo hondo en la garganta, perdiéndome en la sensación de ella completamente, absolutamente desnuda.

Y cuando caemos, enredados, sin aliento y destrozados, el único sonido es el golpe bajo de la música de fondo y nuestros corazones martillando al unísono.

Capítulo 5

Olivia

Mi cuerpo todavía vibra.

No hay otra palabra para describirlo. Siento cada nervio encendido y sosegado al mismo tiempo. Estoy acurrucada al costado de un hombre que conocí hace apenas unas horas, pero me siento extrañamente segura. Como si debiera estar aquí. Su brazo sigue rodeándome, cálido y pesado. Creo que su pulgar traza círculos perezosos cerca de mi cadera, pero no sabría decir si lo hace de forma consciente o no.

La habitación huele a sexo, a sudor y a pizza.

Tengo los muslos pegajosos, las mejillas calientes y ni siquiera me importa. No esta noche.

No después de eso.

Ambos estamos ahí acostados bajo la misma manta, medio cubiertos, medio desnudos, y todavía recuperando el aliento. Las ventanas están empañadas. La ciudad brilla justo afuera, borrosa y distante. Lo miro. Él observa el techo como si estuviera pensando en diez cosas distintas a la vez.

—Oye —digo suavemente—, solo para estar segura... estás limpio, ¿verdad?

Gira la cabeza hacia mí. —Sí. El último análisis fue hace tres meses. Todo despejado. ¿Tú?

Asiento. —Igual. Mi última aventura fue hace casi un año y medio. Me hice las pruebas esta primavera. Todo bien.

Se acomoda un poco para quedar mejor frente a mí. —¿Fue con... *el que nunca preguntó si estabas bien?*

Se me corta la respiración. Dios. Por supuesto que es así de jodidamente perceptivo.

Miro hacia la manta. —Sí. Ese mismo. Era un profesor adjunto en mi facultad.

Hay un segundo de silencio, pero no del tipo que se siente crítico. Solo... silencio.

—No quise sacar un tema de mierda —dice con ternura.

Niego con la cabeza. —No, está bien. Es que... tenía diecinueve años. Él tenía veintiocho. Fue un lío. Y bastante humillante.

—¿Qué pasó?

Suspiro. —Empezó a salir conmigo, pero no me di cuenta sino hasta después de que ya había hecho lo mismo con al menos otras dos estudiantes antes que yo. Cuando amenacé con denunciarlo, se armó un escándalo con el departamento. Ya no tiene permitido dar clases a universitarios. Básicamente vive en la oficina de Recursos Humanos de NYU ahora.

El rostro de J.P. se endurece apenas un poco. —Eso no fue solo un lío, Olivia. Eso estuvo mal.

Se me oprime el pecho. —Lo sé. Meghan, mi mejor amiga, fue la única persona que no me hizo sentir que era mi culpa.

—Porque no lo *era*.

Parpadeo al mirarlo y luego sonrío un poco. —Gracias.

Él asiente y luego se frota la nuca. —Eres como la primera persona con la que hago esto en... mucho tiempo.

Ladeo la cabeza. —¿Esto?

—Sexo con sentimientos... —Siento que se me abre el pecho.

—¿Cuánto es mucho tiempo?

—Tres años.

Abro mucho los ojos. —¿En serio?

—Sí. Después de la escuela de posgrado, todo se volvió una locura. Me mudé a Londres por trabajo. Horas interminables. Reunas de directorio. Viajes. Parpadeé y me di cuenta de que no había salido con nadie desde... bueno, desde aquel entonces.

—¿Es ella la que... ya sabes, la de la primavera pasada?

—Nena, he tenido mi polla en tu boca. Puedes decir *follar.*

Suelto un bufido. —No soy una mojigata.

—Lo sé. Eso me gusta de ti. Y para responder a tu pregunta, sí. Nos conocimos en una conferencia y las cosas simplemente se salieron de control.

—Eso es una locura.

Se encoge de hombros. —No fue intencionado. Solo pasó. Pero acordamos que fue un error y ahí quedó la cosa. Supongo que al final todo salió bien porque ahora estoy aquí acostado, muy desnudo, con una chica que huele a gloria y come piña en la pizza, y me pregunto por qué esperé tanto.

Me río y hundo la cara en su hombro. —Eres un seductor.

—Soy sincero.

—Eso es peor.

Gira el rostro hacia mí y me besa la sien. —Aun así. Esta noche... odio tener que volver a Londres pronto.

Asiento, tratando de que no se note la extraña punzada en mi pecho. —Sí. Lo entiendo. Quiero decir, tienes toda tu vida allá.

Exhala lentamente. —Pero si alguna vez vuelvo...

—Aquí estaré —digo con sencillez—. Brooklyn no se va a ningún lado.

Nos quedamos allí tumbados, en silencio un momento. Puedo sentir los latidos de su corazón bajo mi mejilla.

—Eres un nerd —murmuro después de un instante.

Él se ríe. —Acepto eso.

—Eres un nerd *y* eres ridículamente atractivo. Lo cual es molesto.

—Lo dices como si yo no estuviera aquí acostado, completamente deshecho por *tu* culpa. Y Olivia, estoy empezando a sentirme muy objetivado.

—Oh, cállate, Jake. Dices eso como si no te hubiera oído pedirme que te follara las tetas hace diez minutos.

Se cubre la cara con la mano y gruñe. —Sigo sintiéndome objetivado.

Sonrío con picardía y le pellizco un pezón solo para molestarlo. —Ahora estamos a mano.

Su mano sale disparada y me da un pellizco suave, y yo suelto un chillido antes de que ambos estallemos en risas.

—Esta es la noche más loca que he tenido —susurro una vez que nos calmamos.

—Necesitas vivir un poco más —bromea él.

Alzo una ceja. —¿Te ofreces a ayudar?

—Estaría encantado —murmura, rodando hasta quedar medio encima de mí.

Su mano se desplaza de nuevo hacia mi pecho, esta vez con más ternura, y luego me retuerce el pezón otra vez; juguetón y un poco ansioso.

—Vale, espera —digo con el aliento entrecortado—. ¿Cuál es la cuenta de orgasmos ahora mismo?

Se inclina, me muerde la clavícula y murmura: —Todavía no hemos terminado.

Me río, casi sin aire. —¿Estás *de broma*?

Se desliza hacia abajo por mi cuerpo sin responder.

Y de repente siento su boca entre mis muslos de nuevo; caliente, implacable, tan llena de gratitud que resulta estúpido.

Pierdo la cuenta.

Otra vez.

Mi piel sigue vibrando cuando se mueve de nuevo.

Me encanta que, a pesar de mis curvas, no tiene ninguna dificultad para moverme y acomodarme a su antojo.

Es tan jodidamente excitante.

Sus manos se deslizan por mi cintura, anclándome debajo de él, y cuando arqueo las cejas con divertida incredulidad, él solo se inclina y susurra: —Todavía no hemos terminado.

—Eres insaciable —susurro.

—Y tú eres... —Pasa la mano por mi pecho, rozando el pezón con el pulgar—. Injustamente hermosa.

—¿Hablas en serio...?

—Ajá —dice enfático.

Antes de que siquiera termine de reír, me guía suavemente por los hombros hasta que quedo de rodillas en el sofá, con la espalda contra los cojines y el pecho erguido. La manta se me resbala por completo y de repente soy consciente de lo expuesta que estoy bajo la tenue luz de su departamento. No es vergüenza lo que siento. Solo esta emoción eléctrica y un poco irreal de ser *vista* así.

Él está arrodillado frente a mí ahora, con la polla ya dura de nuevo, sosteniéndola de la base con una mano. Con la otra, me

sujeta los pechos, juntándolos. Están encendidos e hinchados, todavía sensibles por todo lo que hemos hecho.

—¿Así? —pregunto en voz baja.

Él suelta un gemido como si acabara de entregarle un billete de lotería ganador.

—Exactamente así.

Los presiono uno contra otro para él, y su mirada se nubla. —Joder, Olivia.

El primer deslizamiento es tentativo, provocador. Se deja resbalar entre ellos lentamente, observando cómo mi piel lo abraza, lo ajustado que es el encaje. Su respiración cambia; más agitada, más profunda. Veo cómo aprieta la mandíbula y se le tensan los nudillos.

—Vas a matarme —masculla.

Le sonrío con picardía. —¿Sigues objetivado?

—Completamente.

Me acomodo ligeramente, apretando un poco más. Se muerde el labio inferior con la fuerza suficiente para dejar una marca.

Ahora se mueve más rápido, su ritmo aumenta con cada embestida entre mis pechos. Sus manos encuentran mis hombros, luego mi mandíbula, y después bajan de nuevo para sostenerme, apretándolos alrededor de sí mismo, guiando el movimiento.

—Te ves tan sexy así —dice con voz ronca—. Apenas puedo mirarte.

Me lamo los labios y observo cómo sus ojos se desvían hacia mi boca.

Entonces me inclino un poco; lo justo para pasar la punta de la lengua por su glande cuando se desliza cerca.

Todo su cuerpo se estremece. —Cielo santo... Olivia.

El contacto lo hace perder el control. Arremete con más fuerza, sus abdominales se tensan y su rostro se retuerce en la expresión más deshecha y hermosa que he visto jamás. Hay algo vulnerable en lo entregado que parece. Como si no estuviera intentando ser sexy. Simplemente lo *es*.

—Eres perfecta —dice con rudeza.

Su ritmo vacila apenas un poco.

Siento el rastro húmedo que deja, su calor, lo cerca que está.

Entonces se detiene, maldice y se retira.

Respira con dificultad, con los ojos clavados en los míos.

—Podría haberme corrido ahí mismo —dice con una sonrisa ladeada.

Ni siquiera respondo. Solo me dejo caer hacia atrás, totalmente sin fuerzas, con la piel encendida por todas partes.

Más tarde, mucho más tarde, estoy lánguida en el sofá, con los dedos enroscados en su muñeca. Me besa la parte interna de la rodilla una vez, y otra más.

Está buscando una toalla o una toallita o algo, probablemente haciendo de caballero o qué sé yo, pero lo detengo.

—¿Podemos simplemente... acurrucarnos mejor?

Él levanta la vista.

Y sonríe.

—Sí. Podemos.

Se sube a mi lado de nuevo, me atrae hacia él y me rodea la cintura con un brazo. Esta vez es un abrazo total, de extremidades enredadas, de esos donde no queda aire entre nosotros. Huele a sudor, a piel y a algo ligeramente amaderado. Su aliento me calienta el cuello.

Ni siquiera oigo cómo se estabiliza su respiración.

Pero lo siento.

Se queda dormido antes de que yo logre procesarlo.

Mis ojos también se cierran, incluso mientras pienso en la caja de pizza medio abierta sobre la mesa de centro. Incluso mientras me digo a mí misma que esto no significa nada. Que él se va.

Pero la verdad es que... no me había sentido así de cálida en mucho tiempo.

¿Y por esta noche?

Eso es más que suficiente.

*

Me despierto con el zumbido vibrante de un teléfono en algún lugar bajo un cojín.

Me duele el cuello. Mis piernas están enredadas con una manta y un cuerpo increíblemente cálido. Y por unos pocos y perfectos segundos de desorientación, no recuerdo dónde estoy.

Entonces lo huelo a él.

Colonia, piel limpia y un leve aroma a masa tostada. Jake. Los recuerdos me invaden: pizza y labios, gemidos y bromas, la adrenalina demencial de la noche anterior.

Su brazo me rodea. Nos quedamos dormidos en el maldito sofá.

El zumbido empieza de nuevo. Él se mueve, gruñendo suavemente antes de buscar a ciegas debajo del cojín del sofá.

Sus dedos rozan mi cadera antes de encontrar finalmente su teléfono. La pantalla ilumina su rostro. Puedo ver cómo ocurre el cambio en tiempo real: la forma en que su suavidad entibiada por el sueño se desvanece en algo cortante y serio mientras habla.

Parpadea. —Mierda.

—¿Qué pasa?

Se incorpora del todo ahora, pasándose una mano por la cara. —Es Max.

Me apoyo en un codo, con el corazón encogiéndose. —¿Está bien?

—Está en Nueva Orleans. Y al parecer, todo se fue al infierno. —Ya se está levantando, frotándose la nuca y luego pasándose una mano por el pelo como si intentara resetear físicamente su cerebro —. Tengo que ir a buscarlo.

Asiento rápidamente. —Ve. Por supuesto.

Yo también me incorporo, de repente muy consciente de que sigo básicamente desnuda, con el pelo hecho un desastre y probablemente oliendo a sueño, sexo y pizza. Busco mi ropa con la mirada y veo mis jeans sobre el brazo de la silla y mi brasier colgando de la lámpara como una especie de bandera de victoria retorcida. *¿En qué momento llegó eso ahí?*

Busco mi teléfono en el bolso y maldigo por lo bajo.

—¿Todo bien? —pregunta él, deteniéndose a mitad de camino hacia su habitación.

—Son las siete de la mañana —murmuro, mostrando la pantalla —. Y tengo aproximadamente doce mensajes furiosos de mi

hermano.

Él hace un gesto de simpatía compasiva. —Seré rápido.

Desaparece por el pasillo y yo me pongo los jeans y el resto de mi ropa lo más rápido que puedo. Intento domar mi cabello en el reflejo del microondas, luego tomo una servilleta de la pizza para darme toques en la cara y el cuello, tratando de asearme un poco sin enfrentar del todo cuánto de mí misma dejé anoche.

Para cuando Jake regresa, lleva una camiseta negra suave y una sudadera con cremallera, las llaves en una mano y el pasaporte en la otra. Se detiene al verme ya vestida.

—¿Ya estás lista? Pensé que querrías ropa limpia.

—Estoy bien —digo suavemente—. No quería estorbarte. Además, si Caleb me ve con ropa de otra persona después de lo de ayer... bueno...

Cruza el espacio en dos pasos, tomándome el rostro con una mano y apoyando la otra en mi zona lumbar. Sus labios rozan los míos en un beso que es demasiado tierno para algo de una sola noche.

—Lo de anoche fue... —comienza él.

—Lo sé —susurro.

—Lo digo en serio. —Su pulgar acaricia mi mandíbula—. No esperaba nada de esto. Y me alegra mucho que haya pasado.

Se me hace un nudo en la garganta, pero asiento. —Sí. A mí también.

Suelta un suspiro y luego vuelve a tomar su teléfono. —Dame tu número. Quiero que hablemos de nuevo cuando regrese.

Le extiendo la mano. —Dámelo.

Él sonríe mientras yo lo anoto y luego lo guardo como *Liv, diosa de la pizza*.

Revisa el contacto y asiente. —Listo.

—Por favor, ten cuidado —le digo—. Pareces del tipo que se olvida de comer cuando las cosas se ponen estresantes.

Se ríe bajito. —Culpable. Tú también ten cuidado, ¿está bien?

Asiento de nuevo, con el corazón demasiado lleno, demasiado acelerado.

Entramos juntos en el ascensor, y hay un silencio de ese tipo suave y cargado. Todo parece más lento ahora. Sus dedos rozan los míos. Ninguno de los dos se aferra.

El ascensor suena. Planta baja.

Salimos al silencio de las baldosas de mármol. Me detengo junto a las puertas, con las llaves ya en la mano. —¿Necesitas que te lleve al aeropuerto?

Niega con la cabeza. —Estaré bien. Ya has hecho suficiente.

Lo miro por última vez, memorizando su rostro bajo la luz de la mañana, las arrugas alrededor de sus ojos, la suavidad que aún queda en sus labios.

Se inclina, me besa de nuevo; lento, definitivo, hermoso.

—Adiós, J.P. —digo.

—Adiós, nena —susurra.

Y entonces se aleja, con la capucha puesta, el pasaporte de nuevo en la mano y el teléfono ya sonando otra vez.

Me quedo allí un segundo de más, con el aliento contenido.

Luego me doy la vuelta, me dirijo al coche de Caleb y me deslizo tras el volante, preparándome mentalmente para la tormenta de mensajes, miradas gélidas y suspiros dramáticos que recibiré en cuanto entre en nuestro departamento.

Debería estar preocupada.

Pero en lo único que puedo pensar es en la forma en que dijo *nena*.

Y en cómo, por una noche, una serie aleatoria de giros equivocados me hizo aterrizar de algún modo en el lugar correcto.

Capítulo 6

Jake

No voy ni por la mitad del camino al aeropuerto cuando llamo a Claudia.

—¿Diga? —responde ella, ya sin aliento—. Dijeron que al menos otra hora. El retraso por el clima en la pista de Atlanta está arruinando todo...

—Solo consígame un asiento en el próximo vuelo comercial —la interrumpo.

Hay una pausa. —¿Está seguro?

—Sí.

No quiero servicio de champagne ni aceitunas importadas ni un maldito lujo con jet-lag. Quiero llegar allí. Ahora.

—Resérvelo. Directo a Louis Armstrong. Iré hacia el JFK.

—Le enviaré los detalles por mensaje en cuanto lo confirme.

—Gracias.

Cuelgo y me quedo mirando por la ventanilla polarizada del auto la mancha borrosa de Brooklyn que pasa a toda velocidad. La niebla se aferra a las esquinas del horizonte. Apoyo brevemente la frente contra el cristal. Hace demasiado frío y no el suficiente frío, todo a la vez.

¿Qué carajo pasó?

Después de la llamada en la que sonaba todo aturdido y confundido, Max había enviado un mensaje de solo dos palabras: *Te necesito.*

Después, otro mensaje con una ubicación fijada y el nombre de un hotel. Sin detalles. Sin Sylvia. Sin cordura. Solo Max, desmoronándose de nuevo, arrastrando su desastre a través de las fronteras estatales como si fuera una maldita actuación.

Me paso una mano por el cabello y dejo caer la cabeza hacia atrás contra el asiento. Todavía llevo puesta la sudadera de anoche,

y puedo sentir su aroma en mí; crema de vainilla, tal vez, o simplemente ella.

Saco mi teléfono otra vez.

Ha pasado poco más de una hora desde que la dejé de pie en el vestíbulo.

Ya tiene que estar en casa. O al menos en el auto de Caleb, de camino hacia allá.

Me desplazo por los mensajes recientes y llego a su contacto: *Liv, diosa de la pizza.*

Sonrío, apenas.

Luego escribo **¿Llegaste bien a casa?** y le doy a enviar.

Rebota.

Mensaje no entregado.

Frunzo el ceño. Qué raro.

Intento de nuevo y verifico el contacto: el mismo número exacto que ella escribió.

Otro rebote.

Bien, ¿tal vez tiene el teléfono apagado? Pero eso no explica el rebote. Eso solo sucede cuando... mierda.

En su lugar, presiono "llamar". Espero. Un tono. Dos. Pasa directo al tono de error.

Entonces, como un idiota, hago algo desesperado: cuento.

Dígito por dígito. En voz alta.

347-817-91...

Me detengo.

Está incompleto.

Solo hay *nueve dígitos*. Ella olvidó uno. O tal vez lo escribió mal. Tal vez se me escapó el dedo al guardar.

—Maldita sea —murmuro.

Por supuesto. Por supuesto que esto tenía que pasar. El fallo en lo que ya era una de las noches más extrañas, caóticas e inesperadamente hermosas de mi vida.

Me inclino hacia adelante en el asiento y vuelvo a escribir el número, probándolo con cada posible dígito faltante en el último lugar. Envío mensajes a diez combinaciones diferentes.

Uno se entrega.

Pero la respuesta que recibo es: **"¿Quién es?"**

Definitivamente no es ella.

Intento añadir un dígito al principio. ¿Tal vez era algo del código de país? O tal vez lo copió mal. Intento permutaciones con diferentes segundos dígitos también; si era **347**, ¿quizás se suponía que era **3477**? ¿O **1347**?

Mi mente matemática se acelera.

Si al número le falta un dígito, hay *10 posibilidades*. Pero si ella escribió mal un dígito en *alguna parte*, las permutaciones se disparan. Si confundió un **1** con un **7**, o cambió un **6** por un **9**, estoy hablando de quizás *30 o 40 combinaciones plausibles*, dependiendo de en qué lugar esté el error.

Intento unas cuantas más. Mis mensajes están empezando a ser marcados como spam. A este paso voy a parecer un estafador.

No hay forma de que pueda encontrarla de esta manera.

Le envío un mensaje a mi asistente y le pido su ayuda.

Se me revuelve el estómago, una náusea lenta y progresiva que no puedo quitarme.

Esta chica. Olivia.

Su risa. La forma en que sus ojos se clavaron en los míos cuando me entregó ese vaso de agua. La forma en que tomó un riesgo y me dejó entrar en su auto, me dejó tocarla, besarla, follarla, quedarme dormido enredado con sus extremidades sobre mi pecho.

Y ahora...

Simplemente se ha ido.

Un número perdido. Un dígito faltante. Una maldita tragedia escrita en una pulsación de tecla errónea.

Suena mi teléfono otra vez. Es Claudia.

—Le conseguí un asiento —dice—. Delta, JFK. Puerta 23A. El tiempo está muy justo, pero llegará si no se queda atrapado en el tráfico.

—Perfecto. Envíeme la tarjeta de embarque.

—Una cosa más.

—¿Qué?

—¿Me dijo que localizara a la planificadora de eventos del compromiso de anoche?

Me enderezo. —Sí.

—Su nombre es Tamara Rhodes. Encontré su LinkedIn y le envié un mensaje. ¿Quiere que me ponga en contacto con el equipo de catering también?

—Sí. Por favor. Con cualquiera de ese personal. Cantineros, meseros, cualquiera que trabaje bajo el equipo de hostelería. Alguien la conocerá.

—Entendido.

Ella cuelga y me quedo solo de nuevo con el eco de los neumáticos sobre el asfalto y el ruido blanco en mi cabeza.

Max se está desmoronando en Nueva Orleans.

Y Olivia —la chica que me recordó lo que se sentía desear a alguien sin interpretar un papel— es ahora un fantasma con nueve números y un maldito sostén rosa impresos en mi memoria.

Miro fijamente mi pantalla. Su hilo de mensajes. Vacío.

—Te encontraré —murmuro.

Incluso si toma semanas.

Incluso si tengo que rastrear a cada mesero en Brooklyn.

No voy a dejar que esto termine por un dígito faltante.

*

Soy bueno en las matemáticas.

Es lo primero a lo que mi cerebro se aferra. Lo único a lo que puedo aferrarme mientras estoy de pie en una habitación de motel de mala muerte que huele a vodka, sudor y fracaso, viendo a los paramédicos intentar reanimar a Max.

Hay *cuatro* botellas en el suelo.

Dos todavía con tapa. Una derramada. Una vacía.

Tres Red Bulls aplastados.

Un frasco de prescripción naranja, abierto y traqueteando.

Seis pastillas azules esparcidas por la alfombra como confeti.

Una de ellas a medio camino debajo de la cama del motel.

Uno. Refiriéndose a Max. El único.

El paramédico de los guantes azules dice su nombre dos veces —*Maxwell, ¿puede oírme? ¿Maxwell?*— y luego ladra pidiendo el

Narcan. Ya le están administrando líquidos. Revisando pupilas. Hay un monitor ahora, pitando constantemente, demasiado rápido, demasiado errático.

Me quedo en la esquina de la habitación, congelado en mi lugar.

Soy bueno en las matemáticas.

Y si sigo contando, tal vez no me hunda.

Hay *once* pasos desde la puerta hasta la cama.

Dos mujeres se fueron llorando cuando lo vieron convulsionar.

Diez minutos desde que tiré la puerta de una patada y lo encontré boca abajo en la alfombra del motel, con la piel del color de la masa cruda y los labios grises.

Diez minutos.

Pero se sienten como horas.

Y todo este tiempo, he estado conteniendo el aliento.

Mi mejor amigo podría morir hoy.

Mi mejor amigo podría morir, y no sé qué carajo hacer con eso.

Todavía llevo puesta la sudadera de anoche. Ni siquiera me he duchado desde que salí de Brooklyn. Mis zapatos están manchados con la mugre del pasillo del motel, y mis manos tiemblan.

Max. Cristo bendito.

Él estaba riendo anoche. Bromeando. Besando a Sylvia y susurrándome cosas estúpidas al oído como *No dejes que me emborrache demasiado, JP*. Como si supiera que yo estaría allí para atraparlo.

Él siempre asume que estaré allí para atraparlo.

Porque siempre lo estoy.

Estuve allí cuando se desmayó en una fiesta en la universidad y casi se ahoga en un jacuzzi. Estuve allí cuando estrelló el Porsche de su dad contra un buzón e intentó alejarse como si no se hubiera provocado una conmoción cerebral. Estuve allí cuando Sylvia lo dejó la primera vez y se llevó una botella de algo oscuro a la bañera y me desafió a que intentara detenerlo.

Y lo hice.

Cada vez.

Pero esta vez, no fui lo suficientemente rápido.

—¿Cómo se llama él otra vez? —me pregunta uno de los paramédicos.

—Maxwell St. James —digo—. Veintiséis años. Alérgico a la penicilina.

Ellos asienten y siguen trabajando. Creo que uno de ellos me mira con simpatía. O tal vez es solo lástima.

Max no se mueve.

Le inyectan el Narcan.

Cuento los segundos después.

Uno... dos... tres...

Debí haberme fijado. Debí haberlo sabido. ¿La forma en que se tambaleaba anoche? Lo descarté como estrés, un error estúpido. Le di el beneficio de la duda. Como un maldito idiota.

Porque estoy cansado. Porque dejé que me distrajeran.

Por ella.

Por Olivia.

Sacudo su imagen de mi cabeza; su risa suave, la forma en que olía a coco y a algo más que no lograba identificar. La forma en que me besó como si lo sintiera de verdad. Como si viera algo en mí que no fuera solo el legado o la presión o el hijo de alguien más.

El pitido cambia.

Hay un gemido.

Max tose.

—Oh, gracias a Dios —susurro.

Siento que mis rodillas casi ceden.

Está respirando. Está consciente.

Apenas.

Pero es suficiente.

Cierro los ojos por un largo momento, lo suficiente para sentir que mi mandíbula empieza a temblar. Lo reprimo. No voy a desmoronarme aquí. No cuando Max es el que está en la camilla.

Miro hacia abajo. Mis nudillos están blancos de lo fuerte que he estado apretando el pomo de la puerta. Mis uñas han dejado medias lunas en mi palma. Suelto el agarre.

Uno de los paramédicos —alto, con la cabeza rapada y ojos serios— se me acerca. —Lo llevamos al Ochsner Medical. Está

estable por ahora, pero estuvo cerca.

Asiento. —Los seguiré.

Sacan a Max en la camilla.

Me quedo atrás lo suficiente para agarrar su billetera del suelo, su teléfono de la mesa de noche. Hay dos llamadas perdidas de Sylvia. Cinco de un número privado. No quiero saber de qué se trataban.

Meto sus cosas en mi bolsillo trasero y echo un último vistazo a la habitación.

La cama está desecha.

Hay una mancha cerca del tocador, ¿alcohol?, ¿vómito?, ¿sangre? No lo compruebo.

Hay *trece* tapas de botellas vacías sobre el tocador.

Trece.

El número más maldito de todos.

*

Sigo a la ambulancia en un auto alquilado. Cada semáforo en rojo se siente como una burla. Mis manos golpean el volante, contando el tiempo, las millas y los nombres de las calles. Cualquier cosa para mantenerme por delante del colapso.

Cuando finalmente entramos en la zona de descarga del hospital, dejo el auto con el valet y entro disparado.

Max está en algún lugar detrás de la cortina cuatro en urgencias.

No entro.

Aún no.

En su lugar, me siento en un banco junto a las máquinas expendedoras y le envío un mensaje a Claudia.

Consígueme una habitación privada si se libera una. Avísale a su padre que está aquí. También a Sylvia. Pero filtra quién entra.

Ella responde: *Por supuesto. ¿Está usted bien?*

No respondo.

No estoy bien.

Porque Max casi muere.

Porque me permití creer que estaba bien.

Porque bajé la guardia por un segundo —por una noche perfecta y caótica— y todo se desmoronó.

Y ahora la chica que me hizo olvidar el peso que he estado cargando también se ha ido.

Solo un dígito faltante.

A falta de un número.

Al igual que Max. Una pastilla de más. Un minuto demasiado tarde.

Y aun así, aquí estoy.

Porque siempre lo estoy.

Porque conozco las matemáticas.

Y sin Max, la ecuación no cuadra.

Capítulo 7

Olivia

Me despierto de golpe, con el pecho agitado como si alguien me hubiera presionado la mano con fuerza sobre él. Estoy empapada en sudor, las sábanas se me pegan al cuerpo y el recuerdo de la boca y las manos de J.P. perdura como si acabara de vivirlo otra vez. Solo que esta vez, en lugar de su voz baja incitándome a acercarme, hay silencio. Mi habitación se ve gris bajo la luz del amanecer, el zumbido del tráfico de Brooklyn afuera es amortiguado por mi ventana, y lo único que suena fuerte es el ritmo irregular de mi propia respiración.

Me incorporo, me presiono los lagrimales con la base de las manos e intento calmarme. El reloj de mi mesa de noche me devuelve la mirada: 6:03 a.m.

No hay mensajes nuevos.

Mi teléfono está justo donde lo dejé, conectado al cargador. La pantalla en blanco bien podría estar burlándose de mí.

Intento no ser esa clase de chica, la que analiza cada pequeño detalle, pero la verdad es que me carcome. Me dijo que tenía que ir a ver cómo estaba su amigo, y luego... nada. Ninguna novedad. Ni un adiós. Simplemente se desvaneció en cualquier mundo del que viniera. Quizás fue ingenuo pensar que una noche podía significar más de lo que significó. Quizás esté ocupado. O quizás yo solo fui una distracción de algo en lo que él no quería pensar.

De cualquier manera, la ausencia me atormenta.

Un fuerte pinchazo en el estómago me saca de mis pensamientos. Gruño, aparto las mantas y tropiezo hacia el baño. El azulejo frío despierta mis pies de golpe. Apenas llego al inodoro antes de empezar a vomitar; mi cuerpo se sacude como si hubiera estado esperando este momento desde ayer.

Me sujeto del asiento, con el sudor chorreando por mis sienes y la garganta en carne viva y agria. Cuando termina, tiro de la cadena, me siento en el suelo y apoyo la frente contra la porcelana fría. El

estómago todavía me da vueltas, pero al menos ahora está vacío. Me digo a mí misma que es solo un virus. O estrés. O tal vez ambas cosas. No he estado comiendo precisamente bien: demasiados bocadillos de máquinas expendedoras entre clases, demasiado café, pocas horas de sueño.

Finalmente, me levanto, me quito la musculosa húmeda y me meto en la ducha. El agua está tibia, casi demasiado caliente, pero se siente bien cayendo sobre mis hombros. Cierro los ojos y dejo que corra sobre mí, lavando el sudor, el sabor amargo de mi boca y el dolor en el pecho que parece que no puedo quitarme de encima.

Para cuando regreso a la cama, con el cabello húmedo y pegado a mis mejillas, me siento un poco más humana. Mi alarma está puesta para las 9:00, así que no me perderé la clase. Probablemente debería aprovechar este tiempo para repasar los apuntes, tal vez adelantar las lecturas para mi seminario de Economía en NYU, pero ya siento los párpados pesados.

Pienso en él una última vez —en cómo me besó, como si estuviera hambriento, en cómo me llamó "nena" justo antes de separarnos— y luego vuelvo a sumergirme en el sueño.

La siguiente vez que vuelvo en mí, no es mi alarma la que me despierta. Es Caleb sacudiéndome suavemente, con voz baja pero urgente.

—Liv. Oye, Liv, despierta. ¿Estás bien?

Parpadeo, confundida. Su rostro se enfoca sobre mí; mi hermano mayor se ve demasiado impecable para lo mal que me siento. Ya lleva pantalones negros y una camisa, tiene el cabello peinado y el tenue aroma de su loción para después de afeitar se percibe en él.

—Te ves fatal —dice, frunciendo el ceño—. ¿Estás enferma?

—Creo que sí —murmuro con voz rasposa—. Desde ayer. Solo algo del estómago.

Su mano se apoya en mi frente, como cuando éramos niños y comprobaba si tenía fiebre. —Cielos, estás caliente. ¿Segura de que no quieres que te lleve al hospital antes de irme?

Niego con la cabeza, arrepintiéndome de inmediato cuando el movimiento hace que la habitación se incline. —Estaré bien. Tengo clase a las diez; haré un esfuerzo y aguantaré.

No parece convencido. —¿Hacer un esfuerzo? Liv, apenas puedes mantenerte sentada ahora mismo.

—Me las arreglaré —insisto, aunque incluso para mis propios oídos suena poco convincente.

Caleb suspira, pasándose una mano por su cabello oscuro. Tiene esa misma expresión protectora que siempre pone cuando estoy en problemas. —Tengo un trabajo esta noche; estaré de barman en esa inauguración de una galería en el Upper East Side. Gente elegante. Estaré fuera hasta tarde. Pero te lo juro, si te sientes peor, prométeme que llamarás a alguien.

—Lo haré.

Se inclina y me da un beso rápido en una parte limpia de la frente. —Prueba con una compresa fría. Te ayudará. —Mira hacia la sala—. Meghan también está aquí. Llegó tarde anoche y se quedó en el sofá. Deberías decirle cómo te sientes; ella te echará un ojo.

—Está bien —susurro.

Me dedica una última mirada —de esas que dicen que no me cree del todo pero que no tiene tiempo para discutir— y luego agarra su maleta y se va. La puerta principal se cierra tras él con un golpe suave.

Me desplomo de nuevo contra la almohada, ya agotada otra vez. Unos minutos después, oigo pasos y Meghan se arrastra hasta mi cuarto, con el pelo hecho un desastre y el rímel corrido bajo los ojos.

—¿Cómo estás, nena? —pregunta, con la voz ronca por el sueño.

—No muy bien —admito, cubriéndome la cara con las manos.

Sin dudarlo, desaparece en la cocina y luego reaparece con un paño húmedo. Lo presiona suavemente contra mi frente. —Ten. Compresa fría, la enfermera Meghan a tu servicio.

El frescor me alivia de inmediato y gimo de alivio. —Eres la mejor.

—Obvio. —Se sube a la cama a mi lado, cubriéndonos a las dos con las mantas como si fuéramos niñas otra vez—. Deberíamos quedarnos durmiendo. Olvida la clase, olvida todo. Nos despertaremos a las nueve, buscaremos unos bagels, tal vez un café frío, y enfrentaremos al mundo como seres humanos funcionales.

Su voz es suave, juguetona, pero puedo sentir el peso detrás de ella. Meghan siempre sabe cuándo bromear y cuándo ponerse seria.

—Hecho —murmuro, acomodándome para que mi cabeza descanse en su hombro. No se inmuta. Nunca lo hace.

La habitación está en silencio, excepto por nuestra respiración y el ruido de la ciudad tras la ventana. El estómago todavía me da vueltas, pero tenerla aquí me calma. Cierro los ojos, dejando que el paño se deslice un poco hacia un lado, y me dejo llevar.

*

La campana sobre la puerta suena cuando Meghan y yo entramos al café, y el familiar y cálido murmullo nos envuelve. Huele a granos tostados y bagels calientes, el tipo de confort que debería calmarme, pero mi estómago sigue un poco inestable. Me he estado obligando a mantenerme erguida desde que salimos del departamento, recordándome que no puedo seguir faltando a clase, que la vida sigue sin importar lo desequilibrado que se sienta mi cuerpo.

—¿Qué vas a pedir? —pregunta Meghan mientras nos ponemos en la fila, ajustándose más su suéter holgado. Tiene el pelo recogido en un nudo desordenado, con mechones rizándose contra sus mejillas, y sus ojos oscuros recorren el menú de la pizarra.

—Un bagel con todo y queso crema —murmuro—. Y... ¿tal vez un té de jengibre? Mi estómago todavía está raro.

Ella asiente y, al mirarla, noto un ligero rubor subiendo por sus mejillas. Me toma un segundo darme cuenta, pero luego mi mirada se detiene en la marca justo debajo de su mandíbula. Un moretón, oscuro y reciente, floreciendo contra su piel.

Mis cejas se levantan antes de que pueda evitarlo. —¿Eso es...?

La mano de Meghan vuela hacia su garganta, sus dedos rozando el lugar. —Ay, Dios mío. —Se ríe, avergonzada, con la voz a medio camino de un quejido—. Ni empieces.

Sonrío, y parte del peso que me oprimía se libera por primera vez en días. —Tienes un chupón. ¿Es el de seguridad?

—¡No!

—Entonces cuéntame. ¡Por Dios, suéltalo! ¿Quién es el tipo misterioso?

Su rubor se intensifica. —Te lo contaré todo. Luego. Ahora mismo, si no pido, vamos a perder nuestro lugar en la fila y moriremos de hambre. —Señala a la multitud que crece detrás de nosotras—. ¿Cuál era tu pedido otra vez?

Se lo digo y ella me echa hacia la puerta. —Ve a apartar una mesa afuera antes de que alguien más lo haga.

Por mí está bien. El aire exterior es fresco pero se calienta rápidamente, la primavera se cuela en la ciudad y el sol ya baña la calle con una luz dorada. Encuentro una mesita de hierro en la acera, pongo mi bolso y mi teléfono para apartar el lugar y me hundo en la silla. El metal está frío bajo mis palmas.

Una ola de náuseas me recorre de nuevo, aguda e insistente, y cierro los ojos hasta que pasa. Inhalo por la nariz, exhalo por la boca, contando como Caleb siempre me dice que haga cuando estoy ansiosa. Ayuda un poco, pero no lo suficiente.

Miro mi teléfono. Sería tan fácil escribir *fiesta de compromiso de Maxwell Nueva York* y darle a buscar. Tal vez habría fotos, tal vez vería a J.P. al fondo de algún artículo glamoroso sobre la noche desastrosa de su mejor amigo. Al menos así sabría que estaba vivo, haciendo algo, existiendo en el mismo mundo que yo.

Pero eso se siente como de acosadora, ¿verdad? Él tiene mi número. Podría haber enviado un mensaje. Tres semanas. Si no lo ha hecho, eso es una respuesta en sí misma. O está demasiado ocupado para pensar en mí —lo cual dolería, pero podría superarlo— o, lo que es peor, esa noche no significó nada para él. Solo un paréntesis. Un cuerpo cálido cuando estaba sufriendo.

Me presiono el estómago, sin saber si el nudo que tengo ahí es por la enfermedad o por la tristeza.

Llega otra ola, más fuerte esta vez. Me arde la garganta. Empujo la silla hacia atrás, agarrando el borde de la mesa para estabilizarme, y corro hacia el bote de basura en la esquina de la terraza del café. Mi teléfono y mi bolso quedan abandonados en la mesa.

Estoy inclinada, intentando no tener arcadas frente a extraños, cuando oigo que la puerta se abre. La voz de Meghan, alegre y familiar, flota hacia afuera. —¡Traje tu té, Liv!

Me giro hacia ella, lista para hacerle señas, pero el mundo se inclina violentamente. Lo último que veo es a ella caminando hacia mí con dos vasos de papel en las manos.

—No me siento muy bien —susurro, aunque no estoy segura de si las palabras llegan a salir. Y entonces el suelo se me viene encima, y todo se vuelve negro.

*

Cuando despierto, la luz es intensa y estéril. Me quema detrás de los párpados, incluso cuando están cerrados, y el aire huele demasiado limpio, a antiséptico y metal. Me duele el cuerpo de una forma que me hace querer acurrucarme y desaparecer, pero no puedo moverme. Siento cada nervio como si estuviera vibrando, gritándome.

Intento moverme para entender dónde estoy, pero el dolor rebota por mi abdomen con tal fuerza que doy un grito ahogado.

Hay voces cerca de mí. Una es baja y firme, la otra más suave, ahogada por algo parecido al miedo.

Parpadeo contra la claridad, obligando a mis ojos a abrirse. Un techo blanco. Luces fluorescentes zumban sobre mí. Los bordes de mi visión están borrosos, pero luego los veo: Caleb está desplomado en una silla de plástico, con Meghan acurrucada contra él, con la cabeza apoyada en su pecho y el brazo de él rodeándola como si fuera la cosa más natural del mundo.

¿Qué?

La confusión se dispara, chocando con el dolor, pero antes de que pueda hablar, el sonido que emito es un gemido entrecortado.

Ambos se mueven. Caleb es el primero en incorporarse, tiene los ojos inyectados en sangre como si no hubiera dormido. —Liv. Oye, respira, ¿está bien? Estás bien. —Su voz es firme pero amable, y su mano busca la mía.

Meghan se despierta de un salto, levantando la cabeza. Tiene el cabello revuelto y el rímel corrido, pero sus ojos están muy abiertos

por la preocupación. —¿Es la torsión otra vez? —pregunta con la voz temblorosa.

Torsión. La palabra se abre paso entre mi mente nublada, desenterrando recuerdos que he intentado sepultar. Habitaciones de hospital. Batas blancas. Un dolor tan fuerte que ya antes me había robado el aliento.

—Nena, cálmate —murmura Caleb, dirigiéndose a Meghan, mientras aprieta el brazo alrededor de sus hombros—. Ve por una enfermera, ¿sí? Por favor.

Nena.

La palabra retumba en mi cráneo, más fuerte que el pitido de las máquinas, más fuerte que el dolor. Caleb la llamó nena.

Meghan asiente rápidamente, depositando un beso tembloroso en su hombro antes de salir apresuradamente por la puerta.

Y me quedo mirando a mi hermano, con el cuerpo dolorido y la mente dando vueltas.

—Caleb —grazno, con la garganta seca y la voz débil—. ¿Qué está pasando?

Él me aprieta la mano, acercándose. —Te desmayaste, Liv. Te trajeron aquí. Estás en el hospital. Están haciendo pruebas, pero estás a salvo. Solo tienes que respirar y aguantar el dolor hasta que vuelva el doctor.

Mi estómago se acalambra de nuevo, tan fuerte que grito, aferrándome a él. Él me susurra palabras de consuelo, mientras su mano frota círculos en mi palma.

Pero debajo de todo eso, mis pensamientos giran. Hospital. Dolor. Y Meghan —mi Meghan— en sus brazos, con esa palabra. Nena.

Todo me duele. Por dentro y por fuera. Y por primera vez en mucho tiempo, no sé si tengo más miedo de lo que le está pasando a mi cuerpo o de lo que acabo de ver entre las dos personas en las que más confío en el mundo.

La habitación se siente demasiado brillante, demasiado limpia, demasiado nítida en los bordes. Estoy apretando la mano de Caleb con tanta fuerza que me duelen los nudillos, y no puedo decidir si es

el dolor físico o la confusión en mi cabeza lo que me dificulta respirar.

La puerta se abre y un hombre de bata blanca entra. Parece estar en sus cuarenta y tantos, con mandíbula cuadrada, cabello entrecano y una carpeta bajo el brazo. Sus ojos se mueven sobre mí con rapidez y profesionalismo, pero no sin amabilidad.

—¿Olivia Blake? —dice suavemente, revisando la ficha.

Asiento, aunque me cuesta esfuerzo. Tengo la garganta seca.

—Soy el Dr. Levin, uno de los médicos de guardia esta noche. Sé que ha pasado por mucho, pero me gustaría hacerle un par de pruebas rápidas, ¿está bien? —Su voz es tranquila y pausada, como si estuviera acostumbrado a calmar a la gente en pánico.

Caleb se endereza en la silla a mi lado y aprieta el agarre en mi mano. —Tiene mucho dolor. ¿No puede darle algo primero?

—Lo haremos —le asegura el Dr. Levin, sacando una pequeña linterna de su bolsillo—. Pero quiero ver cómo responde antes de seguir adelante. La morfina no es una opción en este momento; necesitamos que esté alerta hasta que tengamos más respuestas.

—Eso no es suficiente —espeta Caleb con la mandíbula tensa—. Apenas puede soportarlo.

Le aprieto la mano débilmente. —Está bien. Solo... deje que lo haga.

El Dr. Levin se inclina de cerca con la linterna en la mano. —Olivia, siga la luz con los ojos.

Lo hago, aunque la claridad me hace gesticular. Mi abdomen se acalambra de nuevo, un retorcijón profundo que me nubla la vista, pero me obligo a seguir el haz de luz.

—Bien —dice en voz baja. Presiona dos dedos contra mi muñeca, revisando mi pulso, y luego me levanta el brazo con suavidad—. ¿Puede empujar contra mi mano? Así. Y ahora tire hacia usted.

Los movimientos envían pequeñas descargas de dolor por mi torso, pero lo logro. Mi cuerpo se siente pesado, lento, como si me moviera bajo el agua.

Él anota algo en la ficha y luego levanta la vista. —Vamos a ponerle un analgésico más fuerte, aunque no será morfina. Algo intravenoso para calmar el dolor.

—Eso no es suficiente —dice Caleb con voz tensa—. Si tiene tanto dolor, necesita lo más fuerte que tengan.

—Entiendo su preocupación —dice el Dr. Levin con calma, alternando la mirada entre nosotros—. Pero me gustaría hablar con Olivia en privado sobre algunos de los resultados.

—Soy su familiar más cercano —dice Caleb con firmeza—. No me voy a separar de su lado.

Mi instinto es discutir, pero la idea de estar sola ahora mismo me da ganas de llorar. Asiento débilmente. —Él puede quedarse. Y Meghan también —añado, mirando hacia la puerta donde sé que ella estará esperando.

El Dr. Levin duda y luego suspira. —Está bien. Ambos pueden quedarse. —Acerca un taburete y se sienta frente a mí, su expresión se vuelve más seria.

—Olivia, he revisado su historial y veo que la operaron de adolescente por una torsión ovárica. ¿Es correcto?

Se me encoge el estómago, esta vez no por el dolor sino por el recuerdo. Asiento. —Sí. Tenía quince años. Salvaron el ovario.

Él levanta un poco las cejas. —Exacto. Ese es el ovario que nos preocupa ahora. Nuestras imágenes muestran signos de un quiste allí. Dados sus antecedentes, esto podría explicar sus síntomas. El problema es que operar no es seguro en su estado actual.

Un escalofrío me recorre. —¿A qué se refiere con que no es seguro? ¿Está diciendo... es cáncer?

Caleb maldice entre dientes. —Tiene que ser claro, doctor. No se ande con rodeos.

El Dr. Levin levanta una mano. —No es cáncer, al menos por lo que podemos ver. Pero la cirugía plantearía riesgos.

—¿Riesgos? —Mi voz se quiebra—. ¿Qué riesgos?

Sus ojos se suavizan, y es entonces cuando el pavor se me revuelve ardiente en el estómago. Está a punto de decir algo que no quiero escuchar.

—El procedimiento podría afectar al bebé —dice suavemente.

Por un segundo, creo que lo escuché mal. Mi mente se queda en blanco, como si las palabras hubieran rebotado sin llegar a aterrizar.

—¿Qué? —Mi risa es frágil, fuera de lugar—. ¿Qué bebé? No estoy... no. Eso no... ¿de qué está hablando?

La mirada del Dr. Levin no vacila. —Hicimos análisis de sangre cuando ingresó. Sus niveles de hCG están elevados. Eso significa que está embarazada. Según los números, tiene aproximadamente tres semanas de gestación.

Todo mi cuerpo se queda frío. La habitación se inclina, se balancea. Sacudo la cabeza violentamente. —No. Eso es imposible. Tengo un DIU. No puedo estar embarazada.

Él está tranquilo, exasperantemente tranquilo. —Sé que esto es un choque, pero ningún método anticonceptivo es cien por ciento efectivo. A veces los dispositivos se mueven o, en raras ocasiones, fallan. Ocurre en menos del uno por ciento de los casos, pero ocurre.

—Mierda —susurro. El pecho se me agita—. No, no, no. Esto no puede... esto no es real.

Caleb me mira fijamente, con los ojos muy abiertos y el rostro rígido por la incredulidad. Meghan se ha puesto pálida, con una mano sobre la boca.

—No puedo respirar —digo con voz ronca, llevándome las manos al pecho. El monitor a mi lado capta el aumento de mi pulso, el pitido frenético reflejando mi pánico—. Mierda, mierda, mierda, esto no puede estar pasando.

—Olivia, respira —suplica Caleb, apretando mi mano como si pudiera servirme de ancla—. Mírame. Inspira por la nariz, exhala por la boca. Solo respira.

Pero en lo único que puedo pensar es en *embarazada.* Embarazada. Con un DIU. Con un quiste en el mismo ovario que ya me traicionó una vez. Mi mente corre a toda velocidad, cada pensamiento choca con el otro, sin espacio para ordenarlos.

—Esto no es real —repito, mientras las lágrimas me nublan la vista—. No puedo... ¿cómo puedo estar embarazada?

El Dr. Levin mantiene la voz serena. —Haremos más estudios de imagen para confirmar la posición del DIU y comprobar el tamaño del quiste. Por ahora, nuestra prioridad es estabilizar el dolor. Luego discutiremos las opciones.

Opciones. La palabra me golpea de lleno. Me tiemblan las manos. Ni siquiera puedo formular las preguntas con la rapidez suficiente: ¿qué opciones?, ¿qué quieren decir?, ¿qué me pasará a mí, a este supuesto bebé?

—Esto no puede estar pasando —susurro, una y otra vez, como si al decirlo lo suficiente pudiera hacerlo verdad.

Pero el silencio de Caleb a mi lado, el asombro de Meghan al otro lado de la habitación y la mirada fija del doctor me dicen que sí está pasando.

Y no sé cómo voy a sobrevivir a esto.

Capítulo 8

Jake

El aire en el jardín es más puro que en cualquier otro rincón de la propiedad. No sé si es real o si mi cerebro simplemente quiere creerlo, pero cada vez que salgo aquí, algo en mi interior se relaja. Los setos podados, la simetría deliberada de los parterres, el suave burbujeo de la fuente; todo está curado para sentirse tranquilizador, reconstituyente. Es una palabra extraña para mí, reconstituyente, pero supongo que ese es el punto. Este lugar no está diseñado para gente como yo. Es para gente como Max.

Me recuesto en la silla, sin el saco y con la corbata floja, dejando que la luz del sol me dé en la cara. Claudia está frente a mí con su tableta, revisando horarios, números y listas. Su voz es suave y eficiente, con el ritmo de alguien que sabe que estoy a medias distraído pero que, aun así, lo absorberé todo.

—Tiene una llamada con la oficina de Zúrich mañana a las ocho —dice ella, deslizando la pantalla—. Bloquearé el resto de la mañana para la preparación. Luego Londres al día siguiente...

Levanto una mano. —Moveremos lo de Londres. Mantenga lo de Zúrich. Posponga todo lo que no sea esencial.

Ella toma nota sin cuestionarme. Rara vez lo hace. Por eso es indispensable.

Llevamos aquí fuera quince minutos, yo fingiendo que me importan las revisiones trimestrales mientras mi mente repite la misma secuencia silenciosa en bucle: la última vez que vi a Max desplomarse, los paramédicos, las luces blancas del hospital, la forma en que sus labios se pusieron azules. No pienso en ello de forma intencionada, pero se cuela de todos modos.

Estoy por decirle a Claudia que terminemos por hoy cuando la puerta corrediza de cristal hace un clic detrás de mí. Conozco el ritmo de sus pasos antes de siquiera voltear. Lentos, deliberados, como si intentara no perturbar el aire a su alrededor.

—Jake —llama Max, con voz rasposa.

Giro en mi silla, poniéndome de pie antes de registrar siquiera el movimiento. Su piel parece más fina estos días, como pergamino estirado sobre el hueso. La sudadera que lleva puesta lo traga por completo. Pero sus ojos... son los mismos. Azules y atormentados, y malditamente frágiles.

—No tienes que venir todos los días —dice mientras se deja caer en el banco frente a mí—. Es rehabilitación, no una visita a la prisión. Tienes otras cosas que hacer.

Sacudo la cabeza, inclinándome hacia adelante, con los antebrazos sobre las rodillas. —No me molesta. Tú estás aquí. Esa es razón suficiente.

Suelta una risa que no tiene nada de gracia. —Sí, bueno. Siempre has sido mejor que nadie para quedarte cerca.

Claudia levanta la vista brevemente, con el rostro inexpresivo, antes de retirarse. —Los dejaré a solas. —Guarda su tableta y sus tacones repiquetean contra el camino de piedra mientras desaparece por la puerta del jardín. Ella sabe cuándo necesito espacio.

Ahora solo somos Max y yo.

Lo estudio, viendo cómo sus dedos se mueven inquietos contra su muslo. —¿Qué hiciste hoy? —pregunto. Manteniéndolo simple. Manteniéndolo hablando.

Se rasca la mandíbula. —Terapia de grupo por la mañana. El consejero quería que habláramos sobre los detonantes. Al principio me pareció un chiste. Luego... no sé. Tal vez no lo fue. —Sus ojos se cruzan con los míos—. También tuve terapia artística. ¿Puedes creerlo? Yo, dibujando en un maldito cuaderno como si estuviera otra vez en el jardín de infantes.

—Mejor que una línea de coca —digo con ironía.

Eso me gana una mueca de media sonrisa. —Touché.

Sin embargo, la sonrisa se desvanece rápido, y sus ojos caen a la grava. —Sigo sin poder creer que Sylvia no haya aparecido. Ni una sola vez. —Su voz se quiebra al decir esas palabras, aunque intenta ocultarlo con un resoplido—. Se suponía que estábamos planeando una vida juntos, ¿sabes? ¿Dónde diablos está ahora?

Lucho contra el impulso de apretar los puños. Nunca me gustó Sylvia, nunca confié en su sonrisa pulida y esos ojos vacíos. Pero este no es el momento para que yo la destroce. Max no necesita mi opinión. Necesita mi firmeza.

—No te concentres en ella —le digo, con voz firme y baja—. Concéntrate en ti. En mejorar. Eso es lo que importa.

Su risa es amarga esta vez. —Sí, porque es muy fácil. Solo concéntrate en mí. Como si fuera apretar un interruptor.

Sostengo su mirada, sin parpadear. —¿Crees que no sé que no es fácil? Me pegaste un susto de muerte, Max. En Nueva Orleans... —me detengo, con el pecho apretándose, la imagen amenazando con abrirse paso de nuevo—. Pensé que te iba a perder.

Se frota la cara con ambas manos y luego deja escapar un largo suspiro. —Lo siento. Por todo. Por asustarte. Por ser un desastre.

—No eres un desastre. —Mi tono es más cortante de lo que pretendo, pero no me retracto—. Eres un adicto. Eso es diferente. Y estás aquí, lo que significa que estás luchando. Eso es lo que me importa.

Sus ojos brillan húmedos bajo el sol, y por un momento veo al chico que conocí hace trece años, el que me atrajo a su órbita antes de que supiera lo que estaba pasando. El que hizo el mundo un poco menos afilado.

Él se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, con la cabeza gacha. —Jake, siempre estás aquí. Cada vez. No sé cómo agradecerte eso.

—No tienes que agradecerme. —Mi voz se suaviza—. Eres mi familia. Eso es todo.

Me mira, parpadeando con fuerza. Luego, antes de que pueda prepararme, se inclina y me da un abrazo.

Me quedo helado por un segundo —él no es del tipo que abraza, no estando sobrio al menos—, pero luego lo rodeo con mis brazos, con firmeza, dándole anclaje. Puedo sentir lo delgado que se ha vuelto, lo frágil. Es como sostener cristal.

—Gracias —murmura contra mi hombro—. Por no rendirte conmigo.

Lo aprieto más fuerte. —Nunca lo haré.

Nos quedamos así por más tiempo del que probablemente cualquiera de los dos se da cuenta. Cuando finalmente se aparta, se limpia la cara con el dorso de la manga, tratando de restarle importancia.

Se aclara la garganta. —Tú, eh... todavía no la has localizado, ¿verdad?

Las palabras me toman desprevenido, aunque no deberían. Debería haber sabido que Olivia acabaría surgiendo en la conversación. Él tampoco la ha olvidado.

Miro hacia otro lado, apretando la mandíbula. —Todavía no.

—¿Pero estás buscando?

—Por supuesto que estoy buscando.

Me estudia, con la mirada más aguda de lo que espero. —La vas a encontrar.

Asiento una vez. —Ahora mismo, la prioridad eres tú. Un paso a la vez.

El silencio se extiende. La fuente burbujea. Un pájaro se posa en el borde del muro de piedra, piando como si no se diera cuenta de lo pesado que se siente el aire.

Max exhala con voz temblorosa. —No te merezco, hermano.

—Tú no eres quien decide eso —respondo en voz baja.

Él ríe entre lágrimas, un sonido que es a la vez roto y completo.

Y me quedo ahí sentado, en un jardín que huele demasiado a esperanza, aferrándome a lo único que me niego a dejar escapar de entre mis dedos.

Capítulo 9

Olivia

La habitación se siente demasiado blanca. Demasiado quieta. Meghan está posada en la silla al lado de mi cama, con su mano rodeando la mía y su pulgar recorriéndola de un lado a otro como si intentara calmar a una niña inquieta. Ha estado así durante una hora, sin decir casi nada, solo observándome. Debería consolarme. En cambio, me dan ganas de gritar.

Finalmente, rompe el silencio. —Solo pregunto de quién es el bebé —dice en voz baja. Sus ojos color avellana —más agudos que los míos, más firmes— me inmovilizan. —¿Y es del asistente del profesor?

Me estremezco. —No es de él.

Sus hombros se relajan con alivio. Se reclina en la silla, ahora con los brazos cruzados. —Está bien. Yo solo... Necesitaba preguntar.

La puerta chirría al abrirse. Caleb entra, con el cabello alborotado de tanto pasarse la mano, con su expresión fija en esa máscara inexpresiva que usa cuando intenta no perder los estribos. —¿Puedo tener un momento con ella? —le pregunta a Meghan.

Ella me mira, escudriñando mi rostro. Yo asiento. Me aprieta la mano una vez más y luego se levanta. —Estaré en el pasillo —dice.

Cuando la puerta se cierra, me acomodo en posición vertical contra las almohadas, haciendo una mueca por el tirón en la parte baja de mi abdomen. —¿Qué pasa con Meghan? —pregunto.

Caleb se sienta al borde de la cama y su peso hunde el colchón. Exhala pesadamente, mirando al suelo. —Es... complicado. ¿Podemos no hablar de eso ahora?

Se me oprime el pecho. —Lo siento.

Él niega con la cabeza. —Está bien. Solo quiero saber qué tienes en mente. ¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé. —Mi voz se quiebra—. Dímelo tú.

Finalmente me mira. Sus ojos están en carne viva, orlados de rojo, pero firmes. —No quiero nada más que hacer que esta decisión sea fácil para ti. Pero no lo es. Y yo no puedo tomarla por ti. Es tu cuerpo, tu futuro, tu elección. Estoy aquí. Pase lo que pase, estaré aquí. Pero es algo grande, Liv. Más grande de lo que cualquiera de los dos quería.

Trago saliva con dificultad. —Tengo miedo.

Él estira la mano y agarra la mía. —Lo sé. Pero estoy justo aquí.

Las lágrimas queman antes de que pueda detenerlas. — ¿Puedo preguntarte algo? —dice él en voz baja.

—Sí.

—¿Quién es el padre?

Miro hacia otro lado, mordiéndome el interior de la mejilla hasta que el ardor reemplaza el dolor en mi pecho. —No puedo decírtelo. No ahora.

El silencio se extiende entre nosotros. Puedo sentir que su cuerpo se tensa, la forma en que su mandíbula se aprieta. Está luchando contra ello: su ira, su instinto de exigir. Me preparo para el estallido, pero nunca llega.

En cambio, deja escapar un largo suspiro y asiente una vez. —Está bien.

Esa única palabra me aplasta con más fuerza que cualquier explosión.

—La cirugía —susurro—. Suena peligrosa. No sé qué hacer. ¿Y cómo íbamos siquiera a pagarla?

—No te preocupes por eso. —Su voz se vuelve firme—. Tú solo preocúpate por tu salud. Eso es lo único que importa.

Niego con la cabeza. —No es lo único que importa. Hay un bebé. Yo no...

Me interrumpe, apretando mi mano con más fuerza. —Piénsalo. Tómate tu tiempo. Eso es todo lo que te pido.

Asiento, conteniendo los sollozos.

Su teléfono vibra contra su cadera. Hace una mueca y lo saca. —Tengo que contestar esto. Trabajo. Solo un minuto.

—¿Tienes mi teléfono? —pregunto.

Busca en su bolsillo y lo extrae. —No te metas en agujeros de conejo —dice. Lo deja suavemente en la cama a mi lado y me da un beso en la frente antes de salir.

La puerta se cierra. Exhalo como si hubiera estado conteniendo la respiración durante horas.

Mi mano se mueve antes de que me dé cuenta, acunando mi bajo vientre a través de la bata de hospital. La piel se siente delgada. Demasiado vulnerable. Mi corazón late con irregularidad mientras susurro: —Esto es tan complicado. Y aterrador.

El teléfono se siente pesado en mi mano mientras lo desbloqueo. No debería. Sé que no debería. Pero el impulso supera a la razón.

Abro Google. Mis dedos escriben despacio, traicionando el temblor que hay en ellos: **Maxwell St. James.**

Una inundación de resultados llena la pantalla. Titulares. Informes de fondos de cobertura. Anuncios de juntas directivas. Su nombre está ligado a cifras que ni siquiera puedo comprender. Carteras de miles de millones de dólares. El tipo de dinero que podría borrar mis préstamos estudiantiles, mis facturas médicas, los medicamentos de mi abuela, el quiste por el que están tan preocupados. Se me cierra la garganta.

Y aún así, nada sobre J.P. Nada sobre el hombre que me besó hasta que mis huesos se sintieron nuevos, que susurró que no había estado con nadie en años, que juró que llamaría.

Sigo bajando, desesperada. Un listado de directorio. Un comunicado de prensa. Marco un número. Suena una vez antes de que responda una voz cortante.

—St. James Capital. ¿A dónde desea que dirija su llamada?

Me quedo helada. Mi pulso se dispara. —Eh... esperaba hablar con Maxwell St. James.

—¿Puedo preguntar quién llama?

Abro la boca, pero no sale nada. Mis labios se mueven alrededor del aire. Cuelgo.

Intento de nuevo con otro listado. El mismo muro de piedra. Protocolos de seguridad. Mi nombre no pasaría el filtro. Aunque gritara por teléfono, no llevaría a ninguna parte.

Finalmente, bajo el teléfono hacia mi regazo, con el pecho temblando. No hay manera. No hay forma de contactarlo. No hay forma de decirle lo que está pasando.

—Maldición —susurro.

Soy yo. Solo yo.

Miro al techo, los azulejos estériles se desdibujan a través de las lágrimas. —Parece que solo somos nosotros —le susurro a la diminuta vida que aún no puedo sentir—. Solo tú y yo.

Mi palma presiona con más firmeza contra mi vientre, como si pudiera anclarme a esta frágil realidad. —Siento lo del quiste —digo, con la voz quebrada—. Siento que ni siquiera supiera que estabas aquí. No sé cómo arreglar esto. No sé si puedo.

El sollozo sale ronco, desgarrándome. Me aprieto el puño contra la boca. —No sé qué hacer. Y es lo más aterrador que he tenido que hacer jamás.

Me acurruco de lado, sosteniendo mi vientre como si pudiera escabullirse si no lo hago.

Y en el silencio de la habitación del hospital, con las máquinas zumbando débilmente más allá de las paredes, el peso de ser la única progenitora se desploma sobre mí.

*

La habitación del hospital huele levemente a antiséptico y a algo más dulce —como esa lavanda barata que probablemente enchufan a la pared para disimular el hecho de que allí vive el miedo—. He estado mirando el reloj durante casi una hora, escuchando cómo los segundos arrastran los pies. La cirugía es mañana. Cada minuto se siente como si ya estuviera intentando tragarme entera.

La puerta se abre con un clic. Levanto la vista, esperando a una enfermera, tal vez a Meghan con otro té helado o a Caleb merodeando de nuevo con su frente preocupada. Pero es ella. Mi madre.

Me incorporo, con la garganta bloqueada. —Mom.

Está más pequeña de lo que recuerdo, como si el tiempo hubiera estado recortándole los bordes. Tiene el cabello recogido con fuerza,

con una veta gris cortando el negro. Sus ojos están orlados de rojo, como si no hubiera dormido en días.

—Caleb llamó —dice en voz baja, y luego avanza hacia mí, con su bolso balanceándose contra su cadera. Se detiene al lado de la cama, examinándome como si tuviera que asegurarse de que realmente estoy aquí, realmente viva.

—Lo siento —susurro. Mi voz es demasiado débil.

Ella niega con la cabeza antes de que yo pueda seguir. —No lo hagas. No me pidas perdón. Solo me importa que estés bien.

Las palabras deberían anclarme. En cambio, se sienten frágiles, como si pudieran colapsar bajo el peso de mi miedo. Pestañeo rápido, intentando no dejar caer las lágrimas. —No sé si estaré bien.

Su rostro se suaviza. Busca mi mano, envolviéndola con las suyas. Están calientes, familiares, marcadas por años de callos del trabajo, de criándonos sola. —Lo estarás —dice con firmeza—. Te he visto luchar contra cosas más difíciles.

¿Pero lo he hecho? Porque esto no se siente como una pelea que sepa cómo ganar.

No decimos mucho después de eso. Solo nos sentamos en el silencio, con su mano sobre la mía, nuestras respiraciones sincronizándose como solían hacerlo cuando yo era una niña demasiado ansiosa para dormir y ella se acostaba a mi lado hasta que mi pecho dejaba de traquetear.

Horas más tarde, cuando la noche se funde con la mañana y las enfermeras empiezan a prepararme, todo se vuelve más nítido. La vía intravenosa pegada a mi piel. La forma en que el aire acondicionado muerde la delgada bata. El zumbido de las máquinas despertando.

Nunca he tenido tanto miedo. Ni siquiera cuando me desperté con dolor por primera vez hace semanas. Ni cuando el médico dijo la palabra *quiste* como si fuera algo sencillo, algo que no me tuviera colgando de un precipicio. Ni cuando me dijeron que estaba embarazada y el mundo se inclinó con tanta violencia que pensé que volvería a vomitar.

Es ahora —acostada en esta cama con ruedas, sabiendo que están a punto de abrirme— cuando el miedo realmente clava sus

garras.

—¿Y si no salgo de esta? —Las palabras escapan antes de que pueda detenerlas. Mi voz tiembla.

—Ni se te ocurra —dice Meghan desde el otro lado de la habitación. Está sentada en la silla, con su cabello oscuro revuelto y su sudadera cubriendo sus rodillas. Sus ojos brillan con algo agudo —. No digas eso.

La miro, tragando saliva con dificultad. —Necesito que me prometas algo.

Ella frunce el ceño, incorporándose. —Liv...

—Prométemelo. —Se me oprime el pecho—. Si algo me pasa... si no salgo, cuidarás de Caleb.

Pestañea, tomada por sorpresa. Sus labios se parten. —Qué...

—Sé que algo está pasando entre ustedes dos —digo suavemente—. No soy tonta. Lo veo. Y si no supero esto, él va a necesitar a alguien. Finge que es de acero, pero no lo es. Necesita a alguien que lo entienda, que no lo deje desmoronarse.

Sus ojos se llenan de lágrimas. Niega con la cabeza con fuerza. —No hables así.

—Meghan. —Mi voz se quiebra—. Prométemelo.

Sus labios se aprietan, temblorosos. Finalmente, asiente. —Está bien. Pero no llegaremos a eso. Vas a estar bien. Y luego podrás gritarme por no habértelo dicho antes.

A pesar de todo, una pequeña sonrisa se abre paso a través de mi miedo. —Ten por seguro que lo haré.

Entra una enfermera entonces, con tono enérgico pero amable, diciendo que es hora. Tienen que llevarme abajo. Caleb se cuela en el último segundo, con el rostro endurecido por la determinación, como si mirar al mundo con suficiente fiereza hiciera que no se atreviera a llevarme.

Mom me da un beso en la frente. Caleb me aprieta el hombro. Meghan entrelaza nuestros dedos y no me suelta hasta que físicamente tienen que separarnos.

La cama rueda hacia adelante. Cada azulejo del techo sobre mí se siente como una cuenta regresiva. Mi mayor miedo me oprime

con más fuerza con cada giro de la rueda: que pueda cerrar los ojos bajo la anestesia y no volver a abrirlos jamás.

Y que lo último que les dije a las personas que amo tenga que ser suficiente.

*

La recuperación se siente interminable.

Me dijeron que la cirugía salió todo lo bien que podía salir, pero "todo lo bien que podía salir" todavía significa que me despierto con el dolor tirando de cada costura de mi cuerpo y el agotamiento instalándose en lo más profundo de mis huesos. Las primeras veinticuatro horas se desdibujan: analgésicos sin morfina que solo calman un poco, enfermeras revisando las constantes vitales, el pitido de las máquinas llevando la cuenta de un cuerpo que ya no siento como mío.

Intento mantenerme despierta porque cada vez que cierro los ojos, el pánico presiona. ¿Y si no vuelvo a despertar? ¿Y si ya le he fallado a este bebé?

La palabra "bebé" repica en mi cabeza como una canica en un frasco de vidrio, ruidosa y extraña.

Caleb apenas se separa de mi lado. Duerme en la silla rígida pegada a mi cama, con la cabeza inclinada contra la pared en ángulos dolorosos, su sudadera amontonada bajo su cuello como una almohada improvisada. Meghan entra y sale —a veces colando bocadillos, a veces acurrucada en el alféizar de la ventana con su computadora abierta, fingiendo hacer tareas de clase pero sobre todo observándome con la preocupación escrita en todo su rostro.

Y luego está mi madre, que no se ha separado de mi lado desde que llegó. Dejó su trabajo, su vida entera, para estar aquí conmigo.

No pido perdón. No en voz alta. Pero por dentro, mi pecho se quiebra por la culpa.

*

Hacia el final de la primera semana, me dejan sentarme durante periodos más largos. La incisión arde y mi cuerpo se siente como si se moviera a través de cemento húmedo, pero el progreso es progreso. Una enfermera me ayuda a caminar por el pasillo con un porta-sueros para mantener el equilibrio, y Caleb bromea diciendo que camino como una abuelita de ochenta años. Él es quien me trae rellenos de agua con hielo, quien acomoda la manta cuando tengo escalofríos, quien mira mal a cualquiera que intente restarle importancia a la gravedad de lo que acaba de pasar.

Pero ni siquiera su humor puede borrar la tensión silenciosa en la habitación cuando los médicos mencionan palabras como "monitoreo del quiste" o "posibles complicaciones". El ambiente se vuelve pesado. Sé que están intentando protegerme, pero cada cosa explicada a medias me hace sentir más como una niña que como una joven de veintiún años que se supone debe tener el control de su propia vida.

No tengo el control. Eso es obvio.

*

La conversación ocurre tarde una noche.

Caleb se apoya en el borde de mi cama, jugueteando con las llaves de su auto. Parece que no ha dormido en días, aunque jura que sí. Yo sé que no.

—He estado pensando —dice, con voz más baja de lo habitual—. El departamento ya no va a ser suficiente.

Lo miro, insegura de si está hablando de caballos de fuerza o de algo más grande. —¿Qué?

—Para... todo esto. —Hace un gesto vago y sus ojos bajan hacia mi vientre. Su nuez de Adán se mueve como si se arrepintiera de haberlo dicho tan directamente—. Para ti. Para el bebé. Si vendo el Civic, puedo dar el enganche para un lugar más grande. Una segunda recámara. Algo más seguro.

Intento reír porque la idea de que venda lo único que ha amado más que trabajar en el bar parece imposible. —¿Darías a tu bebé por el mío?

Me mira fijamente. —Liv, tú también eres mi bebé.

Se me cierra la garganta. Agarro la sábana con los dedos húmedos y susurro: —Ni siquiera sé si puedo hacer esto.

—Puedes —dice él con firmeza—. Y si decides que no quieres... esa es tu elección. Pero si quieres, haré que funcione. Haremos que funcione.

El peso de su promesa me golpea con más fuerza de lo que cualquier analgésico podría hacerlo jamás.

*

A la mañana siguiente, Mom expone sus argumentos.

Se queda al pie de mi cama, con los brazos cruzados, con un tono tranquilo pero marcado por esa firmeza de madre-siempre-sabe-lo-que-conviene. —Necesitas apoyo, Olivia. Apoyo real. No puedo quedarme sentada allá en Nueva York esperando que Caleb —que trabaja de noche y apenas duerme— pueda mantenerlo todo bajo control. Tienes que volver a Oregón. Aplazaremos tus clases, hablaremos con tus profesores. Descansarás. Yo ayudaré con el bebé.

Sus palabras duelen y consuelan al mismo tiempo. Hogar. Seguro. Familiar. Pero también... irse. Perder.

—No puedo simplemente dejar la universidad —susurro.

—Puedes —replica ella—. Temporalmente. NYU seguirá ahí en un año. O en dos. Lo que importa ahora es que sobrevivas a este embarazo y salgas adelante con salud.

Su seguridad me hace sentir pequeña.

Cierro los ojos porque la presión es excesiva. Caleb está sentado en la silla a mi lado, con los brazos cruzados, silencioso pero furioso. Por el movimiento de su mandíbula me doy cuenta de que quiere discutir, pero no lo hace. Todavía no.

Meghan es quien rompe el punto muerto.

Se desliza en la habitación después de que mamá sale para atender una llamada, soltando su mochila junto a la pared. —Así que tienes a Oregón llamando por un lado y a Brooklyn por el otro.

—No hagas que parezca una comedia de situación —murmuro.

Ella sonríe, pero es una sonrisa tierna. —Hablo en serio. No tienes que elegir entre ellos. También me tienes a mí. Decidas lo que decidas —universidad, Oregon, Brooklyn— te ayudaré. Cuidaré al bebé, cubriré turnos nocturnos si Caleb no puede, yo... no sé, haré tarjetas de estudio para exámenes de economía mientras arrullo a tu hijo para que se duerma.

Las palabras me envuelven como una manta cálida. Meghan no lo dice por obligación. Lo dice como una promesa, como amor.

—Nos tienes a nosotros —concluye, dándome un toquecito en la rodilla—. No estás sola, Olivia.

No sé si llorar o reír, así que hago ambas cosas.

Esa noche, cuando las luces se atenúan y las máquinas zumban rítmicamente, pongo la mano sobre mi vientre.

La piel allí se siente diferente ahora: sensible, magullada, viva con algo que no sé bien cómo nombrar. Durante mucho tiempo, mi vientre solo fue una parte de mí. Ahora se siente como un mundo entero que no entiendo del todo.

Susurro: —Aún no sé qué hacer. —Mi voz se quiebra—. No sé cómo ser lo que necesitas.

Mi mano presiona con más fuerza, con la palma plana, como si pudiera llegar a través de la piel, la sangre y los huesos.

—Pero tomaré la decisión que sea mejor para ti —prometo—. No por mí, ni por Caleb, ni por Mom. Por ti.

El bebé no responde, por supuesto. Pero el silencio se siente un poco menos solitario.

Capítulo 10

Jake

Han pasado dos meses de lo que deberían haber sido seis.

Dos meses de viajes diarios al centro de rehabilitación, de charlas de media hora en el jardín donde Max intenta bromear a través de la niebla de la abstinencia y yo hago lo posible por creerle. Dos meses de convencerme de que tal vez esta vez funcionaría, de que tal vez el sistema, la terapia y la rutina lo sostendrían donde mis palabras no pudieron.

Así que cuando el nombre de su terapeuta parpadea en mi teléfono, siento un vacío en el estómago antes de siquiera contestar. Mirinda no me llama a menos que algo ande mal.

—Señor Price —dice ella. Su tono es cortante, profesional, pero puedo notar la duda subyacente—. Pensé que debía saberlo: Maxwell St. James se dio de alta de la instalación esta mañana.

Cierro los ojos, apoyo la base de la mano contra mi sien. —¿Qué?

—Se fue contra el consejo médico —continúa Mirinda—. Intentamos disuadirlo. Pero se mostró insistente. Y... no estaba solo.

Eso me deja helado. —¿A qué se refiere con que no estaba solo?

—Una mujer se registró como visitante. Morena, ropa costosa, tacones altos. Nuestro personal dijo que coincidía con la descripción de...

—Sylvia. —Su nombre sale de mi boca con un sabor amargo.

Me falta el aire por un segundo. Todo lo que veo es la forma en que el rostro de Max se tensaba cada vez que me preguntaba si ella había llamado, si lo había visitado, si le importaba. Dos meses. Dos meses y ella ni una sola vez. Y ahora aparece, y así de fácil, él se va.

Cuelgo sin darle las gracias a Mirinda, sin decir nada más. Mi pulgar ya está marcando a Max antes de que mi cerebro reaccione. El teléfono suena una, dos, tres veces. Entonces...

—Jake. —Su voz es débil, desgastada.

—¿Qué demonios hiciste? —le pregunto, y la voz se me quiebra en la última palabra.

—Tenía que hacerlo, hermano. —Tose, o tal vez se ríe; es difícil saberlo—. Mi dad me cortó el flujo. Dijo que ya no soy su hijo. Dijo que ya no pagará más por mis tratamientos. No tengo nada. Ni dinero, ni lugar, ni nombre. Así que... Sylvia y yo nos vamos. Vamos a solucionarlo en otro lado.

Camino de un lado a otro en mi sala, hundiéndome los dedos en el cuero cabelludo. —¿A dónde se van?

—Fuera del país. A algún lugar nuevo. Borrón y cuenta nueva. Prometo que me mantendré limpio, Jake. Lo juro.

Me muerdo el interior de la mejilla con la fuerza suficiente para sentir el sabor a cobre. —¿Crees que la geografía arregla la adicción? ¿Crees que mudarte a otro país mágicamente te mantiene sobrio?

Él se queda callado.

Me obligo a calmarme, como hago cuando los números empiezan a escapárseme durante un cálculo. Paso a paso. Divídelo en partes. Despeja la X.

—Max —digo, pausado, como si le estuviera explicando cálculo a un novato—. Has estado en rehabilitación por sesenta días. Sesenta. Eso son dos meses. De los ciento ochenta que se suponía que debías quedarte. Eso significa que has completado el treinta y tres punto tres por ciento del programa. Un tercio. No te saldrías de un examen final después de responder solo un tercio de las preguntas, ¿verdad? No intentarías construir un rascacielos habiendo vaciado solo un tercio de los cimientos.

Él se ríe entre dientes, con debilidad y a la defensiva. —Ya estás otra vez con lo de las matemáticas.

—¡Porque las matemáticas no mienten! —le grito—. Son claras. Son la prueba. Y la prueba dice que no estás listo. No puedes simplemente irte al treinta y tres por ciento y darlo por terminado.

—No soy... —Su voz se quiebra—. No soy lo suficientemente fuerte para el otro sesenta y seis por ciento, Jake. No lo entendés. Mi papá no me quiere. Sylvia es lo único que tengo.

—No —digo con la voz más baja, mortalmente seria—. Me tenés a mí. Siempre me has tenido a mí. Yo mismo pagaré tu maldito tratamiento. Pagué el primer mes, ¿así que qué te hace pensar que no pagaría el resto si tan solo me lo hubieras dicho? Maxwell, por favor, no hagas esto.

El silencio se prolonga en la línea.

Por un segundo, pienso que tal vez lo convencí. Que tal vez respire, piense, le diga a Sylvia que espere, vuelva a entrar al centro y termine lo que empezó.

Pero entonces dice, en voz baja y destrozada: —Lo siento. —Las palabras me desgarran—. Me mantendré limpio —añade—. Lo prometo. Ya verás. Esta vez será diferente.

Y entonces la línea se corta.

Me quedo mirando el teléfono que tengo en la mano como si pudiera obligarlo a volver a la vida. Entonces me golpea la furia. Caliente, cegadora, incontrolable.

—¡Mierda! —rujo, y antes de que pueda detenerme, lanzo el teléfono al otro lado de la habitación. Se estrella contra la pared con un crujido seco, y las piezas se esparcen por el piso de madera. El sonido resuena, y luego solo queda mi propia respiración agitada llenando el silencio.

Me hundo en el borde del sofá, con los codos en las rodillas y los puños apretados contra la frente. Siento como si el pecho se me estuviera colapsando.

¿Qué tan jodido está todo?

Hace dos meses, estaba de pie en un pasillo blanco y estéril, escuchando a Max jurar que quería esto, que quería limpiarse, que estaba listo. Le dije que le creía. Le dije que estaría allí todos los días. Y lo estuve.

Y ahora... ahora se ha ido. Con Sylvia. Sylvia, que no lo visitó ni una vez durante su desintoxicación, que solo aparece cuando puede arrancarlo de la seguridad y devolverlo al caos.

Siento que es como ver a alguien trepar por una cuerda a mitad de camino para salir de un foso, solo para que se suelte y vuelva a caer. Y yo estoy arriba, con quemaduras de soga en las manos, sabiendo que no pude sostenerlo.

Empiezo a calcular números en mi cabeza porque es la única forma que conozco de sobrevivir a momentos como este.

Si Max se va del país, ¿cuál es la probabilidad de que se mantenga sobrio sin una estructura? Menos del cinco por ciento.

Si Sylvia está con él, la probabilidad cae aún más. Refuerzo negativo, acceso fácil, falta de responsabilidad. Digamos un dos por ciento.

¿Si logra pasar seis meses sin recaer? Uno por ciento. Uno entre cien.

Las probabilidades gritan fracaso. Y aun así, mi pecho no me deja dejar de esperar.

Porque es Max. Porque es el chico que he conocido toda mi vida, el que me pasó su lápiz extra durante un examen cuando el mío se rompió, el que me defendió de tipos que nos duplicaban el tamaño, el tipo que se convirtió en mi familia cuando la mía se sentía más como una institución que como un hogar.

Porque es mi mejor amigo, y no puedo calcular un mundo sin él.

Presiono las palmas de las manos contra mis ojos hasta que estallan colores detrás de ellos.

En lo único que puedo pensar es en la promesa que le hice, todas esas noches en el jardín del centro, diciéndole que estaría allí sin importar qué. Y ahora él está allá afuera, escapándose, y no puedo detenerlo.

Quiero subirme al auto. Conducir hasta encontrarlo. Arrastrarlo de vuelta pataleando y gritando si es necesario. Pero sé que no funciona así. No puedes obligar a alguien a salvarse a sí mismo.

Me reclino, mirando al techo, con el pecho doliéndome.

—Maldita sea, Max —susurro. Mi voz se quiebra.

Y allí me quedo sentado, entre las ruinas de mi sala, con la pared abollada, el teléfono destrozado y un silencio ensordecedor.

Ahí es donde termina todo para mí. Con furia, con dolor, con ecuaciones matemáticas que no me dan consuelo, y con la única verdad que no puedo resolver:

Lo estoy perdiendo.

Y no sé cómo detenerlo.

Capítulo 11

Olivia

Cinco años después

La pequeña mano de Henry se siente pegajosa en la mía mientras cruzamos el parque; sus rizos están húmedos de sudor y tiene las mejillas encendidas por una tarde de correr, trepar y dar volteretas en el pasto. El sol desciende, tiñendo el cielo con esos tonos rosa y naranja de acuarela que siempre logran que me detenga a respirar, aunque Henry, por supuesto, ya está pensando en otra cosa.

—Mami —dice, tironeando de mi brazo. Su voz tiene ese ligero ceceo que aparece cuando está emocionado y olvida hablar despacio —. Tengo mucha, mucha hambre. Mi panza está toda vacía y dice rrrroooowwwl. —Lo demuestra arrugando la nariz y haciendo un sonido de dinosaurio rugiente.

Me río, apartando los rizos sudados de su frente. —¿Tu panza suena como un T-Rex?

Él asiente con solemnidad. —Un T-Rex hambriento. El más grande de todos. Dice que quiere pizza.

—¿Pizza, eh? —bromeo—. ¿Acaso el T-Rex hambriento no se acaba de comer un sándwich de crema de maní, rebanadas de manzana, dos barras de granola y la mitad de mis papas fritas en el almuerzo?

Henry sonríe, apenado, y luego aprieta ambas manos contra su barriguita como si pudiera demostrar que está hueca. —Pero todavía tiene hambre. Quiere pizza y helado y tal vez una galleta. ¿Por favor, mami?

Sus grandes ojos azules se agrandan, increíblemente brillantes bajo la luz que se desvanece. Los mismos ojos que tienen el poder de desarmarme cada vez. Me inclino, beso su sien y suspiro. —Veremos qué hizo la abuela, amiguito. Si tienes suerte, tal vez haya postre.

Él celebra como si le hubiera prometido ir a Disneylandia, saltando adelante en el sendero, con sus piernitas moviéndose rápido y su mochila de dinosaurio rebotando contra su espalda. Cuatro años de edad y cada fibra de su ser es vida, alegría y charla constante.

El trayecto a casa toma diez minutos, por caminos familiares que serpentean por las afueras del pueblo. Oregon se ha instalado en mis huesos de una forma en que Nueva York nunca llegó a hacerlo. Aquí, el aire huele a pino y a tierra, y hay espacio: lugar para respirar, lugar para criar a un niño sin el ruido constante presionándote. La casa a la que llegamos es la misma en la que crecí, aunque los años y Henry la han transformado en algo a la vez viejo y nuevo.

La pintura se está pelando en algunas partes y los escalones del porche crujen bajo nuestro peso, pero ahora hay macetas con flores brillantes junto a la puerta, y los cuidadosos proyectos de arte de Henry están pegados en las ventanas: dinosaurios pintados con los dedos, figuras de palo desiguales de nosotros tomados de la mano, soles con demasiados rayos. El hogar de mi infancia en el que alguna vez me sentí enjaulada se ha convertido de nuevo en un puerto seguro, esta vez para ambos.

Henry se quita los tenis de una patada en cuanto entramos; sus calcetines dejan pequeñas huellas sobre la madera pulida mientras sale disparado hacia la cocina. —¡Abuelaaaa! —llama.

Lo siguiente que percibo es el olor: cálido, a mantequilla y dulce. Horneado. Por supuesto.

Mi madre está en la encimera, con el delantal cubierto de harina y motas blancas en el cabello, donde seguramente se lo apartó distraídamente. Se ve mayor que hace cinco años; hay más plata en su cabello castaño y sus arrugas están más marcadas, pero la ternura de sus ojos no ha hecho más que crecer. Henry se lanza contra sus piernas, casi haciéndola perder el equilibrio, pero ella se ríe, se agacha y lo envuelve en sus brazos.

—Aquí está mi niño favorito —dice, llenándole la cara de besos hasta que él chilla.

—Tengo hambre —anuncia él, como si ella no lo hubiera adivinado—. Mami dice que el T-Rex de mi panza quiere postre.

—¿Ah, sí? —bromea ella, poniéndose de pie y sacudiéndose la harina de las manos—. Pues el T-Rex está de suerte, porque la abuela hizo pastel de manzana. Con helado.

A Henry se le cae la mandíbula. Se gira hacia mí. —¿Ves, mami? ¿Ves? ¡Te lo dije!

Niego con la cabeza, sonriendo, dejo mi bolso junto a la puerta y aspiro la comodidad del hogar.

—Llamó Caleb —dice mi mamá mientras me quito los zapatos—. Dijo que han estado intentando comunicarse contigo.

Mi corazón da un vuelco. Agarro mi teléfono de donde ha estado cargándose en la mesa del recibidor. —Debo haberlo dejado en silencio. —Efectivamente, la pantalla se ilumina con varias llamadas perdidas y un puñado de mensajes de texto.

Mamá arquea una ceja. —Más vale que le devuelvas la llamada antes de que tu hermano decida conducir por todo el país solo para regañarte en persona.

Me río, negando con la cabeza mientras presiono el botón para llamarlo. No llega a sonar ni dos veces antes de que Caleb responda.

—¡Liv! Por fin. ¿Dónde estabas?

—Fuera con Henry. ¿Qué pasa?

Hay ruido de fondo: voces, el tintineo de copas y luego la voz de Meghan, cálida y familiar, gritando algo que no alcanzo a distinguir. Caleb baja la voz como si intentara sonar serio, pero ya está sonriendo. Puedo oírlo.

—¿Dónde está mamá? —pregunta.

—En la cocina con Henry. ¿Por qué?

—Ponme en altavoz.

Frunzo el ceño pero lo hago de todos modos, mirando hacia la cocina. —Ya estás.

—Bien —dice Caleb, aclarándose la garganta dramáticamente—. Reunión familiar, todos. Tengo un anuncio.

—¡Tío Caleb! —grita Henry, volviendo corriendo—. ¡Mira! ¡La abuela hizo pastel!

—¡Hola, campeón! Te ves muy guapo —dice Caleb con calidez—. Cuida mucho a tu mamá, ¿está bien?

Henry resplandece.

Entonces Caleb dice: —Bueno... le pedí a Meghan que se casara conmigo. Y dijo que sí.

Por un momento, las palabras no terminan de asimilarse. Luego caen de golpe y la cocina estalla en vítores.

—¡Ay, Dios mío! —grito, casi soltando el teléfono. La mano de mamá vuela a su pecho, con las lágrimas ya asomando en sus ojos. Henry mira a su alrededor, confundido pero sonriente, aplaudiendo con sus pequeñas manos porque todos los demás lo hacen.

—¡Sí! ¡Sí! —chilla la voz de Meghan a través del altavoz.

Puedo oírla reír, vertiginosa, sin aliento. Caleb se ríe entre dientes. —Gritó más fuerte de lo que jamás ha gritado en un concierto.

—Ay, por Dios, Caleb —digo de nuevo, riendo ahora, con las lágrimas escociendo mis propios ojos—. ¡Felicidades! Pásame a Meghan ahora mismo. Necesito cada detalle.

Hay ruidos de forcejeo, risas y la voz de Meghan gritando: —¡Espera, que no estoy maquillada! —antes de que finalmente hable ella.

—¡Liv! —grita ella—. ¡Me voy a casar! ¿Puedes creerlo? Tu hermano —tu terco, imposible y maravilloso hermano— puso una rodilla en el suelo, en medio de Washington Square Park, con la gente mirando y aplaudiendo, y casi me desmayo. ¡Dije que sí incluso antes de que terminara de preguntar!

Me pego el teléfono al oído, sonriendo tanto que me duele. —Sabía que lo haría bien. Ay, Dios mío, Meghan. Estoy tan feliz por ustedes.

Ella suelta una risita, con la voz entrecortada. —Los queremos aquí. A ambos. Caleb ya me está mandoneando con la lista de invitados, y tu mamá tiene que aprobar mi vestido, y Henry tiene que ser el pajecito de los anillos. Tienes que venir. Ven a celebrar conmigo.

—Iré —prometo—. He estado trabajando de forma remota de todos modos. Tengo libertad para viajar. Ya lo resolveremos.

Mamá me aprieta el brazo, sonriendo a través de sus lágrimas. —Haremos que suceda.

Henry me tironéa de la manga. —Mami, ¿qué es un pajecito de anillos? ¿Es como un pajarito con un anillo?

Todos estallamos en risas. Me arrodillo a su altura, apartando un rizo de su frente. —Significa que podrás llevar los anillos del tío Caleb y de la tía Meghan en su boda. Serás el ayudante más importante.

Sus ojos se agrandan. —¿Como un superhéroe?

—Exactamente como un superhéroe.

Él levanta un puño en el aire, sonriendo. —¡Sí!

La conversación continúa durante casi una hora, con la risa rebotando entre estados y mi cocina llena de calidez. Mi mamá promete hornear las galletas favoritas de Meghan para la fiesta de compromiso. Henry canta una canción de dinosaurios al teléfono hasta que Caleb finge devolverle el rugido. Y cuando finalmente cuelgo, con las mejillas doliéndome de tanto sonreír, siento el pecho lleno de una manera que no sentía hace mucho tiempo.

*

Henry está saltando en su asiento mucho antes de que el avión aterrice. Está mirando por la ventanilla ovalada, apretando sus manitas contra el vidrio, con los rizos aplastados por los auriculares que lo convencí de usar. —¡Mami, mami, mira! ¡Cuántos edificios! ¡Parecen bloques de juguete pero gigaaaaantes!

—Los veo, amiguito. —Mi estómago da un pequeño vuelco al ver el horizonte, todo ángulos agudos y cristales relucientes. Han pasado años desde la última vez que volé de regreso, y ya siento el pecho apretado.

Cuando aterrizamos y avanzamos por el reclamo de equipaje, Henry no para de charlar, preguntando si el tío Caleb de verdad va a venir, si podrá sentarse en el asiento delantero, si Nueva York tiene más dinosaurios que Oregon. Le aprieto la mano, intentando anclarme en su entusiasmo.

Y entonces lo veo.

Caleb está apoyado en una columna cerca de la salida, alto y de hombros anchos, con la chaqueta del traje desabotonada como si acabara de salir de una junta directiva. Tiene el cabello bien recortado a los lados, más largo arriba, y hay una confianza en su postura que me hace parpadear dos veces. Mi hermano en traje. Ni franela, ni jeans, ni sus camisetas de barman. Un traje.

Henry lo ve primero. —¡Tío Caleb! —chilla, soltándome la mano y corriendo con su mochila rebotando. Caleb lo atrapa a mitad de su carrera, girándolo en el aire mientras ambos ríen.

Cuando llego a ellos, la sonrisa de Caleb se ensancha. —Liv. —Acomoda a Henry en su cadera y luego usa su brazo libre para abrazarme fuerte. Huele ligeramente a colonia y a aire de ciudad.

Me aparto, arqueando una ceja ante su chaqueta entallada. —¿Un traje? ¿En serio? ¿Quién eres y qué has hecho con mi hermano?

Él se ríe, acomodando a Henry a su costado. —Tuve un par de reuniones más temprano. Proveedores, distribuidores, cosas aburridas. Pensé que debía lucir medianamente respetable.

—Te ves... adulto. —Las palabras se me escapan antes de poder contenerlas.

Él sonríe con suficiencia. —No suenes tan sorprendida.

Pongo los ojos en blanco, pero el pecho se me infla de orgullo. No es el veinteañero peleonero y medio perdido que dejé atrás. Está... prosperando. Y me siento orgullosa y un poco desconcertada a la vez.

Nos abrimos paso entre la multitud; Caleb carga a Henry como si no pesara nada mientras yo arrastro nuestra maleta. Afuera, abre una camioneta nueva: negra y brillante, nada que ver con el Civic destartalado que alguna vez juró que le duraría para siempre. Henry jadea como si fuera una nave espacial.

—¿Esto es tuyo? —pregunto, mitad en broma, mitad en serio.

—Sí. Al bar le ha ido bien. —Abre la puerta trasera y abrocha a Henry en la silla para niños que ya está instalada. Se me hace un nudo en la garganta. Pensó en todo.

El trayecto es corto; Caleb le va narrando las vueltas a Henry como si le estuviera dando un tour por la ciudad. —Ahí es donde

juegan los Knicks, pequeño. Allá está la gran biblioteca; apuesto a que tiene más libros de dinosaurios de los que puedes cargar.

Henry pega la nariz a la ventana, absorbiéndolo todo. Miro el perfil de Caleb, la forma en que se tensa su mandíbula mientras vigila el tráfico, y siento de nuevo esa oleada de orgullo. Ha construido una vida aquí.

Cuando nos detenemos frente al bar, parpadeo con fuerza.

Estuve aquí para la inauguración hace tres años, cuando todo eran bordes rústicos y promesas. Ahora se ve consolidado. La pintura está impecable, el letrero pulido y las mesas exteriores están llenas de gente riendo entre tragos. Por dentro, la iluminación es cálida, los estantes están alineados con botellas y el ambiente vibra con vida. Ya no es solo un bar; es un referente del lugar.

—Vaya —susurro.

Caleb nota mi expresión y se sonríe. —¿Nada mal, eh?

—¿Nada mal? —Niego con la cabeza—. Te está yendo increíble, Caleb. No puedo creer lo mucho que has logrado.

Él se encoge de hombros como si no fuera nada, pero veo el orgullo brillar en sus ojos.

Henry se sube a un taburete, balanceando las piernas, y Caleb le revuelve los rizos. —¿Qué va a ser, amiguito? ¿Te gustan los flotantes?

Henry me mira, confundido. —¿Como los flotadores para nadar?

Me río. —No, mi amor. Como los helados flotantes.

A Henry se le agrandan los ojos. —¿Helado? ¿En un bar?

—Es el mejor tipo de bar —dice Caleb, guiñándole un ojo. Se pone a trabajar detrás de la barra, sirviendo refresco, sacando bolas de vainilla y añadiendo crema batida. Henry observa con absoluta fascinación, aplaudiendo cuando Caleb pone el vaso frente a él.

Mientras Henry empieza a comer, apoyo la barbilla en mi mano. —Probablemente debería buscar un lugar donde quedarnos. Un hotel o algo parecido. Podemos vernos todos para cenar más tarde.

Caleb me lanza una mirada como si me hubieran salido cuernos. —No seas ridícula. Te quedarás conmigo.

Parpadeo. —¿Estás seguro? No quiero...

—Liv. La casa es bastante grande. Tú y Henry no se van a quedar en un hotel cuando tienen familia aquí mismo. No seas tonta.

La firmeza en su tono me hace sonreír. —Está bien. Si estás seguro.

Él sonríe. —Estoy muy seguro.

*

Henry va por la mitad de su helado con soda cuando la puerta se abre. Meghan entra, la luz del sol se refleja en su cabello, con el bolso colgado al hombro. Viste falda y blusa, zapatos de tacón alto, y tiene el rostro encendido como si hubiera venido corriendo directamente del trabajo.

En cuanto me ve, su rostro se ilumina. —¡Liv!

Me pongo de pie antes de darme cuenta, y luego ella ya está en mis brazos, abrazándome fuerte, las dos riendo.

—Estás aquí —dice, apartándose un poco, con los ojos brillando —. Al fin. Ha pasado demasiado tiempo.

—Vaya que sí. —Se me quiebra la voz.

Meghan deja su bolso y explica: —No era mi intención llegar tan tarde. Lo siento muchísimo.

—No pasa nada. ¿Sigues en Brooklyn Prep?

—No. Me cambié el mes pasado. Estuve haciendo suplencias en la P.S. 41 en Greenwich Village el año pasado, pero acabo de conseguir una plaza fija. Quinto grado. Es increíble. Agotador, pero increíble.

—Eso es fantástico —digo, genuinamente orgullosa—. Te lo mereces.

Ella sonríe de oreja a oreja y luego se gira hacia Caleb, que está apoyado en la barra con una sonrisa burlona. Sin dudarlo, cruza la habitación y lo besa.

—Guácala —dice Henry en voz alta, arrugando la cara—. Eso es asqueroso.

Todos nos reímos, y Meghan le despeina los rizos. —Algún día lo entenderás, pequeñín.

Pero mientras los observo —mi hermano enamorado, mi mejor amiga radiante—, me golpea como una piedra. Han construido una vida aquí. Una vida de la que no he formado parte en mucho tiempo. La punzada es aguda, pero la reprimo, sonriendo.

Caleb trae una canasta de papas fritas, doradas y calientes. —Tomen. Un bocadillo antes de la cena.

Henry se lanza sobre ellas, y Meghan roba una papa con una sonrisa. Nos sentamos alrededor de la barra, la risa entrelazándose entre nosotros, los años desvaneciéndose incluso mientras el dolor de la distancia persiste silenciosamente en mi pecho.

Cuando Henry empieza a bostezar entre bocado y bocado, Caleb da una palmada. —Muy bien. Vámonos a casa.

Y así sin más, recogemos nuestras cosas, saliendo de nuevo a la noche, hacia este nuevo capítulo de estar juntos otra vez.

*

El trayecto desde el bar nos aleja del bullicio de la ciudad, por calles más tranquilas flanqueadas por casas de piedra rojiza y árboles frondosos, hasta que Caleb se detiene en un vecindario residencial que no reconozco. No es el Manhattan al que siempre imaginé que estaba anclado. Es más silencioso, más calmado; familias empujando cochecitos, niños montando en bicicleta, un perro cruzando un jardín corriendo.

Estaciona frente a una casa de ladrillo con escalones anchos y un pequeño jardín impecable que parece tener el toque de Meghan por todas partes. La luz del porche está encendida aunque el sol no se ha puesto del todo. Cuatro habitaciones, me dijo, y desde afuera, se ve totalmente como un hogar construido para un futuro que él nunca se habría permitido imaginar cuando éramos más jóvenes.

Adentro, el ambiente es cálido. La sala tiene un sofá modular grande, mantas colocadas casualmente y portarretratos en la repisa de la chimenea: Caleb y Meghan en una fiesta navideña, Meghan en su salón de clases con un grupo de niños, ellos dos abrazados como si siempre hubieran pertenecido el uno al otro. Se me cierra la garganta. Estoy feliz por él, de verdad. Pero ahí está de nuevo ese

dolor, un recordatorio de que ellos construyeron esto mientras yo estaba lejos, criando a Henry sola.

Henry, por su parte, se pone terco para comer cualquier cosa. Bosteza tan fuerte que se le aguan los ojos, pero insiste en que "ni siquiera está cansado".

—Amigo —le digo, deslizando un plato hacia él en la isla de la cocina—, solo cómete la mitad del sándwich. Luego podrás irte a la cama.

Él arruga la cara. —Pero quiero pizza.

—Comerás pizza mañana —le digo, firme pero suave—. La mitad del sándwich. ¿Trato?

Él suspira con todo el peso de un niño de cuatro años que carga con el mundo, y luego da mordiscos diminutos y exagerados como si intentara demostrar algo. Caleb se ríe desde donde está apoyado en el mostrador. Meghan le aprieta el hombro a Henry, elogiándolo por ser fuerte.

Finalmente, Henry se desliza del taburete y sube las escaleras conmigo a rastras. Caleb nos muestra la habitación de invitados, y ayudo a Henry a ponerse el pijama. Sus rizos sobresalen en todas direcciones. Se queda dormido antes de que termine de taparlo, y sus suaves ronquidos llenan el espacio.

Cuando cierro la puerta, encuentro a Caleb en la cocina, con las mangas arremangadas, preparando cócteles como si estuviera de vuelta tras su barra. Meghan está sentada en un taburete, con la barbilla apoyada en la mano, observándolo como si fuera su programa favorito.

Él levanta la vista cuando me les uno. —¿Gin o vodka?

—Gin —digo—. Sorpréndeme.

Él trabaja rápido —sirviendo, agitando, colando—, como si los movimientos estuvieran grabados a fuego en él. Cuando pone la copa frente a mí, es perfecta: fría y con el aroma de cítricos y hierbas. Meghan toma un sorbo de la suya y suspira dramáticamente.

—Entonces —dice, girándose hacia mí—, la vida de analista junior. ¿Cómo es eso?

Me encojo de hombros, girando el tallo de mi copa entre los dedos. —Muchos números. Informes. Mayormente remoto en estos días, lo cual me viene bien. No es glamoroso, pero paga las cuentas.

—¿No es glamoroso? —Meghan se ríe—. Las hojas de cálculo y los pronósticos suenan apasionantes.

—Exactamente. —Sonrío, tomando un sorbo.

Antes de que pueda decir más, Caleb murmura una maldición mientras su teléfono se ilumina en el mostrador. Lee el mensaje y tensa la mandíbula.

—¿Qué pasa? —pregunta Meghan.

Él suspira, pasándose una mano por el cabello. —Algo en el bar. Un problema con el inventario, las entregas se arruinaron. Iré un momento, lo solucionaré y volveré. Todavía saldremos a cenar.

Meghan arquea una ceja. —O —dice con intención—, podemos pedir pizza a domicilio y cenar aquí cuando vuelvas. Ahórrale a tu hermana la molestia de andar de un lado a otro después de viajar todo el día.

Caleb la mira como si acabara de resolver una crisis mundial. Se inclina sobre el mostrador y la besa, rápido pero seguro. —Sabía que me gustabas porque eras inteligente.

Ella sonríe con picardía. —Y yo que pensaba que era por mi increíble trasero.

Él se ríe, sacudiendo la cabeza mientras agarra las llaves. —Por eso también.

Cuando la puerta se cierra tras él, Meghan se gira hacia mí, sonriendo. —Siento que tuvieras que presenciar eso.

Le resto importancia con un gesto. —No te disculpes. Simplemente... estoy feliz por los dos.

Su expresión se suaviza, pero no presiona. En cambio, saca su teléfono y empieza a buscar. —Muy bien. Pizza. ¿Qué prefieres?

Me recuesto en el taburete. —¿Después de la pizza de Oregon? Cualquier cosa sabrá increíble.

Nos reímos y ella marca un pedido.

Al dejar el teléfono, suspira. —A veces extraño vivir en la ciudad. La energía, el ruido. Justo le decía a Caleb esta semana lo mucho que extrañaba cuando estábamos los tres en Brooklyn.

Miro alrededor de la acogedora cocina, las fotos enmarcadas, el vecindario tranquilo afuera. —No lo sé. He estado fuera tanto tiempo que no creo que ya encajara aquí.

—Tonterías —dice con firmeza—. Te adaptarías enseguida. Siempre perteneciste aquí.

Su convicción me hace parpadear. Por un segundo, me permito imaginarlo: Henry en un patio trasero con primos, yo llevándolo a la escuela en una concurrida calle de Nueva York, cenas con Caleb y Meghan cada semana. El pensamiento es a la vez reconfortante y aterrador.

El reloj del horno avanza. La casa está en silencio, excepto por el zumbido de la nevera y el débil sonido de Henry respirando a través del monitor para bebés que dejaron en el mostrador.

Bebo un sorbo de mi trago y le sonrío a Meghan. —Realmente eres buena para él, ¿sabes?

Sus mejillas se sonrojan. —Y él es bueno para mí. Simplemente... funcionamos.

La calidez en su voz hace que me duela el pecho, pero fuerzo una sonrisa y tomo otro sorbo. Quizás tenga razón. Quizás pueda volver a encajar aquí.

—Además —dice, tan casual como siempre—, ¿sabes ese trabajo de suplencia que tuve antes de conseguir la plaza fija? Fue a través de una agencia de empleo temporal. Todavía están colocando gente. No vendría mal que les dieras una llamada. Solo... para ver qué hay por ahí.

Gimo y me dejo caer contra los cojines. —Meg. No.

—Sí —insiste ella, deslizándome su teléfono. En la pantalla está el sitio de la agencia, con un pulcro encabezado azul y una fuente alegre que hace que parezca más un servicio de citas que una bolsa de trabajo.

—Ya tengo trabajo —argumento.

—Tienes un trabajo remoto de analista junior que te paga, ¿qué?, ¿cuarenta y cinco, cincuenta? —Toca la pantalla y de repente me muestra un gráfico de salarios en la ciudad—. Mira. ¿Analistas junior en Nueva York? Empezando en setenta y cinco. Y eso ni siquiera es en las firmas grandes.

Le devuelvo el teléfono. —Meg, no puedo simplemente desarraigar la vida de Henry. Tiene su escuela, sus amigos, una rutina. Él es feliz.

Esta vez no me devuelve el teléfono, solo me estudia con esos agudos ojos marrones. —Tiene cuatro años, Liv. Es resiliente. Y aquí le estarías dando oportunidades que Oregon no puede darle. Hay programas, escuelas... incluso podría meterlo en la mía. Sabes lo buena que es. Una escuela privada, clases pequeñas, todos los recursos. —Suaviza el tono y baja la voz—. Lo único que digo es que... no dolería intentarlo, ¿verdad? Solo llama. Mira qué pasa.

Jugueteo con el dobladillo de mi manga, con la garganta apretada. No se equivoca, y ese es el problema. He construido un mundo pequeño y seguro para Henry y para mí, pero a veces lo seguro se siente demasiado pequeño.

—¿Puedo pensarlo? —pregunto.

Ella sonríe sabiamente. —Eso es todo lo que quería oír.

*

Al día siguiente, la ciudad nos traga por completo. Caleb insiste en llevar a Henry al Museo de Historia Natural, y mi hijo prácticamente vibra mientras entramos en las cavernosas salas. Sus rizos rebotan, sus pequeñas zapatillas chirrían contra el suelo pulido.

—¡Dinosaurios, mami! —chilló, tirando de mi mano.

—Sí, cariño, los veremos.

Y los vemos. Sus ojos bien abiertos casi brillan cuando se para bajo el imponente esqueleto de un T. rex. Le habla como si pudiera oírlo y le explica con una vocecita seria sobre sus dinosaurios de juguete en casa. La gente que pasa cerca le sonríe.

Caleb lo carga sobre sus hombros cuando pasamos a la siguiente exhibición. Meghan toma fotos, y Henry señala todo, narrando de la manera en que solo él sabe hacerlo. Durante horas, recorremos las salas —planetas, gemas, animales— y no puedo dejar de observar a mi hijo absorber el mundo.

Para la cena, está agotado, desplomado en el reservado entre mi mamá y yo en un acogedor restaurante italiano que Caleb eligió. El

olor a ajo y pan recién horneado me envuelve, familiar y reconfortante.

La charla fluye con facilidad: Caleb habla del bar, Meghan de sus alumnos, mamá interviene con pequeñas novedades de Oregon. Pero yo estoy distraída.

No puedo dejar de pensar en esta ciudad de soñadores. En cómo, una vez, yo fui uno de ellos; corriendo por la NYU, café en mano, sintiendo que todo era posible. Fue la etapa más difícil y la mejor de mi vida. Y luego llegó Henry, y él se convirtió en todo. Mi mayor bendición.

Pero esta noche, sentada aquí, escuchando el murmullo de la ciudad fuera de las ventanas, siento ese tirón de nuevo. Una parte de mí quiere, al menos, intentarlo.

Las calles se desdibujan en el viaje de regreso. Henry duerme en su silla para el auto, con la cabeza ladeada, aferrando el pequeño dinosaurio que Caleb le compró en la tienda de regalos. Mi mamá está tranquila a su lado, con la mano apoyada protectoramente en el brazo de él.

Cuando volvemos a la casa y Caleb se acerca para desabrochar a Henry, me quedo atrás con Meghan, bajando la voz.

—Meg —susurro.

Ella me mira con las cejas levantadas.

—Llama a la agencia.

Sus labios se curvan en una lenta sonrisa. —Hecho.

Y mientras entro en la cálida luz de la casa de Caleb y Meghan, con la suave respiración de mi hijo llenando el silencio, me doy cuenta de que quizás es hora de dejar de simplemente sobrevivir. Quizás es hora de empezar a construir algo más grande.

Capítulo 12

Olivia

Debí haber sabido desde el momento en que puse un pie en la recepción que esto me quedaba grande.

Los pisos de mármol brillan con tal perfección que me sorprendo mirando mi reflejo, deforme y acuoso. El techo se eleva a tres pisos de altura, con un candelabro que parece pertenecer a un museo. Hombres y mujeres en trajes elegantes cruzan el vasto espacio como si fueran dueños del suelo que pisan. Y aquí estoy yo: con la blusa de Meghan metida en una falda que me aprieta la cintura, su saco un poco más ajustado de lo debido en el pecho y unos zapatos que juraría fueron diseñados por alguien que odia a las mujeres.

Price Capital Holdings. El nombre está estampado en cromo sobre la pared detrás de la recepción, cada letra tan intimidante como la anterior. Trago saliva, aferrando mi bolso, y camino hacia el mostrador principal.

La recepcionista ni siquiera levanta la vista de inmediato, solo teclea con la velocidad de alguien a quien definitivamente no le pagan por hora. Finalmente, me mira, barriendo con la vista mi atuendo prestado antes de volver rápidamente a su pantalla.

—¿Nombre? —pregunta, cortante.

—Olivia Blake. V—vengo a una entrevista. Para el puesto de analista junior. —mi voz tiembla a pesar de las veces que practiqué esa frase en el taxi de camino.

Ella se desplaza por algo en la pantalla y luego aprieta los labios. —Recursos Humanos la espera. Piso dieciocho.

Asiento y me dirijo a los ascensores, con el corazón en la garganta. Las paredes de espejo me devuelven el reflejo de mis nervios. Intento arreglarme el cabello, aplacando los rizos que se negaban a ser domados, y desearía haber pedido prestado algo que no fuera tan obviamente de Meghan. Mi mejor amiga parece haber

nacido para usar faldas tubo y seda. Yo parezco una niña jugando a disfrazarse.

Cuando las puertas se abren, el piso dieciocho es más silencioso de lo que esperaba. La alfombra amortigua mis pasos mientras sigo los letreros hacia Recursos Humanos. El pasillo huele sutilmente a café y a algo floral, aunque hay un trasfondo de aire viciado, como si la gente allí hubiera estado conteniendo la respiración por demasiado tiempo.

Llamo a la puerta abierta.

Una mujer está sentada tras un escritorio apilado con expedientes y una caja de pañuelos a medio vaciar. Tiene el rímel corrido bajo los ojos. Da un salto cuando hablo.

—Eh, hola. Soy Olivia Blake. ¿Tengo una entrevista programada?

Parpadea rápidamente y luego finge una sonrisa que no llega a sus ojos. —Sí. Sí, por supuesto. Me alegra mucho que viniera con tan poco tiempo de antelación. Por favor, siéntese.

Me dejo caer en la silla frente a su escritorio, con los nervios a flor de piel. Ella baraja unos papeles, saca una carpeta y luego la pone frente a mí.

—Aquí está el contrato —dice con brusquedad, entregándome una pluma junto con un gafete de identificación negro y elegante que brilla bajo la luz fluorescente. Mi nombre ya está impreso en él: *Olivia Blake, Asistente Ejecutiva.*

Me quedo mirando. —Lo siento, pensé... ¿esto no era para una entrevista?

Sus ojos buscan los míos, muy abiertos y demasiado brillantes, como si estuviera conteniendo lágrimas recientes. —Hubo un cambio de circunstancias. El Mr. Price necesita una asistente nueva de inmediato. Usted vino muy bien recomendada por la agencia, y estamos preparados para incorporarla hoy mismo. Solo revise el acuerdo de confidencialidad, firme el contrato y la instalaremos.

Acuerdo de confidencialidad. Asistente. Contrato. Mi cerebro intenta desenredar palabras que no parecen tener sentido juntas.

Aun así, tomo el contrato y paso las hojas nítidas. Es denso, escrito en un lenguaje legal que hace que se me nuble la vista, pero me obligo a leer con cuidado. Cláusulas de confidencialidad.

Acuerdos de no competencia. Algo sobre acceso restringido a carteras de clientes. Luego llego a la sección de compensación.

Se me corta la respiración.

El salario es... absurdo. El triple de lo que gano ahora. Hay beneficios sobre beneficios, subsidios de reubicación y bonos. Números que parecen pertenecer a la vida de otra persona, no a la mía.

Debo haber hecho algún sonido porque la mujer se aclara la garganta. —¿Hay algún problema, Miss Blake?

—No —digo rápidamente, negando con la cabeza—. No, en absoluto.

Ella asiente con alivio y me pasa la pluma de nuevo. Mi mano tiembla ligeramente mientras firmo, poniendo mis iniciales donde ella me indica.

Retira los papeles con eficiencia rápida y luego se pone de pie. —Excelente. Vamos a tomarle la foto para el sistema y luego le explicaré sus credenciales de acceso. El departamento de sistemas ya configuró su cuenta.

El resto sucede como en un sueño borroso. Un flash se dispara mientras toman la foto para mi identificación, capturándome a medio parpadear. Una carpeta con contraseñas y códigos de acceso llega a mis manos. Enganchan mi gafete en el saco. Se siente pesado, como si pesara más que solo plástico.

—Ahora —dice la mujer de Recursos Humanos, llevándome de nuevo hacia el ascensor—, subirá al último piso. El señor Price no está hoy, pero vendrá mañana por la mañana. Por hoy, familiarícese con la oficina, el software y la agenda. Su asistente anterior... se fue de forma abrupta. Necesitamos que usted tome el relevo de manera impecable.

—Entiendo —murmuro, aunque nada de esto me parece impecable.

El viaje en ascensor se me hace eterno, con mi reflejo devolviéndome la mirada, viéndome más aturdida a cada segundo. Cuando las puertas se abren, entro en un piso que parece otro mundo.

La alfombra aquí es más gruesa, el aire más fresco. Ventanales de piso a techo enmarcan el horizonte de Manhattan, con la ciudad extendiéndose infinitamente en todas direcciones. Los escritorios están en grupos ordenados, elegantes y modernos, aunque la mayoría están vacíos a estas horas de la tarde.

Una recepcionista tras un mostrador blanco brillante me saluda con un gesto cortés. —¿Miss Blake? ¿La asistente del Mr. Price?

—Sí —digo, la palabra me suena extraña en la boca.

—Su oficina está al final del pasillo. Puede instalarse allí.

Camino despacio, con el gafete balanceándose sobre mi pecho, hasta que llego a unas puertas dobles de cristal grabadas con su nombre: *Jake Price, CEO.*

La oficina es enorme, casi del tamaño de toda la casa de mi mamá. Una pared de libreros, un escritorio reluciente que parece intacto y sillas de cuero colocadas como si estuvieran esperando que se derramen secretos en ellas.

Entro, dejo mi bolso con cuidado en la esquina del escritorio y suelto una risa nerviosa.

Esta mañana, solo era Olivia Blake de Oregón, la mamá de Henry, una analista junior esperando una oportunidad. ¿Ahora? Soy la asistente del señor Price, sea quien sea.

Y mañana tendré que conocerlo.

Que Dios me ayude.

*

Lo primero que hago tras salir del imponente edificio de cristal es respirar. Una inhalación real y completa que no se queda atascada a mitad de mi garganta. El aire de la ciudad es fuerte, con olor a escape y a nueces tostadas de un carrito, pero sigue siendo mejor que el frío filtrado de arriba. El gafete me quema en el pecho, con las palabras "Asistente Ejecutiva" balanceándose con cada paso como un secreto que no estoy segura de que deba tener.

Para cuando me deslizo en el asiento trasero de la camioneta de Caleb, me retumba la cabeza. Mi hermano me echa un vistazo y levanta una ceja. Lleva ese traje de nuevo, la corbata floja, las

mangas remangadas como si fuera a la vez un hombre de negocios y un mesero en la misma hora.

—¿Dónde está Henry?

—Mamá lo llevó al parque. ¿Y bien? —pregunta él—. ¿Cómo te fue?

Sujeto la correa de mi bolso y obligo a que salgan las palabras. —Yo... conseguí el trabajo.

Su sonrisa se extiende al instante. —Lo sabía. Te lo dije...

—No. —Lo interrumpo, negando con la cabeza—. Caleb, no es lo que pensaba. No fue una entrevista. Fue... Dios, ni siquiera sé qué fue. Solo... me entregaron un contrato. Y un gafete. Aparentemente soy la nueva asistente del CEO.

Él parpadea. —Espera. ¿Tú?

—Sí, yo —respondo bruscamente, luego me presiono las palmas de las manos contra los ojos porque mi voz sale chillona—. Y el salario es una locura. No es solo bueno, Caleb. Es obsceno.

—¿Qué tan obsceno? —Su curiosidad es inmediata. Es mi hermano; puede oler el dinero como el humo en el viento.

Saco la carpeta de mi bolso y la deslizo por el asiento. Él escanea las cifras, con la boca temblando como si no pudiera decidir si silbar o soltar una grosería. Finalmente, deja escapar un sonido bajo y prolongado, mitad risa, mitad incredulidad.

—No puede ser.

——Exacto —mi voz se quiebra—. Esto está mal. Se suponía que iba para una entrevista de analista junior. De alguna manera, terminé con un contrato para un trabajo completamente diferente, y lo firmé como una total idiota. ¿Qué se supone que haga? ¿Entrar mañana y decirles que cometieron un error?

Él se inclina hacia atrás en su asiento, golpeando el volante pensativo. —O —dice lentamente—, no lo haces.

—¿A qué te refieres con "no lo haces"?

—Me refiero a que ya firmaste. Ya te dieron el alta. Si esto fue un error, es de ellos, no tuyo. Tú no te metiste a la fuerza. Te presentaste. Ellos te dieron los papeles. Fin de la historia.

Se me revuelve el estómago. —Caleb, eso es fraude o... o algo parecido al fraude. Se siente mal.

Antes de que pueda responder, la puerta del pasajero se abre y Meghan se sube, con las mejillas rosadas por el frío. Se aprieta entre nosotros en el asiento corrido como si volviéramos a ser adolescentes, aunque ya somos demasiado adultos para eso. Me mira a mí, luego a Caleb, detectando la tensión de inmediato.

—¿Qué pasó? —pregunta ella.

—La contrataron —dice Caleb, sonriendo como si estuviera anunciando un boleto de lotería ganador.

—¿Eso es bueno? —Meghan ladea la cabeza hacia mí.

——No es bueno —gruño—. Es raro. Se suponía que iba para una entrevista de analista junior, pero en su lugar me contrataron como, escucha esto, la asistente del CEO. Así, sin preguntas. «Aquí tiene el contrato, aquí tiene su gafete, felicidades Olivia Blake, ahora es la guardiana de un imperio».

A ella se le desencaja la mandíbula. —Espera, ¿qué? ¿Hablas en serio?

—Totalmente en serio.

—Eso es... —Los ojos de Meghan van de uno a otro—. Eso es realmente una locura. ¿Dijeron por qué?

Niego con la cabeza. —La mujer de Recursos Humanos parecía que había estado llorando. Apenas explicó nada. Solo me hizo firmar papeles y me dijo que viniera mañana a conocer al señor Price. Se sentía como si estuvieran desesperados. Como si necesitaran a alguien que ocupara el puesto de inmediato.

—Tal vez su anterior asistente renunció de repente —sugiere Meghan.

—O fue abducida por extraterrestres —mura Caleb.

Le lanzo una mirada, pero él solo sonríe.

—De cualquier forma —continúa Meghan—, si te contrataron, entonces estás contratada. No importa si se suponía que era para otra persona. Firmaste el contrato. Te dieron las credenciales. Eso lo hace oficial.

Me cruzo de brazos con fuerza. —O sea que tu consejo es... ¿fingir que sé lo que estoy haciendo hasta que me atrapen?

Meghan intercambia una mirada con Caleb antes de responder con cuidado. —Liv, piénsalo. Esta es una oportunidad única en la

vida. Incluso si empezó por un error, ya estás adentro. Podrías aprender todo. Podrías usar esto como plataforma de lanzamiento. Y si te preocupan las habilidades, podrías tomar clases nocturnas. Un diplomado, tal vez. Cubrir tus bases mientras trabajas allí.

La miro horrorizada. —Entonces, ¿mentirle a toda una empresa de miles de millones de dólares mientras me mato estudiando por las noches como si tuviera una especie de vida doble?

—Más bien... sobrevivir —dice Caleb, con voz práctica—. Has estado sobreviviendo a duras penas por años, Liv. Este trabajo podría darles algo mejor a ti y a Henry. No lo eches a perder porque te da miedo romper un poco las reglas.

—¿Un poco? —chillé—. Esto se siente como pasarlas por alto por completo.

—Vamos —dice él—. ¿Crees que esos CEOs multimillonarios llegaron a donde están siguiendo todas las reglas al pie de la letra? La mitad de ellos ni siquiera terminaron la universidad. Son profesionales en ganarle al sistema. ¿Por qué no aprendes algo de ellos?

Los ojos de mi hermano están fijos, desafiantes. Meghan asiente a su lado, rozando mi mano con tono reconfortante.

—No es fraude, Olivia —dice suavemente—. Fraude es mentir para conseguir el trabajo. Tú no mentiste. Ellos te lo dieron. Todo lo que hiciste fue firmar.

Cierro los ojos. El gafete sigue enganchado en mi saco, pesado contra mi pecho. —No lo sé —susurro—. Simplemente no parece real. No estoy calificada. No pertenezco a una oficina como esa. No después de haber estado fuera de la ciudad por tanto tiempo. No cuando mi currículum es básicamente un gran signo de interrogación.

Meghan me aprieta la mano. —Tú perteneces, Liv. Más de lo que crees.

Caleb resopla. —Además, el trabajo de asistente es mayormente agendar, organizar y correos, ¿verdad? Has estado haciendo malabares con clases, trabajos y criando a Henry. Ya haces el triple de esa carga de trabajo. Estarás bien.

Su seguridad despierta algo inquietante pero esperanzador dentro de mí. ¿Realmente podría hacer esto? ¿Podría entrar en una oficina así, interpretar el papel y no derrumbarme bajo el peso de la situación?

—¿Y si fallo? —murmuro.

—Entonces fallas —dice Caleb—. Pero al menos sabrás que lo intentaste. Es mejor que alejarse de un sueldo como este sin siquiera ver qué pasa.

Meghan se inclina más cerca, con voz vibrante de determinación. —Solo piénsalo. Podrías darle a Henry oportunidades que ni siquiera podemos imaginar ahora. Escuela privada. Ahorros para la universidad. Un futuro de verdad.

Henry. Siempre Henry. El nombre que siempre me hace detenerme.

Mi hijo, con sus rizos alborotados y sus interminables preguntas sobre dinosaurios. La forma en que sus manitas encajan con la mía cuando cruzamos la calle. La forma en que se acurruca contra mí por la noche, susurrando sus sueños.

¿Podría arriesgar todo esto —mi miedo, mi insuficiencia— si significara darle más a él?

Suelto una risa temblorosa, presionando la base de mis palmas contra mis ojos. —No puedo creer que esté siquiera considerando esto.

—Créelo —dice Caleb—. Ya estás en el juego, Liv. Hora de jugar.

Meghan sonríe, con sus ojos cálidos y firmes. —Un paso a la vez. Mañana, entra en esa oficina como si pertenecieras allí. El resto... ya lo resolveremos.

Asiento lentamente, todavía aterrada, pero también con esperanza.

Capítulo 13

Jake

El zumbido de los motores siempre me ha resultado reconfortante. Quizás sean las matemáticas detrás de ello: el quejido constante, la forma en que puedo cronometrar los intervalos de turbulencia y saber exactamente cuánto tiempo pasará antes de que el avión se nivele de nuevo. Rutas de vuelo, cambios de presión, distancia recorrida. Todo calculable, ordenado. Predecible.

Max, por supuesto, es cualquier cosa menos predecible.

Está en el asiento de al lado, asomado al pasillo con esa sonrisa ridícula plasmada en el rostro, charlando con la azafata como si estuviera audicionando para una comedia romántica. Ella es joven, rubia y claramente está acostumbrada a este tipo de atención, pero se ríe cortésmente de cualquier chiste que él esté contando, dejando su café sobre la bandeja con un poco más de calidez de la necesaria.

—Max —le digo con dureza.

Él me mira, arqueando una ceja, pero su sonrisa no desaparece. —¿Qué? Estoy siendo encantador.

—Estás siendo una distracción. —Señalo con la cabeza la laptop abierta en mi bandeja, con la hoja de cálculo brillando frente a nosotros—. Concéntrate. Tenemos que finalizar los números de este contrato de arrendamiento antes de aterrizar.

Él toma un sorbo lento de su café, disfrutándolo como si fuera un Burdeos de reserva en lugar de esa porquería de aerolínea. —Relájate, Jake. Todo saldrá bien.

Lo observo por un momento, tratando de decidir si esta nueva calma es genuina o solo otra máscara. Se ve bien; mejor de lo que se ha visto en años, de hecho. Más despierto. Más delgado. Las ojeras que solían rodear sus ojos después de que Sylvia lo dejara han desaparecido. Hay estabilidad en la forma en que sostiene su taza, en la forma en que su mirada regresa a la hoja de cálculo tras un último guiño a la azafata.

—Todavía no puedo creer que hayas abierto tu cuarta sucursal —admito, ajustando la pantalla para que ambos podamos ver—. Después de todo lo que pasó... realmente lo estás logrando.

Él se encoge de hombros como si no fuera la gran cosa, pero yo lo conozco bien. Han sido años de luchar para salir de los escombros que Sylvia dejó atrás. Su firma de relaciones públicas casi colapsa durante el divorcio y, por un tiempo, pensé que lo perdería por completo: por la bebida, por la amargura, o quizás algo peor. Pero aquí está, vivo y prosperando, sorbiendo su café como si finalmente hubiera encontrado la cura.

—Fue una situación crítica —dice con ligereza, haciendo eco de mis pensamientos—. Pero el café, amigo. Eso me salvó.

Sonrío a mi pesar. Max se ha volcado al mundo del grano y la molienda con la misma energía obsesiva que una vez dedicó a perseguir mujeres y clientes. Puede decirte la altitud de una finca colombiana y el ajuste preciso de molienda para un filtrado V60 como si estuviera recitando las escrituras.

—Hablando de café —dice, pasando a la propuesta sobre la que he estado tratando de que se defina—. Nuestro local. Tienes que admitir que tiene potencial.

Miro los bocetos del diseño, los elegantes dibujos de una fachada con nuestros nombres —bueno, mayormente el nombre de su marca — rotulados por todos lados. Se supone que es un pasatiempo para mí, un proyecto secundario fuera de la intensidad de Price Capital. Pero al ver cómo se le iluminan los ojos cuando habla de ello, no puedo evitar sentirme involucrado.

—Es un riesgo —le digo—. Pero uno que vale la pena correr. A la gente le encanta tu trabajo en relaciones públicas. Si puedes vender una historia, puedes vender una taza de café.

—Exacto. —Toca la pantalla con el dedo—. Empezamos con algo pequeño. Una tienda insignia en Nueva York. Luego veremos.

Me recuesto en el asiento, estirando las piernas. —¿Tu asistente se encargará de la logística?

Él asiente, y un destello de alivio cruza su rostro. —Sí. Al menos hasta que encuentres un reemplazo para Claudia.

Hago una mueca. Ese nombre sigue siendo un tema delicado. Claudia había sido mi mano derecha en Price Capital durante años. Eficiente, discreta, sagaz. Hasta que dejó de serlo. Hasta que su matrimonio implosionó debido a una aventura con uno de mis gerentes senior de recursos humanos, y las consecuencias envenenaron cada rincón de la oficina. Un divorcio desagradable, chismes de pasillo, amenazas legales. No tuve más remedio que cortar vínculos.

Max sacude la cabeza. —Por esto es que las empresas necesitan una política estricta de no confraternizar. Les ahorra el dolor de cabeza a todos.

Suelto una carcajada, cortante y seca. —Lo dice el hombre que probablemente se ha acostado con la mitad de su personal.

Él sonríe con suficiencia, sin inmutarse. —No con la mitad. Quizás con una cuarta parte.

—Claro. Y te preguntas por qué hace falta una política.

Él me señala con una seriedad fingida. —No escupas para arriba, Price. Tú no eres quién para hablar.

Arqueo una ceja. —¿Perdona?

—Acostarte con tus clientes —dice, y su sonrisa se ensancha. Se refiere al romance intermitente que he estado manteniendo con Chloe Masters, una de nuestras clientes más importantes y uno de los mejores polvos que he tenido en los últimos dos años.

—Ya no más —retruco, poniendo los ojos en blanco.

—Pero lo hiciste. Lo que te hace tan culpable como yo. —Se recuesta, arrogante—. Así que tal vez ambos necesitemos esa cláusula.

Sacudo la cabeza, con una sonrisa renuente asomando a mis labios. Hay cosas que nunca cambian.

Durante la hora siguiente, logramos concentrarnos de verdad. Él sorbe su café, yo reviso los números, y juntos trazamos un plan que se siente más como un proyecto personal que como un trato de negocios. Para mí, esto no se trata de flujos de ingresos o cuotas de mercado. Se trata de él. De darle a mi mejor amigo algo que lo mantenga anclado, algo más saludable que los patrones que casi lo destruyen.

Cuando el captain anuncia nuestro descenso, Max cierra su laptop con un chasquido satisfactorio. —¿Ves? Fácil. Vamos a arrasar con esto.

—Solo logremos abrir las puertas primero —murmuro, pero siento una calidez en el pecho.

Las ruedas tocan la pista con una sacudida y, al poco tiempo, estamos carreteando hacia la puerta. Los pasajeros se mueven, los compartimientos superiores se cierran de golpe. Max ya está seduciendo a la azafata por última vez mientras recogemos nuestras maletas. Ella le desliza una servilleta con su número garabateado. Él le guiña un ojo, guardándola en su bolsillo como un mago que esconde una carta.

—Eres incorregible —le digo.

—Y así me quieres.

No respondo, pero tiene razón.

Afuera, el aire es diferente. Más denso. Nueva York se siente más pesada que Londres, incluso a la luz del día. Max se pone sus lentes de sol, estirándose como si se estuviera quitando de encima el cansancio del vuelo, mientras yo consulto mi reloj.

—Es mediodía —digo—. Iré a la oficina, me reuniré con el equipo y, ¿quizás podamos cenar esta noche para revisar los siguientes pasos?

—Me parece bien. —Me da una palmada en el hombro—. No te entierres demasiado en las hojas de cálculo. Se supone que esto debe ser divertido.

—Para ti —digo con sorna.

—Para nosotros —corrige él, sonriendo mientras le hace señas a un taxi.

Lo veo irse, todavía maravillado por la transformación. Este es el mismo hombre al que una vez saqué arrastras del baño de un hotel, borracho y destrozado. El mismo hombre que solía medir sus días por cuánto podía anestesiarse. Ahora los mide por granos, cafeteras y planos para cafeterías.

Se siente como un progreso.

*

Hay una sensación particular en el aire cuando entro en Price Capital. Es cortante, limpio, casi quirúrgico, y siempre me golpea en el pecho como si me estuviera poniendo una segunda piel. Mi sangre, mis huesos, mi legado: todo vive en estas paredes de cristal y pisos de mármol. He pasado más noches aquí que en mi propio departamento, he respirado este aire reciclado a través de mercados alcistas y crisis, a través de la sombra de mi padre y mi propio ascenso para salir de ella.

El vestíbulo no ha cambiado. Relucientes baldosas de piedra pulidas hasta el punto de reflejarlo todo, el nombre de la empresa grabado en la pared en cromo cepillado y el ritmo constante de las puertas de seguridad abriéndose y cerrándose con cada pase de tarjeta. Nostalgia es una palabra peligrosa, pero eso es lo que siento. Nostalgia y la silenciosa satisfacción de saber que convertí esto en algo que mi padre nunca pudo.

Recursos Humanos es mi primera parada, no porque quiera demorarme allí, sino porque necesito tomar el pulso del lugar. Con Claudia fuera, el departamento ha sido un torbellino de lealtades murmuradas y roles cambiantes. El jefe de recursos humanos, Mitchell, me recibe con una sonrisa ensayada, carpeta en mano, recitando actualizaciones: dos nuevos analistas incorporados, el equipo de Londres solicitando más personal y el reemplazo de Claudia sigue siendo temporal hasta que finalicemos los candidatos.

—Y su nueva asistente comenzó esta semana —añade, como si fuera una nota al pie—. Reclutada por agencia. Muy recomendada. Debería encajar fácilmente.

—Bien —digo, aunque mi atención ya está en otra parte—. Tengo una conferencia telefónica con Londres en veinte minutos. Iré subiendo.

Tomo el ascensor ejecutivo, el que se salta los pisos intermedios y sube directo hasta la cima. El viaje es suave y rápido, mi reflejo en las paredes espejadas se mantiene firme a pesar del martilleo en mi pecho. Ya estoy repasando mentalmente los números para la llamada: tipos de cambio, márgenes y los detalles que aún tenemos que concretar para el negocio del café con Max.

Las puertas se abren y entro en la silenciosa inmensidad del último piso. Las alfombras son más gruesas aquí, el silencio más profundo, interrumpido solo por el timbre ocasional de un teléfono en el escritorio de la recepcionista. Mis pasos son automáticos, la memoria muscular me lleva por el pasillo hacia mi oficina.

Y entonces me detengo.

Hay alguien inclinada sobre el dispensador de agua, justo afuera de mis puertas.

Al principio, todo lo que registro es el movimiento: dedos largos y elegantes jugueteando con la palanca, una serie de maldiciones entre dientes mientras lucha con algo que claramente está atascado. Luego, mi mirada baja más, y el aire en mis pulmones se congela.

Medias de red. Negras. De las que se cruzan y abrazan cada centímetro de piel, deslizándose dentro de unos elegantes tacones negros. Y entre ellas... Cristo. El tipo de culo que hace que se me seque la garganta, redondo y perfecto, tensándose contra una falda de tubo que parece como media talla demasiado pequeña. Se mueve ligeramente, un movimiento sutil pero suficiente para enviar una descarga de calor directo a mi entrepierna.

Esta no es una asistente personal de carrera de cincuenta años.

Ni de coña.

Me aclaro la garganta; el sonido sale más brusco de lo que pretendía.

Ella se sobresalta, golpeándose la cabeza contra el dispensador con un golpe sordo. —Ay... maldita sea... —Se gira, haciendo una mueca, con la mano volando para frotarse el golpe.

Y entonces todo mi mundo se tambalea.

Porque es ella.

Olivia.

Cinco años desaparecida, cinco años de silencio, y ahora está aquí parada con medias de red y tacones, parpadeando hacia mí como si yo fuera un fantasma que salió de su pasado.

Tiene el cabello más corto ahora, con un corte que enmarca su rostro y hace que sus labios carnosos se vean aún más llenos. Su cuerpo tiene más curvas, con las caderas resaltando contra el ajuste de su falda y su blusa tirante sobre el pecho. Está mayor, cambiada,

pero al mismo tiempo no. Esos ojos, abiertos de par en par y sorprendidos, son los mismos ojos que vi mirándome hace tantos años. Los mismos ojos que me miraban como si yo fuera algo más que números y negocios, como si yo fuera algo humano.

Mi polla ya está dura. Al instante. Un puñetazo de recuerdo y deseo, tan agudo que resulta vergonzoso.

—J.P. —susurra ella, sin aliento.

Escuchar mi nombre así... me destruye.

Hago algo imprudente, algo totalmente impropio de mí. Doy un paso adelante y la envuelvo en un abrazo.

Ella se pone tensa al principio, su cuerpo se vuelve rígido contra el mío, pero luego —lentamente, increíblemente— sus brazos suben y me devuelve el abrazo. Por un momento, es como si nada hubiera cambiado. Mi pecho contra el suyo, su cabello rozando mi mandíbula, el aroma de su champú atravesando cinco años de distancia.

Cuando nos separamos, mi corazón martillea tan fuerte que estoy medio convencido de que ella puede oírlo.

—Estás aquí —digo, con mis manos aún en sus hombros como si no pudiera soltarla—. Estás aquí. ¿Cómo es que estás aquí?

No puedo contenerme. Toco su rostro, sigo la línea de su pómulo con mi pulgar. Su piel está tibia, más suave de lo que recordaba. Mi mano baja más, rozando la comisura de sus labios. Esos labios. Maldición, quiero probarlos. Quiero empujarla contra la pared y follármela hasta borrar cada año que perdimos.

—Jake —susurra ella, apenas audible.

—Sí —digo, con la voz quebrada, cruda.

Ella traga saliva, sus ojos bajan un instante y luego vuelven a subir—. Creo que... creo que soy tu nueva asistente.

Las palabras me caen como un balde de agua helada sobre la cabeza.

Retrocedo tan rápido que casi duele, mis palmas se apartan de su piel. La confusión surge, caótica y ruidosa. ¿Mi asistente? Esto es un error. Una broma pesada. ¿Cómo diablos terminó aquí, en *mi* edificio, en *este* puesto?

—Sígueme —logro decir, con la voz áspera, demasiado cortante. No espero su respuesta, solo me doy la vuelta y abro de un empujón las puertas de vidrio de mi oficina.

Adentro, el espacio está tan impecable como siempre: madera pulida, estanterías llenas de tomos de finanzas y primeras ediciones, ventanales de piso a techo que enmarcan a Manhattan en su extensión infinita. Pero nada de eso se siente estable. No con sus pasos detrás de mí, ni con mi polla todavía dura, ni con cinco años de preguntas chocando en mi pecho.

Cierro la puerta y la enfrento.

—Explícame —exijo, aunque mi voz suena más suave de lo que pretendía.

Ella se queda ahí de pie, aferrada a su bolso, luciendo exactamente como la chica de veintitantos que una vez se quedó dormida a mi lado después de demasiada pizza fría y, al mismo tiempo, como si no fuera ella en absoluto. Es mayor. Es madre. Está... aquí.

Y estoy jodido.

Tan jodido.

—Nunca me llamaste.

Su voz me atraviesa. Baja. Simple. Solo tres palabras, pero detonan dentro de mi pecho como metralla.

Me había preparado para cualquier cosa: enojo, conmoción, silencio. No estaba preparado para esto. Para la forma en que su boca da forma a las palabras como si hubieran estado retenidas tras sus dientes durante años. Para la mirada en sus ojos que dice que ha estado esperando preguntarme desde la mañana en que salió de mi edificio con mi número anotado en la palma de su mano.

Se me cierra la garganta.

—Lo hice —raspo—. Llamé. Envié mensajes. Pero rebotaban. Conté los dígitos mil veces. Le faltaba uno. Yo... —Mi mandíbula se tensa—. Te busqué por todas partes, Olivia. Les pagué a muchísimos asistentes personales para que revisaran listas de agencias, listas de invitados de esa maldita boda. Yo...

Lo demás no sale.

Sus labios tiemblan, de forma casi imperceptible, pero lo noto. Parpadea rápido, como si estuviera luchando contra las lágrimas, y esa expresión por sí sola duele más que cualquier pérdida que haya tenido en las juntas directivas.

Modo profesional. Eso es lo que necesito. Necesito distancia. Necesito fingir que no estoy excitado, que no estoy a segundos de ponerme en evidencia contra una maldita puerta de vidrio como algún pasante adolescente.

Pero entonces ella dice suavemente: —No estaba en Nueva York. Me fui a Oregon.

Oregon. Una palabra que suena extraña en mi lengua. Se fue. No estaba aquí para que la encontraran. Y sin embargo, aquí está ahora.

Doy un paso más cerca antes de darme cuenta de que me he movido. Mi mano encuentra su mejilla. Tibia. Real. Dios, he imaginado esto tantas noches que no confío en esto. Sostengo su rostro, mis pulgares rozan su mandíbula, y sus ojos buscan los míos como si tuviera miedo de lo que encontrará.

—Te busqué por todas partes —susurro, la confesión arrancada de mí.

A ella se le corta la respiración, sus hombros se elevan como si estuviera manteniendo el aire como rehén en sus pulmones.

—¿Qué estás pensando? —pregunta ella.

Mi respuesta es demasiado cruda para censurarla: —Que quiero besarte.

Sus labios se parten. El brillo labial reluce bajo las luces del techo, oliendo sutilmente a bayas y azúcar, y puedo saborear el recuerdo antes de siquiera moverme.

—No puedes —dice ella, con voz temblorosa.

—¿Por qué? —gimo, rozando mi boca contra la suya sin presión, lo justo para que mi labio inferior atrape el suyo—. Ha pasado tanto maldito tiempo. ¿Por qué?

Sus ojos se oscurecen—. ¿Estás casado?

—Jamás. —Mi respuesta es inmediata, férrea.

Ella traga saliva—. ¿Tú lo estás?

—No —susurra.

Algo dentro de mí estalla.

Su aroma me envuelve; brillo labial y un perfume suave, capas sobre una piel que recuerdo mejor de lo que debería. —Mierda —murmuro, con mi frente apoyada en la suya.

—Pensé en ti —jadea ella, apenas audible—. Todos estos años, pensé en ti.

Eso me desmorona. Por completo.

Mi boca se estrella contra la suya, devorando la distancia que desperdiciamos. El sonido que emite ella —mitad gemido, mitad sollozo— me atraviesa por completo. La agarro de la cintura, la subo a mi escritorio como si perteneciera allí, los papeles se esparcen bajo sus muslos. Su falda se sube y mis manos están en sus medias antes de que me dé cuenta, desgarrando la red con un rasgón violento que resuena en el silencio.

Su jadeo solo me da más fuerza. Presiono mi boca contra su cuello, succiono con la fuerza suficiente para dejar marca, probando su piel, mordiendo hasta que ella se arquea. Sabe a sal y dulzura y a cinco años de negación.

—¿Por qué hueles tan jodidamente bien? —gimo contra su garganta—. ¿Por qué sabes así?

Sus bragas están húmedas bajo mi palma. Presiono con más fuerza, gimiendo cuando siento que la humedad las empapa.

—Estás empapada —gruño, arrastrando mis labios por su mandíbula—. Completamente mojada. Por mí.

—Esto es una locura —jadea ella, tirando de mi cabello. Pero luego aparta sus bragas hacia un lado, revelando un calor reluciente que hace que mi visión se nuble.

—Quiero dejarte limpia a lengüetazos, nena.

—No —susurra ella, con los ojos vidriosos y los labios manchados de brillo—. Mastúrbame.

Cristo. Mi polla late. A Chloe le gustaba que le dijeran qué hacer, le gustaba someterse. Olivia... ella siempre respondía al fuego con fuego. Salvaje. Indómita. Hablando sin rodeos.

Me meto dos dedos en la boca, empapándolos, y luego los deslizo entre sus muslos. El calor resbaladizo de su interior se

contrae al instante, codicioso, hambriento. Ella gime tan fuerte que mis rodillas casi flaquean.

—Dios, Olivia —raspo, empujando lentamente al principio, observando cómo sus caderas se muelen contra mi mano—. Tan jodidamente estrecha.

Ella arquea la espalda, sus manos se clavan en mis hombros. Cada embestida de mis dedos arranca otro sonido de su garganta; crudo, sin filtros. Mi polla gotea contra mis calzoncillos, esforzándose por liberarse.

—Quítame el cinturón —ordeno, con voz ronca.

Ella tantea, todavía gimiendo mientras la follo con la mano. Sus dedos forcejean con el cuero, soltando la hebilla, bajando mis pantalones con una desesperación que iguala la mía. Mi polla salta, pesada, enrojecida, la cabeza húmeda de líquido preseminal.

—Mira qué duro me pongo por ti —suelto entre dientes.

Ella gime, pasando su pulgar por la punta, esparciendo la lubricación. Suelto una maldición tan fuerte que la palabra estalla en el aire. Me acerca hacia ella hasta que mi polla roza su entrada, resbaladiza por su excitación.

Retiro mis dedos y los reemplazo con una embestida brutal.

Su grito rasga la habitación.

—¿Te hice daño? —raspo, besándola, succionando su labio inferior.

Ella sacude la cabeza, aferrándose a mis hombros, apretando sus piernas alrededor de mis caderas—. Un poco. No te detengas.

No lo hago.

La follo con fuerza contra mi escritorio, su trasero deslizándose sobre papeles esparcidos, mi miembro enterrado hasta la empuñadura en un calor que se siente como el cielo y el infierno a la vez. Su brillo labial está manchado en mi boca, sus uñas me rasguñan la espalda, y cada embestida es una exigencia que he esperado cinco años para hacer.

El calor se enrosca rápido en mi vientre. Demasiado rápido. No puedo parar. No quiero.

Entonces suena mi teléfono.

El agudo timbeo corta la neblina y me quedo helado por una fracción de segundo.

—No pares —suplica ella, sin aliento.

—Tengo que atender —gruño, todavía embistiendo en ella, debatido entre el ardor en mis venas y la realidad que me araña desde fuera—. Conferencia con Londres. Yo... mierda...

Su cabeza cae hacia atrás, gimiendo mientras pellizco su clítoris, desesperado por arrastrarla conmigo. —Vente —exijo, bombeando con más fuerza, mis dedos trabajando su clítoris con una precisión despiadada.

Ella se estremece, un grito escapa de su garganta mientras se deshace a mi alrededor, sus paredes apretándome con fuerza. La sensación de ella pulsando en mi polla me hace llegar al límite, y me derramo dentro de ella con una maldición ronca.

—Mierda —gemimos ambos, con los cuerpos temblando uno contra el otro.

La beso de nuevo, con fuerza, antes de retirarme. La pérdida se siente brutal.

Saco un pañuelo de mi cajón y se lo pongo en la mano, observando cómo se limpia, bajándose del escritorio con las piernas temblorosas. Se quita las medias arruinadas, las tira a la papelera y luego se alisa la falda, tratando de recomponerse.

Me subo los pantalones de un tirón, me aprieto el cinturón, obligándome a respirar mientras me enderezo.

—Necesito posponer la llamada —murmuro, todavía mirándola—. Luego podremos hablar. Hablar de verdad.

Ella asiente, con los ojos muy abiertos y las mejillas encendidas. Luego, sin decir una palabra más, sale sigilosamente de mi oficina.

Todavía estoy vibrando, mi polla todavía pesada, mi cuerpo erizado de adrenalina, cuando finalmente marco la línea para Londres. Mi voz es estable, profesional, pero por dentro me estoy desmoronando.

Porque Olivia ha vuelto a mi vida.

Y nada volverá a ser igual.

Capítulo 14

Olivia

No recuerdo cómo llegué de su oficina al ascensor. Es como si mi cuerpo se hubiera puesto en piloto automático mientras mi cerebro sufría un cortocircuito.

Un segundo, Jake Price —J.P.— estaba enterrado dentro de mí, su boca sobre la mía, su voz rasposa pronunciando mi nombre como si significara algo. Al siguiente, yo me estaba alisando la falda con manos temblorosas, viéndolo abotonarse la camisa como si no acabara de abrirme en canal de todas las formas imaginables.

Y luego corrí.

Ni siquiera lo pensé. Dejé mi credencial en la recepción como si fuera evidencia en la escena de un crimen, se la entregué a la recepcionista con un mascullado: —No voy a necesitar esto—, antes de salir disparada por las puertas giratorias.

Afuera, el aire de Manhattan me golpea: gases de escape, nueces tostadas de un carrito callejero, el olor metálico de las rejillas del metro. Mi pecho jadea, mis piernas ya están en movimiento. Camino. Rápido. Mis tacones resuenan en la acera, demasiado afilados, demasiado fuertes, hasta que me los quito por completo y los agarro con la mano, caminando descalza sobre el pavimento sucio porque no puedo dar un paso más con ellos puestos.

Camino y camino, la ciudad desdibujándose a mi alrededor: vallas publicitarias, bocinazos, fragmentos de conversación, el traqueteo de los trenes bajo mis pies. Mi cuerpo está vibrando, como si me hubiera tomado diez espressos y tenido tres ataques de pánico a la vez. Mi piel todavía huele a él. Mis muslos están húmedos por él. Mis labios están hinchados, sin brillo labial, porque lo besé como si no me quedara una pizca de cordura.

Y la peor parte —la parte que sigue dándome puñetazos en el estómago— es que ni siquiera hice que usara un condón.

¿Qué carajos me pasa?

Pasé años recomponiéndome, diciéndome a mí misma que era más fuerte, más inteligente. Crié a Henry, mantuve empleos, estudié, construí muros para que ningún hombre pudiera volver a destruirme. Y en menos de veinte minutos, Jake Price lo hizo pedazos todo.

Mi jefe. El padre de mi hijo. El hombre que desapareció antes de saber siquiera que Henry existía.

Quiero gritar.

En lugar de eso, camino. No me detengo hasta que estoy de pie frente al edificio de apartamentos de Caleb, con el cabello hecho un desastre, los pies sucios y el blazer demasiado ajustado de Meghan pegado a mí como una segunda piel.

Me obligo a respirar, a componerme, porque Henry no puede verme así. Mi pequeño no necesita saber que su mamá se está desmoronando. Me necesita estable. Siempre.

Adentro, el apartamento huele ligeramente a mantequilla y sal. La risa de Meghan flota desde la sala, baja y divertida. Entro en silencio.

Está acurrucada en el sofá con leggings y una sudadera extra grande, un tazón gigante de palomitas en su regazo, los ojos fijos en la televisión. Los dinosaurios rugen en la pantalla.

—¿Cómo diablos te convencieron para ver Jurassic Park?— pregunto, intentando sonar ligera, pero mi voz se quiebra en la última palabra.

Ella mira hacia acá, sonriendo de lado. —Henry me rogó. Juró que esta vez era lo suficientemente valiente para el tiranosaurio, pero el niño se rindió a la mitad y se quedó profundamente dormido, así que ahora solo estamos yo y los raptores. ¿Y honestamente? No es tan mala como recordaba.

Intento sonreír. No funciona.

Su sonrisa flaquea. Frunce el ceño mientras deja las palomitas a un lado. —¿Qué pasa, linda?

Eso es todo lo que hace falta.

En el segundo en que sus brazos me rodean, todo lo que he estado conteniendo detona. Los sollozos se escapan de mí antes de que pueda detenerlos, mis rodillas ceden hasta que ella me jala al

sofá con ella. Me acaricia el cabello, murmurando consuelos suaves, dejándome llorar como si tuviera veintiún años otra vez, escondida en el baño de nuestra habitación después del desastre con el asistente de profesor.

—Yo...— Mi voz se rompe. Trago saliva con dificultad, aferrándome a su sudadera como a un salvavidas. —Lo vi.

Meghan se queda inmóvil. —¿A él?

—J.P. Jake.— Mi garganta arde al pronunciar su nombre. —Es... es mi boss.

Se queda con la boca abierta. —Espera. ¿Qué?

—No lo sabía. Pensé... carajo, Meg.— Mi voz sube de tono. —Es el CEO. El mismísimo Jake Price. Y yo...— No puedo controlar las palabras que salen de mi boca mientras se lo cuento todo.

Sus ojos se agrandan. —Oh Dios mío. Olivia.

—Me acosté con él.

Parpadea. Una vez. Dos veces. Luego sacude la cabeza como si tal vez hubiera escuchado mal. —¿Me estás diciendo que estás trabajando para el tipo que te embarazó y te abandonó, y acabas de acostarte con él de nuevo? ¿Sin condón?

Me cubro la cara con ambas manos, con las mejillas ardiendo. —Sí.

Ella suelta un silbido bajo. —Jesús, Liv.

—¿Qué hago?— susurro a través de mis dedos. —Dime qué carajos hacer.

Meghan suspira, echándose hacia atrás, jalándome con ella hasta que ambas estamos desplomadas en el sofá, con las piernas enredadas y las palomitas olvidadas hace rato. Se queda mirando el techo por un largo rato, con los labios fruncidos.

—¿Honestamente?— dice finalmente. —No lo sé.

Bajo las manos, mirándola. —Eso no ayuda.

Me da una sonrisa triste. —Sí, bueno, estás en aguas desconocidas, nena. No estás lidiando solo con un ex. Estás lidiando con *el* Jake Price. El CEO multimillonario. El tipo cuyo nombre sale en las revistas de finanzas. Y también... el padre de Henry. Y tu boss. No es exactamente algo para lo que pueda buscar una columna de consejos en Google.

Suelto una risotada medio histérica. —Oh Dios.

Ella me aprieta la mano. —Pero sí sé una cosa. No tienes que resolverlo todo esta noche. Ni siquiera mañana. Sobreviviste a cosas peores, Liv. Sobrevivirás a esto también. Un paso a la vez.

Su entereza es lo que finalmente rompe algo dentro de mí que no es pánico. Apoyo la cabeza en su hombro, respirando el aroma familiar de la mantequilla de las palomitas y su champú de lavanda.

Me permito cerrar los ojos y simplemente dejar que me sostenga.

Meghan deja *Jurassic Park* sin sonido mientras yo me desmorono por partes. Se lo cuento todo: cómo se veía cuando me vio, la forma en que su voz se quebró cuando dijo que me había estado buscando, la forma en que me tocó como si yo fuera algo sagrado. Y luego qué tan rápido degeneró todo: cinco años de deseo en combustión en un sexo imprudente y desesperado.

Me escucha sin juzgar, con el brazo rodeándome como si físicamente estuviera impidiendo que me deshaga.

En un momento dado murmura: —Rayos, niña, has estado viviendo en Oregón demasiado tiempo si olvidaste cómo manejar el caos de Nueva York.

Suelto un bufido contra su sudadera. —Cállate.

Pero la verdad es que tiene razón. Olvidé lo que se sentía dejarse llevar. Ser imprudente. Desear a alguien tanto que anula todo lo racional.

Y ahora... lo estoy pagando.

Hay una cosa que me asusta de todo esto, más de lo que me gustaría admitir.

—¿Qué crees que hará cuando se entere de lo de Henry? No quiero que me lo quite...

Meghan deja de acariciarme el cabello. —¿Crees que sería capaz de hacer eso?

Honestamente, no. Pero la realidad es que, de hecho, no lo conozco. Todo lo que conozco es la versión sudorosa, pegajosa y llena de deseo de él que conocí hace años.

Y conozco la versión que conocí hoy, pero no estoy segura de cuál es su postura respecto a los hijos o cualquier otra cosa. No sé cómo reaccionará al descubrir que tiene un hijo.

—No lo sé—, digo con sinceridad.

—Mierda—, dice ella simplemente, y eso resume toda la situación en la que me acabo de encontrar.

Cuando los suaves pasos de Henry resuenan por el pasillo más tarde, Meghan da un salto, alisándose la sudadera y volviendo a subir el volumen. Él entra tropezando, con el cabello revuelto por la siesta, aferrando su pequeño dinosaurio de juguete.

—¿Mami?— balbucea, frotándose los ojos.

—Aquí estoy, pequeño.— Mi voz es firme, tranquila, como si nada dentro de mí estuviera roto. Abro los brazos y él se sube a mi regazo; su peso cálido me asienta al instante.

Bosteza, escondiendo la cabeza bajo mi barbilla. En cuestión de minutos se queda dormido otra vez.

Lo sostengo con fuerza, mis labios rozando sus rizos. Sea cual sea la tormenta que Jake Price acaba de traer de vuelta a mi vida, este pequeño niño es mi ancla. Mi razón.

Y de algún modo, tengo que descubrir cómo protegerlo.

*

La cena es común de esa manera en que solo las cenas familiares pueden serlo: desordenada, ruidosa, reconfortante. Meghan pidió comida de ese lugar tailandés de la esquina que Caleb siempre insiste que está sobrevalorado, y Henry está haciendo un espectáculo apartando su brócoli a un lado del envase como si, al no tocarlo, yo no fuera a notarlo.

—No me vas a engañar—, le advierto, señalándolo con mis palillos.

Él sonríe, con sus ojos azules brillando, y luego se mete un trozo de pollo en la boca. —Pero el pollo es mejor.

—Pollo *y* brócoli—, corrijo, pinchando un pedazo y dejándolo en su envase. Él gruñe dramáticamente pero se lo come igual, masticando despacio como si esperara que el esfuerzo sirviera de algo.

Meghan observa todo con esa sonrisa suave que se le pone cuando está con él. No es solo afecto; es orgullo también. Lo ama

como si estuviera destinada a ser su tía, y eso es algo por lo que nunca dejaré de estar agradecida.

Estoy a punto de agarrar mi rollito primavera cuando el teléfono de Meghan vibra sobre la mesa. Ella mira la pantalla y luego frunce el ceño.

—Es Caleb—, dice, echando su silla hacia atrás. —Probablemente solo quiera ver cómo estamos.— Responde con alegría: —Hola, amor, estamos comiendo. ¿Qué pasa?

Por un momento me desconecto, concentrada en cortar los fideos de Henry para que no se los salpique en el cabello. Pero entonces la expresión de Meghan cambia: su sonrisa desaparece y sus ojos se dirigen hacia mí.

Me extiende el teléfono. —Es para ti.

Siento un vuelco en el estómago. —¿Para mí?

Ella asiente, con la mirada intensa por algo que no dice. Me limpio las manos rápidamente con una servilleta antes de tomar el teléfono. —¿Caleb?

—Liv—, dice de inmediato, con voz enérgica y un toque de preocupación. —¿Por qué diablos tienes el teléfono apagado?

Me quedo helada. —Yo... ¿qué? Está cargándose en mi habitación. ¿Pasó algo?

—Sí. Alguien de tu oficina fue a buscarte. Al bar.

Es como si me hubieran echado agua helada por la columna. Aprieto más el teléfono. — ¿Q-qué quieres decir con alguien de mi oficina?

Caleb exhala como si estuviera caminando de un lado a otro, con el sonido de copas tintineando de fondo. —El tipo dijo que se llama señor Price. ¿Te suena? Dijo que no podía localizarte, así que, como me pusiste de contacto de emergencia, se comunicaron conmigo.

Señor Price.

Jake.

Por supuesto.

Siento opresión en el pecho, cada respiración es superficial. Soy vagamente consciente de Henry balbuceando sobre dinosaurios con Meghan, el roce de los palillos contra el cartón, el zumbido del

refrigerador. Pero todo se siente apagado, amortiguado bajo el rugido en mis oídos.

—¿Liv?— presiona Caleb cuando no respondo lo suficientemente rápido. —¿Qué está pasando? ¿Debería preocuparme?

El pánico surge. Obligo a mi voz a sonar firme. —No. No, no te preocupes. Iré... iré para allá ahora mismo, ¿está bien?

Hay una pausa. Casi puedo imaginarlo frunciendo el ceño, con la sospecha tensando su mandíbula. —Liv...

—Te lo explicaré más tarde—, lo interrumpo, demasiado brusca, demasiado desesperada. —Solo... por favor, confía en mí. Estaré ahí pronto.

Antes de que pueda discutir, cuelgo. Mi mano tiembla mientras le devuelvo el teléfono a Meghan.

Ella lee mi expresión al instante. —Es él.

Asiento, con la garganta apretada.

—¿Qué quiere?

Suelto una risa sin gracia. —Hablar. Acorralarme. No... Dios, ni siquiera lo sé. Pero no puedo esconderme de él para siempre, ¿cierto?

La vocecita de Henry interrumpe. —Mami, ¿qué pasa?

Me giro hacia él rápidamente, forzando una sonrisa. —Nada, pequeño. Puede que la película que eligió la tía Meghan sea más aterradora de lo que pensábamos.— Le toco la nariz con suavidad, y él ríe, satisfecho con la distracción.

En cuanto vuelve a concentrarse en su comida, me inclino hacia Meghan, susurrando: —No le digas nada a Caleb. Prométemelo.

Sus ojos se agrandan. —Olivia...

—Promételo.— Mi voz se quiebra, pero lo digo en serio. Si Caleb supiera la verdad ahora mismo, estallaría. Iría tras Jake, lo quemaría todo, y no puedo lidiar con eso. No esta noche. No con Henry sentado a tres metros, lamiéndose la salsa de soya de los dedos.

Meghan exhala lentamente y luego asiente. —Está bien. Lo prometo.

El alivio me inunda, tembloroso y leve.

Me levanto de la mesa, voy a la habitación de invitados y me cambio rápidamente. Ya estoy sudando para cuando agarro mi bolso

de la barra. Mis dedos se sienten torpes mientras verifico que llevo mi billetera y mis llaves, como si aferrarme a algo práctico fuera a evitar que pierda el control.

—¿A dónde vas?— pregunta Henry, con el ceño fruncido.

—Solo tengo que salir un momento, cariño—, digo suavemente, agachándome a su altura. Le acaricio los rizos hacia atrás, le beso la frente. —Cómete el brócoli por mí, ¿está bien? Estaré de vuelta antes de que te duermas.

—¿Lo prometes?— Sus ojos azules —los ojos de Jake— buscan los míos.

Se me cierra la garganta. —Lo prometo.

Me pongo de pie, y Meghan ya está a mi lado, dándome fuerzas con una mano en el brazo. —Tú puedes con esto—, murmura.

Asiento, aunque mis entrañas están temblando. Mis tacones resuenan contra el suelo de madera mientras me dirijo a la puerta, cada paso pesado de temor.

Porque sé exactamente lo que me espera en el bar.

No solo mi jefe.

No solo el hombre con el que me acosté.

Sino el único hombre que me asusta más que cualquier otro.

El hombre que todavía tiene el poder de deshacer todo lo que he construido.

Jake Price.

Y esta noche, tengo que enfrentarlo.

Capítulo 15

Jake

La cerveza sabe rancia. Objetivamente no lo está, lo sé. La carbonatación es adecuada y la espuma aún se aferra en prolijos rastros por el costado del vaso. Pero mi estado de ánimo lo ha agriado todo.

Bebo un trago de todos modos, trago y dejo que el amargor me cubra la lengua. No me tranquiliza. Al contrario, me pone más inquieto.

Su rostro sigue apareciendo ante mis ojos. La sacudida de reconocimiento cuando se dio la vuelta, la forma en que mi nombre —J.P.— escapó de sus labios como un secreto que hubiera guardado durante años. El sonido de su risa ahogado contra mi boca, el temblor en sus muslos cuando se corrió alrededor de mis dedos, la forma en que sus labios estaban brillantes de gloss y necesidad.

Y luego el sonido de sus tacones alejándose. La visión de su credencial abandonada en el escritorio como una nota de despedida.

¿Lo arruiné? ¿Fui demasiado rápido? Mierda, claro que sí. No nos habíamos visto en años y, en lugar de hablar —Dios no lo quiera, hablar—, me la cogí en mi escritorio como si todavía fuéramos unos niños imprudentes sin consecuencias.

Me paso una mano por la mandíbula, sintiendo el roce de la barba incipiente contra la palma. Debería haber sido más prudente. Debería haber actuado mejor.

Las palabras de Gen de esta tarde resuenan, agrias como el vinagre. —La junta quiere ver que es estable. Son inversionistas, Jake, no apostadores. La estabilidad se traduce en consistencia. Estamos construyendo un legado para usted, y eso tiene que reflejarse en cada aspecto de su vida—.

Sé que saben lo de Chloe.

Me había reído en su momento, respondiendo con el sarcasmo de siempre. Le dije a mi COO que ya tenía suficiente trabajo. Pero la

verdad es que se me quedó grabado. Legado. Matrimonio. Sentar cabeza.

Tengo treinta años. No soy un anciano, pero ya tampoco soy un niño. Y la junta está inquieta. Quieren apariencias. Quieren que parezca el tipo de hombre que no echará a perder su dinero por un capricho. *No es que alguna vez les haya dado la impresión de que lo haría.* Pero trato de entenderlos a pesar de todo. La compañía está valorada ahora en unos trescientos cincuenta mil millones de dólares.

Ese es un precio malditamente alto sobre mi cabeza.

Dejo de lado ese pensamiento ahora, obligándome a mirar alrededor del bar. Caleb —su hermano, aunque recién me enteré hace veinte minutos— sabe lo que hace. El lugar es acogedor sin esforzarse demasiado. Paredes revestidas de madera que captan el resplandor ámbar de las luces bajas. Mesas esparcidas a una distancia suficiente para poder hablar sin gritar, pero no tanto como para que el salón se sienta vacío. Estantes alineados con botellas que brillan como piedras preciosas.

Es el tipo de lugar que a Max y a mí nos habría encantado si Max pudiera soportar estar en bares todavía. Si el alcohol no fuera a la vez su tentación y su veneno. Trago saliva; el pensamiento de mi mejor amigo es como un moretón que se presiona con demasiada fuerza.

Y entonces—

El aire cambia.

Miro hacia la puerta y casi me ahogo con mi propio aliento.

Ella entra.

Olivia.

Un vestido rojo. Tacones que hacen que sus pantorrillas parezcan pecado tallado en mármol. Un bolso colgado al hombro como si acabara de salir de alguna oficina del centro y no de mi pasado. Se detiene en la entrada, recorriendo el lugar con la mirada, sus rizos captan la luz y juro por Dios que siento cómo se me pone dura al instante. Como un adolescente. Como un chico viendo a su primer amor entrar al salón de clases.

Jesucristo, cálmate.

Pero no puedo. Mi miembro ya está presionando contra el cierre, mis dedos juguetean contra la condensación del vaso de cerveza.

Me localiza. Nuestras miradas se cruzan.

La sonrisa incómoda que aparece en su rostro me deshace más de lo que cualquier gemido podría hacerlo. Nerviosa. Vacilante. Pero vino. Vino a verme.

Antes de que pueda cruzar el salón, un idiota la intercepta; alto, de hombros anchos, con ese aire de medio borracho de un hombre que cree que una mujer sola es una invitación. Se inclina hacia ella y le dice algo que no alcanzo a oír por la música.

Tensiono la mandíbula.

Observo, con cada músculo en tensión, esperando a ver si necesito intervenir. Pero Olivia sacude la cabeza, cortés pero firme, dando un paso atrás. Gira el cuerpo, alejándose, y sus ojos vuelven a mí como la aguja de una brújula buscando el norte.

El hombre se encoge de hombros y se aleja.

Mi pecho se relaja un poco, pero los celos permanecen: un pinchazo agudo en lo bajo del vientre.

Camina hacia mí, con pasos medidos, como si se estuviera preparando mentalmente.

—Siéntate—, le digo, con la voz más áspera de lo que pretendía.

Vacila solo un segundo antes de deslizarse en la silla frente a mí. E inmediatamente me arrepiento de la elección de los asientos porque ahora tengo una vista perfecta de sus pechos presionando contra la tela del vestido. Sus labios brillantes, ligeramente entreabiertos.

Ya puedo imaginar mi miembro entre esos pechos, su lengua saliendo para lamer la punta, sus ojos desafiándome a perder el control.

Sujeto mi vaso con más fuerza. Voy a entrar en combustión si no me controlo.

—Lo siento—, suelto de repente.

—Lo siento—, dice ella al mismo tiempo.

Ambos parpadeamos. Y luego, para mi sorpresa, se ríe. Una risa sorprendida, suave, pero real.

—Tú primero—, dice, sacudiendo la cabeza.

Abro la boca, pero justo en ese momento aparece Caleb, secándose las manos con un trapo, deslizando un cóctel sobre la mesa frente a ella. Es rosado y escarchado, adornado con una ramita de menta.

—Aquí tienes, Liv—, dice con calidez.

—Gracias, Caleb—. Ella le sonríe y mi pecho vuelve a oprimirse, otra punzada de celos.

Cuando él se va, señalo la bebida con un gesto mientras levanto mi cerveza. —¿Qué es eso?

—Un Clover Club—, responde, rodeando el tallo de la copa con los dedos. —Ginebra, jugo de limón, jarabe de frambuesa y clara de huevo—.

—Demasiado dulce—, murmuro automáticamente, dando un trago a mi cerveza.

Sus labios se curvan, divertida. —No todo tiene que saber amargo, Jake—.

El sonido de mi nombre en sus labios me desarma. Trago con dificultad.

Toma un sorbo, luego apoya el vaso, recorriendo el borde con el dedo. —No debí haberme ido así—.

—No debiste—, digo con franqueza.

Me estiro sobre la mesa sin pensar, queriendo tocarla, para asegurarme de que es real. Pero ella se retira rápidamente, dirigiendo sus ojos hacia la barra.

—Perdón—, susurra. —Este es el lugar de Caleb. No quiero que sepa nada de... esto—.

—Hermano mayor, ¿no?—, pregunto.

—Sí—.

Claro. El bar. El instinto protector. Todo encaja.

Asiento lentamente. —Está bien. ¿Qué tal esto? Terminamos nuestras bebidas y luego vamos a caminar. Por la ciudad. Terreno neutral—.

Su mirada busca la mía, evaluando, cautelosa. Luego asiente. —Está bien—.

El alivio afloja algo en mi interior.

Ella hace girar el popote en su vaso, toma otro sorbo, sus labios cerrándose alrededor de él... y casi suelto un gemido. No. Estoy absolutamente jodido. Voy a tener que luchar por cada gramo de autocontrol que tenga esta noche.

*

Hemos estado dándole vueltas al asunto por lo que parece media hora.

La observo y respiro profundo otra vez después de que vuelve a girar el popote en su bebida. Mi cerveza ya se terminó, el vaso vacío suda sobre la mesa, pero no pido otra. Necesito la cabeza despejada.

Inclina su copa, apurando lo último del Clover Club, luego se toca la comisura de la boca con una servilleta. —Debería ir a despedirme de Caleb antes de que nos vayamos—, dice, levantándose.

Asiento, mirándola mientras se desliza entre las mesas.

No debería mirar cómo se balancea su trasero. No debería notar la forma en que el vestido rojo se ciñe a sus caderas, ni el tenue brillo de sus medias cuando se inclina para decirle algo a su hermano detrás de la barra. Pero mis ojos me traicionan, y se me tensa el pantalón como si tuviera dieciséis años y estuviera en un vestuario ocultando una erección.

Contrólate, Price.

Regresa un minuto después, con las mejillas ligeramente sonrojadas y el bolso de nuevo al hombro. —¿Lista?

—Tan lista como puedo estar—, murmuro, poniéndome de pie.

Salimos a la noche; el aire está más fresco ahora y la ciudad zumba como si nunca durmiera. Respiro hondo y digo: —En realidad, tengo mi auto aquí. ¿Te importa si vamos en él en vez de caminar?

Levanta un poco las cejas. Luego asiente. —Seguro. Siempre que me traiga de vuelta—.

—Por supuesto—. Vacilo. —¿Dónde estacionó?

Su sonrisa se vuelve apenada. —No tengo auto. Todavía no—.

Ese destello de vergüenza me cala más hondo de lo que debería. Una nota mental se graba en mi cabeza de inmediato: si mañana todavía trabaja para mí, va a tener un auto. De ninguna manera voy a dejar que ande por esta ciudad en metro con tacones y con cualquier caos que la persiga.

Pero luego me recuerdo: calma. Ya huyó una vez. Si la asfixio, la perderé para siempre.

—Por aquí—, le digo, guiándola por la cuadra.

Ella me sigue, abriendo mucho los ojos cuando ve el Maserati negro estacionado junto a la acera, con algunos curiosos tomándole fotos como si fuera una exhibición de zoológico.

—Vaya—, exclama suavemente.

El orgullo se despliega en mi pecho, espontáneamente. Oprimo el control remoto y las luces parpadean. —Es tuyo por esta noche—, digo con ligereza.

Su risa es suave pero genuina, y Dios, me gustaría embotellarla.

Le abro la puerta del pasajero. Se desliza dentro, alisando su vestido mientras se ajusta el cinturón de seguridad. Su perfume llena el auto al instante, floral con algo más cálido por debajo, y tengo que apretar la mandíbula mientras cierro su puerta y camino hacia mi lado.

Al sentarme tras el volante, arranco el motor; el rugido bajo vibra a través de ambos.

—¿A dónde vamos?—, pregunta, girándose hacia mí, con los ojos brillantes por el resplandor del tablero.

Me encojo de hombros al incorporarme al tráfico. —No lo sé. Solo manejemos—.

La ciudad desfila ante nosotros: farolas, peatones, bocinas, el ritmo de Manhattan por la noche.

En el primer semáforo en rojo, noto que sus hombros se han relajado. Se ha acomodado en el asiento, con una mano apoyada en su rodilla y la otra jugueteando con la correa de su bolso.

De pronto me sorprende.

—Estoy limpia, por cierto—, dice bruscamente.

Giro la cabeza hacia ella. —¿Qué?

Ella se ruboriza, pero me sostiene la mirada. —Sexualmente. Quiero decir... me hago chequeos mensuales. Tengo un DIU. Simplemente pensé que debía saberlo—.

Se me seca la garganta. Trago saliva con dificultad. —Olivia... yo nunca, jamás olvido el condón. Está bien. Pero me haré los estudios de nuevo y le enviaré mis resultados actualizados, si eso ayuda—.

Sus hombros caen un poco. —Gracias—. Juguetea con su bolso otra vez. —Lo siento. De nuevo—.

La disculpa duele más de lo que debería. Mis nudillos se tensan sobre el volante.

No pregunto por qué lo siente. No quiero oírle decir que se arrepiente. Me aterra que si presiono, me dirá que no quiere volver a revolcarse conmigo, y no creo que pudiera soportar eso.

Manejamos en silencio por unas cuadras antes de que me desvíe hacia una calle más tranquila, lejos del bullicio de la avenida principal. Casas de piedra rojiza bordean la acera, con hiedra trepando por sus fachadas, el tipo de calle donde el ruido de la ciudad se siente lejano.

Me estaciono y apago el motor.

—Yo también lo siento—, digo, girándome hacia ella.

Sus labios tiemblan un poco, como si ya supiera lo que voy a decir. —¿Por haberse ido?

—Sí—. Mi voz suena ronca. —Debí haber ido más despacio. Es que... mierda, Liv. Estaba tan emocionado de verla. No pensé. No pude—.

Me mira durante un largo momento. —Todavía me dice Liv—, dice en voz baja.

—Es como pienso en ti—, admito.

El aire entre nosotros se vuelve denso. Su mirada se desvía a mi boca. Me inclino un poco más cerca, atrapado por su gravedad, listo para ahogarme de nuevo...

Y entonces ella dice, suave pero firmemente: —Tengo un hijo—.

Las palabras me detienen en seco.

Se me corta la respiración en el pecho. —Pensé que había dicho que no estaba casada—.

—No lo estoy—.

—Entonces no...— mi voz se quiebra. —No entiendo—.

Traga saliva. —Su padre y yo no estamos en contacto. Lo estoy criando por mi cuenta. Y él es mi prioridad, Jake. Siempre lo será. Lo cual significa que no podemos hacer esto. No como antes. No cuando complica el trabajo—.

La puñalada me da justo en el pecho.

Me obligo a asentir, aunque los celos me queman en el estómago. —¿Dónde está él? ¿El padre?

Sus ojos parpadean, algo precavido cruza por ellos. —¿Por qué?

—Solo quiero entender—.

Vacila. Luego dice: —Oregón—.

Se muerde el labio inferior y casi pierdo los estribos de nuevo. El pensamiento de otro hombre dentro de ella, tocándola, poseyéndola... me vuelve irracional, maldito hipócrita, considerando lo que acabamos de hacer en mi oficina. Pero me contengo. No diré eso en voz alta.

En cambio, busco algo a lo que aferrarme. —Usted me gusta. Yo le gusto. ¿No puede ser eso suficiente?

Sus ojos se suavizan. Me acaricia la mejilla con la palma, su pulgar roza mi piel y se inclina para besarme. Suave. Dulce. Un beso que se siente como un adiós.

—Henry es lo primero—, susurra contra mis labios. —Lo siento—.

Henry. Su hijo.

El nombre se graba a fuego en mi cerebro.

Asiento, aunque siento como si me acabaran de apuñalar de lado a lado. —De acuerdo. Entonces sigue trabajando para mí. Mantendremos las cosas profesionales—.

Ella se burla, retirándose un poco. —¿Profesionales? Literalmente nos acabamos de coger en tu escritorio—.

Suelto un gemido, pasándome una mano por la mandíbula. —Por favor, no me lo recuerdes. Se me va a poner dura otra vez—.

Su risa brota, sorprendiéndonos a ambos. —¿Ves? ¿Cómo sería eso profesional?

Le tomo la mano, beso su palma y luego inclino la cabeza para darle un beso en la mandíbula. Mi otra mano se desliza hacia arriba, rodeando su pecho a través de la fina tela de su vestido. Se le

entrecorta la respiración y un gemido bajo se le escapa antes de que pueda evitarlo.

—Jake—, advierte débilmente, pero se inclina hacia mí, sus labios rozando los míos de nuevo.

La beso más profundo, mi lengua deslizándose contra la suya, el sabor a ginebra, limón y algo que me ha perseguido durante cinco años.

—Tenemos que encontrar una solución—, murmuro contra su boca.

—Lo sé—, alcanza a decir. Pero su mano ya está en mi cierre, tirando, y cada pensamiento que tuve sobre la moderación, sobre ir despacio, sobre el profesionalismo, se evapora como el humo.

De repente, no hay legado, no hay junta, no hay COO, no hay un hermano a unas cuadras.

Solo existe Olivia.

Y me pierdo en ella una vez más.

Capítulo 16

Olivia

Estaba decidida a venir aquí y hablar. A explicar, a razonar, a encontrar alguna forma de anclarme contra la tormenta que ha sido Jake Price desde el momento en que volví a verlo. Me dije durante todo el camino en el auto que me mantendría firme, que le diría todo y que finalmente soltaría la verdad de una vez por todas.

Pero ahora su miembro presiona contra el fondo de mi garganta, y la única verdad que sale de mí es en forma de los sonidos húmedos e indefensos que emito mientras me atraganto con él.

Me había prometido a mí misma que confesaría lo de Henry, la mentira que acababa de inventar en el auto para protegerme. Pero el miedo surgió y lo ahogó todo. Las palabras que quería decir colapsaron en mi garganta.

No había ningún hombre en Oregón. No había ningún hombre en ninguna parte.

Él fue el último hombre con el que estuve.

Y la forma en que me folló hace años reconfiguró todo mi ADN.

—Nena, me voy a correr —gruñe, con la voz rota y desesperada. Sus caderas embisten hacia arriba, perdiendo el ritmo, buscando el clímax como un hombre hambriento.

Me retiro por un segundo, mis labios brillan, la saliva se estira entre mi boca y su miembro mientras lo miro. Apenas tiene control sobre sí mismo. Su cabeza está echada hacia atrás contra el asiento de cuero, su mandíbula apretada, su garganta reluciente por una capa de sudor. Su camisa está arrugada y sus manos se enredan en mi cabello, no para forzarme sino para suplicar, para anclarse en mí.

Nunca lo había visto así.

Deshecho.

Crudo.

Y Dios, me hace sentir tan sexy, tan poderosa, como si tuviera todo su mundo apretado entre mis labios.

Me dedica una sonrisa inestable. —¿Qué? —raspea, con el pecho subiendo y bajando como si hubiera estado corriendo a toda velocidad.

—Nada —susurro, limpiándome los labios antes de bajar la cabeza de nuevo.

Lo tomo profundamente, tarareando mientras lo engullo. Su gemido rompe el silencio, resonando en el auto y vibrando en mi pecho. Sus muslos se tensan bajo mis palmas. Sus maldiciones se vuelven borrosas hasta que finalmente todo su cuerpo se bloquea y suelta un quejido —un verdadero quejido— mientras se derrama caliente y espeso en mi garganta.

No me detengo hasta que termina, hasta que colapsa contra el asiento, estremeciéndose. Hay un brillo en su cuello, gotas de sudor resplandecen mientras jadea por aire.

—Mierda —jadea, destrozado.

Sonrío levemente, limpiándome la mandíbula con el dorso de la mano. La satisfacción florece en mí: orgullo, deseo y algo perverso.

Pero antes de que pueda decir nada, me levanta bruscamente por la nuca, besándome como si intentara adueñarse de mis pulmones, subiendo mi vestido y bajando el escote hasta que un pecho queda libre. Su lengua traza senderos húmedos y calientes por mi pecho, bajando hasta mi pezón. Lo toma en su boca, lamiendo, succionando y murmurando contra mi piel.

—Perfecta —dice, casi con reverencia, antes de morder suavemente.

Suelto un gemido, agarrándolo del cabello. Mi cuerpo ya es un cable de alta tensión, y el hecho de que él se vea tan desesperado, tan insaciable, hace que me duelan lugares que había olvidado que podían doler.

—De repente desearía tener un auto más grande —murmura contra mi pecho, tironeando de mi falda como si los confines del Maserati fueran una prisión.

Una risa brota de mí, sin aliento. —Podemos parar, ya sabes.

Pero cuando intento retroceder, su mano se aferra a mi muslo. —Ni se te ocurra —gruñe, besándome fuerte otra vez.

Finalmente se aparta, con el pecho agitado, antes de buscar a tientas la manija de la puerta. —No. Tengo una idea.

Sale del auto. Por un segundo, el aire fresco de la noche entra, erizándome la piel. Da la vuelta hacia mi lado, abre la puerta y me saca antes de que pueda siquiera preguntar qué está haciendo. Mi vestido sigue bajado hasta la mitad, con un pecho expuesto. El viento nocturno besa mi piel, y la vergüenza lucha contra la excitación.

—Jake... —susurro, entre risas y aterrorizada.

—Ven aquí.

Su voz es baja, autoritaria, y hace que mis rodillas flaqueen.

Me toma de la mano y me lleva a la parte trasera del auto. Se quita el saco y lo extiende sobre el pavimento como si hubiera hecho esto mil veces, como si al CEO de una firma global no le importara follar en la calle siempre que tenga un abrigo para protegerme.

—¿Qué estás haciendo? —susurro, con el corazón en la garganta.

Me empuja suavemente hacia atrás hasta que me siento en el borde del auto, sus manos se deslizan por mis muslos, separándolos, bajando mis bragas de encaje negro por mis piernas.

—Aún no tengo mis resultados —murmura, con la voz ronca—, y no llevo un condón conmigo. Así que voy a hacer la única cosa que he querido desde el segundo en que volví a verte.

Me tensé, el pánico aflorando. —Espera... Jake. No me he depilado...

—No me importa —me interrumpe, con un tono oscuro y hambriento. Y entonces su boca está sobre mí.

—Oh Dios —jadeo, aferrándome al borde de la cajuela mientras su lengua se desliza por mi interior, lenta al principio, luego despiadada.

Sus manos sujetan mis muslos, manteniéndome abierta de par en par, como si quisiera devorar cada parte de mí. Me lame con el tipo de precisión que se siente como crueldad, rodeando, hundiéndose, succionando hasta que mis caderas se sacuden fuera del borde del auto.

—Jake... —grito, con la voz quebrada.

—Shh —murmura contra mí, su aliento caliente, su boca húmeda por mí. Levanta mi pierna de repente, enganchándola sobre su hombro hasta que mi talón se clava en su espalda. La posición me abre más, vulnerable, expuesta.

Y él no muestra piedad.

Su lengua se adentra en mí, mojada e implacable, mientras su pulgar frota mi clítoris en círculos enloquecedores. Me come como un hombre que muere de sed, como si hubiera estado hambriento de esto durante cinco años y tuviera la intención de compensar cada segundo perdido.

Puedo sentir lo mojada que estoy, puedo escucharlo en los sonidos obscenos que resuenan en el callejón. Estoy empapada, bañada en saliva y deseo, mis muslos tiemblan mientras él sigue adelante, incansable.

Llego al orgasmo una vez, agudo y violento, jadeando su nombre.

Pero él no se detiene.

—Jake, por favor —sollozo, apretando su cabello, mis caderas retorciéndose.

Él solo gruñe contra mí, lamiendo con más fuerza, presionando su pulgar más rápido, haciéndome cabalgar el borde de nuevo.

Y de nuevo.

Llego a la cima dos, tres veces, cada clímax desgarrándome con más fuerza que el anterior. Mi cuerpo es un desastre de sudor y escalofríos, mis piernas abiertas indefensas sobre sus hombros mientras él me devora —despiadado, codicioso, como si estuviera imprimiéndose en mi carne.

Para la cuarta vez, estoy sollozando, temblando, rogando sin palabras.

Y finalmente se retira, con los labios mojados, la mandíbula reluciente, sus ojos oscuros y salvajes mientras me mira como si yo fuera a la vez su salvación y su pecado.

Me desplomo contra el auto, sin fuerzas, deshecha, con el pecho agitado.

Y por primera vez en años, no me siento sola.

Me siento arruinada.

Me siento viva.
Me siento suya.

*

La cuchara raspa contra el vaso y suelto un gruñido de deleite, reclinándome en el asiento del pasajero, con el envase de plástico de chocolate con trozos de caramelo equilibrado sobre mis muslos. El auto huele tenuemente a cuero, a sexo y al dulce aroma del azúcar de la heladería en la que insistió en detenerse después de que me desplomara contra él por segunda vez esta noche.

Debería sentir vergüenza. O al menos cautela. Pero mi cuerpo aún vibra, dolorido de la manera más dulce, cada nervio recordando la forma en que me destrozó con su boca, con sus manos, con su necesidad. Pensar en ello me hace inquietar, y hago una mueca porque incluso moverme me duele.

—No puedo trabajar para ti —suelto de repente.

Las palabras caen entre nosotros como una piedra, afiladas y pesadas.

Jake se detiene a mitad del bocado, la cuchara suspendida frente a sus labios, el helado goteando. Sus ojos se clavan en los míos, esos imposibles ojos azules que siempre parecen ver a través de cada muro que intento construir. Mastica lentamente, traga y luego dice simplemente: —Sí, puedes.

—No, no puedo. —Dejo mi vaso en el portavasos, de repente inquieta. Mis manos se retuercen en mi regazo. —Lo que hicimos esta noche... no es solo poco profesional. Es imprudente. Es un desastre a punto de ocurrir. Eres mi jefe, Jake. O al menos se supone que lo seas. Ni siquiera debería estar aquí contigo ahora mismo.

Él no discute de inmediato. También deja su vaso a un lado, se limpia la boca con el dorso de la mano y se acerca más a través del asiento. Su muslo roza el mío, cálido y firme. Su aroma es embriagador: jabón, almizcle y ligeramente a mí, que aún permanece en él.

—Olivia —dice, con la voz más baja ahora, como si me hablara solo a mí y no al aire nocturno que nos rodea—. Podemos resolver esto. Yo lo resolveré. Pero ni se te ocurra pensar por un segundo que así es como termina.

Me toma la mejilla, atrayéndome, y su boca cubre la mía en un beso que es a la vez brusco y tierno. Sabe a chocolate y a menta y, por debajo, a cada promesa que no sé si puedo permitirme creer.

Cuando se retira, sus labios recorren mi mandíbula, bajando hasta la curva de mi cuello. Su boca está caliente contra mi piel, succionando suavemente y luego con más fuerza hasta que suelto un gemido por el escozor. El aire fresco de la noche se cuela por la ventana entreabierta, encontrándose con el calor de su boca, y me hace temblar violentamente.

—Jake —susurro, entre risas y anhelo.

—No voy a pedir disculpas —murmura, con la lengua rozando la marca que acaba de dejar.

—No te pedí que lo hicieras —le susurro, con una risa escapándose de mí a pesar del dolor en todo mi cuerpo—. Estoy tan adolorida.

Él sonríe contra mi garganta, su risa retumbando contra mi piel. —Qué bueno.

Pongo los ojos en blanco, le doy un golpecito en el pecho y agarro mi cuchara de nuevo. —Eres imposible.

Pero en lugar de comer, la travesura se apodera de mí. Tomo un poco de helado, me inclino y lo unto justo en el hueco de su garganta, en la punta de su nuez de Adán. El frío lo hace sobresaltarse.

—Olivia —gruñe.

Suelto una risita y me inclino hacia adelante, lamiéndolo en una sola pasada lenta y deliberada.

—Miieeerda —maldice, echando la cabeza hacia atrás contra el asiento. Sus manos aprietan el volante como si se estuviera conteniendo para no agarrarme de nuevo.

Me río con más fuerza, el sonido brotando de mí, drogada con este ridículo cóctel de lujuria, azúcar y peligro.

Pero debajo de la risa, un hilo de miedo se tensa. Porque esto —él y yo en este auto, besándonos, riendo y volviéndonos locos el uno al otro— se siente como la noche que lo cambiará todo. Una línea trazada en la arena. Una puerta que no puedo volver a cerrar.

Y eso me aterroriza casi tanto como me emociona.

Terminamos nuestros helados lentamente, el silencio extendiéndose entre momentos de bromas. Me cuenta sobre sus sabores favoritos como si el tema fuera de vida o muerte, y yo pongo los ojos en blanco pero me descubro memorizando cada detalle. Se burla de mí por comer demasiado rápido y yo le lanzo la cuchara. Él la atrapa, sonriente, como solía hacerlo siempre. Como si no hubiera pasado nada de tiempo.

Cuando los vasos están vacíos, vuelve a encender el auto, el motor ronroneando bajo, y nos lleva de regreso hacia la ciudad. Las calles están más tranquilas ahora, en esa hora tardía en la que Nueva York finalmente toma un respiro.

Debería decirle que pare. Debería decir que lo de esta noche fue un error. Debería recordarle al hijo que duerme en el apartamento de Caleb, la vida que construí sin él, los riesgos acumulados demasiado alto.

Pero en lugar de eso, me quedo sentada en silencio, observando la forma en que sus manos agarran el volante, fuertes y seguras, con las venas tensándose. Observando la ciudad pasar borrosa por las ventanas. Sintiendo la atracción hacia él, magnética e innegable.

Cuando nos detenemos frente al edificio de Caleb, mi corazón tropieza en mi pecho. Las luces están apagadas en el último piso, lo que significa que Henry está dormido, y Meghan probablemente también.

Jake pone el auto en estacionamiento pero no quita el seguro de las puertas de inmediato. En su lugar, se gira hacia mí. La luz de la calle capta su perfil: mandíbula fuerte, la sombra tenue de la barba, esos ojos imposibles que me desarman cada vez.

—Te veré mañana —dice. Su voz es firme, pero puedo escuchar el trasfondo: la esperanza que no se molesta en ocultar.

Hay tanta esperanza en esos ojos. Más de la que sé cómo manejar. Más de la que merezco.

Fuerzo una sonrisa, con la garganta apretada. —Buenas noches, jefe.

Una sonrisa se dibuja lentamente en su rostro, y me doy cuenta de que odia la palabra y la ama al mismo tiempo.

Presiono dos dedos sobre mis labios y luego le lanzo un beso como una adolescente. Es tonto. Ridículo. No es para nada propio de mí.

Pero él lo atrapa. Literalmente estira la mano, atrapa el aire y luego guarda el beso invisible en el bolsillo de su traje con exagerado cuidado.

Es lo más cursi que le he visto hacer.

Y de algún modo, me desarma más que cualquier otra cosa esta noche.

Porque significa que sigue siendo él. El chico que me hacía reír hasta que me dolían los costados. El hombre que me rompió y que aun así logra hacerme creer que podría valer la pena este tipo de esperanza.

Al bajarme del auto, con mis tacones resonando sobre el pavimento, miro hacia atrás una vez más. Él sigue observándome, manteniendo esa mirada como si yo fuera lo único que importa en toda la ciudad.

Y sé, sin duda alguna, que sigo completamente enamorada de él.

Capítulo 17

Jake

—¿Desean una tarjeta de cliente frecuente? —nos pregunta el barista, extendiendo un endeble trozo de cartulina con pequeños círculos impresos.

—No —digo automáticamente, sacudiendo la cabeza. Los trucos de lealtad no me atraen.

—Espera —interrumpe Max, inclinándose ya sobre el mostrador como un niño en una tienda de dulces—. ¿Qué es una tarjeta de cliente frecuente?

El barista explica con la cadencia cansada de alguien que ha repetido esto mil veces: que por cada café comprado se recibe un sello, y diez sellos le dan una bebida gratis. Max escucha con atención como si fuera la primera innovación brillante que escucha en su vida.

—Viejo, literalmente estamos planeando un café —murmuro—. No hace falta que actúes como si esto fuera novedad.

—Me gusta conocer a la competencia —dice él, engreído, y luego acepta la tarjeta con un gesto exagerado.

Recogemos nuestros cafés y encontramos un lugar junto a la ventana, con el sol de la mañana filtrándose sobre las sillas de acero y los suelos pulidos. El lugar está concurrido, vibrando con el zumbido constante de los molinillos, las cajas registradoras y la conversación. La fila llega casi hasta la puerta. Max mira a su alrededor, con ojos agudos a pesar de su sonrisa relajada.

—Han clavado la atmósfera —admite, tomando un sorbo—. Pero creo que podemos hacerlo mejor. Más espacio. Más calidez. Menos minimalismo corporativo.

Asiento. Tiene razón. Nuestro emprendimiento tiene que destacar. Este lugar es agradable, pero se siente como cualquier otra cadena con bombillas de Edison y estilo industrial chic. Max quiere algo que se sienta como una comunidad, y sé que puede lograrlo.

Entonces su mirada vuelve a mí, afilada como una cuchilla. —¿Por qué estás cubierto de chupones?

Casi me atraganto con el café. —¿Qué?

Señala mi cuello, sonriendo con suficiencia. —Esas no son picaduras de mosquito. A menos que los mosquitos de Nueva York de repente se hayan vuelto muy estratégicos.

Pongo los ojos en blanco, subiéndome el cuello de la camisa. —Concéntrate en la tienda, Max.

Él se ríe, lo suficientemente fuerte como para que dos personas se giren a mirarnos. —Increíble. El Mister Price finalmente tuvo sexo y ni siquiera va a presumir de ello.

—No voy a discutir esto contigo.

—Está bien —dice, todavía sonriendo—. Pero es bueno verte con color en las mejillas por una vez. Tal vez deberías conservar a quienquiera que sea ella.

Miro mi teléfono entonces, aliviado por la distracción. Una notificación ilumina la pantalla, y cuando veo lo que es, sonrío. Reviso la hora. Son las 11:27.

—Me tengo que ir —digo, poniéndome ya de pie.

Max parpadea. —¿Qué? Si nos acabamos de sentar.

—Tengo una reunión en mi oficina.

—Eres tan raro, amigo —grita mientras tiro mi vaso y me dirijo a la puerta—. ¡Raro!

Pero mi mente ya se ha ido, corriendo por delante de mi cuerpo, por las calles, hacia el edificio que siento como si fuera mi propia sangre y huesos.

*

Las puertas del ascensor se abren en el piso ejecutivo y, por primera vez en toda la mañana, mi corazón da un vuelco.

Porque ella está aquí.

Olivia está sentada en su escritorio fuera de mi oficina, con la espalda recta, su postura perfecta en un traje de pantalón azul marino que la hace parecer salida de la portada de una revista. Su cabello está alisado hacia atrás, sus labios pintados con el tono de

rojo más intenso. Está escribiendo algo en su computadora, pero cuando levanta la vista, esos ojos encuentran los míos y siento como si el pecho se me hundiera.

—Hola —digo, demasiado suave, demasiado personal.

—Buenos días, boss —responde ella, toda profesionalidad, con voz firme y la boca curvada en una sonrisa cortés.

La palabra me golpea bajo en el estómago. Boss. Debería odiarlo. Pero en sus labios, suena como algo que quiero que me siga llamando mientras la pongo sobre mi escritorio.

Me aclaro la garganta. —¿Algún mensaje?

Por una fracción de segundo, parece desconcertada, solo un pequeño rastro en su expresión, pero luego recita un resumen impecable: dos llamadas de Londres, un memorando de Finanzas, un almuerzo reprogramado. Lo repite perfectamente, con voz nítida.

Contengo una sonrisa. —No me pases llamadas. Luego reúnete conmigo en mi oficina.

—Sí, sir.

Le guiño un ojo antes de desaparecer en mi oficina porque no puedo evitarlo. La sonrisa que intenta ocultar casi me desmorona.

Tres minutos después, llaman a la puerta.

—Adelante —digo.

Entra con una tabla con sujetapapeles en la mano y el rostro sereno. Pero yo ni siquiera pretendo.

—Hola, nena —le digo.

Ella pone los ojos en blanco. —Jake. ¿Qué pasó con ser profesional?

—Ven aquí —murmuro, haciéndole una seña con el dedo.

Ella suspira pero se acerca, contoneando las caderas, con el pantalón abrazando sus curvas de una manera que me dan ganas de quitárselo inmediatamente.

—¿Por qué llevas pantalones? —pregunto, reclinándome en mi silla, observando cada uno de sus pasos.

—Porque hace un frío glacial —me responde—. Y porque, aunque no lo creas, no me vestí buscando tu aprobación.

Me río, bajo y rudo. —No me creo eso ni por un segundo.

Se detiene frente a mí, con la barbilla en alto y los ojos desafiándome. Así que me levanto, tomo su rostro entre mis manos y la beso. Con fuerza. Ella se derrite al instante, abriendo la boca, presionando su cuerpo contra el mío como si fuera el lugar al que pertenece.

Cuando finalmente me retiro, abro mi teléfono, deslizo y le muestro el documento que he estado esperando revelar. Los resultados de mis últimos análisis de sangre.

—Como prometí —murmuro—. Limpio.

Sus ojos se agrandan ligeramente. —Está bien —susurra. Luego sonríe con malicia, sacando su propio teléfono del bolsillo—. Déjame mostrarte los míos.

—Sí —digo, empezando ya a desabrochar el primer botón de su blusa.

Ella aparta mi mano de un manotazo, sonriendo. —Sabes que no me refería a eso, Jake.

—Sé a qué te referías, y como me dijiste que estabas bien, elijo creerte.

Su mirada se suaviza. —Está bien. Pero pensé que no íbamos a hacer esto.

—Se me ocurrió una forma de evitar el problema —murmuro, deslizando mi mano bajo la pretina de sus pantalones, deslizándome contra su calor. Ella jadea, cerrando los ojos.

—Reglas —digo contra su oído—. ¿Y si ponemos reglas?

—¿Reglas? —pregunta ella con respiración agitada.

—Límites. Fronteras. Los días de semana, nos mantenemos profesionales. Los fines de semana, hacemos esto. —Mis dedos presionan más profundo y ella gime.

—Y —añado—, usamos un sistema de tarjeta de cliente frecuente.

Su risa suena sin aliento. —¿Una tarjeta de cliente frecuente?

—Cinco sellos a la semana —digo, curvando mis dedos de la forma justa—. Si tenemos sexo por la mañana y otra vez por la noche, eso son dos.

Se aferra a mi brazo, casi temblando. —Cinco días a la semana ya suena a mucho.

—No días —corrijo, mordiendo su labio—. Sesiones.

Su risa se convierte en un quejido. —Está bien. Pero quiero cinco cada uno.

Gimo, deslizando mi boca por su garganta. —Dios, me gusta cómo piensas.

—Estás tan suave —murmuro, bajando más, rodeando su clítoris.

—Me depilé con cera antes del trabajo —jadea ella.

—¿Puedo ver? —pregunto, bajándole los pantalones.

Ella vacila, luego se baja lo suficiente la ropa interior para que yo pueda vislumbrar la piel desnuda y perfecta.

—Jesús —exhalo—. ¿Tetas también?

—Jake —gime ella, ya totalmente entregada.

—Por favor, nena —susurro.

Ella asiente, abriéndose la blusa, con el sostén a un lado, sus pechos quedando libres. Perfectos, sonrojados, rogando por mi boca.

—Dios, eres hermosa —digo, succionando un pezón en mi boca mientras ella se estremece.

Entonces miro el reloj y gimo. —Tengo una reunión con el director de operaciones en diez minutos.

Ella ya se está desmoronando, apretando mi cabello, mordiéndose el labio.

—Así que sé una buena chica —murmuro, deslizando mis dedos más profundo, más rápido, más fuerte— y vente para mí. Ahora mismo.

—Sí, sir —susurra ella, con la voz quebrada, arqueando todo su cuerpo mientras obedece.

Y sé que estoy completamente perdido.

*

Gen tiene tres carpetas extendidas sobre la mesa: una llena de informes trimestrales, otra con presentaciones de proyectos y la tercera abierta en hojas de cálculo impecables con pestañas codificadas por colores. Siempre ha sido ordenado, a veces hasta el

punto de la obsesión. Hoy, ese rasgo me está salvando, porque necesito algo a lo que aferrarme.

El problema es que Olivia está justo ahí.

Está sentada ligeramente a mi izquierda, con su cuaderno abierto, la pluma lista y su máscara profesional firmemente colocada. No debería notar nada más que sus notas, su eficiencia tranquila, su enfoque agudo. En cambio, mis ojos no dejan de desviarse hacia la curva de su garganta, donde su blusa no oculta del todo el moretón que le hice esta mañana. Solo un roce de color contra su piel pálida. Nada que nadie más notaría. Pero yo sí. Lo veo, y mi erección se endurece bajo la mesa como si tuviera quince años y estuviera desesperado.

Concéntrate, Jake.

Gen se aclara la garganta, golpeando la primera carpeta. —Como sabes, nuestra cartera ha crecido un catorce por ciento desde el segundo trimestre. La parte de fondos de cobertura sigue siendo sólida: bienes raíces, logística, energía renovable. Pero el capital de riesgo es donde la junta está presionando. Quieren claridad sobre dónde ves el crecimiento en los próximos dos años. El fondo de IA en Boston está pidiendo una ronda más grande. La startup tecnológica de Palo Alto está quemando efectivo, pero la ciencia es prometedora. Y el proyecto de infraestructura de agua limpia en África tiene un potencial increíble y un riesgo enorme.

Asiento, volviendo a centrarme. Estos son mis cimientos. Mi sangre. Números, trayectorias, probabilidades. Puedo hacer esto mientras duermo.

Olivia lo anota todo, su pluma moviéndose rápidamente. Puedo ver los garabatos en el margen, pequeños bocetos que probablemente ni siquiera se da cuenta de que está haciendo. Inclina la cabeza solo un poco, con los labios entreabiertos mientras se concentra, y siento que me distraigo de nuevo.

Gen sigue hablando. —Luego está el proyecto del café que estás encabezando con Max. Personalmente, creo que es una distracción. No una mala, pero una distracción al fin y al cabo.

Me inclino hacia adelante. —A veces las distracciones se convierten en nuevos pilares.

La boca de Gen hace un gesto, pero no discute. Pasa a la segunda carpeta. —La junta también quiere que consideres el legado, Jake. Te apoyan, pero hay rumores. Quieren estabilidad. Quieren saber que no solo estás construyendo imperios para el hoy, sino sentando las bases para el futuro.

—Legado —digo la palabra como si tuviera un sabor amargo.

—Estabilidad —aclara Gen—. Una imagen de ella. No les importa qué tan real sea. Un golden retriever. Una prometida. Alguien a quien los medios puedan señalar y decir: «Este es el hombre en quien confiamos nuestros miles de millones». Es óptica. Y ya sabes cómo la óptica mueve los mercados.

Me trago la rabia que surge, caliente y rápida. El moretón en la garganta de Olivia brilla por el rabillo de mi ojo como un maldito recordatorio de por qué esta conversación se siente como un ataque.

Pasamos otros veinte minutos avanzando pesadamente a través de proyecciones, perfiles de riesgo y estrategias de asignación. Mi cerebro procesa números automáticamente, calculando probabilidades como si fuera su naturaleza. Pero una parte de mí está en otro lugar completamente distinto: medio salvaje, medio aterrado, dividido entre el control de la sala de juntas y el recuerdo de ella desmoronándose bajo mis dedos hace unas horas.

Cuando la reunión finalmente termina, Gen recoge las carpetas, haciendo una pausa con esa pesadez deliberada que usa cuando está a punto de insistir en un último punto.

—Piensa en lo que dije, Jake. Legado. Estabilidad. La junta forzará la conversación si no tomas el control de ella.

Estoy a medio camino de la puerta cuando estallo. —Despediré a toda la junta antes de que piensen que pueden decirme con quién me acuesto o qué hago con mi vida personal.

El silencio cae como un mazo.

La pluma de Olivia se detiene. Sus ojos vuelan hacia mí, grandes, sobresaltados, el pánico cruzando su rostro antes de que vuelva a ponerlo neutral. Pero lo vi. La confusión.

—Vámonos —le digo, más brusco de lo que pretendo.

Ella recoge su cuaderno y me sigue, silenciosa como una sombra. No hablamos mientras caminamos por el pasillo. No hablamos mientras entramos de nuevo en mi oficina. Puedo sentir su tensión como electricidad estática.

—Tráeme café —digo, demasiado duro. Tengo los puños apretados a los costados—. Necesito un minuto para calmarme.

Ella asiente una vez y se va sin decir palabra.

El silencio que sigue es insoportable. Recorro la oficina de un lado a otro, pasándome una mano por el cabello. Para cuando ella regresa, tengo el pecho apretado y la mandíbula me duele de tanto apretarla.

Coloca el café sobre mi escritorio con suavidad, luego se endereza y sus ojos se encuentran con los míos.

—Lo siento —murmuro—. No debí hablarte así.

—¿Qué está pasando, Jake? —Su voz es suave pero firme—. ¿Quieres hablar de ello?

Maldigo entre dientes, me dejo caer en la silla y me froto la sien. —Me estaba acostando con alguien con quien no debía. La gente está hablando. La junta lo está usando como palanca.

En el momento en que las palabras salen de mi boca, me arrepiento. Porque su rostro decae. Solo un poco, solo por un instante. Pero lo veo. El dolor que intenta ocultar.

—Olivia... —comienzo, levantándome demasiado rápido, cruzando la habitación. Tomo sus manos, obligándola a mirarme—. Lo siento. No debí decirte eso. Tienes que saber que eso ya terminó. Eso se acabó. Soy tuyo. ¿Entiendes eso? Soy tuyo.

Sus ojos brillan, su garganta se mueve al tragar saliva. Finalmente, asiente.

La beso. Con fuerza. Con desesperación. Ella me devuelve el beso y eso nos descontrola a ambos.

Mis manos encuentran los botones de su blusa, abriéndolos con precisión frenética. Ella jadea cuando le quito la tela de los hombros, cuando le bajo los pantalones por las caderas, viendo cómo se amontonan en el suelo. La vista me hace sonreír, hace que mi pecho arda con una posesividad que no puedo nombrar.

—Esto cuenta como dos de tu tarjeta —jadea ella mientras la inclino sobre el escritorio, con las palmas planas contra la madera pulida.

—Tal vez —gruño, tirando de sus caderas hacia atrás—. Pero no quiero pensar en eso. No cuando puedo llenarte con mi semen.

—Joder, sí —gime ella, arqueándose mientras me alineo y empujo profundamente.

Me entierro dentro de ella, gimiendo por su calor perfecto y húmedo. Se estremece debajo de mí, se le corta la respiración, sus uñas arañan el escritorio.

Y mientras la penetro, lo único que puedo pensar es que esto es mío. Ella es mía. Ninguna junta, ningún legado, ningún rumor, ninguna antigua amante puede reescribir esto. Solo nosotros. Solo ahora.

Capítulo 18

Olivia

—¿Estás bien? —pregunta Meghan con suavidad.

Su voz atraviesa el murmullo de la mesa durante la cena: Henry golpeando el plato con el tenedor, Caleb reclinado en su silla contando sus dolores de cabeza con los proveedores del bar, el candelabro vibrando levemente cada vez que alguien se ríe demasiado fuerte.

Parpadeo, dándome cuenta de que mi tenedor ha estado suspendido a mitad de camino entre el plato y mi boca por lo que debió ser un minuto entero. Un trozo de zanahoria asada sigue atrapado allí, ya casi frío.

—Sí —digo rápidamente, soltándolo—. Perdón. Me distraje.

Meghan me observa un segundo más de lo que me gustaría. Tiene la mirada aguda, astuta, pero no insiste. En cambio, solo ladea la cabeza de esa forma silenciosa suya que dice: *Te preguntaré después, cuando estemos solas*.

—Solo está distraída por el nuevo trabajo —interviene Caleb, estirándose para alcanzar otro panecillo. Ni siquiera levanta la vista al decirlo, demasiado absorto en su propia historia—. Se lo dije esta mañana: la vida corporativa es como caminar directo hacia una manguera de incendios llena de pura porquería. Uno nunca se acostumbra de verdad; solo aprendes a ahogarte más despacio.

—Gracias, Caleb —murmuro, pero él sonríe, sin remordimientos.

Henry suelta una risita a mi lado, con la cara manchada de kétchup. Tiene nuggets de pollo en forma de dinosaurios y ramitos de brócoli que ignora con terquedad. Me inclino y corto un nugget por la mitad, deslizándolo en su tenedor antes de que pueda protestar. —Cómete tres bocados de brócoli, pequeño, y luego podrás comer postre.

Él arruga la nariz pero asiente con solemnidad, como si acabara de obligarlo a firmar un contrato vinculante.

Caleb agita su pan para darle énfasis. —Así que, en fin, este distribuidor me jura y me perjura que la cerveza llegaría el martes. No llegó. Llega el miércoles, nada. Para el viernes, tengo a los clientes habituales entrando y preguntando por su bebida de siempre, y yo parezco un idiota. Resulta que el tipo duplicó los envíos. Así que tuve que ponerme al teléfono con el representante regional y amenazar con rescindir el contrato. Todo un maldito desastre.

Meghan le acaricia el brazo. —Pero lo solucionaste.

—Claro que sí —dice Caleb, con un tono teñido de orgullo—. La cerveza vuelve a estar de barril desde esta noche. Puedes estar segura de que yo mismo serví el primer vaso.

Sonrío levemente, enredando la pasta en mi tenedor, pero siento el pecho apretado. No es por la historia de Caleb; es por el peso de la mirada de Meghan, el secreto presionando mis costillas, la forma en que sigo reproduciendo la voz de Jake en mi cabeza desde que estuvimos antes en la oficina. El gruñido, la risa, la forma en que dice mi nombre como si le perteneciera.

Meghan toma un sorbo de su vino, apoya la copa y se aclara la garganta. —De hecho, hablando de mañana... Caleb y yo pudimos conseguirle a Henry una entrevista temprana en mi escuela.

Me quedo helada a mitad de un bocado. —¿Qué? Espera.

—Mañana por la mañana —dice Meghan, sonriéndole a Henry—. Lo llevaremos para una pequeña evaluación basada en juegos. Nada aterrador, solo rompecabezas, colores y contar. Es más para ver si encajaría bien en la clase.

Henry se anima. —¿Rompecabezas?

—Sí, cariño —dice Meghan—. Muchos rompecabezas.

Él aplaude, ya convencido.

Suelto el tenedor con cuidado, con el pulso acelerado. —Yo... no sé si puedo ausentarme. Es muy de último momento. Acabo de empezar este trabajo.

—Entonces no te preocupes —dice Meghan con soltura—. Caleb y yo lo llevaremos. Habla con Recursos Humanos y pregunta si puedes entrar tarde si quieres estar ahí. Nosotros te cubrimos de cualquier forma.

—Yo... se me ocurrirá algo —murmuro, con la garganta seca de repente.

Caleb levanta su vaso en un brindis simulado. —Entre los dos lo tenemos bajo control. No te estreses.

Fuerzo una sonrisa y me disculpo unos minutos después, murmurando algo sobre necesitar hacer una llamada. Meghan me dedica esa mirada otra vez, con las cejas alzadas y llena de curiosidad, pero no me detiene.

Siento el teléfono caliente en mi mano mientras salgo al pasillo, cerrando la puerta silenciosamente detrás de mí.

Esto es imprudente. Pero lo hago de todos modos.

Busco su número, el que guardé bajo nada más que un pequeño emoji de estrella porque escribir «Jake» se sentía como tallarlo en mis huesos. Mi pulgar duda y luego presiona.

El tono de llamada apenas suena una vez antes de que él atienda.

—Tres veces al día es demasiado —dice él en lugar de un hola, con su voz baja y seductora, y ese humor perezoso asomando en los bordes.

El calor me sube a las mejillas. —¿Yo... qué?

—Ya he hecho que te vengas dos veces, nena —dice—. Y ahora llamas. Quizás cinco veces por semana fue una mala idea. Hagamos diez.

Ahogo una carcajada. —No he usado mis privilegios de la tarjeta de puntos ni una sola vez.

—Está bien, de acuerdo. Yo soy el codicioso —dice él—. ¿Dónde quieres que nos veamos? ¿Quieres que pase a buscarte?

Dios. Todo mi cuerpo siente un hormigueo al escucharlo bromear conmigo. —Eh... no es... no es por eso. Quería pedirte algo, y sé que estoy abusando de mi confianza, pero no quería pasar por Recursos Humanos y luego arriesgarme a... —Mis palabras salen demasiado rápido, los nervios me tienen tensa—. No quiero que me despidan. Pero esto es importante.

El silencio zumba al otro lado por un instante. Entonces su tono cambia: serio, firme. —Dime, Olivia.

Cierro los ojos. —Es mi hijo. Tiene una entrevista mañana por la mañana en la escuela donde enseña mi mejor amiga. Me gustaría estar ahí, pero sé que acabo de empezar y no quiero dar una mala impresión.

—¿Meghan? —pregunta él.

—¿Sabes su nombre?

Me lo imagino asintiendo. —Por supuesto. Me hablaste de ella.

No puedo creer que después de todos estos años él recordara eso. En realidad, sí puedo, porque yo también recuerdo que hablaba maravillas de Max.

Parece que ninguno de los dos olvidó aquella noche en absoluto.

—¿Sigues ahí? —pregunta él, trayéndome de vuelta a la realidad.

—Sí, perdón. Un problema de señal —miento con fluidez.

—No te preocupes, Olivia —dice, firme como el acero—. Y respecto a lo que pediste, tómate el día entero.

Abro los ojos de golpe. —¿Qué? No, no necesito el día entero...

—Te vas a tomar el día —dice, sin admitir discusión—. Quédate con tu hijo. Eso no es negociable. Nos vemos a las cuatro. Te enviaré la ubicación.

Trago saliva, sintiendo que el pecho se me aprieta con algo que se parece peligrosamente al alivio. —¿Estás seguro? No quiero abusar.

Hay una pausa. Luego su voz se suaviza, juguetona de nuevo, pero cargada con algo más profundo. —Nena, tenemos sexo. Puedes pedir un poco de tiempo libre si lo necesitas. Si alguien está abusando, soy yo.

Esas palabras me marean, el calor se acumula en mi vientre. Me muerdo el labio, incapaz de detener la sonrisa que se extiende por mi rostro. —Está bien. Te... te veré mañana entonces.

—Te veo mañana —repite él, con una voz tan baja que hace que se me erice la piel de los brazos.

Colgamos y me quedo de pie en el pasillo en penumbra, con el teléfono apretado contra el pecho y el corazón acelerado como si acabara de saltar de un precipicio.

*

Henry todavía está entusiasmado, prácticamente vibrando en su asiento del reservado del restaurante. Sus piernitas patean el vinilo mientras explica —una vez más— cómo resolvió el rompecabezas de dinosaurios más rápido que los otros niños.

—Se los dije, el T-Rex tiene *dos* dedos, no tres —insiste, agitando su tira de pollo para enfatizar—. Y luego hice la parte de los números y ni siquiera necesité ayuda.

—Eso es porque eres un genio —dice Caleb, despeinando los rizos de Henry.

Henry sonríe radiante, con las mejillas rosadas.

Doy un sorbo a mi refresco, sonriendo tanto que me duelen las mejillas. Creo que nunca he estado más orgullosa. Verlo en ese salón esta mañana —la silla pequeña, los crayones esparcidos por todas partes, la forma en que se mordía el labio al concentrarse— sentí que el pecho se me iba a partir de tanto amor por él.

Meghan se inclina sobre la mesa con los ojos brillantes. —Encantó a la directora. Te juro que ella estaba lista para dejarlo empezar mañana mismo.

Henry agacha la cabeza tímidamente ante eso, pero me doy cuenta de que está complacido.

Pedimos postre aunque ninguno de nosotros lo necesita. Caleb devora la mitad del helado de Henry mientras finge que está «haciendo una prueba de sabor». Ni siquiera me importa. Hoy es un día de celebración.

Para cuando reviso mi teléfono, ya son las 3:30. Aparece una notificación: una ubicación enviada por Jake. Se me revuelve el estómago.

—Tengo que irme —digo, tratando de que mi voz parezca casual —. Algo del trabajo. Pero traeré la cena al volver.

Caleb agita una papa frita. —No dejes que los trajeados te retengan demasiado tiempo.

Meghan me dedica esa mirada otra vez, la que dice que ve más de lo que quiero mostrarle. Pero simplemente asiente.

Me giro hacia Henry y lo atraigo hacia mí. —Pequeño, estoy muy, muy orgullosa de ti. Estuviste increíble hoy.

—¿Me viste hacer los rompecabezas? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Lo hice. Me dejaste impresionada. —Le beso la frente, respirando su olor a champú infantil, esa mezcla de azúcar y sol y todo lo que nunca quiero olvidar.

Pago la cuenta rápidamente y salgo; el aire fresco se siente cortante en mis mejillas encendidas. Cuando pongo la ubicación en mi teléfono, las indicaciones no tienen sentido.

Un concesionario de automóviles.

Frunzo el ceño. ¿Me habrá enviado la ubicación equivocada?

Lo llamo.

Atiende al instante. —¿Ya estás aquí?

—Estoy en camino —digo, subiéndome a un taxi—. Pero... ¿anoté mal la dirección? Porque esto parece una agencia de autos.

—Así es —dice él con calma—. Estoy esperando.

La confusión me anuda el estómago, pero la línea se queda en silencio después de eso, como si no fuera a ofrecer más explicaciones.

Para cuando llegamos, el lote se extiende ampliamente: filas de vehículos relucientes bajo un toldo, pancartas ondeando en el viento. Mi corazón se acelera al bajarme. Me siento pequeña aquí, mal vestida con la blusa y la falda de Meghan, y mis tacones resuena contra el pavimento.

Jake es fácil de distinguir, incluso a la distancia. Traje a medida, hombros anchos, la cabeza ladeada mientras habla con un hombre mayor con una chaqueta azul marino. Su presencia me atrae como siempre, magnética e imposible de ignorar.

Se gira y su rostro se suaviza en el segundo en que me ve.

—Olivia —dice, dando un paso al frente. Sus ojos azules recorren cada centímetro de mí, y es como si el mundo se hiciera estrecho—. Ven aquí.

Lo hago, porque claro que lo hago. Me pone una mano en la espalda —posesivo, dándome seguridad— y luego hace un gesto hacia el hombre.

—Este es Richard —dice Jake—. Él me consigue los autos. Richard, esta es Olivia, mi asistente.

Richard me estrecha la mano con calidez. —Un placer conocerla.

—Igualmente —murmuro, todavía desconcertada—. Pero... ¿qué estamos haciendo aquí?

Los labios de Jake tienen un leve espasmo. —Estamos aquí para conseguirte un auto.

Parpadeo. —Perdón... ¿qué?

—Un auto —repite, como si fuera obvio—. No tienes uno. Eso no es aceptable. Vamos a solucionarlo.

El impacto me recorre, el calor me sube por el cuello. —No. De ninguna manera. No puedo... Jake, no puedo dejar que me compres un auto.

Se le tensa la mandíbula, solo un poco, pero su tono sigue siendo calmado. —Olivia, necesitas un transporte confiable. Eres mi asistente. No puedes seguir usando Uber por toda la ciudad o pidiendo prestado el auto de tu hermano. Es ineficiente.

—Eso no significa que tengas que... —Mi voz se quiebra—. ¿Siquiera te das cuenta? ¿Sabes lo loco que suena esto?

Richard se aclara la garganta delicadamente y retrocede, reconociendo claramente que esta no es una conversación para él.

Jake da un paso más hacia mí. Su voz baja de tono, solo para mí. —No vas a pagar por él.

—¿Entonces quién lo hará?

—La compañía. Será un auto de la empresa.

Niego con la cabeza, todavía aturdida. —Jake...

—Olivia.

Mi nombre en su lengua es una orden.

—Esto no es caridad. Es logística. Todos mis ejecutivos conducen autos de la empresa. Tú eres mi asistente ejecutiva. A ti también te toca uno.

Busco en su rostro, tratando de encontrar la fisura, el ángulo en el que esto sea algo distinto a lo que parece: él abriéndose paso en mi vida a la fuerza.

—No quiero deberte —susurro.

Su mirada se suaviza solo un poco. —No me debes nada. Ya te lo has ganado.

Siento un nudo en la garganta. Cada instinto me grita que diga que no, que me proteja, que no deje que él estreche más esta red a mi alrededor.

Pero luego me imagino a Henry, los interminables viajes en metro, el malabarismo con el horario de Caleb para pedirle prestado su coche y la forma en que se me revuelve el estómago cada vez que voy tarde.

Jake debe ver la lucha en mi cara porque se inclina, con la mano rozándome el codo. —Déjame hacer esto por ti. Por favor.

Es ese «por favor» lo que me desarma.

Exhalo con voz temblorosa. —Un auto de la empresa —digo, como si repetirlo fuera a hacerlo realidad.

Él asiente una vez, satisfecho. —Exactamente.

Richard regresa justo en el momento adecuado, preguntando qué tamaño estamos buscando. Jake no lo duda. —Algo seguro. Confiable. De cuatro puertas. —Luego, mirándome, añade—: Algo que le pegue a ella.

Me arden las mejillas.

Mientras Richard nos guía por la fila, la mano de Jake planea sobre la parte baja de mi espalda, guiándome sin llegar a tocarme. Puedo sentir su contención, la tensión vibrando entre nosotros.

Cada auto reluce bajo el sol, pero apenas los veo. Todo lo que siento es el peso de lo que acaba de suceder: este hombre imposible entretejiéndose cada vez más profundo en mi vida.

No sé si estar agradecida o aterrorizada.

Tal vez ambas cosas.

Capítulo 19

Jake

El cuero cruje debajo de nosotros, un sonido tenue y costoso, pero en lo único en lo que puedo pensar es en la forma en que los muslos de Olivia me aprietan mientras cabalga sobre mí.

Tiene las manos presionadas contra mis hombros para impulsarse, las uñas se clavan ligeramente en mi saco, y su falda está levantada hasta su cintura en un desorden de tela. El olor a auto nuevo se mezcla con su perfume, algo suave, casi floral, pero debajo de eso, ella. Simplemente ella.

Mierda, se ve hermosa así. Con la cabeza echada hacia atrás, los labios entreabiertos, sus ojos color avellana oscurecidos mientras mueve las caderas sobre mí. Cada vaivén, cada roce intenso, me arranca una maldición del pecho.

—Dios, Olivia —gruño, apretando mis manos sobre sus caderas —. Me estás... mierda... me estás matando.

Ella ríe sin aliento, con el cabello cayéndole sobre las mejillas. —Qué bueno.

Apoyo la cabeza contra el asiento y, por un segundo, no puedo respirar por lo bien que se siente: la forma en que su calor húmedo me aprieta, el pequeño salto en su respiración cuando empujo hacia arriba para encontrarme con ella. Es crudo, sucio, pero también hay algo más profundo entrelazándose. Algo que hace que me duela el pecho incluso mientras mi hombría late dentro de ella.

—Al menos —jadeo, forzando las palabras entre dientes apretados—, me alegra que estés usando tu tarjeta de beneficios.

Ella sonríe con picardía, luego se inclina hacia adelante y me cubre la boca con la mano. Sus caderas cambian de posición, deslizándose más abajo, más apretadas, haciendo que mi visión se nuble.

—Esto —susurra contra mi oído— no es parte de eso. —Mueve las caderas de nuevo, arrancándome un gruñido agudo—. Esto es un

detalle para mi jefe.

—Mierda —maldigo contra su palma, con la voz ronca y quebrada.

Su risa es puro pecado.

El teléfono encajado en mi bolsillo empieza a vibrar con insistencia, pero ni siquiera lo miro. Aprieto el agarre en su trasero, guiándola hacia abajo más fuerte, más rápido. —Ahora no —digo entre dientes, enterrando mi rostro en su cuello—. Estoy un poco ocupado.

Ella no se detiene, y no quiero que lo haga. El golpe seco de piel contra piel, sus gemidos entrecortados, la forma en que se contrae a mi alrededor... cada detalle me empuja más cerca hasta que me desmorono, derramándome dentro de ella con un gruñido que resuena en el silencioso habitáculo.

Por un momento, todo lo que escucho es nuestro jadeo, el suave crujido del auto meciéndose mientras ella se desploma sobre mí. Su piel está húmeda contra la mía, su cabello me hace cosquillas en la mandíbula.

Fuerzo los ojos para abrirlos, saco mi teléfono y miro la pantalla. La tensión en mi pecho se alivia cuando veo el nombre.

—Max —digo, dándole un rápido beso en la sien a Olivia.

Ella se endereza, sonrojada, tirando de su falda hacia abajo mientras agarra pañuelos de la consola para limpiarse. Respondo la llamada, todavía recuperando el aliento.

—¿Sí?

—Al fin —dice Max, con la voz amortiguada por el ruido de fondo —. Tengo un par de preguntas relacionadas con el café. ¿Crees que puedas pasarte más tarde?

Miro a Olivia, que evita mi mirada estudiosamente mientras se limpia los muslos, con las mejillas encendidas.

—Ahora mismo no —le digo a Max—. Estoy algo ocupado. Pero tal vez más tarde.

—Está bien —suspira Max—. Más tarde está bien.

Colgamos y dejo el teléfono a un lado, observando cómo ella dobla los pañuelos prolijamente, como si el orden pudiera borrar lo que acaba de pasar.

—Si tienes que irte... —dice suavemente, todavía sin mirarme—. Deberías hacerlo.

Tomo su barbilla, obligándola a mirarme de nuevo. —Más tarde. Ahora no. —La beso, lenta y largamente—. Ahora mismo, estoy contigo.

Sus hombros se relajan ligeramente y ella asiente.

Mientras termina de arreglarse, empieza a hablar; su voz es baja, casi tímida. —Henry entró en la escuela hoy. Meghan dijo que le fue muy bien. Yo... estoy tan feliz por él. Sigo pensando en formas de celebrar.

Su sonrisa es pequeña pero real, y me llega directo al pecho. Paso mi pulgar por su mejilla, pensando en lo poco que me costaría darle algo inolvidable.

—De niño —le cuento—, mi padre solía mover influencias para conseguir estas experiencias locas. Una vez pasé un fin de semana en un circuito de Fórmula Uno en Mónaco. Pases para los talleres, suites privadas, todo.

Sus ojos se agrandan; luego ríe, sacudiendo la cabeza. —¡Cómo diablos podría yo entrar en algo así?

—Yo lo organizaré —digo con sencillez.

Su risa se corta. —¿Espera, hablas en serio?

Asiento. —Muy en serio.

Ella me mira como si me estuviera viendo por primera vez. —¿Harías eso?

Haría mucho más por verte sonreír, pienso pero no lo digo. En su lugar, beso su sien. —Organizaré algo para ti y Henry.

Ella aparta la mirada, pestañeando rápido, como si el peso de eso fuera casi demasiado. Para aliviar la tensión, cambia de tema. —Nunca hemos hablado de tu infancia.

Me echo hacia atrás, exhalando lentamente. —Niño rico malcriado. Esa es la idea general.

—¿De verdad? —Ella arquea una ceja.

Suelto una risita. —Era un cerebrito. No hacía falta mucho para complacerme. Libros nuevos, una computadora, clases de ajedrez. Mi padre pensaba que alimentar mi cerebro era una buena inversión.

Su expresión se suaviza. —¿Eras cercano a él?

Niego con la cabeza. —No realmente. A los seis años, ya me estaba preparando para el mundo de los negocios. Eso nunca cambió.

—Suena... solitario —dice ella en voz baja.

Trago saliva, con el pecho apretado. —Sí. Tal vez. Pero también construí mi propio camino. Londres fue mío. Me hice un nombre por mí mismo, independiente del legado familiar.

Su mano se desliza en la mía, cálida y reconfortante. —¿Y qué hay de tu mamá?

—Nunca la conocí —admito, las palabras todavía me resultan extrañas incluso después de todos estos años—. Criado por niñeras. Eficiente. Distante.

Ella me aprieta la mano, y me pregunto cómo diablos una sola mujer puede desarmarme tan completamente sin siquiera intentarlo.

Cuando le pregunto por sus padres, su voz se vuelve más dulce. —Mi mamá nos crió. Trabajó más duro que nadie que haya conocido. Nunca conocí a mi dad. Se largó antes de que yo naciera. Pero Caleb y yo... siempre hemos sido unidos. Él lo ha sido todo.

Hay orgullo en su tono, y amor también, y eso me conmueve. Porque yo nunca tuve eso.

Me acerco y la beso de nuevo, saboreando el tenue dulzor de su brillo labial. —Mereces mucho más que las migajas que te han dado.

Sus labios se curvan contra los míos. —¿Y crees que tú eres la respuesta?

Sonrío con suficiencia, deslizando mi mano de nuevo por su muslo, rozando el borde de su ropa interior otra vez. —Creo que soy el problema. Pero tal vez uno que vale la pena tener.

Ella ríe, sin aliento, y luego suelta un gemido cuando deslizo dos dedos dentro de ella, ya ansiando más.

—Jake —gime, aferrándose a mis hombros mientras sus caderas se mueven contra mi mano.

Y así, la conversación se desvanece. El mundo se reduce al sonido de su voz, a la forma en que se aprieta a mi alrededor, a la sensación de su cuerpo temblando bajo el mío.

No sé qué es esto, ni a dónde va, pero maldita sea si puedo parar.

No cuando ella se siente así de bien.
No cuando me hace sentir humano.

*

Para cuando llego a casa de Max, es casi medianoche. Mi chofer se detiene frente a la conocida casa de ladrillo, y mientras subo los escalones, me doy cuenta de cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que vine aquí sin una agenda, sin los negocios como acompañantes.

Llamo una vez, y la puerta se abre casi al instante, como si él hubiera estado esperando.

Max se apoya contra el marco con su sudadera gastada de los Knicks y pantalones deportivos, con un vaso de whisky en la mano. Su cabello es un desastre, como si hubiera estado pasando sus dedos por él toda la noche.

—Es casi medianoche —dice con voz baja, pero hay un destello de diversión en sus ojos. Luego su mirada se agudiza, entrecerrándose, y sonríe con malicia—. Por Dios, acabas de tener sexo.

Me río, atrapado, pasándome una mano por la mandíbula. —¿Qué me delató?

—Tienes esa cara —dice, dando un paso atrás para dejarme entrar—. Como si te hubiera pasado un camión por encima y te hubiera gustado.

El departamento huele levemente a granos tostados y algo cítrico, tal vez la vela que titila en la encimera. El lugar de Max se siente habitado pero no desordenado: muebles de mediados de siglo mezclados con extraños recuerdos que ha recogido mientras viajaba por trabajo. Hay pilas de libros contra la pared, láminas de arte apoyadas en lugar de colgadas, y un escritorio en la esquina que parece haber sido el escenario de una explosión en un laboratorio de ciencia del café.

—Entra antes de que asustes a los vecinos con tu halo de sexo —añade, cerrando la puerta detrás de mí.

Me hundo en el sillón de cuero junto a la ventana, aflojándome la corbata. —Eres imposible.

—Estás radiante —responde él, sirviéndome un trago sin preguntar, porque nunca tiene que hacerlo. Lo deja sobre la mesa a mi lado y se sienta enfrente, agitando su vaso—. Así que, ¿cómo se llama?

Dudo, luego lo dejo salir como un suspiro que he estado reteniendo demasiado tiempo. —Olivia.

—Olivia —repite él, como si ya la estuviera catalogando—. Lindo nombre. —Me estudia por un momento, y luego las comisuras de su boca se elevan—. Te gusta.

—Yo... —Me detengo, porque negarlo no tendría sentido—. Sí.

Max se echa hacia atrás, con una pierna cruzada sobre la otra, luciendo esa expresión de hermano mayor satisfecho que siempre me molestaba cuando éramos más jóvenes pero que ahora solo siento como un consuelo. —Bueno, pues. Me gustaría conocerla oficialmente.

Las palabras quedan flotando en el aire, más pesadas de lo que deberían. Conocer a Max no es algo casual; es una especie de bautismo. Si ella conoce a Max, es real.

Enmascaro el destello de pánico con un sorbo de whisky. —Tal vez.

Él sonríe, conociéndome demasiado bien como para presionar. En su lugar, señala hacia el escritorio de la esquina, cubierto de tazas de vidrio, cucharitas y bolsas marrones de granos con etiquetas en idiomas que ninguno de los dos puede pronunciar.

—¿Qué diablos es todo eso? —pregunto, levantándome para investigar.

—Catación —dice Max, acercándose detrás de mí. Su voz tiene un matiz de orgullo, como un niño mostrando un proyecto de ciencias—. Me acaba de llegar esta marca nueva de Etiopía. Me tomó semanas encontrar a alguien que quisiera venderme una bolsa. Vamos, pruébalo.

Hay algo en la forma en que lo dice que me hace sonreír. Es tan *él.* Max y sus obsesiones: primero los autos, luego los puros, luego

la fotografía y ahora el café. Cada una un salvavidas, una forma de mantenerse conectado después de todo lo de su divorcio.

Despeja una sección del escritorio, saca dos tazas y mide el café molido con una precisión que avergonzaría a los cirujanos. El olor llega primero: rico, floral, con algo oscuro debajo.

—Siéntate —ordena.

Me siento, viéndolo moverse con soltura practicada: hirviendo el agua, vertiéndola justo así, revolviendo, olfateando. Alinea dos tazas frente a nosotros. —Bebe un poco. No hagas ruido al sorber, salvaje.

Le sigo la corriente, inhalando primero. El aroma tiene capas, es inesperado: bayas, tierra, algo parecido al chocolate amargo. Tomo un sorbo y arqueo las cejas.

—Maldita sea —murmuro—. Esto es... esto es realmente increíble.

—Te lo dije —dice él, presumido—. Tiene esa nota de arándano. Un final limpio. Nada que ver con la basura sobretostada a la que estamos acostumbrados.

Tomo otro sorbo, más lento esta vez, dejando que el sabor permanezca. —Puede que tengas razón con todo este asunto del café.

Él sonríe, pero luego inclina la cabeza, observándome por encima del borde de su taza. —Tienes esa cara otra vez.

—¿Qué cara?

—La que solías poner en la universidad. Justo antes de hacer algo imprudente.

Dejo mi taza, apoyándome hacia atrás. ¿Crees que me conocés tan bien?

—Sé que te conozco así de bien —dice simplemente—. Así que dime. ¿Cuál es la idea imprudente esta vez?

Dudo, luego lo digo: —Fórmula Uno.

Él levanta las cejas. —¿Las carreras?

—Sí. Estaba pensando... Mónaco, tal vez. O al menos boletos aquí en los Estados Unidos. Algo extravagante.

—Para Olivia —dice él, sin siquiera plantearlo como una pregunta.

No respondo, lo cual es respuesta suficiente.

Max me estudia, luego asiente lentamente. —Tengo los contactos. Lo sabes. Pero de verdad te gusta esta chica, ¿eh?

Me quedo mirando el café en círculos, la forma en que el líquido capta la luz. —Sí —admito en voz baja—. Realmente me gusta.

El silencio se instala entre nosotros, cómodo, como una manta vieja. Afuera, una sirena suena a lo lejos, desvaneciéndose en el zumbido de la ciudad. Adentro, solo estamos nosotros, dos amigos, el café y el peso de las cosas no dichas presionando.

Max lo rompe primero, dándome un codazo. —Entonces no lo arruines.

Me río, pero no hay gracia en ello. —Ya lo hice, hace años.

—Entonces no lo hagas de nuevo —dice, con voz firme.

Lo miro, al hombre que ha sido mi ancla en cada tormenta. Ahora no sonríe. Lo dice en serio.

Asiento, más para mí mismo que para él. —Lo intentaré.

Capítulo 20

Olivia

Henry viene corriendo por el pasillo, sus tenis rechinan contra el pulido piso de madera de Caleb. Se ríe tan fuerte que el sonido resuena, y detrás de él viene mi hermano, tratando de seguirle el ritmo pero luciendo ya un poco agitado.

—¡Ta-da! —anuncia Caleb mientras ambos frenan en seco frente a mí.

Parpadeo y luego me río, el sonido burbujea antes de que pueda detenerlo. Van combinados. No solo combinados en el color, sino que lucen prácticamente idénticos. Ambos llevan camisas azul marino de botones con pequeños puntos blancos esparcidos, las mangas remangadas lo justo para parecer informales, y los pantalones color canela con cinturones marrones. La camisa de Henry le queda un poco grande, las mangas rozan sus muñecas, pero se ve tan orgulloso, con el pecho inflado mientras señala a Caleb.

—El tío Caleb dice que somos gemelos —declara Henry.

Caleb despeina los rizos de Henry, un gesto tan natural que me estruja el corazón. —¿Puedes creerlo, Liv? Finalmente tengo un mini-yo. Me tomó treinta años, pero sucedió.

—No puedo creer que lo convencieras de usar ese cinturón —bromeo, sacudiendo la cabeza—. Por lo general, actúa como si lo estuviera torturando si tan solo sugiero algo que no tenga cintura elástica.

Henry pone los ojos en blanco, tan parecido a mí que me dan ganas de alzarlo y besarle toda la cara. —No es para tanto —dice, tirando de la presilla del cinturón como si ya estuviera presumiendo.

Caleb me sonríe con suficiencia. —¿Ves? Es que no tienes mis poderes de persuasión.

Le sonrío a mi hermano, sintiendo una calidez que me inunda al ver a los dos juntos. Durante mucho tiempo, Caleb y yo fuimos la

única familia real del otro aparte de mamá, y ahora Henry se ha integrado perfectamente a ese círculo. Se siente... bien.

—Muy bien, par de gemelos —digo—, vayan a asegurarse de no derramar nada sobre esas camisas antes de que nos vayamos.

Henry sale disparado hacia la sala, distraído ya por el set de Lego que abandonó hace un rato. Caleb lo sigue, pero no sin antes inclinarse para besarme la coronilla. —En serio, Liv. No puedo creer que realmente estemos haciendo esto.

Lo miro. —¿Haciendo qué?

—Esto —dice, señalando con la mano hacia la puerta, hacia la noche que tenemos por delante—. Todo esto. Cenas familiares. Celebraciones. Verte perseguir este trabajo en la ciudad. Se siente bien.

No respondo, no realmente, porque se me forma un nudo en la garganta demasiado rápido. Solo le sonrío, y él asiente como si eso fuera suficiente.

Cuando se van, Meghan llama desde el dormitorio. —¡Liv! ¡Sigues tú!

Entro y la encuentro sentada frente a su tocador, con su cabello rubio recogido en un peinado elegante y natural que yo jamás podría recrear sola. Todavía está en bata, con el delineador preciso y los labios teñidos de rosa. Da palmaditas en el taburete a su lado.

—Siéntate. Déjame al menos arreglarte el rímel antes de irnos.

Me dejo caer en el asiento y ella se inclina más cerca, estudiándome con esa clase de atención de la que solo son capaces las mejores amigas: mitad crítica, mitad afectuosa. Me da un toque en la esquina del ojo y luego retrocede, ladeando la cabeza.

—Bien —dice finalmente—. No te enojes.

Se me aprieta el estómago. —¿Por qué me enojaría?

—Porque estoy a punto de preguntarte algo, y ya sé la respuesta, pero necesito escucharte decirlo.

La miro con los ojos entrecerrados. —Meg...

—¿Todavía te estás acostando con Jake? —pregunta, directa al grano, con voz baja pero cortante.

El calor me sube a las mejillas. Mi primer instinto es negarlo, restarle importancia con una risa. Pero esta es Meghan. Ella ve a

través de mí.

—¡Shhh! —siseo, mirando hacia la puerta como si Henry o Caleb pudieran aparecer de repente—. ¿Quieres que se entere todo el edificio?

Sus labios tiemblan, reprimiendo una sonrisa. —Entonces eso es un sí.

Exhalo, hundiéndome en la silla. —Es... complicado.

—Siempre lo es con ustedes dos —murmura ella, cruzándose de brazos—. Suéltalo.

Me inclino más, bajando la voz hasta que es apenas un susurro. —Tenemos... tenemos esta cosa. Reglas. Una tarjeta de puntos.

Ella levanta las cejas. —¿Una *qué*?

—Una tarjeta de puntos —repito, presionando mis palmas contra mis mejillas—. Tenemos permitido tener sexo un cierto número de veces a la semana, y después de eso tenemos que mantenerlo profesional.

Por un segundo solo me queda mirando, como si estuviera procesando si hablo en serio. Y luego estalla en carcajadas, casi arruinándose el delineador mientras se dobla de la risa. —Ay, por Dios, ustedes dos están locos.

—¡Tiene sentido! —me defiendo, aunque yo también me río—. Son límites. Es estructura.

—Son matemáticas sexuales —dice ella, limpiándose los ojos—. Por supuesto que Jake Price convertiría una aventura en un sistema con reglas.

Mi risa se desvanece cuando su expresión se suaviza. Se apoya contra el tocador, estudiándome con preocupación. —Liv, esto podría ponerse difícil. Especialmente con Henry de por medio. Y Caleb. Lo sabes.

Asiento, sintiendo que se me cierra la garganta. —Lo sé.

Ella me aprieta la mano. —Prométeme que tendrás cuidado.

—Lo prometo. ¿Crees que mi hermano tenga alguna idea?

—¿De que te estás tirando a tu boss? Para nada. Y de todos modos prometí que no se lo diría, y sabes que nunca te haría eso, ¿verdad?

Antes de que pueda responder, la voz de Caleb llega por el pasillo. —¿Decirme qué?

Ambas nos sobresaltamos, girándonos hacia la puerta. Mi hermano está allí parado, con el cabello perfectamente peinado ahora y el reloj brillando en su muñeca. Luce sospechoso, aunque todavía no enojado.

—Decirte... —comienzo, tartamudeando—. Decirte que... estábamos hablando de tu colonia.

Meghan interviene al instante, bendita sea. —Sí. Yo decía que huele bien. Liv dijo que era demasiado fuerte. Yo le dije que está equivocada.

Caleb frunce el ceño, olfateando su muñeca. —¿En serio? Ustedes dos son ridículas. —Agita una mano, dejando pasar el tema —. En fin, ya terminé de arreglarme. Más vale que se apuren o llegaremos tarde.

Tan pronto como desaparece por el pasillo, Meghan exhala con fuerza, llevándose una mano al pecho. —Jesucristo, eso estuvo cerca.

Me río con nerviosismo, todavía con el pulso acelerado. —Nunca íbamos a decírselo.

Sus ojos se agudizan, clavándose en los míos. —Lo sé. Pero, Liv... solo no te encariñes demasiado, ¿está bien? Porque si lo haces, tú vas a ser la que termine enamorada. Él no.

Las palabras pesan en mi pecho. Demasiado tarde, pienso, aunque no lo digo en voz alta. Ya lo estoy.

Me pongo de pie para ponerme el vestido, alisando la tela sobre mis caderas, obligando a mis manos a mantenerse firmes. Mi teléfono vibra en la mesita de noche. Miro hacia abajo y el corazón se me sube a la garganta.

Jake.

Un mensaje. Una ubicación.

Lo abro al deslizar la pantalla y se me seca la boca. Ha enviado un coche. Para nosotros.

Aprieto los labios, tratando de no sonreír de forma evidente, pero es inútil. Las comisuras de mi boca se curvan a pesar de todo.

Ay, estoy tan, pero tan perdida.

En el momento en que salimos, Henry suelta un grito ahogado tan fuerte que hace que una pareja que pasea a su perro se detenga en la acera. —¡Mamá! —grita, señalando con todo el entusiasmo que solo un niño de cuatro años puede reunir—. ¡Mira *ese* coche!

Ya lo veo. La elegante y reluciente máquina negra estacionada junto a la acera parece menos algo que una persona debería conducir y más algo que pertenece a la portada de una revista. Su superficie pulida refleja el sol de la tarde, proyectando líneas nítidas a través del capó. Las ventanas polarizadas brillan como cristal negro. Incluso los rines parecen caros, con radios intrincados que destellan desde todos los ángulos.

Caleb suelta un silbido bajo. —Vaya, maldita sea. —Sonríe como si acabara de descubrir que Santa Claus es real—. Esto es mucho mejor que mi camioneta. Tu boss realmente se lució contigo, Liv.

Henry se pone de puntitas, tirando de la mano de Caleb. —¿Podemos entrar? ¿Podemos, por favor?

—Por supuesto, amiguito —dice Caleb, agachándose ya junto a él para señalarle los detalles—. ¿Ves esas ventilas de ahí? Son para el flujo de aire, para mantener el motor frío. ¿Y esos frenos? De competición. Esta cosa está construida como un cohete sobre ruedas.

Henry mira con ojos enormes y fascinados, absorbiendo cada palabra como si fuera el evangelio. Caleb siempre ha tenido ese efecto en él: convierte hasta las explicaciones más técnicas en aventuras.

Me mantengo cerca, tratando de mantener mi expresión neutral aunque el estómago me da vueltas. Sé exactamente quién envió este coche, y mientras Caleb y Henry se emocionan, saco mi teléfono del bolso. Mis dedos se mueven rápido por la pantalla.

Olivia: Gracias. El coche es... guau.

La respuesta llega antes de que siquiera baje la mano.

Jake: No hay de qué. Max y yo estamos esperando adentro para poder darles los pases. Luego me iré.

Trago saliva, releyendo las palabras. El alivio afloja un nudo apretado en mi pecho. Está pensando en las apariencias. Eso es bueno. Eso es lo que necesito que haga.

—Liv, ¿vas a subir o qué? —La voz de Caleb me saca de mis pensamientos. Ya está abriendo la puerta trasera, ayudando a Henry a subir al asiento elevado que trajimos.

—Sí, perdón —murmuro, deslizándome por el otro lado. El cuero abraza mi cuerpo al instante, suave como mantequilla, con un leve olor a coche nuevo y algo especiado, caro.

Caleb prácticamente vibra en el asiento del conductor mientras arranca el motor. El sonido es un ronroneo profundo, bajo, casi depredador. —Escucha ese motor —dice, con ojos brillantes. Le da un toquecito a Henry—. ¿Oyes eso, amiguito? Eso son caballos de fuerza.

Henry suelta una risita. —¡Es como un león!—

Sonrío a mi pesar, alisando mi falda y mirando por la ventana polarizada. La ciudad pasa como un borrón de ruido y color, pero mi atención sigue en la pantalla de mi teléfono, esperando otro mensaje que no llega. Lo guardo. Cuanto menos note Caleb, mejor.

Para cuando nos detenemos ante el lugar del evento, mis nervios se han vuelto a tensar al límite. Salgo del auto y me acomodo la chaqueta, alisando arrugas invisibles mientras escaneo a la multitud.

Y entonces lo veo.

Jake es imposible de miss, de pie cerca de la entrada con Max a su lado. Incluso con un saco informal y una camisa de cuello abierto, se ve magnético, el tipo de hombre que podría silenciar una habitación con solo existir en ella. Desvío la mirada rápidamente antes de que Caleb pueda seguir mi rastro.

Pero Caleb sí nota a Max. Su rostro se ilumina con reconocimiento mientras Jake hace las presentaciones. —Este es mi socio comercial, Maxwell St. James —dice Jake con naturalidad.

Max da un paso adelante, con la mano extendida. Es alto y esbelto, con una sonrisa fácil que transmite calidez al instante. —Dime Max, por favor. Y este debe ser Henry.—

Henry lo mira parpadeando, aferrado a la mano de Caleb, un poco tímido. Pero Max se agacha a su nivel, ensanchando su sonrisa. —Hola, pequeño. ¿Te gustan los autos?—

La timidez de Henry se evapora. —¡Sí! ¡Mi tío dice que ese auto tiene un león adentro!—

Max suelta una carcajada, lanzándole a Caleb una mirada de impresión. —No se equivoca —Le revuelve los rizos a Henry y, así de fácil, mi hijo tiene un nuevo héroe.

Observo el intercambio, y algo tenso en mi pecho se suaviza. Max es... agradable. No solo educado, sino genuinamente cálido. Los ojos de Caleb brillan mientras habla con él y, por un momento, parece que somos simplemente otra familia disfrutando de un día especial.

Adentro, el lugar vibra con energía. Es un evento promocional de F1, con autos elegantes exhibidos bajo reflectores dramáticos, estaciones interactivas donde los fanáticos pueden probar sus reflejos en simuladores y pantallas brillantes que muestran imágenes de carreras a velocidades imposibles. Los motores rugen en grabaciones que retumban en las paredes. Los ojos de Henry se agrandan increíblemente mientras lo observa todo.

—Esto es asombroso —murmura Caleb para sus adentros.

—Me alegra que te guste —dice Max, entregándole los pases—. Estos les permitirán entrar al área de pits. Pensé que Henry querría ver los autos de cerca.

—¿Estás bromeando? —Caleb sonríe de oreja a oreja—. Acabas de hacer que todo su año valga la pena.

Me quedo un poco apartada, tratando de concentrarme en la emoción de Henry, tratando de no pensar en el hombre que está a solo unos pasos y que ya posee demasiada parte de mi atención. Pero entonces lo siento: la mano de Jake en la base de mi espalda, ligera, apenas perceptible, pero suficiente para enviar un calor que sube por mi columna.

Giro la cabeza ligeramente. Sus labios están tan cerca que sus palabras rozan mi piel. —Te ves muy, muy sexy —murmura.

Tomo aire con fuerza y doy un paso lateral, fuera de su alcance, forzando una sonrisa amable. —Gracias por todo esto.—

Sus ojos brillan, con un destello de diversión en sus profundidades. —Cualquier cosa por ti, nena.—

La palabra hace que mi pulso se acelere y, por un instante, casi olvido dónde estamos. Pero entonces Meghan aparece entre la multitud saludando, y su rostro se ilumina al vernos. El pánico me

sacude. Me alejo rápidamente de Jake, acomodando mi chaqueta como si hubiera estado ocupada con nada más que ajustarme la ropa.

Él retira su mano al instante, ocultándolo todo con la expresión imperturbable de un CEO supervisando un evento. Pero sus ojos, cuando encuentran los míos, todavía arden.

Y lo sé: estoy en problemas.

El lugar zumba como una colmena, con voces que se superponen al sonido de los motores que resuenan desde las pantallas superiores. Luces brillantes centellan sobre el metal pulido y el vidrio. Tengo que recordarme respirar, absorberlo todo en lugar de quedarme tan tensa. Henry prácticamente está vibrando, saltando sobre sus pequeños tenis mientras sus ojos se mueven de un auto reluciente al siguiente.

Un mesero con una impecable camisa blanca se acerca, equilibrando una bandeja de copas de champán. Las burbujas captan la luz, subiendo en hileras elegantes.

—¿Bebidas de cortesía? —pregunta con suavidad.

Jake niega con la cabeza con una sonrisa cortés. —No, gracias.—

A su lado, Max también declina. —Paso. —Luego se vuelve un poco hacia Caleb y hacia mí, con voz casual pero con peso—. Yo no bebo. El alcohol y yo... hemos tenido nuestras batallas. Mejor mantenerse lejos.—

Caleb tampoco duda. —Yo igual. Me quedo con el agua.—

Por un segundo, juraría que veo algo cruzar por el rostro de Jake, algo casi imperceptible; como reconocimiento o entendimiento. Lo oculta rápidamente, metiendo las manos en los bolsillos, pero se queda conmigo.

Acepto un agua mineral, más para tener algo que hacer con las manos que por sed. Meghan, que nunca desperdicia una bebida gratis, toma una copa de champán con una sonrisa. —No me importa si lo hago.—

Avanzamos más profundamente en el lugar, arrastrados por la corriente de otros asistentes. Las pantallas muestran momentos destacados de las carreras, tomas en cámara lenta de autos surcando el asfalto a velocidades imposibles. En una plataforma, un

auto de Fórmula 1 se exhibe como una obra de arte, cada curva captando la luz, cada logo de patrocinador reluciendo. Henry me jala de la mano con tanta fuerza que casi tropiezo.

—¡Mamá! ¡Mira! ¡Es rojo! ¡Y las llantas son más grandes que yo! —

Jake se agacha un poco al nivel de Henry, con los ojos suavizándose de una manera que me hace doler el pecho. —¿Te gustan los autos? —pregunta, con el tono de voz justo para ser escuchado por encima del bullicio.

Henry asiente vigorosamente. —¡Sí! El tío Caleb dice que el motor hace que vaya súper rápido.—

Jake se ríe, bajo y cálido. —Tiene razón. ¿Y estás emocionado por la escuela?—

Henry parpadea hacia él, un poco tímido, pero asiente de nuevo. —Sí. La Miss Meghan dice que podré dibujar dinosaurios y números. —

La sonrisa de Jake tira de las comisuras de su boca y, por un latido, no parece el CEO impecable ni el hombre que complica cada uno de mis respiros. Simplemente parece alguien a quien genuinamente le importa lo que un niño de cuatro años tiene que decir.

Pasamos por las presentaciones: ejecutivos en trajes a medida, patrocinadores con apretones de manos firmes y personas que miran a Caleb de arriba abajo como si trataran de ubicarlo, pero que terminan sonriendo de todos modos una vez que Max entra en la conversación. Caleb, para mi sorpresa, se desenvuelve con facilidad, su encanto de barman adaptándose perfectamente a este nuevo escenario.

En un momento dado, una coordinadora le entrega a Caleb un pase laminado. —Para el próximo evento. Traiga a su sobrino —dice con un guiño a Henry.

La sonrisa de Caleb es tan grande que casi le parte la cara. —¿Oíste eso, amiguito? Vamos a volver.—

Henry salta como si alguien acabara de anunciar dulces gratis de por vida. —¡Sí! ¡Sí! ¿Podemos ver más leones?—

Me río, revolviéndole los rizos. —Autos, Henry. Son autos.—

Mientras tanto, Max y Caleb han entrado en su propio ritmo, con voces que se solapan en una conversación animada. Capto fragmentos: qué se siente dirigir un negocio en Nueva York, la pesadilla de los proveedores, la emoción de empezar algo de la nada.

—Estamos trabajando para abrir una franquicia de café —explica Max, gesticulando como si ya pudiera verla trazada por toda la ciudad—. Aquí Jake me sigue la corriente, pero te lo juro, será más que solo café. Es cultura. Un lugar al cual pertenecer.—

Caleb se inclina, con una emoción que iguala a la de Max. —Hombre, siempre he pensado en expandir mi bar a algo más, pero escucharte decirlo me hace creer que es posible.—

Sus voces se desvanecen en el fondo mientras miro a Meghan. Ella está bebiendo su champán, con los ojos recorriendo a la multitud; luego se inclina más cerca. —¿Por qué será que todo el mundo aquí es ridículamente guapo?—

Resoplo en mi agua. —Tal vez es un requisito en la puerta.—

—No, en serio. —Me da un codazo, con una sonrisa pícara—. Tu hermano nunca ha estado así de emocionado. Ni siquiera cuando me propuso matrimonio. Y no me malentiendas, ese fue un buen día. ¿Pero esto? Esto es como la mañana de Navidad para él.—

Miro de reojo a Caleb, animado y vivo de una manera que no le veía desde hace mucho tiempo. El orgullo brota en mi pecho. Se merece esta alegría, este sentido de posibilidad.

Las horas pasan en un torbellino de presentaciones y risas, las constantes exclamaciones de Henry por los autos, el humor seco de Meghan y el entusiasmo juvenil de Caleb. Sigo esperando que aparezca la tensión, que algo salga mal, pero no sucede.

Cuando Jake y Max se disculpan para ir a buscar el almuerzo para todos, Meghan y yo nos quedamos junto a uno de los autos de exhibición, mientras Henry está sentado en un banco cercano garabateando en el bloc de notas de cortesía que le dieron.

Meghan me da un suave empujón. —Bien, entonces. Sinceridad total. —Sus ojos brillan con picardía—. Ya lo entiendo.—

Parpadeo hacia ella. —¿Entender qué?—

—Lo del sexo. —Inclina la cabeza hacia donde desapareció Jake —. Él es... sí. Atractivo como el pecado. ¿Y la forma en que te mira? Liv, por favor. Ese hombre no solo se acuesta contigo. Le gustas.—

El calor me sube por el cuello y me quedo mirando la condensación que resbala por mi botella de agua. —Meghan...—

—Lo digo en serio —interrumpe, suavizando la voz—. No estoy juzgando. Solo digo que lo veo. La forma en que nota si estás cómoda. La forma en que le habla a Henry como si fuera importante. Eso no es solo sexo.—

Trago saliva con dificultad, parpadeando contra el repentino escozor en mis ojos. A nuestro alrededor, el evento continúa: risas, tintineo de copas, flashes de cámaras. Pero para mí, el mundo se reduce a las palabras de Meghan y al latido de mi propio corazón.

Porque tiene razón. Y eso me aterra más que cualquier otra cosa.

Cuando los chicos regresan, cargados con bandejas de papel con sándwiches y papas fritas, Henry celebra como si hubieran traído un tesoro. Caleb deja las bebidas, Max pasa las servilletas y todos caemos en el ritmo sencillo de comer juntos, con las risas esparciéndose en el aire.

Y por primera vez en lo que parece una eternidad, me permito relajarme, respirar y pensar que este podría ser el mejor día que he tenido en años. Rodeada de todas las personas que me importan, viendo a mi hijo brillar de alegría, escuchando a mi hermano soñar en voz alta, viendo a Meghan radiante y sintiendo los ojos de Jake buscándome a través de la mesa como una promesa.

Por una vez, no lucho contra ello. Simplemente dejo que así sea.

Capítulo 21

Jake

Debería arrepentirme de haber pospuesto esa llamada de Londres ayer. Debería sentirme como un CEO irresponsable, como un hombre que dejó que los negocios pasaran a un segundo plano por algo —alguien— más. Pero cuando pienso en su sonrisa, en el sonido que hace cuando se ríe, en la forma en que encajó contra mí como si ella también hubiera estado esperando cinco años por eso... arrepentimiento es lo último que siento.

Aun así, los negocios no esperan.

La computadora portátil está abierta en mi escritorio, con la luz azul de la madrugada derramándose sobre la superficie pulida. Son poco más de las siete en Nueva York, casi el mediodía en Londres. Los recuadros de video se llenan con rostros familiares: directores con sus camisas impecables, analistas parpadeando tras sus gafas y, en el centro de todo, Gen. Ya tiene la corbata floja y la mirada aguda a pesar de las líneas de fatiga que surcan su rostro.

—Jake —dice, y su voz inunda mi loft—. Llega tarde.

—Buenos días para usted también —respondo, acomodándome en la silla, con el café humeando a mi lado—. ¿Cómo van las cosas por allá?

Él no se molesta en hacer charla trivial. Nunca lo hace. —Los números son sólidos. La cartera de Singapur está superando las proyecciones. Berlín se está quedando atrás, pero no lo suficiente como para entrar en pánico. —Baja la vista a sus notas y luego vuelve a mirarme—. Lo necesitamos aquí para la firma final de los documentos de la fusión. Y la junta... —Sus labios se tensan—. Están inquietos.

Algunos otros directores asienten, con los rostros marcados por esa impaciencia corporativa a la que ya me acostumbré.

—¿Inquietos por qué, exactamente? —pregunto con voz calmada.

—Lo de siempre. Quieren garantías. Quieren saber que es estable, comprometido, que no está distraído. —Los ojos de Gen se clavan en los míos a través de la pantalla—. Están presionando de nuevo con el tema del legado. Quieren verlo como alguien... formal.

Hoy, su tono deja claro que la junta no se anda con juegos.

—Le recordaré —Digo fríamente— que yo construí la división de Londres desde cero mientras la mitad de la junta se sentaba a rascarse la panza cobrando dividendos. Si creen que van a dictar lo que hago en mi vida personal, que se atrevan.

Una tos nerviosa resuena en los altavoces de uno de los directores júnior. Gen ni se inmuta. —No te estoy diciendo qué hacer. Te estoy diciendo lo que ellos andan murmurando.

—Y yo le digo —digo inclinándome hacia adelante— que si la junta cree que puede dirigir mi vida, aprenderán muy rápido lo reemplazables que son. ¿Y puede ser esta la última vez que tengamos esta conversación? ¿Quedó claro?

El silencio se extiende por la línea. Finalmente, Gen inclina la cabeza. —Entendido.

La reunión continúa. Hojas de cálculo. Pronósticos. Cobertura de divisas. Obligo a mi cerebro a concentrarse, tomando notas, haciendo preguntas, incluso soltando algunos chistes que suavizan las asperezas de mi brusquedad anterior. Pero en el fondo de mi mente, ella persiste: la forma en que pronunció mi nombre ayer, suave e incrédula; el vestido rojo; su sonrisa en el evento; el beso que todavía me quema en los labios.

Cuando la llamada finalmente termina, cierro la computadora y me aparto del escritorio. El departamento está en silencio.

Me voy desvistiendo mientras me dirijo al baño, con el vapor ya arremolinándose en el aire. La ducha comienza a sisear y el agua caliente cae en cascada sobre mi piel. Apoyo las palmas contra el azulejo, dejando que el calor quite la tensión de mis hombros. En cambio, pienso en sus manos, en la forma en que se aferraban a mí, con las uñas clavándose en mi piel como si ella tampoco pudiera estar lo suficientemente cerca.

Para cuando salgo, el espejo está empañado. Me seco y me pongo unos jeans oscuros y una camisa blanca sencilla, nada

ostentoso. No necesito ostentación. Preparo mi café como me gusta —fuerte, solo, implacable— y salgo al balcón, con la ciudad extendiéndose bajo mis pies.

Nueva York un domingo por la mañana es una contradicción. Sigue zumbando, sigue viva, pero de algún modo más lenta, como si la bestia estuviera bostezando antes de despertar por completo. Bebo un sorbo de café y reviso la hora. Las diez.

Y entonces hago algo que he estado luchando por no hacer desde que abrí los ojos. Tomo mi teléfono y marco su número.

Suena dos veces antes de que ella responda. Su voz es baja, un poco ronca, como si llevara horas despierta. —¿Hola?

—Estás despierta. —Me apoyo contra el barandal, mirando a un taxi amarillo cruzar la avenida allá abajo.

—Por supuesto que estoy despierta. He estado trabajando.

Frunzo el ceño. —¿Por qué diablos estás trabajando un domingo?

Ella se ríe suavemente y puedo oír el tecleo de su computadora de fondo. —¿No estabas tú también trabajando hace un momento? Estoy segura de que no tienes derecho a darme sermones.

En eso tiene razón. Aun así, insisto. —La diferencia es que yo tenía que hacerlo. Tú no.

—Sí tengo —dice y puedo imaginar el gesto de su barbilla, ese rasgo terco que me vuelve loco y adicto a la vez—. Planeaba trabajar un poco, luego tomar una siesta y descansar esta tarde.

Sonrío hacia mi café. —O... podrías trabajar conmigo. Aquí.

Se produce un silencio tenso a través de la línea.

—¿En tu casa? —pregunta finalmente.

—Sí. —Dejo la taza, apretando el teléfono más de lo necesario—. Desayunaremos y luego puedes trabajar mientras yo reviso algunas cosas. Te tendré aquí para coordinar detalles. Tiene sentido.

Duda y, por un segundo, creo que dirá que no. Luego su voz se suaviza. —¿De verdad quieres que vaya?

—Más de lo que debería. —Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

Ella exhala, un sonido que provoca un calor intenso en la boca de mi estómago. —Está bien. Dos horas. Estaré allí.

Le sonrío al horizonte, al caos del tráfico y a la extensión infinita.
—Bien. Estaré esperando.

La línea hace clic cuando ella cuelga, pero mantengo el teléfono en la mano, con el pulgar rozando la pantalla como si eso pudiera hacer que volviera. Dos horas. Puedo manejar eso. He manejado cosas peores.

Solo que esto no se siente como algo que se maneja. Se siente como anticipación, aguda y viva en mis venas.

*

El timbre suena poco después del mediodía. Estoy a la mitad de revisar los documentos de la fusión de Londres de nuevo, pero mis ojos han estado saltándose líneas durante los últimos veinte minutos. En el momento en que el sonido resuena por el loft, aparto los papeles y camino hacia el panel, presionando el botón como si no estuviera desesperado.

—¿Sí?

—Tenemos a una Sra. Olivia Blake aquí para usted —dice el portero.

—Hágala subir —respondo, ignorando la sonrisa burlona que percibo en su voz.

Me paro frente a las puertas del ascensor, con las manos en los bolsillos, obligándome a no caminar de un lado a otro. Cuando el metal finalmente se desliza para abrirse, ella sale y, por un segundo, cualquier pensamiento se drena de mí.

Su cabello está peinado hacia atrás, con la raya impecable, y su brillo captura la luz. Resalta su rostro, su mandíbula, la curva de sus labios pintados de un rosa suave. Lleva unos pantalones negros de talle alto y una blusa pálida por dentro, con un saco sobre los hombros de forma casual, como si no se diera cuenta de lo imponente que luce. Olivia llena la ropa de una manera que ningún maniquí podría hacerlo.

—Hola —dice, con voz vacilante pero sonriendo, sus ojos recorriendo el loft detrás de mí antes de volver a clavarse en los míos.

—Hola —respondo, contemplando su imagen como un hombre hambriento—. Te ves... —Sacudo la cabeza, porque las palabras no van a ser suficientes.

—¿Profesional? —sugiere ella con una sonrisa.

—Peligrosa —replico, dando un paso atrás para dejarla entrar.

Pasa junto a mí y percibo el suave aroma de su perfume, algo floral mezclado con su propio calor. Al verla cruzar el espacio, me golpea un recuerdo, nítido y vívido: ella en mi regazo, esa misma primera noche, sin aliento y salvaje, rogándome que no parara. Los sonidos que hacía. La sensación de sus pechos rozando mi miembro cuando se rió de mí por sugerirlo y luego se acercó para darme algo que nunca he repetido con nadie más.

Me aclaro la garganta. —¿Te acuerdas de la primera noche?

Ella levanta las cejas. —¿De qué parte?

Sonrío con malicia, bajando la voz. —De la parte en la que me dejaste follar tus tetas como había soñado desde que tenía veinte años y nunca logré convencer a nadie.

Su risa estalla, incontenible y plena, y llena cada rincón del loft. —Eres imposible.

—Tú eres inolvidable —le respondo, acercándome.

—¿No se supone que íbamos a trabajar? —bromea ella, pero la forma en que sus ojos se desvían a mi boca la delata.

—Está bien —digo, pasándome una mano por el cabello y retrocediendo—. Pediré el desayuno antes de que arruine esto por completo.

Tomo mi teléfono, revisando mis lugares habituales, y empiezo a hacer llamadas. Ella se aleja, sus tacones haciendo un suave clic en el suelo pulido, y la observo de reojo mientras dicto el pedido. Está estudiando las paredes como si tratara de memorizar el lugar.

——Ahora tienes arte —dice ella, y su voz llega desde el otro lado de la habitación.

Termino el pedido y guardo el teléfono en el bolsillo, acercándome a ella. —Compré algunas piezas el año pasado.

Ella inclina la cabeza ante un lienzo grande; las pinceladas son abstractas, pero llenas de movimiento. —¿Este?

Asiento con la cabeza. —Lo pintó la esposa del alcalde. Tiene un seudónimo, vende bajo un nombre diferente. Nadie lo sabe a menos que estés en el círculo.

Ella abre mucho los ojos y se vuelve hacia mí. —Vives una vida bastante interesante, Jake.

Me encojo de hombros, apoyándome contra la pared. —Podría presentártela.

Sus labios se curvan. —¿Qué eres, Aladdín?

Eso me hace reír. Me separo de la pared, acortando el espacio entre nosotros, murmurando: —Si lo fuera, ¿dejarías que te mostrara el mundo?

Ella sonríe, sacudiendo la cabeza, pero cuando la beso, de forma suave y rápida, no se aparta.

—¿Quieres un recorrido? —pregunto, apartándome un poco.

—Sí —dice ella, y luego pone una sonrisa pícara—. Pero como tu asistente, realmente necesito terminar algo de trabajo. Me estoy atrasando.

Suelto un quejido. —Estás arruinando mi diversión.

—Límites profesionales —dice dulcemente, caminando ya hacia el escritorio que está en la esquina.

La sigo, observándola quitarse el saco y deslizarse en la silla. Abre su computadora portátil y sus dedos vuelan sobre las teclas; la concentración en su rostro hace que algo se me apriete en el pecho. Me siento frente a ella, fingiendo mirar mis propios archivos, pero principalmente solo la observo.

—¿Cómo estuvo lo de ayer? —pregunto, rompiendo el silencio.

Ella levanta la vista, curvando los labios. —Henry se la pasó de maravilla. Ha estado obsesionado con los dinosaurios y Jurassic Park desde que tengo memoria, pero Caleb lo está convirtiendo poco a poco en un niño de autos. Ayer fue como si ambos mundos chocaran. Le encantó.

La gratitud en sus ojos cuando me mira es casi excesiva. —Gracias. De nuevo.

—Lo que sea por ti —digo antes de poder contenerme.

Ella agacha la cabeza hacia su pantalla, con las mejillas sonrojadas.

Entramos en un ritmo. Ella escribe, yo navego, nuestro silencio solo se ve interrumpido por alguna pregunta ocasional. En un momento, pregunta: —¿Qué es Emil?

Levanto la vista. —Mi avión. Es privado, pero no lo uso mucho. A veces funciona mejor alquilar vuelos chárter.

Sus ojos se agrandan. —¿Tienes un avión?

—Sí.

Ella sacude la cabeza, murmurando: —Por supuesto que lo tienes. —Luego, con un brillo travieso—: Debí haber pedido un auto más grande.

Levanto una ceja.

—Estoy bromeando —se apresura a decir, riendo.

Me recuesto en mi silla, sonriendo con suficiencia. —Ten cuidado, Olivia. Podría conseguirte un auto más grande.

—Siéntate —ordena ella, riendo más fuerte cuando me pongo de pie como si realmente estuviera a punto de ir a hacer una llamada—. Por favor. Solo trabajemos.

—Carajo —murmuro, volviendo a hundirme en el asiento.

Ella todavía se ríe cuando el timbre suena de nuevo. Un momento después, el portero entra con bolsas de comida, y el aroma inunda el loft.

La miro juntar servilletas, sacando platos de la pila en la encimera como si perteneciera a este lugar, y algo dentro de mí cambia.

Esto —su cabello recogido hacia atrás, su blusa desabrochada lo justo, sus manos moviéndose por mi espacio como si ya fuera mitad suyo— se siente peligroso.

Y nunca he deseado tanto el peligro.

La mesa entre nosotros está desordenada con pequeñas bolsas de papel marrón, servilletas dobladas y un rastro de migajas. El loft huele a mantequilla, huevos y tocino, algo muy alejado de la pulcritud estéril de los granos de café y la caoba a la que estoy acostumbrado. Olivia toma uno de los sándwiches, el envoltorio de papel aluminio cruje mientras lo retira, y le da un bocado tan grande que casi me atraganto con mi café al verla.

Sus ojos se cierran suavemente. Un sonido escapa de su garganta, suave pero lo suficientemente profundo como para que lo sienta recorrer mi interior como una corriente. —Ay, Dios mío —balbucea entre bocado y bocado, con la mano bajo la barbilla por si cae alguna migaja—. Este es el mejor sándwich de huevo que he comido en mi vida.

Me recuesto en mi silla, sonriendo, fingiendo que no estoy excitado solo por verla desayunar como si fuera sexo. —El Ritz todavía tiene los mejores sándwiches de la ciudad —le digo con naturalidad, tomando otro sorbo de mi café.

Ella abre mucho los ojos, entrecerrándolos mientras mastica. Traga y me señala con lo que queda del sándwich. —Ves, eso. Justo eso.

Levanto una ceja. —¿Qué?

Ella niega con la cabeza, sonriendo. —Eres este... tipo rico, muy rico. Y no deja de sorprenderme.

Me río. —¿Por qué te sorprende?

—Porque cada vez que empiezo a pensar que eres normal —o sea, alguien con quien me puedo identificar—, abres la boca y sale algo que me recuerda que eres... —Mueve la mano hacia mí como si tratara de atrapar la palabra— ...ridículamente adinerado.

Dejo mi taza, apoyando los codos en mis rodillas, estudiándola. Tiene una migaja en la comisura de la boca. Me inclino sobre la mesa y se la quito con el pulgar antes de poder detenerme.

Ella se queda inmóvil, entreabriendo los labios ante el contacto, pero luego sus hombros se relajan y suelta una risita. —¿Ves? Exactamente eso.

—¿Exactamente qué? —pregunto de nuevo, ahora con voz más suave.

Su voz baja de tono, seria. —Como si toda esta vida tuya estuviera tan lejos de la mía que no siempre sé cómo seguirte el ritmo. Nunca he tenido nada parecido a esto, Jake. Así que a veces me impacta.

Tomo aire, luego me separo de la mesa, rodeándola para llegar a su lado. No pienso. Simplemente engancho mi mano bajo sus rodillas y tiro hasta que ella queda sobre mi regazo. Lanza un chillido

de sorpresa, todavía con el sándwich en la mano, y su cuerpo se pone rígido antes de acomodarse, apoyándose contra mí.

—¿Te molesta? —pregunto, mirándola directamente.

Sus pestañas bajan, su voz es baja pero firme. —No. No me molesta. Solo... me sorprende. No sé qué hacer con eso.

Apoyo una mano contra su cadera, manteniéndola allí. —Sí, soy rico. No, no pretendo lo contrario. Pero lo entiendo, Olivia. Te lo prometo, sigo siendo el mismo tipo que comió pizza contigo esa primera noche.

Sus labios tiemblan, sus ojos se entrecerran al sonreír. —Ya eras rico entonces.

Me río, sacudiendo la cabeza. —Sí, pero no te importaba.

—No me importaba. —Ella da otro bocado a su sándwich, mastica pensativamente y luego dice—: —No es algo que haya que arreglar, Jake. No necesitas decir lo correcto. Solo necesito... adaptarme.

Inclino la cabeza. —Aún siento que debería decir algo para solucionarlo.

Ella me sonríe, elevando las mejillas. —No. No. Quiero decir, puedes seguir comprándome sándwiches del Ritz y tal vez con el tiempo me acostumbre.

—Tu estándar está muy bajo —me río—. Pero te escuché gemir después de un solo bocado, así que seguiré alimentándote solo para escuchar eso de nuevo.

—¿Gimí?

—Nunca olvidaré ese sonido —digo con sinceridad, bajando mucho la voz.

Sus ojos parpadean y puedo verlo, la forma en que le salta el pulso en la garganta. Se remueve en mi regazo, baja la mirada y vuelve a subirla rápidamente. —¿No estás exhausto conmigo sentada sobre ti de esta manera? —pregunta, bromeando pero con un destello de genuina preocupación en su voz.

—Nena —digo, dejando que la palabra ruede lentamente—, si quisiera, podría lanzarte por todo este loft sin sudar una gota.

Se queda boquiabierta, luego se ríe, sacudiendo la cabeza. —Eres ridículo.

—¿Lo soy? —pregunto, y antes de que pueda responder, la sorprendo. Paso mi brazo por su espalda, el otro bajo sus muslos, y la levanto limpiamente de mi regazo. Ella jadea, agarrándose de mis hombros, el sándwich queda abandonado en la mesa mientras sus piernas cuelgan.

—¡Jake! —chilla ella, riendo y aferrándose a mí.

Su cuerpo se desliza por el mío, sus curvas presionándome, y cuando sus pies tocan el suelo, me mira con esa expresión, la que me vacía el pecho y me llena el miembro en el mismo instante.

Trago saliva con dificultad; tengo la garganta seca. —¿Ya terminamos de trabajar?

Sus dedos se deslizan por mi cabello, rascando ligeramente mi cuero cabelludo. Tira lo justo para hacer que mi miembro palpite contra el cierre de mis pantalones.

—Sí —susurra ella, asintiendo.

—Por fin, carajo —gruño, aplastando mi boca contra la suya.

Sus labios se abren al instante, su lengua se enreda con la mía y puedo saborear la mantequilla, los huevos y a ella. Los botones de su blusa se sueltan bajo mis manos uno a uno, y ella gime en mi boca mientras aparto la tela, desesperado por llegar a su piel.

Su risa se disuelve en suaves jadeos, y luego en nada más que el sonido de nosotros dos: sus uñas arrastrándose por mi cuero cabelludo, mis dedos recorriendo cada curva que he estado observando toda la mañana, el calor de su cuerpo traspasando el mío.

Desayuno olvidado. Trabajo olvidado. Lo único que importa ahora es ella.

Capítulo 22

Olivia

El sabor de su beso todavía está en mi lengua cuando sus manos se deslizan por el frente de mi blusa, tirando impacientes del último botón. Siento ceder la tela, esa suave tensión al soltarse, y luego el aire frío me roza el estómago. Él respira con fuerza contra mi boca, como si besarme le costara todo, y solo de pensarlo se me aflojan las rodillas.

Su boca abandona la mía apenas lo suficiente para mirar hacia abajo, sus ojos azules oscuros y febriles. —Pantalones —gruñe, y antes de que siquiera lo procese, ya está tirando de la pretina de mi pantalón de vestir.

Jadeo cuando la tela se desliza por mis piernas, sus nudillos rozándome los muslos en el proceso. Empuja hasta que el pantalón se amontona en mis tobillos. Su palma cae con un golpe seco sobre la curva de mi culo, el sonido retumbando en la cocina como una orden.

—¡Jake! —mi voz sale sin aliento, parte indignación, parte excitación.

—Dios, estás tan jodidamente sexy —dice, con la voz baja y gutural, como si se estuviera perdiendo demasiado rápido y no le importara. Sus manos me sujetan de las caderas, acercándome hasta que me quedo solo en brasier y panties. Da un paso atrás apenas, los ojos recorriéndome de arriba abajo con tanta hambre que me dan ganas de esconderme y pavonearme al mismo tiempo.

Se pasa una mano por el cabello, exhala como si apenas se estuviera conteniendo. —Postre —murmura, con un amago de sonrisa—. —Hora del postre—.

El pulso me brinca. Debería reírme, hacer un chiste, pero no puedo. Me quedo congelada bajo el peso de su mirada, temblando apenas cuando sus dedos rozan la línea de mi brasier, siguiendo el encaje antes de tomar uno de mis pechos en la mano.

—Eres tan jodidamente linda —susurra, casi reverente, el pulgar acariciando sobre la tela. Se me aprieta el pecho con sus palabras, con cómo me mira como si fuera más que carne, como si fuera arte.

Se arranca la camisa de un tirón brusco, la tela volando a algún lugar detrás de él, y luego se quita el pantalón. Se me corta la respiración. Su verga tensa la tela delgada de sus bóxers negros, el contorno claro y casi obsceno. Se me entreabren los labios y se me escapa un sonido involuntario.

Se da cuenta, claro que se da cuenta. Su boca se curva en una sonrisa lenta, y entonces su mano me rodea por la nuca, acercándome solo para rozar sus labios con los míos antes de girarme hacia la encimera.

—Inclínate —ordena suave, casi en un ruego, casi con dulzura.

Apoyo las manos en el mármol, frío bajo mis palmas, mientras sus manos grandes me separan los muslos. El encaje de mis panties se me pega, ya húmedo, y sé que él lo ve. Deja escapar un sonido bajo en la garganta, algo primitivo, y luego sus dedos enganchan el borde del encaje, arrastrándolo por mi culo, bajándolo por mis piernas, hasta que salgo de ellos y me quedo desnuda delante de él.

Debería sentirme expuesta. Debería sentirme cohibida. En cambio, me siento poderosa porque el sonido que hace es devastación.

—Joder, bebé —gime, y luego se deja caer de rodillas detrás de mí.

Me muerdo el labio, aferrándome al borde de la encimera cuando su boca se presiona caliente y abierta contra mí. Su lengua me separa, lenta al principio, deliberada, como si quisiera que sintiera cada arrastre húmedo. La cabeza se me va hacia delante, se me escapa un gemido mientras me empujo contra él sin pensar.

—Jake —gimoteo, pero sale entrecortado porque su lengua se curva en el lugar perfecto, implacable. Sus manos me sujetan del culo, abriéndome más, pegándome a su cara. Gime contra mí, la vibración recorriéndome directo hasta dejarme temblando.

Levanta una de mis piernas, colocándola sobre su hombro, y de pronto mi tacón se clava en su espalda mientras me devora. Mi cuerpo se arquea, presionándose contra la encimera; la superficie fría me ancla mientras su boca me

desarma. No puedo respirar, no puedo pensar. Me vuelve más húmeda, sin piedad, su saliva mezclándose conmigo hasta que los sonidos son obscenos.

Grito, mi cuerpo apretándose alrededor de la nada mientras el orgasmo me atraviesa. Se me resbalan las manos en la encimera, las uñas rasguñando la superficie lisa mientras tiemblo y jadeo. No se detiene. Me mantiene ahí, sigue lamiendo hasta que vuelvo a correrme, desesperada y deshecha, con las piernas temblándome tanto que casi me derrumbo.

Cuando por fin se aparta, mi cuerpo se desploma, pero él me sujeta con facilidad, levantándome con un agarre que se siente a propiedad. Tiene la boca brillante, la barbilla húmeda, y su sonrisa es feroz.

—Sabes a cielo —murmura contra mi hombro mientras va dejando besos por mi columna.

—Jake... —me tiembla la voz. El cuerpo se me siente líquido.

Me gira, me besa con toda esa humedad todavía en sus labios, y luego sus bóxers desaparecen, pateados a un lado mientras me empuja de nuevo contra la encimera. Su verga está caliente y pesada contra mi estómago, goteando, y tiemblo al pensar en tenerlo dentro otra vez.

No llegamos lejos antes de tropezar hacia el dormitorio, a medio vestir, a medio salvajes, con las bocas pegadas. Me deja caer en la cama y su cuerpo me sigue al instante, cubriéndome como si temiera que desapareciera si me soltara.

Me embiste, duro e insistente, pero luego se detiene, apoyándose sobre mí. El pecho le sube y baja, los ojos casi febriles mientras buscan los míos.

—¿Quieres que yo...? —empiezo, pero me corta con un beso tan profundo que me deja mareada.

Cuando por fin se aparta, susurro: —¿Quieres... hacerlo otra vez? —Se me encienden las mejillas, pero igual suelto las palabras—. ¿Con mis tetas?

El sonido que hace es algo entre un gruñido y un gemido. Se le abren los ojos, su verga da un tirón contra mí y, por un segundo, parece casi deshecho. —Bebé, no me jodas, no me provoques—.

Me río quedito, mareada por el poder que me recorre, por la forma en que él parece que podría correrse solo con pensarlo. Nunca en mi vida me sentí tan deseada, como si mi cuerpo fuera la respuesta a cada pregunta que alguna vez tuvo.

Ya está estirando la mano hacia la mesa de noche, abriendo el cajón de un tirón con dedos torpes. Maldice, revuelve hasta que encuentra el lubricante y lo alza como si fuera un trofeo.

La anticipación en sus ojos hace que el corazón se me acelere. Desea esto con locura, me desea con locura, y no puedo dejar de sonreír aunque el calor me inunde el cuerpo entero.

—Jake —susurro, acariciándole la mejilla mientras vuelve a trepar sobre mí, el frasco resbaladizo en la mano, su verga dura y necesitada contra mi piel—. Estás loco.

—Loco por ti —dice simplemente, y luego su boca vuelve a la mía, caliente y desesperada, mientras abre el frasco y nos baña a los dos con medio contenido. Su concentración es tan intensa cuando masajea el líquido frío sobre mi piel, y después baja, colocándose para exactamente lo que acabo de ofrecerle.

Y lo dejo.

Porque nunca quise a alguien como lo quiero a él.

Porque nada jamás se sintió así.

Está tan duro que puedo ver las venas palpitarle a lo largo de la verga, el glande hinchado, brillante y mojado mientras se toca con giros lentos y deliberados de la mano. Se me seca la boca. No puedo apartar los ojos de él, de cómo su pulgar rodea la punta y recoge el líquido preseminal que brilla ahí. Cada vez que creo que ya lo vi en su punto más descontrolado, me demuestra que me equivoco.

Estoy a punto de decirle que se acerque cuando su teléfono vibra en la mesa de noche. Maldice por lo bajo, cortante y áspero.—Ah, carajo.—Lo toma y la mandíbula se le tensa al ver la pantalla.—Es una llamada de Teams.

Se me arquean las cejas.—¿Me estás jodiendo?

—Ojalá—. Desliza el dedo, se lleva el teléfono a la oreja y luego aparta la cara de mí un segundo.—Sí. Me uno en cinco.—Su tono es seco, profesional, ya en control. Termina la llamada y se pasa una

mano por el cabello antes de volver a mirarme, la verga aún dura y reluciente, pesada en su palma.

Me incorporo sobre los codos.—Me limpio y te dejo tranquilo— digo, ya estirándome hacia el borde de la sábana. Lo último que necesito es quedarme aquí, semidesnuda, mientras habla de estrategia con gente al otro lado del mundo.

Pero de pronto su mano está en mi tobillo, deslizándose por mi pantorrilla, posesiva y mandona.—No vas a ninguna parte —dice con voz baja, sin dejar lugar a discusión. Se inclina, me besa, el sabor de él queda en mis labios, sal y calor mezclándose en su lengua.

—Jake, pero...

Me besa otra vez, más fuerte, cortándome. Cuando se aparta, los ojos le arden.—Solo tengo que hablar y responder. Sin video.—Me roza el labio inferior con el pulgar, su verga presionada contra mi muslo.—Y te vas a portar bien.

El pulso me salta.—¿Portarme bien?

—Toma notas mentales por mí —dice con una media sonrisa que no le llega a los ojos. Se acaricia una vez, lento y lánguido, y el estómago se me revuelve—. Y júntate las tetas para mí.

Todo mi cuerpo se vuelve lava.—No hablas en serio.

Pero sí. Dios, sí.

Toca la pantalla, se pone el audífono Bluetooth y se recuesta contra el cabecero como un hombre que es dueño del mundo. Me jala hasta que estoy a horcajadas sobre sus muslos.—De rodillas, bebé.

Obedezco casi sin pensar, deslizándome hasta quedar de rodillas sobre el colchón entre sus piernas. Guía mis manos, juntándome las tetas alrededor de él, restregando la punta de su verga, resbaladiza, contra mi piel. El calor se me esparce por el pecho ante la visión obscena de él embistiendo entre mis pechos.

La llamada conecta. Su voz cambia, suave y profesional.—Sí, buenas noches. I'm aquí.

Los oigo, voces débiles del otro lado: acentos, números, logística; pero yo solo puedo concentrarme en él. En cómo su verga se desliza entre la suave presión de mis pechos, en los sonidos húmedos

mientras el líquido preseminal me embadurna la piel, en el leve gruñido que suelta antes de silenciarse.

—Más cerca —murmura contra mi oído, tan bajo que solo yo puedo oírlo. Sus dedos presionan a ambos lados de mi garganta, levantándome la barbilla para que lo mire—. Manténlos bien apretados para mí.

Lo hago, apretándome los pechos a su alrededor mientras entra y sale. Su verga desaparece y reaparece, el glande enrojecido y goteando, deslizándose contra mi clavícula. Quita el silencio, su tono es firme.—Sí, revisé las proyecciones. Singapur se ve fuerte para el Q3.

Estoy mojada, vergonzosamente, los muslos me tiemblan mientras intento quedarme quieta. Él me mira hacia abajo, los ojos azules oscurecidos por el deseo, y vuelve a silenciar.—Lame la punta cuando te toque los labios.

Obedezco. Saco la lengua, rozando el glande cuando se asoma entre la curva de mi escote. El sabor salado me inunda la boca. Gime, agudo y rasposo, luego carraspea antes de activar el sonido.—Disculpen, una leve interferencia de mi lado.

La dualidad me marea: el hombre que es sereno e implacable con sus colegas y ese mismo hombre usando mis tetas mientras se les esconde a plena vista.

—No pares —susurra cuando la línea queda en silencio, y vuelve a silenciarse. Me agarra por detrás de la cabeza, obligándome a acercarme, deslizándome la punta de la verga por los labios antes de volver a empujar entre mis pechos—. Dios, eres tan buena en esto.

Gimo quedito, incapaz de contenerme. Me lanza una mirada que es advertencia y promesa a la vez, y enseguida reactiva el sonido.—Sí, de acuerdo. Deberíamos ajustar los márgenes.—Su voz es tersa, imperturbable, pero puedo sentir la tensión vibrándole por dentro, ver cómo se le ponen blancos los nudillos en el teléfono.

La presión entre mis muslos crece, insoportable. Mis pezones están duros, rozando su piel; cada movimiento de su verga entre mis tetas manda chispazos que me recorren la columna. Me muevo, aprieto los muslos, frotándolos entre sí, pero no es suficiente.

Vuelve a silenciar, me agarra la barbilla, su pulgar acaricia mis labios húmedos. —Estás mojada, ¿verdad?

Asiento, sin aliento.

—Tócate. Pero en silencio.

La orden me atraviesa ardiendo. Deslizo una mano entre mis muslos, presionando mi clítoris; el choque de la sensación me hace morderme el labio para no gemir. La combinación—su verga deslizándose entre mis pechos, mis dedos haciéndome círculos—es insoportable.

—Jake —susurro, rota, pero él me manda callar con una mirada antes de quitar el silencio otra vez.

—Sí, puedo autorizar eso. Envíenme el documento revisado. Su tono es perfecto, seco, pero sus caderas embisten más fuerte, más rápido, su verga golpeando mi pecho al compás de sus palabras.

No puedo contener el pequeño sollozo que se me escapa cuando el orgasmo me azota. Me tiemblan los muslos, mi cuerpo se convulsiona mientras me corro en silencio, desesperada, mis pechos se aprietan a su alrededor mientras lloro contra su piel.

Vuelve a silenciar al instante, la boca se le abre en un gemido mudo mientras embiste con fuerza entre mis tetas. —Mierda, bebé. Así. Esa es mi niña buena. No pares.

Se me llenan los ojos de lágrimas por la fuerza de todo, por la humillación y el éxtasis enredados. Aprieto más mis tetas, le lamo la punta cuando golpea mis labios y trago su sabor. Está cerca, tan cerca que siento cómo se hincha.

Entonces gime, gutural y crudo, presionando el botón de silencio una última vez. —I'm voy a correrme por todas estas tetas perfectas.

Y lo hace: chorros espesos por todo mi pecho, calientes y desordenados, deslizándose por mi piel mientras yo gimo. Se acaricia durante ello, con los ojos fijos en los míos, la respiración entrecortada y rota.

Cuando termina, se desploma contra el respaldo, el pecho agitado. Sus audífonos zumban con una voz que hace una pregunta. Carraspea, quita el silencio y responde con naturalidad, como si no acabara de destrozarme mientras medio mundo escuchaba.

Estoy temblando, con el pecho pegajoso, los muslos aún estremeciéndose tras el clímax. Me mira hacia abajo, los ojos oscuros y suaves a la vez, y vocaliza las palabras, *Mía.*

Y que Dios me ayude, le creo.

Jake no me deja tiempo para cuestionar lo que acaba de decir, ni siquiera me deja espacio para respirar. Me agarra los muslos y me arrastra más arriba sobre su regazo, los audífonos aún zumbando tenuemente con voces a las que apenas está prestando atención. Su verga sigue gruesa, todavía goteando contra mí, y cuando arrastra la cabeza por el desastre húmedo que ya hizo de mí, jadeo tan fuerte que veo estrellitas.

—No vas a ninguna parte —murmura, bajo y áspero, antes de hundirse en mí otra vez. El estiramiento arde, delicioso y abrumador, y me aferro a sus hombros mientras se entierra hasta el fondo.

La llamada de conferencia sigue zumbando, voces que hacen preguntas, números intercambiados, pero lo único que oigo es el sonido desgarrado de su respiración, el deslizamiento húmedo de él empujando más profundo. Marca un ritmo que ahora se siente casi reverente: menos frenético que antes, más deliberado, como si cada embestida fuera un recordatorio, una marca, una reivindicación.

—¿Me crees? ¿Crees que eres mía, sí? —susurra contra mi mandíbula, embistiendo lento y hondo.

—Te creo —jadeo, tiritando, porque sí. Porque en este momento, con él dentro de mí y su cuerpo alrededor del mío como armadura, no podría creer otra cosa.

Se le oscurecen los ojos y me besa con fuerza, tragándose el sonido de mi gemido mientras hace girar sus caderas, llenándome hasta que no queda ningún espacio dentro de mí sin reclamar. Me tiemblan los muslos alrededor de su cintura, mi cuerpo se aprieta, y él gime en mi boca como si el sonido se lo arrancaran contra su voluntad.

Y cuando me deshago, gritando su nombre, él me sigue con una maldición gutural, derramándose bien adentro y manteniéndome ahí como si no pensara soltarme jamás.

Jake no me deja ahí, ni por un segundo. Ya está moviéndose, ya me recoge con esas manos grandes y firmes. Toma una toalla del

baño contiguo, tibia y húmeda, y empieza a limpiarme con cuidado, casi con reverencia. Me limpia los pechos primero, caricias suaves que me hacen tiritar. Luego entre los muslos, donde la mezcla de mi orgasmo y su descarga se aferra a mí. Su toque es gentil, como si supiera lo sensible que estoy.

—Estás adolorida —murmura, más como una observación que como una pregunta.

Suelto una risita débil, la voz destrozada. —¿Tú crees?

Él esboza una media sonrisa, pero los ojos se le ablandan. Me besa la parte interna de la rodilla antes de arrojar la toalla a un lado. Espero que se deje caer a mi lado, que por fin se permita descansar, pero en cambio se acomoda entre mis muslos y los abre con una determinación que dispara mi pulso.

—Jake, ¿qué estás—?

—Shh. —Su aliento roza mis pliegues hinchados—. I'm no he terminado contigo todavía.

Antes de que pueda protestar, su boca está sobre mí. Su lengua es implacable, presiona, aletea, circunda mi clítoris hasta que me arqueo del colchón con un grito roto. Mis muslos aprietan su cabeza, pero él solo me abre más, separándome para su boca hambrienta. Estoy adolorida, sensible, cada nervio aún palpitando por el castigo que me dio antes, pero me devora como un hombre hambriento.

El sonido de cómo me devora es obsceno: húmedo, voraz, intencional. Su barba incipiente raspa la parte interna de mis muslos, un escozor que de algún modo afila el placer. Me alza las caderas, me acomoda para que su lengua entre más profundo, su nariz rozando mi clítoris mientras me retuerzo.

—Jake, no puedo—. Mi voz se quiebra. Apenas puedo respirar. —No puedo otra vez.

—Sí puedes —gruñe contra mí, sin darme ni un ápice de misericordia. Me inmoviliza con una mano en el vientre y con la otra me abre los labios para chuparme directamente el clítoris. La espalda se me arquea, la boca se me abre en un grito que ni siquiera oigo porque la sangre me retumba tan fuerte en los oídos.

El orgasmo me desgarra, violento e implacable, con las piernas temblándome mientras sollozo su nombre. No se detiene. Sigue,

lamiéndome a través de las olas, bebiendo cada gota, hasta que me retuerzo contra el colchón, rogándole que pare, que me dé un segundo para respirar.

Por fin, por fin, cede. Me besa el muslo, luego la cadera, y después se arrastra por mi cuerpo hasta desplomarse a mi lado, con los labios húmedos y brillantes. Se ve satisfecho, pagado de sí mismo y absolutamente orgulloso de lo que hizo.

—Eres cruel —susurro, con la voz hecha trizas.

—Eres deliciosa —replica, con una sonrisita mientras me aparta un mechón de la frente sudada—. —Tenía que volver a saborearte.

Le doy un manotazo débil en el pecho, pero luego me acurruco contra él, porque por muy hecha polvo que me deje, es imposible no desear su calor, su solidez. Nos quedamos ahí en silencio, con su mano acariciándome la espalda de arriba abajo, hasta que mi cerebro empieza, lentamente, a funcionar de nuevo.

Pero hay algo burbujeando dentro de mí: una idea, un pensamiento que vengo dándole vueltas desde el evento de ayer. Las palabras me presionan la garganta, desesperadas por salir, pero vacilo. Este es Jake Price. Multimillonario CEO. Mi boss. El hombre que acaba de hacerme venir tan fuerte que vi estrellas. ¿Con qué derecho me siento aquí, en su cama, a darle consejos de negocios?

Entonces me besa la coronilla y susurra—. ¿Qué tienes en la cabeza?

Me quedo helada. —Nada.

—Mentirosa. —Me levanta la barbilla para obligarme a mirarlo a los ojos—. Dímelo.

Trago en seco. —No quiero pasarme de la raya.

Alza una ceja. —Olivia, estás acostada en mi cama con mi semen todavía escurriéndose de ti. Creo que ya superamos lo de preocuparnos por los límites.

Me río, avergonzada, y entierro la cara en su pecho. Pero no lo suelta. Su mano me acaricia la mejilla, paciente, esperando.

Así que respiro hondo. —Solo estaba... pensando en lo de ayer. El evento de F1. Tú y Max están empezando esta empresa de café, ¿verdad?

Asiente despacio, mirándome como si I'm the only person in the world. —Sigue.

Me muerdo el labio; la analista en mí pelea con la asistente aterrada. —Bueno, el evento obviamente trataba de marca de lujo y exclusividad. La manera en que nos posicionaste —invitando a Caleb, presentando a Henry— fue genial, Jake. Humanizaste todo. La gente te vio como algo más que el intimidante CEO. Te vio como... accesible. Cercano.

Se le oscurecen los ojos con interés. No interrumpe, no pone cara de aburrido, no me descarta. Escucha.

—Y con la iniciativa del café —continúo, ya entrando en calor—, tienes la oportunidad perfecta de hacer lo mismo. Posicionarla no solo como otra cadena de alto nivel, sino como una marca de estilo de vida que haga de puente entre el lujo y la accesibilidad. Lo vuelves aspiracional, pero no intocable.

Se recuesta sobre un codo, apoyando la cabeza en la mano, totalmente concentrado. —¿Como Starbucks, pero elevado?

—Exacto. No solo venden café. Venden la experiencia de ser parte de algo que se siente lujoso sin estar fuera de alcance. La narrativa de relaciones públicas se escribe sola.

Hay una larga pausa. Me late el corazón a mil, convencida de que me pasé.

Luego sonríe, lento y genuino. —Carajo, eres brillante.

El calor me sube a las mejillas. —I'm not. Yo solo...

—Sí lo eres. —Se incorpora del todo, tomándome la cara con ambas manos—. ¿Sabes lo raro que es que alguien me diga algo que yo no haya pensado ya? Y tú acabas de hacerlo, sin dudar.

—Dudé bastante —murmuro, pero el pecho se me infla.

Me besa, suave pero persistente, y me doy cuenta de que esto —esto— es casi más embriagador que cómo me tocó antes. El sexo es salvaje, sí, pero la forma en que me mira ahora, como si mi cerebro lo excitara tanto como mi cuerpo, es lo que termina de desarmarme por completo.

Hablamos otra hora más, yo acurrucada en su regazo con una libreta que insiste en que vaya a buscar, garabateando ideas mientras él asiente y hace preguntas. A veces su mano se desliza

bajo la cobija para acariciar mi muslo, un recordatorio silencioso de todo lo demás entre nosotros, pero nunca deja de escuchar. Ni una sola vez.

Cuando por fin me obligo a salir de su departamento más tarde, ya es bien entrada la noche. Tengo el cuerpo adolorido, los labios hinchados y el cabello hecho un desastre. Pero mientras manejo de regreso al departamento de Caleb, lo que sigo repitiendo en mi cabeza no son los orgasmos, ni lo sucio, ni siquiera cómo se veía su pene deslizándose entre mis pechos.

Es la manera en que me escuchó.

La forma en que se inclinaba hacia adelante, con los ojos fijos en los míos, absorbiendo cada palabra como si yo importara, como si mi perspectiva tuviera valor, como si no fuera solo una asistente accidental que se cruzó en su vida.

Aprieto más fuerte el volante, con una sonrisa tirándome de los labios.

Jake Price no solo quiere mi cuerpo. Le importa mi mente. Y eso —que Dios me ayude— es lo más excitante de todo.

*

Empujo la puerta y entro, equilibrando mi bolsa en un hombro y quitándome de un puntapié los tacones que todavía no termino de amoldar. Lo primero que oigo es el rugido tenue de un dinosaurio, ese sonido que siempre hace que Henry se siente de un brinco, con los ojos muy abiertos y fascinados. Me asomo por encima del respaldo del sofá y encuentro a Meghan hecha bolita con un tazón de palomitas apoyado en el regazo, y a Henry acurrucado contra su costado bajo una cobija que tiene pequeños carritos animados corriendo por todas partes. Sus rizos están alocados, un poco aplastados por la siesta de la tarde, y tiene la mirada pegada al televisor.

—¿Qué traman ustedes dos? —pregunto, dejando mi bolsa sobre la mesa de la entrada junto a la puerta.

—Maratón de Jurassic Park —dice Meghan, con la voz mitad exasperada y mitad indulgente—. —Le dije que podíamos ver una

película antes de dormir. Está tratando de negociar verlas todas.

Henry asoma el cuello por encima de la cobija, y al verme se le iluminan los ojos. —¡Mamá! ¿Sabías que los raptores pueden abrir puertas?

Me río, negando con la cabeza. —Te voy a creer, campeón. Déjame ducharme y luego me uno a ustedes dos, ¿sí?

—Trae botanas —me grita Meghan mientras me alejo por el pasillo, y yo sonrío, prometiendo que sí.

En cuanto la puerta de mi habitación hace clic detrás de mí, la sonrisa se me abre en algo incontrolable. Apoyo las palmas contra la puerta y la frente ahí mismo mientras lucho contra las ganas de reírme como adolescente que se cuela en casa después del toque de queda. Todo mi cuerpo sigue vibrando, zumbando con el recuerdo de las manos de Jake, la boca de Jake, la forma en que su voz rasposa se deslizó por mi piel como si le perteneciera. Cada terminación nerviosa se siente viva, cada marca que dejó como un secreto grabado en mi cuerpo.

Me quito el blazer y la blusa, los lanzo a la cama y luego me detengo frente al espejo. La evidencia es descaradamente obvia: una mancha de brillo labial todavía en la comisura de la boca, y justo debajo de la mandíbula, un moretón rojo intenso. *¿Este hombre me hizo un chupetón?* Lo toco con cuidado y tiemblo.

Un golpe en la puerta me hace brincar. —¿Liv? ¿Puedo pasar? —la voz de Caleb, firme y familiar.

—Sí —digo rápido, echándome el cabello hacia adelante para cubrirme el cuello tanto como puedo.

Entra con el saco del traje colgado del brazo y las mangas de la camisa remangadas. Parece que vino directo de una junta, aunque sé que pasó la mayor parte del día en el bar. Se apoya en el marco de la puerta un segundo, mirándome con esa intensidad de hermano mayor que siempre me hace sentir que tengo otra vez doce años.

Entrecierra los ojos. —¿Qué te pasó en el cuello?

El calor me sube a las mejillas. —Oh, eso. Eh... me quemé con el rizador —la mentira sale tan rápido que me marea, pero es lo primero que se me ocurre.

Frunce el ceño, se acerca y lo examina como si estuviera a punto de diagnosticarme. —Liv, tienes que tener más cuidado. Eso se ve feo.

—Lo sé —digo rápido, forzando una risa apenada—. —Fue una estupidez. No estaba poniendo atención.

Me observa un segundo más, luego suspira y lo deja pasar, sentándose en la orilla de mi cama. —¿Eres feliz?

Parpadeo. —¿Qué quieres decir?

—El trabajo. La vida. Este... todo esto —dice, señalando vagamente el departamento, la ciudad, quizá todo.

Me siento con cuidado junto a él, con el corazón desbocado. —Yo... ¿creo que sí? ¿Por qué?

—Porque —dice, frotándose la nuca—, quería comentarte algo. No es nada urgente, pero uno de los vecinos de este edificio planea mudarse en unos tres meses. El de enfrente. Buena luz, espacio decente. La renta será justa si lo quieres. Me echa una mirada, con la expresión más suave de lo usual. —Mira, me encanta tenerlos aquí, a ti y a Henry. Lo sabes. Pero también sé que a veces se siente bien tener su propio espacio. Y si vivieras al frente, seguiría sintiéndose como si estuvieras aquí mismo. Los extrañé cuando estabas en Oregon, Liv. A los dos. Así que, si quieres algo más permanente... piénsalo.

Se me cierra la garganta. —¿O sea, vivir puerta con puerta contigo? ¿Como... indefinidamente?

—Sí —dice simplemente—. —Pero solo si quieres. Sin presión. Tienes tres meses para decidir.

Me quedo mirándolo, abrumada por la idea de echar raíces de verdad aquí otra vez, de que Henry crezca con su tío justo enfrente, de que yo por fin elija Nueva York en lugar de dejar que se me escape entre los dedos.

—Caleb... —mi voz vacila, pero me la trago—. Gracias. De verdad.

Se inclina y me besa la frente, y cuando se aparta, su mirada vuelve a engancharse en el costado de mi cuello. La comisura de su boca se curva. —Y en serio, tienes que tener cuidado con esos rizadores. Van dos quemaduras en una noche.

Fuerzo una risa, con el corazón golpeando tan fuerte que siento que puede oírlo. Si tan solo supiera. Si pudiera ver cómo se me acelera el pulso al pensar que quizá esta ciudad, esta vida, este hombre al que vuelvo una y otra vez en mi cabeza, quizá todo me esté llevando hacia algo que nunca creí recuperar.

Cuando se va, me ducho rápido, restregándome para quitarme el olor de Jake de la piel, sin lograr borrar el recuerdo de su boca, sus manos, sus promesas susurradas. Me pongo unos leggings y un suéter suave, algo abrigador, y me uno a Meghan y Henry en el sofá. El tazón de palomitas está a la mitad, y Henry rebota en su lugar, explicando el comportamiento de los raptores con la seriedad de un científico.

Me acomodo entre ellos, jalando la cobija sobre mi regazo. En la pantalla, los dinosaurios persiguen a humanos que gritan, pero mis ojos se me van una y otra vez a la cara animada de mi hijo, al calor seguro de mi mejor amiga a mi lado y a la marca que arde contra mi garganta.

El secreto sigue ahí, pesado y latente, pero por esta noche, con mi familia alrededor, me permito creer que quizá—solo quizá—esta sea mi segunda oportunidad.

Capítulo 23

Jake

El corte de carne está reposando en la mesada, con los jugos brillando bajo la luz de la cocina, cuando mi teléfono vibra contra el mármol. Mantengo el plato en equilibrio con una mano y deslizo el dedo con la otra, sin siquiera mirar la pantalla antes de contestar.

—Ya te extraño —digo automáticamente, con las comisuras de los labios curvándose porque me parece ridículo admitirlo en voz alta.

Pero el silencio del otro lado no es normal.

Entonces—

—¿Jake? —La voz de Max. Ronca. Temblorosa.

Se me hunde el estómago. Cierro los ojos y cuento. Uno. Dos. Tres. Está llorando. El nudo en su respiración es inconfundible. He pasado demasiadas noches arrastrándolo a través de ese sonido. Para cuando llego a cuatro, ya estoy apretando el borde de la mesada, con los nudillos blancos.

—Max. —Mi tono se vuelve tajante—. Habla conmigo. ¿Dónde estás?

—En casa —dice con voz entrecortada.

Mi corazón golpea contra mis costillas. Cinco segundos, seis segundos; calculo los intervalos entre sus respiraciones, lo superficiales que son. Estoy catalogando, midiendo, intentando mantener mi propio pánico a raya. Si puedo reducir esto a números, tal vez pueda controlarlo.

—¿Tomaste? —Mi voz es baja, cortante, pausada. Contengo el aliento, esperando.

—No. —Suena casi insultado, pero luego las palabras se quiebran —. No, te lo juro, Jake. No lo hice.

El nudo en mi pecho se afloja un poco. Pero se está desmoronando. Algo más pasó. Agarro mis llaves del recipiente junto a la puerta, ya en movimiento—. Quédate ahí. Voy para allá.

El tráfico es un borrón, los faros cortan a través de mi parabrisas. Mi cerebro analiza las posibilidades: una recaída, un ataque de pánico, ese tipo de espiral que trae el duelo cuando te desgarra desde adentro. Multiplico resultados, divido por las probabilidades, pero las matemáticas no me calman esta vez. Todas las ecuaciones vuelven a la misma respuesta: Max me necesita.

Cuando abro su puerta de un empujón diez minutos después, el departamento huele ligeramente a café y comida para llevar rancia. Max está en el sillón, con las manos en el pelo, los ojos rojos. Sobrio, sí... pero destrozado de una manera que no le veía desde el divorcio.

—Ella estuvo aquí, —balbucea sin levantar la vista.

Me siento a su lado, lo suficientemente cerca para que sienta que estoy aquí pero sin agobiarlo—. Sylvia.

Él asiente, con los hombros encogidos y cada línea de su cuerpo tensa.

Espero. A veces el silencio es mejor que presionar.

Finalmente, lo suelta como si las palabras fueran cuchillos cortándole la lengua: —Está embarazada. Se va a casar.

El aire se vuelve escaso. Lo absorbo lentamente, como si tragara vidrio. Para Max, esa frase es una guillotina. Sylvia, la mujer que lo destripó, que tiró de los hilos de su vida hasta que todo colapsó. Ahora ella está construyendo algo nuevo, y él tiene que mirar desde los escombros.

Me paso una mano por la cara, obligándome a estar estable—. Max...

—Dijo que quería que yo lo supiera —me interrumpe, con una risa amarga—. Como si fuera un regalo. Como si tuviera que agradecerle por restregarme ese anillo en la cara. Por decirme que va a tener la familia de la que hablamos... con alguien más.

Su voz se quiebra en la última palabra. Lo siento como un golpe en el pecho.

Quiero enfurecerme por él. Romper algo. Buscar a Sylvia y exigirle cómo pudo retorcer el cuchillo a tal profundidad. En lugar de eso, reprimo la ira y me concentro en Max. Siempre Max.

—Estás sobrio, —digo en voz baja—. Eso es lo único que necesito saber ahora mismo. Estás sobrio y estás aquí.

Él se limpia los ojos, sollozando como un niño—. Por poco. Si hubiera tenido una botella en este departamento...

—Pero no la tuviste, —lo interrumpo. Mi tono es lo suficientemente firme como para recuperar su atención—. No lo hiciste. Eso importa. Eso cuenta.

Él exhala temblorosamente, y yo pongo una mano en su nuca, dándole apoyo.

—No puedo... —su voz se fragmenta de nuevo—. No puedo con esto, Jake. Ella está siguiendo con su vida como si yo nunca hubiera existido.

—Siempre has existido, —le digo con firmeza—. Exististe y fuiste importante. Para mí. Para todos los que conocen al verdadero Max.

Durante un largo momento, el único sonido es el ritmo irregular de su respiración. Me quedo con él a pesar de eso, como siempre lo he hecho. Cuando finalmente se apoya en mí, con la cabeza gacha, no me muevo.

Mi teléfono vibra de nuevo. Miro hacia abajo. El nombre de Olivia parpadea en la pantalla. Se me oprime el pecho, un recordatorio de todo lo que me espera en otro lugar. Pero ahora mismo, ella tiene que esperar.

Abro el hilo de mensajes y escribo rápido: *Cancela todo para mañana. No estaré disponible.*

Dejo el teléfono y vuelvo a mirarlo—. Dime qué necesitas de mí, Max.

Sus hombros tiemblan una, dos veces, y luego se calman. Cuando finalmente levanta la cabeza, sus ojos están inyectados en sangre pero más estables—. Siempre apareces.

—Siempre, —digo. Es la única promesa que nunca he roto.

Él exhala, un sonido entrecortado, y luego apoya la cabeza en el respaldo del sillón—. Gracias.

No respondo. Solo me quedo ahí, mirando la televisión en silencio al otro lado de la habitación, con el peso de su dolor presionándonos a ambos. Y en la quietud, pienso en la extraña matemática de la vida; cómo algunas pérdidas no pueden medirse,

no pueden resolverse, no pueden equilibrarse. Algunas simplemente se quedan contigo, infinitas e implacables.

Pero si Max carga con ello, yo también. Siempre.

*

Me toma una semana entera lograr que Max vuelva a ser él mismo.

Y con *lograr que vuelva*, me refiero a siete días de una reparación lenta y deliberada. Son mañanas tempranas con café suave y silencios más fuertes. Son noches tardías donde me quedo sentado en su sillón medio dormido mientras él mira fotos viejas que debería haber borrado hace años. Soy yo asegurándome de que coma, de que las plantas que insiste en conservar no se marchiten, de que las pastillas se queden sin tocar en el botiquín.

Llamo a su terapeuta y organizo sesiones virtuales diarias. En la primera, él solo se queda mirando la pantalla mientras ella hace preguntas amables que él se niega a responder. Para la tercera, ya está hablando de nuevo, con voz baja pero menos vacía. No lo presiono. Solo me quedo fuera de cámara, escuchando, dejándole espacio para que se recomponga.

Para el quinto día, se baña sin que yo se lo recuerde. El sexto, abre las cortinas. El séptimo, se prepara su propio desayuno y me pregunta si quiero una tostada.

Es algo tan pequeño, pero se siente como un milagro.

Trabajamos codo a codo en su departamento: yo con mi computadora, alternando entre informes de inversores y hojas de cálculo; él revisando propuestas para la firma de relaciones públicas que rescató de la ruina. Asisto a reuniones de junta directiva en línea, con mi cara encuadrada en rectángulos prolijos entre hombres a los que solo les importan los resultados finales. Preguntan por plazos, fusiones, la próxima expansión de la oficina de Londres. Les respondo con precisión, claro y calmado, mientras mi mente vaga por otro lado... hacia una mujer de ojos oscuros y una risa que ha estado dando vueltas en mi cabeza durante días.

No he visto a Olivia en una semana. Ni en persona, ni de pasada, ni siquiera a través del cristal de la oficina que ella convirtió en algo

cálido solo con sentarse en ella. Me digo a mí mismo que concentrarme en Max es lo correcto, que así es como se ve la lealtad. Pero por la noche, cuando me quedo despierto en el cuarto de invitados y el único sonido es el leve zumbido del aire acondicionado de Max, la verdad me atormenta. La miss. La miss tanto que se siente como un dolor bajo las costillas.

Cuando llega el viernes, estoy casi exhausto por la contención.

Paso la mañana sumergido en números —proyecciones, flujos de ingresos, hojas de gastos— hasta que la monotonía empieza a disipar el ruido en mi cabeza. Max está en el balcón hablando con su terapeuta por los audífonos, gesticulando lentamente mientras explica algo. Lo observo a través de las puertas de vidrio, la forma en que presiona el pulgar contra el borde de la baranda como si estuviera probando el peso del mundo. Está encaminado. Lo está intentando. Eso es suficiente por ahora.

Mi computadora vibra con una notificación. Una videollamada. Su nombre ilumina mi pantalla: *Olivia Blake.*

Mi corazón reacciona antes que mi cerebro. Acepto de inmediato.

Su cara llena el encuadre, con una luz suave derramándose sobre sus rasgos. Está en su cocina, con el pelo recogido, usando una de esas remeras sueltas que probablemente le robó a la ropa de su hermano. No me di cuenta de cuánto extrañaba su voz hasta que dice mi nombre.

—Hola, extraño.

Sonrío antes de poder evitarlo—. No tienes idea de lo bueno que es verte.

Ella se ríe suavemente—. Te ves cansado.

—Estoy cansado. —Inclino un poco la cámara, mostrándole el caos de tazas de café y papeles detrás de mí—. He estado cuidando a un hombre adulto toda la semana.

Su expresión se suaviza al instante—. ¿Cómo está Max?

—Mejor, —digo, sinceramente—. Está comiendo de nuevo. Hablando. Incluso salimos a caminar esta mañana.

—Eso es bueno. —Se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, y es un movimiento tan pequeño y ordinario que me conmueve—. Eres un buen amigo, Jake.

—Sí, bueno. —Me aclaro la garganta—. Él haría lo mismo por mí.

Una pausa se extiende entre nosotros, cómoda y tranquila. Ella apoya la barbilla en su mano, y me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo mirándole la boca. Aparto la vista, fingiendo revisar un correo electrónico que no existe.

—Entonces, —digo—, ¿qué está pasando en tu mundo?

Ella duda, como si estuviera evaluando si mencionarlo—. En realidad, quería pedirte dos días libres la semana que viene. Se acerca el cumpleaños de mi mamá y todos vamos a ir a Oregon por el fin de semana. No estaba segura de si...

—Por supuesto. —Ni siquiera dejo que termine—. Tómalos.

Sus cejas se levantan, un poco sorprendida—. ¿Así de fácil?

—Te lo mereces. —Me reclino, estirando los brazos—. Sinceramente, no tenía idea de que era el cumpleaños de tu mamá. Deberías haber dicho algo antes.

Ella sonríe, de forma pequeña y cálida—. Ya tenías bastante con lo tuyo.

—¿Aun así vas a ir, verdad?

—Sí. Caleb también se tomará el tiempo libre. Meghan viene con nosotros, y Henry ha estado contando los días por semanas.

La imagen me golpea antes de que pueda detenerla: ella con su familia, riendo, con el viento en el pelo, el sol en la piel. Hace que algo en mí me duela de una manera que no puedo definir.

—Toma el jet, —digo de repente.

Ella levanta la cabeza bruscamente—. ¿Qué?

—Mi avión, —aclaro, como si eso ayudara—. Es más rápido, más cómodo. Haré que mi piloto los vuele el viernes por la mañana. Estarán en Oregon antes del almuerzo.

Sus ojos se abren de par en par—. Jake, eso es... no. Es demasiado.

—No lo es. —Me encojo de hombros—. Está parado en un hangar sin hacer nada. Me estarás haciendo un favor.

—No puedo simplemente usar tu jet privado como si fuera un Uber.

—Puedes si tu jefe dice que puedes.

Ella se ríe ante eso, negando con la cabeza—. Eres ridículo.

—Convenientemente, también hablo en serio.

Ella suspira, mordiéndose el labio, claramente indecisa—. Realmente no tienes que...

—Sé que no tengo que hacerlo, —la interrumpo suavemente—. *Quiero* hacerlo. Es el cumpleaños de tu mamá. Déjame hacer esto.

Ella me estudia por un momento, buscándome con la mirada a través de la pantalla, como si estuviera tratando de encontrar el truco.

Finalmente, cede—. Está bien. Pero te voy a traer uno de sus pasteles. Ella te amará por siempre si tiene la oportunidad de cocinar para alguien nuevo.

—Trato hecho.

Hablamos un rato más —sobre la nueva fascinación de Henry con los autitos de juguete, sobre el caos de empacar cuando tu hijo piensa que las medias son opcionales, sobre cómo Meghan todavía odia las mañanas. Se siente fácil de nuevo. Normal. Y cuando finalmente nos despedimos, su sonrisa permanece en mi pantalla incluso después de que termina la llamada.

Cierro la computadora y exhalo lentamente. Por primera vez en una semana, me siento más ligero.

Max vuelve a entrar unos minutos después, con el pelo húmedo de una ducha, vestido con una de sus habituales remeras suaves. Tiene color en la cara otra vez. Progreso.

—Estabas sonriendo, —dice, dejándose caer en el sillón a mi lado —. Eso es nuevo.

Resoplo—. No empieces.

Él sonríe levemente, pero su expresión se desvanece cuando me observa más de cerca—. Me siento mal, amigo.

—¿Por qué?

—Por ser un maldito lastre. Cada vez que me desmorono, tu vida entera se detiene. No deberías tener que seguir haciendo esto por mí.

Me giro totalmente hacia él—. Max.

Él no me mira a los ojos—. Lo digo en serio. Cancelas reuniones, te encierras aquí, tú...

—Basta. —Mi voz suena más tajante de lo que pretendía, pero funciona. Él se calla—. Eres mi hermano, Max. No de sangre, pero en todo lo que cuenta. Si me necesitas, aquí estoy. Ese es el trato.

Él traga saliva con dificultad—. Sí, ¿pero a qué costo?

Niego con la cabeza—. Esto no es un costo. Es lo que uno hace por las personas que quiere. Tú lo harías por mí.

Él se ríe débilmente—. Tú nunca te desmoronas.

—¿Crees que no lo hago? —murmuro, frotándome la nuca—. Solo que no lo ves cuando sucede.

Él me mira entonces, entornando un poco los ojos—. ¿De eso se trata esto?

—¿De qué?

—La chica.

Me quedo helado por un segundo, tomado por sorpresa—. ¿Qué chica?

Él me lanza una mirada—. La que has estado tratando de no mencionar durante toda la semana. Aquella cuyo nombre aparece en tu teléfono y de repente te olvidas de cómo formar oraciones.

Lo miro fijo, debatiéndome entre la negación y la risa—. Te estás imaginando cosas.

—No es así, —dice, con una leve mueca de burla ahora—. Entonces, ¿quién es? ¿Es una relación seria, o solo... sexo casual con tu asistente?

La franqueza me hace mueca. Me levanto, caminando unos pasos hacia la ventana. Afuera, la ciudad zumba: autos, sirenas, la vida siguiendo adelante sin nosotros. Me apoyo contra el vidrio, viendo cómo las luces se mezclan.

—No es casual, —digo finalmente.

—¿Entonces qué es?

—No lo sé. —La honestidad me sorprende incluso a mí—. Ella es... —me detengo, buscando las palabras adecuadas—. Ella no se parece a nadie que haya conocido. Es inteligente, me desafía, escucha como si cada palabra que digo importara. Y me hace olvidar que el resto del mundo es un maldito desastre.

Max silba bajo—. Vaya. Eso está peligrosamente cerca de la poesía.

—Cállate.

Él se ríe, un sonido seco pero real—. Te estás enamorando de ella.

No respondo, porque decirlo en voz alta podría hacerlo real.

Max me estudia por un largo momento, luego se reclina con un suspiro—. Solo ten cuidado. Tienes mucho más que perder que ella. Y el mundo en el que vives... se devora viva a la gente como ella.

Odio que tenga razón.

Pero también sé que dejaría de lado cada reunión de junta, cada reputación y cada regla en ese maldito edificio si eso significara mantenerla cerca.

—Ya lo resolveré, —digo en voz baja.

Él asiente, como si supiera que es mejor no presionar más—. Siempre lo haces.

Nos sentamos en silencio un rato, ambos mirando por la ventana. La ciudad se extiende infinitamente debajo de nosotros, brillante e indiferente. En algún lugar allá afuera, Olivia probablemente le esté leyendo un cuento de buenas noches a Henry, con su voz suave y constante, su cabello cayendo sobre el pequeño hombro de él. Lo imagino, y por un segundo, me permito sentirlo: el dolor, el deseo, el anhelo imposible que se ha ido entretejiendo en cada hora de mi día.

Max se aclara la garganta—. Por lo que valga, —dice—, si ella te hace sonreír así de nuevo, tal vez valga el riesgo.

Lo miro—. ¿Desde cuándo te volviste tan sabio?

Él se encoge de hombros—. Desde que te negaste a darte por vencido conmigo.

Sonrío, negando con la cabeza—. Sigues siendo un tonto.

—Tal vez, —dice, estirándose en el sillón—. Pero soy tu tonto.

Eso me hace reír, y es la primera risa real en días.

Cuando finalmente me voy a la cama esa noche, todavía puedo escuchar a Max tarareando suavemente en la otra habitación, algo bajo y esperanzador. Reviso mi teléfono una última vez. Hay un mensaje esperando: *Buenas noches, Jake.*

Escribo de vuelta: *Buenas noches, Olivia.*

Luego me quedo mirando la pantalla mucho después de que las palabras se desvanecen, preguntándome cuándo exactamente empezó a sentirse como mi hogar.

Capítulo 24

Olivia

La mañana del vuelo se siente extraña incluso antes de comenzar.

El auto que Jake reservó para nosotros llega puntual, impecable y reluciente, con un chofer que insiste en cargar cada una de las maletas. Caleb no deja de murmurar que es demasiado, mientras que Meghan está muy ocupada tomando fotos como para que le importe. Henry salta en el asiento trasero, con su nueva mochila de dinosaurio bien ajustada al pecho, preguntando si estaremos —en las nubes—.

Debería estar emocionada. Debería estar agradecida. Y lo estoy, pero hay algo más anudado debajo de todo eso. Una pesadez silenciosa que me persigue desde el momento en que desperté, susurrándome que este viaje podría remover más cosas de las que estoy lista para enfrentar.

El hangar aparece ante nosotros, el jet brilla como una promesa que no merezco. El jet de Jake. Me había enviado un mensaje anoche tarde para decirme que el nombre del piloto era Greg, que todo estaba arreglado y que debía disfrutar el tiempo con mi familia. Fue un mensaje tan simple, pero debo haberlo leído una docena de veces.

Ahora, de pie bajo el ala, no puedo dejar de pensar en él. En cómo este mundo —la riqueza, la comodidad, el privilegio— le pertenece a él de una manera que nunca me ha pertenecido ni me pertenecerá a mí.

Caleb suelta un silbido bajo al ver el interior del jet. —Esto es una locura —dice con los ojos muy abiertos mientras entramos—. ¿Simplemente te *deja* usar esto?

—Es algo de la empresa —respondo rápido, una verdad a medias que he aprendido a perfeccionar.

Meghan se deja caer en uno de los asientos de cuero color crema, con la mirada recorriendo toda la cabina. —Es más lindo que

nuestro departamento —dice, mientras se abrocha el cinturón.

Henry pega la cara a la ventana, manchando el vidrio con sus manos pequeñas. —¿Ya estamos volando?

—Pronto, amiguito —responde Caleb, revolviéndole el cabello antes de lanzarme una mirada, mitad burlona, mitad protectora.

Cuando los motores arrancan, la vibración me recorre los huesos. Siento un vacío en el estómago al despegar, la ciudad se encoge debajo de nosotros hasta no ser más que color y luz. El mundo se ve tan pacífico desde aquí arriba y, por un momento, me permito respirar.

Oregón.

No he vuelto en meses.

El paisaje se despliega bajo nosotros, y lo único en lo que puedo pensar es en la primera vez que hice este viaje, hace años; aunque en ese entonces no fue en un jet privado. Fue en un asiento estrecho al fondo de un vuelo nocturno, con el cuerpo adolorido, los ojos hinchados de tanto llorar y un recién nacido durmiendo contra mi pecho. Recuerdo el olor a fórmula y el miedo, el dolor en las costillas por el esfuerzo de mantener todo bajo control.

Oregón fue donde me reconstruí desde cero. Donde aprendí a sobrevivir a base de noches sin dormir y café instantáneo, donde caminé por las aceras agrietadas del vecindario de mi madre con Henry envuelto en un cochecito, susurrándole promesas que no estaba segura de poder cumplir.

Ahora regreso con él más grande, sonriente, lleno de vida... y con un secreto que se siente más pesado a medida que nos acercamos.

Miro las nubes pasar por la ventana y me pregunto si hice lo correcto al quedarme callada. Quizás debí habérselo dicho a Jake desde el principio. Quizás todavía debería. Pero la idea de romper el equilibrio que hemos construido me aterra. ¿Y si lo arruina todo?

—Oye. —La voz de Caleb me trae de vuelta. Está inclinado hacia mi pasillo, observándome—. ¿Estás bien?

Asiento mecánicamente. —Sí. Solo cansada.

No parece convencido, pero lo deja pasar, centrando su atención en Henry, quien ahora pregunta si los pilotos también pueden comer

bocadillos.

Meghan ya está dormitando a mi lado, con una manta debajo de la barbilla, mientras la voz del piloto suena por el intercomunicador, educada y tranquila, anunciando que aterrizaremos en poco menos de dos horas.

Cierro los ojos y dejo que el zumbido de los motores llene el silencio, aunque mi mente no deja de dar vueltas. Pienso en el rostro de Jake, en la forma en que se ve cuando sonríe a medias, cuando baja la guardia por un segundo. Pienso en cuánto de mi vida aún no conoce, en cómo cada día la verdad se interpone entre nosotros como un hilo frágil que podría romperse con una sola palabra equivocada.

Para cuando aterrizamos, siento el pecho apretado.

El aire de Oregón me golpea en el momento en que se abre la puerta: más fresco, más suave, cargado de ese aroma terroso que he extrañado más de lo que imaginaba. Los árboles se extienden en todas direcciones, altos y familiares. Este es el aire que respiré cuando estaba aprendiendo a ser madre. Aquí es donde mi mundo era pequeño pero seguro.

Mamá nos espera afuera de su casa, de pie en el porche con las manos entrelazadas. Se ve exactamente igual: el cabello con vetas plateadas, los ojos agudos pero amables. Me abraza primero a mí, con tanta fuerza que tengo que parpadear para contener las lágrimas. Luego se agacha para tomar a Henry en sus brazos.

—¡Ahí está mi niño favorito! —dice, riendo mientras él suelta una carcajada y le muestra su carrito de juguete.

—Hola, mamá —dice Caleb, besándole la mejilla—. Te ves bien.

—Yo siempre me veo bien —bromea ella, y luego ve a Meghan y le hace señas para que entre.

La casa huele a canela y café, justo como siempre. La sala todavía está pintada de ese mismo amarillo suave que la ayudé a elegir una primavera, y hay fotos nuevas adornando los estantes: Henry a los tres años, sin un diente; Caleb y Meghan en el lago el verano pasado. La familiaridad de todo hace que me duela el corazón.

Esa primera noche, después de la cena y de muchas risas, me escapo a la pequeña habitación de invitados que antes era mía. La ventana todavía da al mismo arce. Me siento en el borde de la cama y escucho el sonido amortiguado de mi familia conversando en la planta baja. Y pienso en Jake.

En la forma en que escucha. En la forma en que me mira, como si intentara memorizar todo lo que digo.

Me presiono las palmas de las manos contra la cara y susurro en la quietud: —¿Qué estoy haciendo?

La mañana siguiente es el cumpleaños de mi mamá. Nos despertamos temprano —Meghan, mamá y yo— para ir a la florería local. El aire huele a lluvia y tierra. Por dentro, la tienda es un estallido de color: rosas, peonías, hortensias. Mamá elige un ramo de flores silvestres para ella, insistiendo en que no quiere nada —demasiado elegante—.

Nos reímos mientras se coloca una margarita detrás de la oreja. Meghan nos toma una foto y me prometo que se la enviaré a Jake más tarde.

Por la tarde, la casa es un hervidero de gente. Los vecinos pasan con pays caseros y botellas de vino. Las encimeras de la cocina están cubiertas de comida: el pollo asado de mamá, el famoso puré de papas de Caleb, el pastel ladeado pero hecho con cariño de Meghan.

Henry está en el patio trasero con un grupo de niños, corriendo con un palo que se supone que es una espada. Su risa entra por las ventanas abiertas, aguda y brillante.

Al atardecer, el cielo se tiñe de naranja y oro, y las luces del patio se encienden. Todos nos reunimos alrededor de la mesa larga dispuesta bajo el árbol. Las velas parpadean, los platos tintinean, el aire huele a azúcar y humo.

Mamá se ve radiante, con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes mientras corta su pastel.

Por un momento, es perfecto.

Me siento junto a Caleb, que equilibra su plato sobre la rodilla, y por primera vez en meses, me siento casi normal.

Me mira después de un rato. —Entonces —dice en tono casual—, ¿pensaste en lo del departamento?

Trago un bocado de pollo y asiento. —Sí. Lo hice.

—¿Y?

—Creo que es una buena idea. —Lo miro, diciéndolo en serio—. Henry ya está establecido aquí. Tiene sentido quedarme cerca. Además, no te librarás de mí tan fácilmente.

Él sonríe. —Qué bueno. No querría que lo hicieras.

Nos quedamos callados un instante, mientras el sonido de las risas y el chocar de copas llena el aire. Luego se acomoda, acercándose más.

—Liv —dice, ahora con voz más baja—, ¿puedo preguntarte algo? Y necesito que seas honesta.

Se me aprieta el estómago. —Claro.

—¿Qué está pasando entre tú y tu boss?

Parpadeo, tratando de mantener mi expresión neutral. —¿A qué te refieres?

Me lanza una mirada que conozco demasiado bien: protectora, aguda. —Has estado... diferente. Más feliz, sí, pero distraída. Y luego esto —hace un gesto vago—, lo de este jet. Eso no es normal. Así que dime, ¿debería preocuparme?

Dejo mi tenedor con cuidado. —No necesitas preocuparte.

—Eso no es una respuesta.

Exhalo. —Es complicado, ¿de acuerdo? Me gusta. Yo le gusto a él. Pero es...

—Complicado —termina él—. Ya.

Le sostengo la mirada. —No es quien tú piensas, Caleb. Es bueno conmigo. Me escucha. Él...

—Es rico —interrumpe Caleb con suavidad—. Y eso significa que hay reglas que no te toca imponer. Solo no quiero verte herida.

Sus palabras me duelen, pero no porque esté equivocado. Sino porque yo misma ya las había pensado.

—Sé lo que estoy haciendo —digo en voz baja.

Él me observa un momento más y luego asiente. —Está bien. Pero prométeme que tendrás cuidado.

—Lo prometo.

Nos sentamos juntos en silencio después de eso, mirando a Henry perseguir luciérnagas. El sonido de su risa se mezcla con el murmullo de la conversación y algo dentro de mí se retuerce.

Más tarde, cuando la mayoría de los invitados se han ido y los platos están apilados en el fregadero, encuentro a Meghan sentada en los escalones del porche, bebiendo un vaso de limonada. Levanta la vista cuando me uno a ella.

—Hola —dice, sonriendo—. Tu mamá está feliz.

—Se lo merece —digo, acomodándome a su lado. El aire es fresco ahora, el olor a lluvia llega desde los campos.

Por un rato, solo escuchamos a los grillos. Luego me mira, su tono es casual pero cauteloso. —¿Le dijiste a Caleb que Jake es el padre de Henry?

—Shhh. —Miro hacia la puerta mecánicamente, bajando la voz—. No. Todavía no tiene idea.

Meghan frunce el ceño. —Liv.

—Lo sé —susurro, interrumpiéndola—. Lo sé, ¿de acuerdo? ¿Pero cómo empiezo siquiera esa conversación? —Oye, ¿recuerdas a mi boss, el que nos envió aquí en su jet privado? Sorpresa, también es el hombre del que me enamoré hace años y es el padre de mi hijo —.

Ella me lanza esa mirada, esa que es mitad simpatía, mitad exasperación. —¿Así que simplemente... no vas a decirle?

—No lo sé. —Se me cierra la garganta—. Tengo miedo. Si se lo digo, todo cambia. Jake podría odiarme por habérselo ocultado. Caleb podría no perdonarme nunca. Henry podría...

—Henry merece la verdad —dice ella con suavidad.

—Lo sé —susurro de nuevo, con la voz apenas audible.

Nos quedamos sentadas hasta que empiezan a asomar las estrellas, ambas en silencio. Adentro, puedo oír a mi mamá tarareando en la cocina, el tintineo de los platos y el sonido bajo de la voz de Caleb leyéndole algo a Henry. Es el tipo de noche que se siente suspendida en ámbar: cálida, suave, imposible de retener.

Echo la cabeza hacia atrás y miro al cielo. Es el mismo que solía observar desde este porche cuando Henry era un bebé, cuando

estaba demasiado asustada para creer que la vida podía volver a ser buena.

Ahora es buena. Es *mejor* de lo que jamás pensé que podría ser. Lo que hace que el riesgo de perderlo todo sea mucho peor.

Cierro los ojos, dejando que la brisa roce mi piel, y le susurro a la oscuridad: —Todavía no. Por favor, todavía no.

*

Me despierto con un caos.

La clase de caos que no pertenece a la casa normalmente tranquila de mi madre: el rugido profundo del motor de un camión, el roce de algo pesado que están descargando, voces que se escuchan a través de las ventanas abiertas. Por un momento, me quedo allí enredada en sábanas que huelen ligeramente a detergente y canela, medio convencida de que estoy soñando.

Entonces la voz de Henry atraviesa el ruido. —¡Mamá! ¡Mamá, ven a ver!

Suelto un gemido bajo, frotándome los ojos. El reloj en mi teléfono marca las 8:14 a.m. Casi no había dormido. Cada vez que cerraba los ojos, mi mente se llenaba de él: la voz de Jake, la forma en que me miró antes de irme, esa media sonrisa que siempre se siente como un secreto solo para mí.

Cuando finalmente logro salir de la cama, ya puedo oír a mi madre tratando de mantener la calma. —¡Cuidado con eso! ¡La entrada no está hecha para esos neumáticos!

—Qué demonios... —murmuro mientras agarro mi bata y me dirijo por el estrecho pasillo.

La escena que me recibe al salir me deja helada.

Hay un camión estacionado junto a la acera, brillando de color plata bajo el sol matutino, con dos hombres uniformados descargando un enorme cajón de madera. Es del tamaño de un auto pequeño y tiene el sello de *Price Holdings Logistics*.

Jake.

Por supuesto que es Jake.

Caleb está cerca del porche, descalzo, con una taza de café en la mano, mirando como si observara un OVNI aterrizar en el jardín delantero. Mamá está a su lado, de brazos cruzados, con una expresión que oscila entre el asombro y la sospecha.

—Buen día —digo, con voz cautelosa al salir al porche—. ¿Qué está pasando?

—Pregúntale a tu boss —dice Caleb, señalando el cajón con la cabeza—. Estos tipos dijeron que es para ti.

Siento un vuelco en el estómago. —¿Para mí?

Uno de los repartidores me entrega un sobre elegante. Adentro hay una tarjeta sencilla con la letra de Jake: clara, firme y frustrantemente tranquila.

Dijiste que la cafetera de tu mamá era más vieja que Henry. Considera esto una actualización. Disfruta el resto de tu viaje, Olivia.

Parpadeo. —No. No puede ser, no lo hizo.

Caleb se inclina sobre mi hombro para leer la nota. —Espera, ¿tu boss multimillonario acaba de comprarle una cafetera a mamá?

Finalmente quitan la tapa del cajón y adentro —que Dios me ayude— hay un equipo de café profesional. No es solo una máquina. Es una *estación* de café. De cromo y latón, con boquillas de vapor, molinillos, un espumador de leche e incluso un juego de prensadores montados. Es el tipo de cosa que verías en una cafetería con estrella Michelin, brillando como un tesoro.

Mamá suelta una risa de asombro. —¡Ay, Señor mío! Esa cosa probablemente cuesta más que mi auto.

A Henry se le abren los ojos de par en par. —¿También hace chocolate caliente?

—Amiguito —dice Caleb con sarcasmo—, por ese precio, más vale que también haga la cena.

Estoy mortificada. Me arde la cara mientras me acerco un paso más, leyendo la placa grabada en la base: **Para Olivia y familia**.

—Guao —dice Meghan desde el umbral, envuelta en una manta y sosteniendo su teléfono en alto para grabar el caos—. ¿Es raro que ya casi lo ame?

—Es una locura —susurro, sin dejar de mirar la máquina—. No debió haber hecho esto.

Caleb arquea una ceja. —¿No debió o no tenía que hacerlo?

Le lanzo una mirada, pero es inútil. Ahora está sonriendo de medio lado, aunque noto que hay algo calculador detrás de sus ojos, algo protector.

Mamá, por otro lado, ya está observando la barra de espresso como si hubiera encontrado su nueva religión. —Bueno, no sé qué decirte, cariño. Si tu boss quiere que empiece cada día como una parisina, no voy a discutir.

Los repartidores terminan de instalarla y dejan un pequeño folleto: granos importados, jarra de leche, herramientas de limpieza, todo. Es ridículo. Extravagante. Tan *él*.

Caleb sacude la cabeza, murmurando algo sobre la gente rica y sus costumbres extrañas antes de entrar a la casa.

Cuando el camión se aleja, me quedo allí un momento, sintiendo el peso de todo esto. El regalo no es solo detallista, es íntimo. Recordó el comentario que hice al pasar hace semanas, cuando le dije que la cafetera vieja de mi mamá hacía el peor café de goteo quemado del mundo.

Había escuchado. Y luego fue e hizo *esto.*

Saco mi teléfono antes de que me arrepienta.

OLIVIA: Eres increíble.

Pasa apenas un minuto antes de que mi pantalla se ilumine con su nombre.

JAKE: Tomaré eso como un cumplido.

OLIVIA: Le compraste a mi madre una máquina que parece de un hotel de cinco estrellas. Ella ni siquiera toma espresso.

JAKE: Ahora lo hará.

Suelto una risa, mordiéndome el labio.

OLIVIA: No puedes simplemente hacer eso.

JAKE: Puedo, y lo hice.

JAKE: Y antes de que empieces a darle vueltas al asunto, no lo hice para impresionar a nadie. Lo mencionaste una vez y pensé que le gustaría. Eso es todo.

Me quedo mirando el mensaje un largo rato antes de responder.

OLIVIA: Te acordaste.

Una pausa, y luego su respuesta:

JAKE: Recuerdo todo lo que dices, Olivia.

La forma en que usa mi nombre es tranquilizadora y electrizante a la vez. Me aprieto el teléfono contra el pecho por un segundo, con el corazón acelerado, antes de que mamá me llame desde la puerta. —¡Liv! ¿Quieres un capuchino o qué?

Termino ayudándola a entender los controles, y ambas nos reímos cuando el primer intento lanza vapor por todas partes. Es perfecto en su propio caos: mamá fingiendo ser barista, Henry soltando risitas cada vez que la máquina sisea, Meghan filmándonos como si estuviera dirigiendo un comercial familiar.

Pero en el fondo, mis pensamientos siguen volviendo a él.

Para la tarde, todos estamos rendidos en la sala, llenos de tanta comida y tantas tazas de café. La casa ahora huele a granos tostados. Mamá dormita en su sillón, Caleb lee en el sofá y Meghan revisa las fotos de la fiesta de anoche.

Me escapo a mi antigua habitación.

La cama está hecha y la luz entra a través de la manta en delgadas líneas doradas. Me siento, con el teléfono ya en la mano antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo.

OLIVIA: ¿Qué estás haciendo justo ahora?

Tarda menos de treinta segundos en responder.

JAKE: Trabajando, extrañándote.

Sonrío.

OLIVIA: ¿Tienes trabajo hoy?

JAKE: Siempre. Pero está tranquilo. La asistente de Max me trajo un sándwich que no pedí, así que al parecer eso es el amor ahora.

OLIVIA: Deberías comértelo.

JAKE: No es del Ritz, o al menos no es tuyo.

Me tumbo de espaldas, conteniendo una sonrisa. El dolor de extrañarlo es repentino y punzante. Es extraño lo rápido que se ha vuelto parte del ritmo de mis días. Cómo cada pequeño momento se siente más vacío sin él.

OLIVIA: Eres imposible.

JAKE: Eso te encanta de mí.

No se equivoca, pero tengo demasiado miedo para reconocer lo pesada que es esa palabra. ¿Cómo le digo que lo amo mientras aún le oculto el secreto más grande?

No lo hago.

Intercambiamos mensajes por casi una hora. Sobre todo y sobre nada: la obsesión de Henry con los dinosaurios, la máquina de espresso, el clima en Portland comparado con Nueva York. Es fácil. Es ligero. Se siente como si estuviéramos forjando un pequeño rincón del mundo que solo nos pertenece a nosotros.

Luego él escribe:

JAKE: ¿Cuándo vuelves?

OLIVIA: Mañana por la mañana.

JAKE: Bien. No me gusta que estés tan lejos.

Se me corta la respiración. No suele ser tan directo, al menos no fuera de la habitación. Pero las palabras se sienten cálidas, honestas.

OLIVIA: Es solo un día más.

JAKE: Sigue siendo demasiado tiempo.

Un golpe en la puerta me hace sobresaltar. Bloqueo rápidamente mi teléfono y me incorporo. Caleb está apoyado en el marco, con una expresión suave.

—Mamá quiere saber si vienes con nosotros a caminar al parque —dice.

—Sí, bajaré en un minuto.

Cuando se va, suelto un largo suspiro. Mi teléfono vibra de nuevo y miro hacia abajo.

JAKE: ¿Estás bien?

Ya me conoce demasiado bien.

OLIVIA: Sí. Solo cansada.

JAKE: Descansa. Te llamaré esta noche.

OLIVIA: ¿Lo prometes?

JAKE: Siempre.

*

Esa noche, después de que todos se han ido a dormir, salgo al porche. El aire es fresco y trae el leve aroma del pino y la lluvia. Las estrellas aquí son más brillantes que en la ciudad, lo suficientemente nítidas como para marearme.

Marco su número antes de que pueda arrepentirme.

Responde al segundo tono, con su voz grave y cálida. —Olivia.

Escuchar mi nombre de esa manera —como si fuera un secreto— es suficiente para desarmarme.

—Hola —susurro.

—Hola. —Hay una sonrisa en su tono—. Suenas somnolienta.

—No lo estoy —miento, encogiendo las piernas debajo de mí en el columpio del porche—. Solo que no esperaba extrañarte tanto.

Un momento de silencio. Luego exhala, suave y casi aliviado. —Qué bueno. Porque yo he sido un desastre todo el día.

Me río bajito. —¿Tú, un desastre? De alguna manera lo dudo.

—No me tientes —dice con la voz aún más profunda—. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que te vi.

—Ha sido un día extra —le recuerdo.

—Un día de más.

Sonrío a la noche, con el corazón haciendo eso otra vez: revoloteando y doliendo a la vez.

Me pregunta por la fiesta de mi mamá, por la emoción de Henry por el avión y por el vecindario en el que crecí. Le cuento historias: sobre caminar a la heladería de la esquina, sobre el arce al que solía trepar y sobre cómo mi mamá una vez intentó pintar la cerca ella misma y terminó tiñéndose el cabello de verde.

Escucha. Escucha de verdad. Puedo percibirlo en los sonidos tenues que hace, los pequeños murmullos de asimiento, su risa baja cuando llego a las partes divertidas.

—Parece que tuviste una buena vida aquí —dice después de un rato.

—La tuve —digo suavemente—. No fue fácil, pero era nuestra.

Se queda callado un momento. Luego: —Sabes, antes pensaba que la riqueza lo solucionaba todo. Pero últimamente... —Se interrumpe.

—¿Pero últimamente? —lo animo.

—Creo que cambiaría la mitad de ella solo por sentirme con los pies en la tierra de la forma en que tú lo haces —admite—. Por tener algo que se sienta real.

Las palabras se asientan entre nosotros como una confesión.

Quiero decirle que *él* se siente real para mí. Que de alguna manera, contra todo pronóstico, se ha vuelto parte de la vida que pensé que había dejado atrás. Pero no puedo decir eso todavía. La verdad —toda la verdad— sigue posada en mi lengua, demasiado pesada para dejarla salir.

En cambio, digo: —Tienes algo real. Solo que aún no lo ves.

Él murmura: —Quizás lo vea cuando vuelvas.

—Quizás —susurro.

Caemos en un silencio cómodo, de esos que vibran con cosas no dichas. Puedo escuchar el sonido tenue del tráfico de la ciudad de su lado, el tintineo de hielo en un vaso. Probablemente esté en su apartamento, con el cabello alborotado, la corbata floja, recostado contra ese sofá de cuero que huele a cedro y colonia.

—¿Olivia?

—¿Sí?

—Me alegra que hayas ido —dice—. Tu mamá parece increíble.

—Lo es.

—Y suenas... feliz.

Sonrío. —Lo soy. En su mayoría.

—¿En su mayoría?

Dudo, y luego digo en voz baja: —Es que te extraño.

Hay una inspiración brusca al otro lado del teléfono, y luego su voz se suaviza hasta volverse un murmullo. —Ven a casa conmigo pronto.

—Lo haré.

Cuando la llamada termina, me quedo sentada allí largo rato, viendo el cielo oscurecerse, pensando en cómo esto —sea lo que sea *esto*— se siente aterradoramente cerca de algo real.

Y por primera vez en años, no estoy segura de si tengo más miedo de perderlo... o de lo que podría pasar si finalmente dejo de huir de ello.

Capítulo 25

Jake

La voz de Max es un murmullo bajo al otro lado de la habitación, medio devorada por el sonido del siseo de la máquina de espresso en su encimera.

Vuelve a ser él mismo, más o menos. Hoy tiene color en la cara, un destello de luz tras los ojos que no estuvo allí durante días. El terapeuta vino ayer y ayudó. Las sesiones de gimnasio, las nuevas muestras de tueste que llegan a diario, el ritmo constante de tener algo que *construir* de nuevo; todo eso lo ha mantenido a flote.

Se sirve una taza, toma un sorbo y hace una mueca. —Demasiado ácido todavía. Necesita menos Kenia y más Sumatra.

Sonrío levemente, apoyado contra la isla de la cocina, con mi propia taza enfriándose en la mano. —Lo resolverás. Siempre lo haces.

—Solo porque tú me obligas —murmura, y capto el rastro de gratitud en su tono.

Hemos pasado casi cada hora de esta última semana juntos. He tenido reuniones en línea, he bloqueado el ruido del exterior, he estado aquí en este departamento asegurándome de que mi mejor amigo no volviera a hundirse en la oscuridad. Pero ahora, al verlo enjuagar la taza, tarareando suavemente, sé que está bien.

Él me mira, leyendo algo en mi rostro. —Puedes irte, sabes.

Arqueo una ceja. —¿Irme?

—Sí. Eso en lo que has estado fingiendo no pensar durante tres días. —Su boca se curva en una sonrisa cómplice—. Te mueres por verla.

No me molesto en negarlo.

—Probablemente esté en la oficina —añade, secándose las manos con un paño—. Ve. Estaré bien.

—¿Seguro?

Se mofa. —Jake, no soy un cachorro al que tengas que cuidar. Ve a ver a tu chica.

Mi chica.

Las palabras me pegan más fuerte de lo que esperaba. He pasado años construyendo imperios, buscando la expansión a través de continentes, comprando cosas que no importan. Pero nada, y me refiero a nada, se ha sentido nunca como se siente escuchar esa palabra.

—Pasaré más tarde —digo, agarrando mi chaqueta.

Max me despide con la mano, sirviéndose ya otra taza. —Tómate tu tiempo. Solo no vengas a llorarme cuando Recursos Humanos presente una queja de ética.

—Qué gracioso.

Él sonríe de medio lado. —Me quieres.

—Por desgracia.

Cuando salgo, la ciudad parece revivir de una manera que no lo había hecho en toda la semana—aire otoñal cortante, sol bajo reflejándose en los vidrios, el olor de castañas asadas y escape de tráfico mezclándose en algo familiar. Mi chofer abre la puerta, pero niego con la cabeza. Necesito *moverme.*

Camino.

Cada paso hacia la oficina tensa algo en mi pecho. Es ridículo cómo la anticipación puede hacerte sentir de dieciséis otra vez—pulso acelerado, pensamientos en bucle como estática. Intenté llenar la distancia con trabajo, pero ella está en todo. Su risa cuando me provoca. La pequeña arruga entre sus ceñas cuando se concentra. El sonido que hace cuando está a punto de desmoronarse en mis brazos.

Cuando llego a Price Capital Holdings, ya estoy medio deshecho.

El vestíbulo es su caos controlado habitual—teléfonos sonando, tacones repiqueteando, leve olor a perfume y estrés. Tomo el ascensor, asintiendo a quienes me saludan con sonrisas cautelosas. Mi reflejo me observa desde las paredes espejadas: traje impecable, expresión serena, pulso cualquier cosa menos eso.

Cuando las puertas se abren en el último piso, la veo de inmediato.

Olivia.

Está junto a su escritorio, cabeza ligeramente inclinada mientras teclea, la luz de la ventana cortando su perfil. Lleva una blusa blanca metida con pulcritud en pantalones de vestir azul marino, cabello recogido pero con un rebelde mechón cayendo hacia adelante. Y hasta desde aquí, puedo ver el más tenue matiz de color en su garganta—un moretón que dejé allí, oculto casi bajo su cuello.

Mi pecho se oprime.

Por un segundo, solo observo. Es estúpido, pero quiero memorizar esto—cómo se ve cuando no sabe que la miro, cómo se muerde el labio al pensar, cómo empuja sus lentes sobre el puente de la nariz con el dorso de la mano.

Entonces levanta la vista y me ve.

A ella se le corta la respiración. A mí también.

—Hola —digo en voz baja.

Ella parpadea, se endereza. —Regresaste.

—No pude quedarme lejos.

Cruzo la habitación antes de que pueda decir algo más. No pienso. Solo la alcanzo, una mano encuentra su cintura, la otra sube por su brazo.

—Jake —susurra, ojos dirigiéndose hacia las paredes de vidrio—. La gente puede vernos.

—Que vean —murmuro.

—Jake—

La beso antes de que termine. Suave al principio. Luego no.

Es como volver a casa después de una tormenta—familiar, mareante y peligroso a la vez. Sabe a café y menta, sus dedos aferrándose a las solapas de mi chaqueta como si hubiera olvidado respirar.

Alguien aclara la garganta detrás de nosotros.

Olivia da un respingo, rostro enrojeciendo. Me giro y veo a uno de los analistas agachando la cabeza y alejándose rápidamente.

Ella me fulmina con la mirada, mortificada. —Eres imposible.

—Entonces deja de intentar resistirte.

—Jake —sisea—, en serio.

Tomo su mano, entrelazando mis dedos con los suyos. —Ven conmigo.

Ella duda, pero cuando tiro suavemente hacia mi oficina, me sigue.

En cuanto la puerta se cierra tras nosotros, la presiono contra ella, besándola otra vez, más lento esta vez.

—Te extrañé —susurro contra su piel.

—Me viste en videollamada hace dos días.

—Eso no cuenta.

Intenta fulminarme con la mirada, pero sus labios tiemblan. —Eres increíble.

—Y a ti te encanta eso.

Sé que me estoy excediendo con cuántas veces le he dicho la palabra *amor* pero juro que no puedo evitarlo.

No puedo evitarlo.

La beso otra vez antes de que discuta. Sus manos suben por mi pecho, y ese pequeño sonido ahogado escapa de su garganta—el que me hace olvidar dónde estamos, qué se supone que somos.

Mi boca choca contra la suya con más fuerza, lengua abriéndose paso entre sus labios para reclamar cada centímetro. Ella jadea contra mí, dedos clavándose en mi camisa mientras empujo mis caderas hacia adelante, dejándola sentir la dura protuberancia contra mis pantalones. La puerta cruje levemente bajo nuestro peso, pero no me importa. La necesito ahora, toda ella, como aire después de ahogarme.

—Jake —murmura contra mis labios, pero no es una protesta—es una súplica. Su cuerpo se arquea contra el mío, sus pezones asomando por la tela delgada de su blusa, rogando atención.

Tiro de su cuello, exponiendo ese moretón en su garganta, la marca púrpura de mis dientes. Es mío, una marca que dejé para recordarle a quién pertenece. Inclinándome, lo chupo fuerte, arrancándole un grito agudo mientras mis manos recorren más abajo, agarrando su trasero a través de los pantalones y apretándola contra mi erección.

—Eres mía —gruño, voz ronca por el hambre acumulada desde que la vi esta mañana—. Nadie más tiene esto. Nadie más te toca.

Sus manos forcejean con mi cinturón, desabrochándolo con dedos temblorosos. —Tuya —susurra, y esa palabra me enciende. La giro, presionando su pecho contra la puerta, mi cuerpo inmovilizándola. La madera fría contra su frente contrasta con mi calor detrás de ella, y gime, empujándose contra mi erección.

No pierdo tiempo. Mis dedos se enganchan en la cintura de sus pantalones, empujándolos hacia abajo junto con sus bragas en un tirón brusco. Se amontonan en sus tobillos, dejando su trasero desnudo expuesto, su piel pálida enrojeciendo bajo mi mirada. Ya está mojada—puedo verlo brillando en sus muslos mientras me arrodillo, separando sus piernas.

—Mierda, estás empapada por mí —mascullo, manos agarrando sus nalgas, pulgares separando sus pliegues. Sus labios vaginales están hinchados, rosados y húmedos, su clítoris asomando como desesperado por mi lengua. Me lanzo sin dudar, lamiendo una franja larga desde su entrada hasta su clítoris, saboreando su excitación, aguda y dulce.

Ella se arquea contra mi cara, gimiendo tan fuerte que me preocupan las paredes delgadas, pero no me detengo. Mi lengua rodea su clítoris, agitándolo implacablemente mientras introduzco dos dedos dentro de ella, curvándolos para golpear ese punto que hace que sus rodillas flaqueen. Sus paredes se aprietan alrededor de mí, calientes y estrechas, atrayéndome más profundo mientras los bombeo dentro y fuera, al ritmo de mi boca.

—Jake—Dios, por favor —suplica, manos planas contra la puerta para apoyarse. Sus caderas se mueven, follando mis dedos, buscando el clímax que sé que necesita tanto como yo.

Me levanto abruptamente, limpiándome la boca con el dorso de la mano, mi polla palpitando dolorosamente en mis pantalones. Bajando la cremallera, la libero, su grueso tamaño emergiendo, fluido preseminal perlándose en la punta. Sin condón—nunca con ella. Quiero sentir cada centímetro crudo, llenarla completamente, marcarla desde adentro.

Agarrándole las caderas, me alineo y empujo fuerte, enterrándome hasta el fondo en una embestida brutal. Ella grita, el sonido amortiguado al morderse el labio, pero no le doy tiempo para

acomodarse. Retrocedo y vuelvo a empujar, estableciendo un ritmo castigador, mis testículos golpeándola con cada embestida.

—Tómalo —gruño, una mano deslizándose para rodear su garganta, apretando solo lo suficiente para hacerla jadear. El moretón se oscurece bajo mis dedos, y eso me estimula, fuego posesivo rugiendo por mis venas—. Todo. Estás tan apretada, hecha para mi polla.

Su coño me aprieta como un tornillo, jugos cubriendo mi eje mientras embisto, sonidos húmedos llenando la habitación. Llego con la mano, mis dedos encuentran su clítoris, frotando en círculos que la hacen temblar, lágrimas asomando en sus ojos por la intensidad.

—Más fuerte —exige, voz quebrada, y obedezco, follándola como si fuera mía—porque lo es. Mi otra mano deja su garganta para enredarse en su cabello, tirando de su cabeza hacia atrás para morder su cuello, mis dientes rozando la piel mientras penetro más profundo.

Gotas de sudor brotan en mi frente, resbalando mientras nuestros cuerpos chocan, el escritorio cercano crujiendo por la fuerza. De repente me retiro, girándola para enfrentarme, sus ojos salvajes y dilatados por la lujuria. Su blusa está medio desabotonada ahora, sus pechos palpitando, y rasgo el resto abierto, botones volando. Su sostén sigue, empujado para exponer sus tetas, pezones duros y suplicantes.

La levanto, sus piernas rodeando mi cintura instintivamente mientras la llevo al escritorio. Dejando caer su trasero en el borde, papeles esparciéndose en el suelo, separo sus muslos y me sumerjo de nuevo, el nuevo ángulo permitiéndome llegar aún más profundo.

Ella araña mis hombros, sus uñas clavándose en la piel a través de mi camisa, sacando sangre que solo hace que empuje más fuerte. —Mía —repito, capturando un pezón en mi boca, chupando y mordiendo hasta que ella arquea el escritorio, su coño palpitando alrededor de mi polla.

—Jake, me estoy—mierda, me estoy viniendo —solloza, y su orgasmo la arrasa, sus paredes ordeñándome en pulsos rítmicos, crema brotando para empapar mis testículos.

No me detengo, persiguiendo mi propia liberación, mis caderas moviéndose hacia adelante con necesidad salvaje. Sus manos tiran de mi cabello, instándome, y siento que se acumula, esa tensa espiral lista para romperse.

—Voy a llenarte —adviento, voz ronca—. Bombearé mi semen dentro de ti. Sin retirarme. Tomas cada gota.

—Sí—por favor, hazlo —suplica, sus piernas cerrándose más fuerte alrededor de mí.

Con un rugido gutural, me entierro profundo, mi polla palpitando mientras exploto dentro de ella, chorros calientes cubriendo su cuello uterino, desbordándose para gotear por su trasero. Ola tras ola, me muevo contra ella, prolongándolo, asegurándome que se sienta reclamada, poseída.

Nos quedamos así, jadeando, mi frente contra la suya, mi polla aún palpitando dentro de su calor. Lentamente, me retiro, viendo mi semen filtrarse de su coño estirado, una visión que hace que mi polla agotada palpite otra vez.

Pero no he terminado. Todavía no. La necesidad es insaciable, una bestia voraz que exige más. La volteo sobre su estómago, inclinándola sobre el escritorio, su mejilla presionada contra la madera mientras separo sus nalgas.

—Mira eso —murmuro, mi pulgar rodeando su apretado ano, resbaladizo con nuestros fluidos mezclados—. Tan llena de mí ya, pero quiero más.

Ella gime, empujándose hacia atrás, y deslizo mi polla—todavía dura, resbaladiza de semen—por su hendidura antes de presionar la punta contra su coño otra vez. Esta vez entro más lento, saboreando cómo se estira alrededor de mí, su cuerpo temblando por las secuelas.

La follo constantemente ahora, manos magullando sus caderas, tirándola hacia mí con cada embestida. El escritorio cruje bajo nosotros, sus tetas arrastrándose sobre la superficie, pezones rozando mientras la excito otra vez.

—Otra vez —exijo, alcanzando para pellizcar su clítoris—. Vente en mi polla otra vez. Muéstrame cuánto lo necesitas.

Sus gritos se hacen más fuertes, cuerpo tensándose, y pronto vuelve a desmoronarse, coño convulsionando, apretándome hasta que la sigo, añadiendo otra carga profundo dentro, el exceso burbujeando alrededor de mi base.

Exhausto, me desplomo sobre ella, ambos resbaladizos de sudor, la oficina apestando a sexo. Beso su hombro, mordiendo la piel. —Eres todo —susurro, la posesividad suavizándose en algo tierno pero igual de intenso.

Ella gira la cabeza, sonriendo levemente con labios hinchados. —Lo sé.

Después, estoy sentado al borde de mi escritorio, camisa abierta, mangas arremangadas. Ella está sentada en la silla frente a mí, cabello desordenado, labios rosados e hinchados, intentando fingir que aún no recupera el aliento.

La observo recoger su cabello otra vez, el movimiento rápido y practicado. Es ridículo lo hermosa que está así—arrugada, deshecha, pretendiendo compostura.

—Probablemente deberías dejar de mirarme así —dice suavemente.

—¿Así cómo?

—Como si quisieras arruinarme.

—Demasiado tarde.

Sacude la cabeza, riendo quedamente. —Eres imposible.

—Ya lo he oído antes.

Por un momento, el silencio zumba entre nosotros, y me doy cuenta de que no quiero que termine. No así. No tras una puerta cerrada, robando toques entre reuniones.

Me levanto, camino hacia ella y tomo sus manos.

—Olivia —digo, y el tono de mi voz la inmoviliza.

—¿Qué pasa?

—Quiero invitarte a salir.

Sus ojos se alzan hacia los míos. —¿Salir?

—Cena. Una cena de verdad. Sin reglas, sin tarjetas de puntuación, sin fingir que solo somos... esto —hago un gesto entre nosotros—. Quiero más.

Ella parpadea. —Jake—

—Sé lo que vas a decir. Que es complicado. Que soy tu boss. Que Recursos Humanos tendrá un aneurisma —sonrío levemente—. Y tienes razón. Pero no me importa. Iré a Recursos Humanos yo mismo si es necesario. Lo haré oficial, transparente, lo que sea necesario. Solo— —me detengo, buscando palabras que no suenen a confesión— quiero estar contigo. Fuera de este edificio. A la luz del día.

Sus labios se separan, y veo el conflicto cruzar su rostro. Sorpresa, miedo, algo más suave debajo.

—Jake —dice lentamente—, no sé si estoy lista para eso.

El aire de repente se siente más pesado, el silencio más agudo.

Me obligo a asentir. —Está bien.

—Lo siento.

—No lo estés. Te apresuré. Eso es culpa mía.

Ella mira hacia abajo nuestras manos unidas. —No me apresuraste. Es solo que... —se detiene, respira— hay algo que debo decirte. Pero quizás debería esperar.

Mi pulso vacila. —Dímelo ahora.

—Cena —dice suavemente—. Hagamos cena primero.

Asiento, aunque la curiosidad me araña.

Ella se levanta de la silla, alisando su blusa, su expresión impenetrable. Luego se acerca, presiona un beso en la comisura de mi boca y susurra: —Está bien.

—¿Está bien?

—Cena.

No puedo evitarlo—sonrío. —¿Esta noche?

—Esta noche.

Le acaricio la cara, mi pulgar rozando su mandíbula. —No tienes idea de lo feliz que me acabas de hacer.

Su sonrisa vacila levemente, pero aun así se inclina hacia mi toque. —Creo que sí.

Mientras sale de la oficina, la veo irse, el balanceo de sus caderas, la tranquila confianza en su paso, el fantasma de mi colonia aferrándose a su piel. Y por primera vez en mucho tiempo, me doy cuenta de que no solo la quiero.

La *necesito*.

No como un escape. No como una distracción. Sino como la única cosa en mi vida que se siente total y aterradoramente *real.*

*

El resto de la tarde transcurre en fragmentos: correos electrónicos, llamadas, números que apenas registro. Cada vez que levanto la vista, puedo verla a través de la pared de cristal, concentrada, profesional, fingiendo que nuestro mundo entero no cambió detrás de aquella puerta hace una hora.

Cuando el sol baja, pintando el horizonte de dorado, salgo de mi oficina. Ella está recogiendo sus cosas, mirando su agenda.

Me detengo ante su escritorio y noto que se cambió por una blusa diferente. *Mi hermosa e inteligente chica.* Me alegra que tuviera una de repuesto. —A las seis en punto. Pasaré por ti.

Ella levanta la vista, con ojos suaves. —¿Debo usar algo específico?

Sonrío. —Algo que te haga sentir como un problema.

Ella se ríe, sacudiendo la cabeza. —No creo que tenga nada parecido.

—Yo me encargaré de eso.

Ella pone los ojos en blanco, pero ahora tiene color en sus mejillas, y sé que he ganado... por hoy, al menos.

Cuando regreso a mi oficina, ya estoy buscando en mi lista de contactos. Una reservación en el tranquilo lugar italiano que mencionó una vez, ese escondido en el West Village donde las luces son bajas y la música es suave.

Algo en el acto —*planear* para ella— me llena de una calma que no sentía en años.

Esto no se trata de control. Se trata de querer construir algo fuera del caos.

Algo real.

No sé qué me va a decir esta noche, ni por qué le temblaba la voz cuando dijo que había algo importante.

Pero sé esto: sea lo que sea, venga lo que venga, no voy a dejar que se me escape de nuevo.

Esta vez no.

*

Parece salida de un sueño cuando me detengo frente a su edificio.

El auto negro brilla bajo las luces de la calle, y ella ya está afuera, esperando, con los brazos cruzados contra el frío de octubre. En el momento en que me ve, se coloca un mechón de cabello detrás de la oreja, ese pequeño hábito nervioso que he extrañado demasiado, y se me corta la respiración.

Lleva el vestido esmeralda.

El que le envié junto con algunos otros; de seda sencilla, con un corte justo debajo de la rodilla, cayendo como si hubiera sido hecho para su cuerpo. Su cabello está peinado hacia atrás en ondas sueltas, y los aretes de diamantes que elegí —pequeños, discretos— captan la luz cuando se mueve.

—Guau —digo mientras bajo y le abro la puerta.

Ella se ríe suavemente, sonrojándose. —Hiciste que enviaran esto a mi departamento.

—Así fue.

—No tenías que hacer eso.

—Quise hacerlo. —Dejo que mi mirada recorra su cuerpo, lenta y deliberada—. Me gusta vestirte.

Su sonrisa flaquea apenas un poco.

Lo digo como un cumplido, pero en el momento en que las palabras salen de mi boca, siento que algo cambia. La luz desaparece de sus ojos, reemplazada por algo cauteloso.

—Me gusta hacerte sentir hermosa —añado rápidamente, estirando la mano para tocar la suya.

Ella duda antes de entrelazar sus dedos con los míos. —Eso es... muy generoso de tu parte.

Generoso. No es la palabra que quería. Pero mantengo la puerta abierta de todos modos, viendo cómo se desliza en el asiento, con el dobladillo del vestido rozando su muslo.

Cuando me acomodo tras el volante, la tensión entre nosotros se siente delgada y tensa, como un cristal que podría romperse con

una sola palabra equivocada.

—Te ves increíble —digo de nuevo, intentando calmar el ambiente.

—Gracias —murmura ella, mirando por la ventana.

La ciudad se mueve a nuestro alrededor en un torbellino de neón y movimiento. El tráfico zumba bajo, los taxis tocan la bocina en oleadas, una sirena a lo lejos. Manejo con una mano, la otra descansa sobre la palanca de cambios de cuero, rozando ocasionalmente su rodilla cuando hago los cambios. Normalmente, ella se burlaría de mí por eso. Esta noche, está callada.

Algo anda mal.

Pasamos por debajo de un puente, el auto se llena de sombras, y finalmente pregunto: —Estás muy callada esta noche.

Ella exhala, con voz baja. —Estoy bien.

—No pareces estarlo.

Su mano juguetea con la delgada pulsera de oro en su muñeca, la que Henry le dio por su cumpleaños, con un pequeño dije de dinosaurio algo torcido colgando de ella. —Es solo... algo que dijiste.

Mi agarre en el volante se tensa. —¿Qué dije?

Ella me mira. —Cuando dijiste que te gustaba vestirme. Como a una muñeca.

—No quise decir...

—Sé que no —dice ella rápidamente—. Es solo que... esa frase me recordó algo.

Me detengo a un lado, deslizándome en un lugar de estacionamiento vacío en la calle. El zumbido de la ciudad se desvanece tras las ventanas cerradas.

—Habla conmigo —digo suavemente.

Ella mira hacia su regazo, luego levanta los ojos hacia los míos. —En la universidad, salí con un tutor durante un semestre. Era mayor, de unos veintitantos años. Yo tenía diecinueve, tal vez veinte. Fue complicado, secreto y estúpido, pero... —Traga saliva con dificultad—. Él solía llamarme así. Su muñeca. Lo decía todo el tiempo. Cuando quería tener el control. Cuando quería recordarme que yo no tenía voz ni voto. No era romántico. Era...

—Degradante —termino yo en voz baja.

Ella asiente, con los ojos brillando en la penumbra. —Sí.

Cierro los ojos brevemente, con el peso de la culpa presionando fuerte en mi pecho. —Liv —murmuro, estirándome sobre la consola para tomar su mano—. Lo siento. No debí haber dicho eso. Yo nunca —jamás— te haría sentir así.

Sus dedos tiemblan bajo los míos. —Lo sé. No lo hiciste. Es solo que... regresó por un segundo.

—Nunca volveré a usar esa palabra —prometo—. Jamás.

Ella me estudia durante un largo momento, luego asiente. —Está bien.

—¿Quieres cancelar la cena?

Su boca se curva en una pequeña y frágil sonrisa. —No. Quiero ir. Quiero... seguir adelante.

Exhalo lentamente, el nudo en mi pecho se afloja. —Entonces, vamos a cenar.

Al incorporarme de nuevo a la calle, ella estira la mano hacia el estéreo y lo enciende. El eco tranquilo de un jazz suave llena el silencio entre nosotros, suavizando las asperezas. Después de unos minutos, apoya su mano en mi muslo, y yo la cubro con la mía.

Para cuando nos detenemos ante el restaurante, las cosas se sienten más ligeras de nuevo.

El valet nos saluda, reconociéndome de inmediato, y le entrego las llaves. En el interior, el restaurante brilla en tonos ámbar: iluminación baja, cortinas pesadas, el tenue tintineo de los cubiertos. Las mesas están muy separadas, con la privacidad integrada en cada detalle.

Ella mira a su alrededor, impresionada a pesar de sí misma. —Esto es hermoso.

—Pensé que te gustaría.

—Me encanta.

El maître d' nos conduce a una mesa en una esquina con una vista perfecta del horizonte a través de las altas ventanas arqueadas. La ciudad afuera parece más suave aquí, difuminada a través del cristal y la luz de las velas.

Nos sentamos y, por un momento, todo se siente bien otra vez.

Entonces escucho una voz que hace que se me revuelva el estómago.

—¿Jake?

Levanto la vista.

Chloe Masters está a unos pocos pies de distancia, con la mano sujetando una copa de vino y el saco de un hombre sobre sus hombros. Tiene el cabello más largo de lo que recordaba, más rubio, y su lápiz labial es de un coral intenso que brilla bajo la luz. Está sonriendo, pero es el tipo de sonrisa que le pertenece a un tiburón.

—Chloe —logro decir, levantándome automáticamente—. No esperaba verte aquí.

Ella se ríe suavemente, con un sonido quebradizo. —No devolviste mis llamadas. Me imaginé que estabas ocupado.

—Algo así —digo con cautela.

La mirada de Olivia oscila entre nosotros, la curiosidad transformándose en inquietud.

Chloe extiende su mano hacia ella. —¿Y quién es ella?

Dudo medio segundo más de la cuenta. —Mi asistente —digo finalmente.

La expresión de Olivia apenas cambia, pero lo siento; la pequeña grieta que se forma entre nosotros, aguda e instantánea.

La sonrisa de Chloe se ensancha, con los ojos brillando de diversión. —Ah. Por supuesto.

—Chloe...

—No te preocupes —me interrumpe con fluidez—. Sé lo *ocupado* que te gusta estar con tus asistentes. —Se vuelve hacia Olivia, con un tono dulce y venenoso a la vez—. Debes ser muy buena en tu trabajo.

Veo que los dedos de Olivia se cierran alrededor del borde de la mesa. —Intento serlo —dice en voz baja.

—Qué bien —dice Chloe, dirigiendo su mirada hacia mí de nuevo —. Vas a necesitar serlo.

—Chloe —le advierto, pero ella simplemente levanta su copa en un brindis burlón.

—Por los nuevos comienzos, Jake.

Y luego se va, deslizándose de vuelta hacia su mesa como un fantasma hecho de perfume y arrepentimiento.

Me vuelvo hacia Olivia, pero ella está mirando la vela parpadeante entre nosotros, con una expresión cuidadosamente inexpresiva.

—Olivia...

—Solo voy a ir un momento al baño —dice ella suavemente, poniéndose de pie antes de que pueda detenerla.

—Liv...

Ella ya se ha ido.

Me dejo caer de nuevo en mi asiento, con la mandíbula apretada y cada músculo de mi cuerpo tenso.

Mierda.

Me paso una mano por la cara, tratando de estabilizar mi respiración. Chloe Masters... de todas las personas en esta ciudad. Había sido una cliente hace años, un acuerdo largo y complicado que empezó por conveniencia y terminó en desastre. Cuando terminó, ella no se lo tomó bien. Cometí errores —muchos errores— y juré no volver a mezclar las cosas así jamás.

Y ahora, aquí estoy con Olivia, la única mujer que me ha hecho querer reescribir cada regla que he construido para mí mismo... y Chloe tenía que entrar en el mismo maldito restaurante.

Un mesero se acerca y nos pregunta si nos gustaría ordenar. Lo despido con un gesto.

Tengo el estómago revuelto. Mi mente no deja de repetir la mirada de Olivia cuando dije la palabra *asistente.*

No era enojo. Era decepción.

Me recuesto en el asiento, mirando por la ventana. El horizonte se desdibuja, las luces se mezclan como una acuarela estropeada. Pienso en la forma en que Olivia me miró en el auto, la confianza en sus ojos cuando dijo que quería seguir adelante. El alivio silencioso cuando prometí no hacerla sentir nunca pequeña de nuevo.

Y ahora esto.

Me aparto de la mesa y me pongo de pie.

Cuando llego al pasillo que lleva a los baños, la veo. Está parada cerca de los lavabos, con la cabeza gacha, los dedos apretando la

encimera de mármol. El espejo refleja su rostro; está compuesta, pero tiene los ojos vidriosos, desenfocados.

—Liv —digo suavemente.

Ella se sobresalta, girando hacia mí. —Jake... no. Por favor.

—Lo siento —digo de inmediato—. No era así como quería que fuera esta noche.

—Ella es la mujer de los rumores de la oficina, ¿verdad?

La pregunta cae como una cuchilla. —Sí —admito en voz baja—. Fue hace años. Antes de Londres. Antes de que yo fuera... antes de ti.

Ella asiente, parpadeando rápido. —Y tenía razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre que soy tu asistente.

—Eres más que eso —digo rápidamente.

—No para ella.

—Me importa un bledo lo que ella piense.

Ella aprieta los labios, temblorosa. —Pero a mí sí, Jake. Porque cuando me miró, vi lo que probablemente parezco para todos los demás: una mujer que se acuesta con el jefe para escalar posiciones. He trabajado muy duro para ser algo más que eso.

Me acerco, con el pecho apretado. —Olivia, tú *eres* más que eso. Eres lo mejor que ha entrado jamás a mi oficina, y si pudiera cambiar cómo sucedió esto —si pudiera hacerlo bien—, lo haría.

Ella me mira, con voz queda. —No puedes.

—No —digo, buscando su mano—. Pero puedo prometerte algo.

—¿Qué?

—Que me aseguraré de que nadie vuelva a confundir lo que es esto.

Sus ojos buscan los míos, inciertos. —Jake...

—Vámonos —le digo suavemente—. Salgamos de aquí, busquemos un lugar tranquilo, solo nosotros dos. O vamos a casa. Lo que necesites.

Ella duda, luego exhala con voz temblorosa. —Está bien.

Rozo su mandíbula con el pulgar, colocándole un mechón de cabello detrás de la oreja. —¿Estás segura?

Ella asiente. —Sí. Vámonos.

Cuando cruzamos de nuevo el restaurante, la mirada de Chloe nos sigue desde el otro lado del salón. No la miro. Ni una sola vez.

Mi mano encuentra la de Olivia mientras salimos al aire de la noche.

Y aunque el daño esté hecho, me lo juro a mí mismo: arreglaré esto. Cueste lo que cueste.

Capítulo 26

Olivia

Brooklyn huele igual.

A ajo, a grasa y a esa vida nocturna que se aferra al aire como si nunca se hubiera ido. El neón parpadea sobre la pizzería, proyectando el mismo brillo desigual que aquella noche de hace tantos años, cuando tropecé con la órbita de Jake. Él se estaciona al otro lado de la calle y apaga el motor; el silencio nos envuelve de cerca.

Por un segundo, ninguno de los dos se mueve. Luego él me mira de reojo, con la comisura de la boca temblando. —¿Déjà vu?

Sonrío levemente. —Un poco.

—Pensé que te gustaría este lugar —dice—. Imaginé que ya era hora de volver al punto de partida.

—Al punto de partida —repito suavemente, desabrochándome el cinturón de seguridad—. Me gusta eso.

Salimos al frío. La ciudad zumba a nuestro alrededor: el bajo distante de la música de un bar, una pareja que ríe mientras pasa de la mano, un repartidor gritando por teléfono. Es ruidosa, caótica, viva. La mano de Jake se posa en la parte baja de mi espalda mientras cruzamos la calle. Su calor se filtra a través de la tela de mi abrigo, dándome una estabilidad que nada más logra.

Adentro, el mismo hombre de hace años sigue detrás del mostrador. Está más viejo, más robusto, pero cuando Jake lo saluda, surge el reconocimiento. —El tipo de las finanzas —dice el hombre, chasqueando los dedos—. No te veía desde hace una eternidad.

Jake se ríe. —Sí, he estado por aquí.

La mirada del hombre se desvía hacia mí y sus ojos se iluminan. —¿Y finalmente trajiste a alguien contigo?

Jake no lo duda. —Algo así.

Pedimos una pizza grande de pepperoni con queso extra, igual que antes, y nos deslizamos en el mismo cubículo: el que está cerca

de la ventana, con el asiento de vinilo todavía agrietado en el borde.

Es casi irreal.

Él se ve relajado de nuevo, sin el saco, sin la corbata y con las mangas remangadas hasta los codos. Un rastro de barba ensombrece su mandíbula, y juro que ese hombre podría venderle el pecado a cualquiera solo con respirar.

Durante unos minutos, simplemente nos quedamos sentados allí, en ese ambiente cálido y familiar. Entonces, con esa voz suya baja y burlona, dice: —Sabes que ella solo dijo eso para molestarte. No había absolutamente nada entre Claudia y yo.

Parpadeo. —¿Qué?

—Mi antigua asistente —explica, recostándose en el asiento—. La de antes que tú. Claudia. Mencionaste que te preocupaba todo el asunto de Recursos Humanos, así que... pensé que debía decirte que ella salía con una de las mujeres de Recursos Humanos. ¿La que llevaba los trámites de Londres? Por eso todo se complicó cuando se divorciaron.

—Oh —digo, sorprendida.

—Sí —continúa con una sonrisa ladeada—. Y antes de que preguntes: es lesbiana. Siempre lo fue. No tienes que preocuparte de que yo tenga por costumbre hacer de esto... de lo que sea que somos nosotros, un hábito.

Suelto un bufido. —Lo que sea que somos.

Su mirada se suaviza. —Todavía estoy descifrando esa parte.

Algo en mi interior se relaja. La pizza llega, caliente y chorreando queso, y el primer bocado me hace soltar un gemido suave. Es increíble lo reconfortante que puede ser la comida. Bebo un sorbo de mi refresco, tratando de armarme de valor.

—Jake —digo finalmente.

Él levanta la vista de su plato, con los ojos cálidos. —¿Sí?

—Hay algo que tengo que decirte.

Él se endereza un poco, agudizando su atención. —Está bien.

—Yo... —Las palabras se me quedan grabadas en la garganta—. La razón por la que dudaba tanto sobre la situación con Recursos Humanos no es la que piensas. No se trata solo de ti. Se trata de mí.

Él me estudia de cerca. —Continúa.

—Cuando postulé para el trabajo —comienzo, con la voz apenas por encima de un susurro—, no lo hice para ser asistente.

Él frunce el ceño. —¿A qué te refieres?

—Me postulé para un puesto de analista junior. A través de una agencia de empleos temporales. Pero cuando vine aquel día, me dijeron que me habían contratado como tu asistente ejecutiva. Pensé que era una confusión... incluso intenté decírselo, pero la representante de Recursos Humanos parecía haber estado llorando y no dejaba de decir que yo era la persona adecuada para el puesto, así que... no la corregí. Firmé los papeles.

Él se inclina hacia adelante, con los codos sobre la mesa y el rostro inexpresivo.

—No quise mentirte —me apresuro a añadir—. Solo... necesitaba el trabajo. El sueldo, la estabilidad. Por Henry.

Su expresión cambia: primero sorpresa, luego algo más. Algo más dulce. —Olivia —dice en voz baja—. Podrías habérmelo dicho.

—Lo sé.

—No hay nada que pudieras decirme que cambiara lo que siento por ti.

Parpadeo, y las palabras me toman desprevenida. —¿Lo dices en serio?

Él asiente lentamente. —Totalmente.

Suelto el aire temblorosamente, con las lágrimas asomando en mis ojos. —¿No estás enojado?

—¿Enojado? No. ¿Crees que me importa un cargo? Has estado manejando toda mi maldita agenda mejor que cualquiera con quien haya trabajado.

La risa que se me escapa es mitad sollozo, mitad alivio. —Estás loco.

Él se inclina sobre la mesa, con voz baja y firme. —Me estoy enamorando de ti, Olivia.

Las palabras congelan el aire entre nosotros. Por un momento, lo único que oigo es el pulso retumbando en mis oídos.

—Jake...

—Lo digo en serio. —Sus ojos buscan los míos, abiertos y vulnerables de una forma que nunca había visto antes—. No quiero

esconderme detrás de reglas o calendarios o... tarjetas de asistencia. Te quiero a ti. A toda tú.

Algo dentro de mí duele. Quiero decírselo también, decirle que yo también lo amo, que he estado enamorada de él desde el momento en que levantó la vista de su teléfono hace cinco años y pronunció mi nombre como si fuera la primera vez que lo decía en voz alta.

Pero el miedo me aprieta la garganta.

Él no lo sabe.

No sabe lo de Henry.

Y el peso de esa mentira es demasiado grande como para sumarle el amor.

Abro la boca para hablar, para intentarlo de todos modos, cuando mi teléfono empieza a sonar.

El nombre de Meghan parpadea en la pantalla.

—Lo siento —susurro, buscando el teléfono—. Es mi mejor amiga. Podría ser algo sobre Henry.

Él asiente, aunque su mano permanece sobre la mía, cálida y firme.

—Hola, Meg —respondo.

Hay ruido al otro lado: forcejeos, una voz que reconozco como la de Caleb, y luego Meghan otra vez, sin aliento. —Liv, tienes que venir. Ahora mismo.

Se me cae el alma a los pies. —¿Qué pasa?

—Es Henry.

Todo dentro de mí se queda paralizado.

—¿Qué pasó?

—Se cayó —dice ella rápidamente—. Estaba jugando con uno de los taburetes de la barra de Caleb, y se volcó... se golpeó la cabeza. Está despierto, pero hay mucha sangre, y estamos en el St. Luke's.

Sangre.

Mi mano empieza a temblar. —Dios mío, ¿qué tan grave es?

—Se lo llevan para hacerle unas placas —dice ella—. Caleb está con él. Solo ven, ¿sí? Solo ven.

—Voy para allá —susurro—. No lo pierdas de vista.

Cuelgo, saliendo ya a trompicones del cubículo. Jake se levanta de inmediato. —¿Qué pasó?

—Es Henry —logro decir, agarrando mi bolso—. Se cayó. Están en el St. Luke's.

Su mano está en mi brazo en un instante, firme y segura. —Yo manejo.

—Jake...

—Sin discusiones.

El mundo se vuelve borroso mientras corremos al auto. Las luces, la calle, el sonido de las bocinas... todo se desvanece en estática. Mis manos se retuercen en mi regazo, las uñas clavándose en mis palmas mientras él maneja, más rápido de lo que nunca le he visto manejar.

—¿Está bien? —pregunta Jake, mirándome de reojo, con voz ronca.

—No lo sé —susurro—. Meghan dijo que estaba despierto, pero que había sangre.

Él pisa más fuerte el acelerador. —Llegaremos en diez minutos.

Las carreteras se extienden sin fin. No puedo dejar de pensar en los rizos de Henry empapados de sangre, sus manitas aferradas a Caleb, su voz suave pidiendo por mí. Mi bebé. Mi bebé.

La mano de Jake se estira y busca la mía. —Oye. Respira.

No puedo.

Si algo le pasa, será culpa mía. Por mentir. Por esconderme. Por ser egoísta.

Me muerdo el labio con fuerza, intentando no desmoronarme. Jake no me suelta la mano. Su pulgar acaricia círculos contra mi piel, constante y seguro.

El tráfico se espesa cerca del hospital, pero él mete el auto en el estacionamiento de emergencias, ignorando los bocinazos detrás de nosotros. Él sale primero, abriendo mi puerta antes de que yo pueda siquiera desabrocharme el cinturón. Su mano vuelve a estar en mi espalda, guiándome a través de las puertas de vidrio hacia el caos de triaje.

Las luces fluorescentes me arden en los ojos. El olor a antiséptico me quema la nariz.

—Henry Blake —le digo a la enfermera del mostrador—. Cuatro años. Lesión en la cabeza.

Ella revisa una ficha y luego asiente. —Está en diagnóstico por imágenes. Lo traerán de vuelta en breve. ¿Familia?

—Soy su madre.

—¿Y usted? —pregunta ella, mirando a Jake.

Él responde sin dudar un segundo. —Familia también.

No lo corrijo.

Cuando llegamos a la sala de espera, veo a Meghan caminando de un lado a otro, con el teléfono apretado con fuerza, y a Caleb sentado con la cabeza entre las manos.

—Liv —Meghan corre hacia mí—. Está bien, creo. Solo querían ver si tenía una conmoción cerebral.

Me desplomo en sus brazos, la tensión drenándose lo suficiente como para que me tiemblen las piernas. La mano de Jake permanece firme en mi hombro, sirviéndome de ancla.

Caleb se levanta, con la culpa reflejada en todo su rostro. —Fue mi culpa —dice con voz ronca—. Se estaba subiendo al taburete, y me distraje un segundo...

—No —lo interrumpo, con la voz temblorosa—. No te culpes.

—Se golpeó con la barra al caer —dice Meghan en voz baja—. Necesitó un par de puntos, pero querían estar seguros de que no hubiera una hemorragia interna.

—¿Puedo verlo?

—Pronto —dice ella—. Dijeron que pronto.

Asiento, presionando mis puños contra mi boca para no llorar.

Jake se aparta, dándome espacio, pero su presencia es una constante: alto, firme, silencioso a mi lado.

Me siento, mirando fijamente las puertas dobles por donde se llevaron a mi hijo, a todo mi mundo, y por primera vez en cinco años, el peso de lo que he hecho me resulta insoportable.

Le mentí a Jake.

Mantuve a Henry en secreto.

Y casi pierdo la oportunidad de decirle alguna vez la verdad.

Cierro los ojos y susurro: —Por favor, deja que esté bien.

Cuando los abro de nuevo, Jake me está mirando; su mirada es suave pero está cargada de algo que no alcanzo a distinguir.

Estira el brazo, vuelve a tomar mi mano y la aprieta.

*

Pasa casi una hora antes de que una enfermera salga a buscarme. En el momento en que dice: —Ya puede verlo—, me pongo de pie tan rápido que la silla se vuelca detrás de mí. El pulso me late en la garganta mientras la sigo por el pasillo, con mis zapatos chillando contra el pálido suelo de linóleo.

El olor a desinfectante flota pesado en el aire, ese aroma penetrante de hospital que se siente como miedo y cloro. Cada paso hace que mi estómago se retuerza más. Entonces ella abre la puerta y ahí está él: pequeño, pálido, acurrucado en medio de una cama de hospital que le queda demasiado grande. Sus rizos están alborotados, tiene un vendaje blanco pegado cerca de donde empieza el cabello y una manta de dibujos animados le llega hasta la barbilla.

—Mami —susurra cuando me ve. Su voz suena adormilada, pero es su voz.

Me quiebro.

—Ay, mi bebé. —Estoy a su lado en segundos, con cuidado de no mover los cables. Le aparto los rizos de la frente y presiono mis labios contra su sien, aspirando su aroma. Huele a jabón y a ese leve rastro metálico del hospital, pero está tibio. Vivo. Hablando.

—Me diste un susto de muerte —susurro—. ¿Lo sabes?

Me dedica una sonrisa diminuta. —Estoy bien.

—Los doctores dijeron que te tienes que quedar aquí esta noche —le digo suavemente, acariciándole la mejilla—. Solo para que puedan asegurarse de que todo esté bien.

Él frunce el ceño. —Pero quiero ir a casa.

—Lo sé, cariño. Mañana, ¿sí?

Jake está de pie en el umbral de la puerta, con las manos en los bolsillos, observando en silencio. Parece que no ha respirado profundamente desde que llegamos. Cuando lo vuelvo a mirar, me hace un pequeño gesto con la cabeza, como diciéndome que ahora se me permite desmoronarme.

Caleb está desplomado en un rincón, con la culpa grabada en cada línea de su rostro. Meghan está a su lado, intentando

convencerlo de que los accidentes ocurren, de que nadie lo culpa. Pero puedo ver que, de todos modos, la situación lo está carcomiendo.

Después de un rato, la enfermera entra de nuevo. —Tendremos que dejarlo pasar la noche en observación —dice con amabilidad—. Hay una silla desplegable por si alguno de ustedes quiere quedarse.

—Yo me quedaré —digo de inmediato.

Jake se acerca. —¿Quieres que traiga algo de tu casa?

—Estaré bien.

—Liv —murmura Meghan, tocándome el hombro—. Deberías tomarte unos minutos. Sal a tomar aire, tal vez cámbiate por algo cómodo. Nosotros nos quedaremos con él.

Dudo, pero Henry ya ha cerrado los ojos otra vez, pues la medicina lo arrastra hacia el sueño. Me inclino para besar su frente una vez más. —Vuelvo enseguida, bebé.

Meghan me guía hacia la pequeña sala de espera familiar al final del pasillo, esa que tiene luces demasiado brillantes y una máquina expendedora zumbando en la esquina. Cierra la puerta detrás de nosotras y se gira para mirarme, con los brazos cruzados.

Sus ojos se ven serios de una manera que no acostumbro a ver. —Liv, no puedes decírselo.

Parpadeo, desconcertada. —¿Qué?

—A Jake.

Niego con la cabeza. —Meghan...

—No, escúchame. —Se acerca más, bajando la voz—. Sé que has estado pensando en decírselo. Pero ahora no. No después de esta noche.

Mi pulso se acelera. —Llevas meses diciéndome que *debería* decírselo. Que merece saber que Henry es su hijo.

—Sé lo que dije —responde ella, en un tono agudo pero cargado de miedo—. Pero esto cambia las cosas.

—¿Cómo?

Ella aparta la mirada, frotándose la sien. —Porque esto se ve mal, Liv. Henry se lastimó mientras tú no estabas. Estabas en una cita con tu boss. Tu hijo estaba en un bar, el bar de tu hermano, y él lo estaba cuidando porque tú habías salido a una cita. Si Jake se

entera de todo ahora mismo —si se enoja, se asusta o si alguien filtra ese vínculo—, podría estallarte en la cara. Él es poderoso. Y si las cosas salen mal, podría darle la vuelta. Decir que fuiste negligente. Que usaste tu trabajo para beneficio personal. Podrías perder la custodia.

Se me cierra la garganta. —Él no haría eso...

—Tú no sabes eso. —Su voz tiembla ahora—. Los hombres como él, Liv, no siempre tienen la intención de lastimar a la gente. Pero cuando tienen miedo, cuando sus reputaciones están en juego, se protegen a sí mismos primero.

La miro, atónita. —Él no es así.

Ella exhala, suavizando el tono. —Tal vez no. Pero ahora mismo, eres vulnerable. Y la seguridad de Henry lo es todo. Espera a que esto pase. A que él esté mejor, a que estés segura de lo que esta... lo que sea que este asunto con Jake... sea realmente.

Sus palabras se retuercen dentro de mí, tensas y pesadas.

Tiene razón en una cosa: Henry *lo es* todo. Pero ocultar la verdad ya me ha costado demasiado. Presiono las palmas de mis manos contra mi cara, intentando acallar el ruido en mi cabeza.

—Odio esto —susurro.

—Lo sé. —La mano de Meghan busca mi hombro—. Pero simplemente no es el momento adecuado.

Tras un largo silencio, asiento. —Está bien. Ahora no.

Salimos juntas de la pequeña habitación y el aire del pasillo se siente más frío de alguna manera. Caleb sigue sentado afuera de la habitación de Henry, con los codos sobre las rodillas y los ojos rojos.

—Lo siento tanto, Liv —dice cuando me ve—. Debí haber estado vigilándolo.

Niego con la cabeza y me pongo en cuclillas junto a él. —Basta. Por favor. Es un niño. Los niños trepan cosas. Fue un accidente.

Él traga saliva con dificultad. —Aun así, no puedo dejar de pensar... ¿y si hubiera sido peor?

Tomo su mano y la aprieto. —No lo fue. Él está bien. Eso es lo que importa.

Jake está a unos metros de distancia, hablando en voz baja con una enfermera sobre el papeleo del seguro. Parece agotado pero

sereno, como siempre bajo presión. Cuando se gira, nuestras miradas se encuentran. Su expresión se suaviza. —¿Café?

Parpadeo, dándome cuenta de lo seca que tengo la garganta. —Dios, sí.

Me extiende un vaso de poliestireno. —Especial del hospital.

Doy un sorbo y casi me dan náuseas. —Esto no es café. Es desesperación líquida.

Caleb suelta una risa a través de su culpa. Incluso Meghan esboza una pequeña sonrisa. El más mínimo momento de ligereza corta la tensión, solo por un segundo.

Las horas pasan en cámara lenta. Las máquinas emiten pitidos suaves de fondo. Las enfermeras van y vienen, ajustando los sueros y revisando los signos vitales. Henry duerme por ratos, y cada pequeño movimiento hace que mi corazón se acelere. No me muevo de mi lugar al lado de su cama.

Jake también se queda. Cada vez que levanto la vista, él está ahí: apoyado contra la pared, leyendo correos en su celular, saliendo de vez en cuando para hablar en voz baja con un doctor o una enfermera. Paga la cuenta en el mostrador sin preguntar, como si no fuera nada.

Solo se va una vez.

—Voy a ver cómo está Max —dice en voz baja, tocándome el hombro—. Llamó antes, solo algo rápido. Vuelvo enseguida.

—Jake, no tienes que...

—Quiero hacerlo.

Se inclina y me besa la coronilla. El contacto es breve, cuidadoso, pero envía una ola de calor a través de mi cuerpo cansado. —Envíame un mensaje si algo cambia, ¿está bien?

Asiento. —Está bien.

Se va por menos de una hora. Cuando regresa, trae una bandeja de cartón de Starbucks: cuatro vasos y una bolsa de papel equilibrada en una mano.

—Pensé que a todos nos vendría bien una mejora.

Caleb levanta la vista, sorprendido. —No tenías que...

Jake lo interrumpe con suavidad. —No es nada. —Le entrega a cada uno un vaso—. Ustedes están cuidando a Henry. Esto es lo

mínimo que puedo hacer.

El café todavía está caliente, rico y suave, nada que ver con el lodo amargo de la máquina expendedora. Lo bebo lentamente, saboreándolo más de lo que debería.

—Gracias —digo en voz baja.

Él simplemente asiente, hundiéndose en la silla a mi lado. El cansancio en sus ojos refleja el mío, pero también hay una firmeza ahí. De esa que me hace sentir que puedo volver a respirar.

Caleb se queda dormido en el rincón algún tiempo después de la medianoche, con la cabeza inclinada hacia atrás contra la pared. Meghan está medio dormida en una silla junto a la puerta, revisando su celular con los párpados pesados.

Solo Jake y yo estamos despiertos cuando la enfermera entra a revisar los monitores de Henry. El pitido rítmico llena la habitación, suave y constante.

—Está evolucionando muy bien —dice la enfermera con una pequeña sonrisa—. No hay signos de inflamación ni mareos. Probablemente podrá llevárselo a casa por la mañana.

—Gracias —digo, con la voz ronca por el alivio.

Cuando se retira, Jake se inclina hacia adelante, con los codos sobre las rodillas. —Me asustaste —murmura.

Lo miro de reojo. —¿Yo?

Suelta una pequeña risa sin humor. —Sí, tú. Sonabas tan aterrorizada en el teléfono. Pensé que... —Se detiene y sacude la cabeza—. No importa.

Lo observo por un momento, con la mandíbula tensa y las venas de su sien visibles incluso bajo la luz tenue. —Gracias por estar aquí.

Sus ojos se encuentran con los míos. —No hay ningún otro lugar donde preferiría estar.

Trago saliva, con la garganta apretada. Las palabras que quiero decir —*Mereces saberlo. Es tu hijo*— presionan contra el fondo de mi lengua. Pero la voz de Meghan resuena en mi cabeza, aguda por la preocupación. *Él podría usar esto en tu contra.*

Así que me quedo callada.

En cambio, estiro la mano y cubro la suya con la mía. El calor de su piel se filtra en mi palma.

—¿Puedo traerte algo? —pregunta él después de un momento.

Niego con la cabeza. —Solo quédate.

Y lo hace.

Nos sentamos allí juntos, con la luz estéril del hospital parpadeando sobre nosotros y la ciudad moviéndose silenciosamente más allá del cristal. La respiración de Henry se vuelve más profunda, constante y pausada.

En algún lugar del pasillo, un bebé llora. Las máquinas pitan. Una enfermera tararea en voz baja.

El pulgar de Jake traza círculos en mi mano, lentos y suaves. —Es fuerte, como su mamá —dice suavemente.

Esas palabras por poco me desmoronan.

Sonrío apenas, con los ojos ardiendo. —Tiene un buen corazón.

Él aprieta mi mano. —Me pregunto de quién lo heredó.

No respondo. No puedo. No esta noche.

Pero mientras estoy allí sentada, entre el hombre que aún no lo sabe y el niño que lo es todo para mí, la verdad pesa más que nunca.

Pronto, me prometo a mí misma.

Pronto.

Capítulo 27

Jake

La mañana se cuela por las persianas del hospital como una disculpa pálida.

He estado despierto durante horas, escuchando el ritmo lento del monitor, el arrastrar de pies ocasional de las enfermeras afuera y el sonido constante de la respiración de Olivia desde la silla al otro lado de la habitación.

Se quedó dormida cerca de las cuatro. Su cabeza está inclinada hacia un lado, con un mechón de cabello pegado a su mejilla. Su mano, pequeña y delicada, aún descansa en el borde de la cama de su hijo; su pulgar roza la manta incluso mientras duerme, como si una parte de su cerebro se negara a dejar de protegerlo.

Debería mirar hacia otro lado. Pero no puedo.

Las últimas veinticuatro horas se sienten pesadas en mis huesos: el miedo, la adrenalina, la forma en que mi corazón casi se detuvo cuando escuché su voz por teléfono anoche. Hay un espacio hueco en mi pecho que todavía no se ha vuelto a llenar.

Y debajo de todo eso, el recuerdo de las palabras de ayer se sigue repitiendo, el momento en que se me escaparon de la boca antes de que pudiera cuestionarlas. *Creo que me estoy enamorando de ti.*

Ella no me lo dijo de vuelta.

Sigo intentando convencerme de que no importa, que fue demasiado pronto, que la tomé desprevenida; pero cada vez que la miro, siento ese estúpido eco golpear de nuevo, un recordatorio de que podría haber cruzado una línea para la que ella no está lista.

Me pongo de pie, estirándome en silencio. La silla de plástico gime debajo de mí, una protesta que rompe el silencio. Olivia se mueve pero no se despierta.

Henry también duerme, con un dinosaurio de peluche bajo el brazo. Sus rizos están alborotados contra la almohada, su pequeño

pecho sube y baja con ese ritmo sereno que solo tienen los niños después de quedarse dormidos de tanto llorar.

Miro hacia otro lado antes de que se me cierre la garganta.

Una enfermera asoma la cabeza, con una tabla de notas en la mano. —Buen día, Mr. Price. El niño está muy bien. Probablemente le daremos el alta al mediodía.

Asiento. —Gracias.

Ella mira hacia Olivia y sonríe con dulzura. —Esa no se movió en toda la noche.

—Sí —murmuro—. No sabe cómo dejar de preocuparse.

Cuando la enfermera se va, camino hacia la ventana. El sol temprano brilla en los edificios de cristal más allá del estacionamiento, tiñéndolo todo de un oro opaco. Mi reflejo me devuelve la mirada: camisa arrugada, ojos cansados, el más leve rastro de ojos rojos. Parezco un hombre que no ha dormido, que tiene demasiado que perder.

Mi teléfono vibra. Es un mensaje de Max: *En camino. Supuse que necesitarías cafeína.*

Le respondo con un simple *Gracias* antes de que pueda arrepentirme.

Para cuando Olivia despierta, ya pasaron las nueve. Parpadea con la mirada nublada, acostumbrándose a la luz, y luego se incorpora de golpe. —¿Henry?

—Está bien —digo rápidamente—. La enfermera acaba de revisarlo.

Sus hombros caen, el alivio inunda su rostro. —Dios. No puedo creer que me quedara dormida.

—Lo necesitabas.

Se frota los ojos, sonriendo débilmente. —¿Dormiste algo?

—No mucho.

—Claro que no.

Hay afecto en su voz, tranquilo y espontáneo, pero también algo más: distancia, tal vez, o culpa. Me hace doler el pecho.

Antes de que pueda responder, la puerta cruje y Max entra, equilibrando una bandeja de cartón con cafés y una bolsa de papel en su mano libre. —Buen día, equipo del caos.

Olivia se sobresalta. —¿Max? ¿Qué haces aquí?

—Traje refuerzos —dice, dejando la bandeja sobre la encimera—. Y quería ver cómo estaba el pequeño.

Henry se despierta justo en ese momento, soñoliento pero sonriendo. —Hola.

—Hola, campeón. —Max sonríe, agachándose junto a la cama—. A todos nos diste un ataque al corazón anoche.

—Perdón.

—No te disculpes. Solo prométeme que no habrá más aventuras hasta que seas más alto que tu mamá, ¿está bien?

Henry suelta una risita, y el sonido rompe algo dentro de todos nosotros.

Max le entrega una taza a Olivia. —Latte, espuma extra, tres azúcares. Recibí instrucciones muy específicas.

Ella se ríe suavemente. —Eres un salvavidas.

—Me dicen eso seguido. —Se vuelve hacia mí, entregándome mi café negro—. Y tú... tú pareces un muerto viviente.

—Me siento peor.

Me da unas palmaditas en el hombro. —De nada.

Hay un humor ligero en su tono, pero cuando Olivia sale con Meghan para hablar con el doctor, la expresión de Max cambia. —Así que —dice en voz baja—, se lo dijiste.

Me pongo rígido. —¿Qué?

—Que la amas.

Lo miro con severidad. —Hablas demasiado.

—Eres predecible, hombre. Llevas el corazón expuesto como una maldita medalla. —Se apoya contra la encimera, cruzando los brazos —. ¿Qué tal te fue?

Miro mi café. —Ella no dijo nada.

—Uf.

—Sí.

Se queda en silencio por un momento. —¿Crees que ella no siente lo mismo?

Niego con la cabeza lentamente. —No. Sé que sí. Lo veo cada vez que me mira. Pero algo la... detiene. No sé qué es.

Max me estudia, con esa mirada de complicidad que siempre ha tenido cruzando su rostro. —¿Alguna vez pensaste que no se trata de ti?

—Sé que no se trata de mí. —Doy un trago largo, intentando ahogar la frustración—. Pero no puedo arreglar algo que ella no quiere contarme.

No responde de inmediato. Cuando finalmente lo hace, su voz es más suave. —¿No estás acostumbrado a esperar a la gente, verdad?

—Estoy acostumbrado a que la gente sea clara.

—Sí, bueno. El amor es complicado. —Me da un empujoncito en el brazo—. Y antes de que me corrijas... sí, dije amor. Tienes esa mirada, Jake. La misma que tenía yo cuando Sylvia entró en mi vida. Estás perdido, hombre.

—Gracias por los ánimos.

—Cuando quieras.

Olivia regresa justo en ese momento, con el cabello recogido en un moño suelto y un nuevo destello de determinación en los ojos. —Lo darán de alta esta tarde. Solo tenemos que esperar el papeleo.

—Eso es genial —dice Max, poniéndose de pie—. Iré a buscarle un globo de recuperación o algo así. Soborno para niños, ¿no?

Ella sonríe. —Le encantará.

Cuando Max se va, la habitación se siente más pequeña de alguna manera. Olivia se sienta en el borde de la cama, trazando dibujos con sus dedos sobre la manta de Henry. El niño ya se ha vuelto a quedar profundamente dormido.

—Oye —digo suavemente.

Ella levanta la vista. —Hola.

Doy un paso más cerca. —¿Estás bien?

Asiente, pero se ve fragil. —Solo cansada.

—Sí.

El silencio se instala entre nosotros. Del tipo que vibra con todo lo que no se dice.

Quiero decirle que verla cuidar a su hijo hizo que algo encajara dentro de mí, algo profundo, aterrador y certero. Quiero decirle que no puedo dejar de pensar en lo bien que se sentía estar sentado allí con ella, incluso en medio de un hospital.

Pero no puedo decir nada de eso. No cuando ella ya está a medio camino de retirarse tras ese muro cuidadoso que construye cuando tiene miedo.

Así que, en cambio, pregunto: —¿Necesitas algo?

Ella sacude la cabeza. —No. Ya has hecho demasiado.

—No digas eso.

—Jake...

—Lo digo en serio. —Me acerco hasta estar a su lado. El suave aroma de su champú atraviesa el aire estéril, dándome calma—. Jamás digas que he hecho demasiado. Quiero estar aquí. No es caridad, es una elección.

Ella exhala, con un leve temblor. —Eres imposible.

—Solo contigo.

Sus labios se curvan apenas, pero no me mira. Su atención permanece en el niño pequeño que duerme entre nosotros.

Cuando Max regresa, Henry está lo suficientemente despierto como para sonreírle al ridículo globo de dinosaurio que trae. Los tres hablan un rato; Henry pregunta sobre los granos de café y Max finge explicárselo como si fuera un hechizo mágico. Por unos preciosos minutos, todo se siente normal.

Entonces llega Caleb, con el rostro desencajado y la culpa aún marcada en sus facciones. —Hola, amiguito —le dice a Henry—. ¿Listo para ir a casa?

Henry asiente.

—Bien. —Caleb mira a Olivia, luego a mí—. Gracias por quedarte con él.

—Desde luego.

Duda un momento y luego añade: —Y por cubrir todos los gastos. Te lo pagaré.

—No lo harás —digo tranquilamente—. No te preocupes por eso.

Él asiente, un poco incómodo pero agradecido.

El proceso de alta toma otra hora. Lleno un formulario mientras Olivia viste a Henry. Cuando reaparece, él lleva puesta su sudadera de dinosaurio, aferrado a su mano.

Max le levanta el pulgar. —Te ves bien, pequeño.

—Gracias —responde Henry radiante.

Olivia capta mi mirada por encima de su cabeza, y por un momento, solo somos nosotros de nuevo: el agotamiento, la conexión silenciosa, la pesada conciencia de lo que casi se desmoronó anoche.

Salimos todos juntos. El aire de la mañana es fresco, la ciudad ya está activa. Caleb va a traer el auto, y Max se aparta para atender una llamada, dejándonos a Olivia y a mí junto a la acera.

—Olivia —digo en voz baja.

Ella me mira, cautelosa.

—Siento lo de anoche.

Frunce el ceño. —¿Por qué te disculpas?

—Por todo. El momento. Las palabras. No tenías que decir nada a cambio. Solo... necesitaba que lo supieras.

Se muerde el labio, y por un momento creo que va a hablar. Pero entonces Henry tira de su mano, mostrándole el globo.

—Está bien —dice ella suavemente—. No hiciste nada malo.

Asiento, aunque las palabras se sienten vacías.

Caleb toca la bocina desde la acera. Ella se voltea para saludarlo y luego vuelve a mirarme. —Gracias por todo, Jake. De verdad.

Quiero decirle que no tiene que agradecérmelo. Que lo haría todo de nuevo, cada hora sin dormir, cada dolor. Pero solo asiento, dejándola ir.

Cuando ella y Henry suben al auto, me mira a través de la ventana. Nuestras miradas se encuentran una última vez antes de que el auto se aleje.

Max se pone a mi lado, bebiendo de su café. —Estás perdido.

Ni siquiera lo discuto. —Sí.

Me da una palmada en el hombro. —Entonces deja de esperar a que ella te dé permiso para amarla.

—No creo que esté lista.

—Entonces espera. Pero ni se te ocurra rendirte.

Miro las luces traseras desvanecerse bajo la luz del sol, su silueta convirtiéndose en un borrón. El dolor en mi pecho se asienta, profundo y silencioso.

—Ella aún no lo sabe —digo en voz baja—, pero nunca lo haré. Jamás podré darme por vencido con ella.

*

La oficina se siente extraña sin ella.

Ni siquiera es esa ausencia ruidosa que notas cuando alguien es despedido o renuncia. Es más silenciosa que eso; sutil, como si el aire mismo se hubiera olvidado de cómo moverse. Todavía me sorprendo mirando su escritorio cada mañana, esperando ese suave clic de su teclado, el zumbido bajo que siempre hace cuando está sumergida en una hoja de cálculo.

En su lugar, solo está el susurro del aire acondicionado y el pulso sordo del tráfico de la ciudad filtrándose por las ventanas.

Han pasado dos semanas desde el accidente de Henry. Dos semanas desde que Olivia empezó a trabajar de forma remota para quedarse en casa con él. Dos semanas de mí fingiendo que estoy bien con eso, porque, por supuesto, lo estoy. Ella necesita tiempo. Está lidiando con nuevas rutinas, la inscripción escolar, la mudanza al departamento de al lado de su hermano. Está haciendo malabares con la maternidad soltera y un trabajo exigente con una gracia que partiría a la mitad a personas más débiles.

Pero, por Dios, cómo la miss.

Es ridículo cuánto espacio ocupa sin siquiera intentarlo. Cómo el simple hecho de ver su nombre en mi bandeja de entrada puede descarrilar mi concentración durante una hora. Cómo he memorizado el horario de sus correos electrónicos: usualmente a media mañana, otro justo después del almuerzo, el último alrededor de las ocho de la noche, cuando sé que está sentada en la cama, probablemente con el cabello recogido y su hijo dormido en la habitación de al lado.

Me digo a mí mismo que está bien. Puedo sobrevivir a extrañarla. He pasado por cosas más difíciles.

Max no se lo traga.

Se reclina en su silla frente a mí, girando un bolígrafo entre sus dedos mientras revisamos las maquetas para la ubicación piloto de la franquicia de café. —Estás distraído.

—Estoy trabajando.

—Estás fingiendo que trabajas.

—Puedo hacer varias cosas a la vez.

Él sonríe con suficiencia. —Seguro. Puedes realizar proyecciones financieras y suspirar de amor al mismo tiempo. Impresionante.

—Vete al diablo.

Él se ríe y lanza el bolígrafo sobre la mesa. —Solo digo, hombre. He visto esta versión de ti antes, pero nunca por tanto tiempo. Caló hondo.

—Ha estado ocupada —digo, revisando deliberadamente los números en la pantalla—. Le estoy dando espacio.

—¿Y no la has visto desde entonces?

Vacilo. —La he visto.

Él levanta una ceja.

—Se mudó al nuevo lugar el fin de semana pasado. Pasé a ayudarla a armar algunos muebles.

Max sonríe de oreja a oreja. —Ah, la clásica jugada de "te ajustaré los tornillos de Ikea".

—Por el amor de Dios, Max.

—¿Qué? Es romántico.

—No fue romántico. Fue... —me detengo, recordando cómo se veía ese día: el cabello en un moño desordenado, una sudadera enorme que solía ser de su hermano, los pies descalzos sobre la alfombra mientras indicaba dónde debían ir las cajas. Había música sonando desde su teléfono. Henry corría de un lado a otro, emocionado por su nueva habitación. Ella sonrió más de lo que lo había hecho en días.

Casi me desarma.

—... práctico —termino con poco convencimiento.

—¿Te quedaste a dormir?

Le lanzo una mirada. —No.

—Vaya. Mírate, Mr. Autocontrol.

—No estaba allí para eso.

—Claro. —Alarga la palabra—. ¿Entonces cuál es el plan? ¿Vas a seguir siendo su CEO de apoyo emocional hasta que ella dé el primer paso?

—No la estoy presionando.

Él se pone un poco más serio ante eso. —Por el niño.

—Por todo —admito en voz baja—. Está agotada. Henry todavía está conmocionado. Se está adaptando a un nuevo lugar. Lo último que necesita es que yo vuelva a poner su vida de cabeza.

Max me estudia por un largo momento y luego asiente. —Está bien. Eso es... maduro, en realidad.

—Soy capaz de serlo, sabes.

—Apenas.

Suelto una risita a mi pesar. Él sonríe, satisfecho, y nos sumergimos en el trabajo.

El proyecto del café se ha convertido en mi ancla. Cuando no puedo concentrarme en ella, me concentro en esto: planos, licencias, diseño de marca. El entusiasmo de Max es contagioso. Hemos pasado horas perfeccionando la experiencia de la cata, aprovechando su camino de recuperación para construir algo con más significado que solo cafeína. Un espacio para la conexión, no para el escape.

—Es esto —dice Max una tarde mientras finalizamos la presentación para los inversores—. Lanzamos a pequeña escala, crecemos de forma constante, nos mantenemos transparentes. Sin asociaciones baratas, sin escatimar en gastos.

—De acuerdo.

Él asiente y luego me mira. —¿Crees que a ella le gustará?

Finjo no saber a quién se refiere. —¿A quién?

—A Olivia.

Pongo los ojos en blanco. —Ella ya hizo un análisis completo del borrador de la presentación, con comentarios clasificados por colores y todo. Piensa que deberíamos priorizar la barra de cata antes de expandirnos.

—Por supuesto que sí. —Sonríe con complicidad—. Dios, hablas de ella como si fuera parte del equipo.

—En cierto modo lo es.

—Sí —dice en voz baja—. Apuesto a que lo es.

Cuando Max se va por la noche, me quedo un rato en la oficina. La ciudad zumba afuera de los ventanales de piso a techo, el horizonte manchado de ámbar y acero. Abro mi computadora portátil y reviso la correspondencia del día.

Hay un mensaje nuevo de ella.

Asunto: Entregables para mañana

Adjunto las proyecciones finales para la cuenta europea. La maestra de Henry dice que le está yendo mejor. Además, no olvides que tienes una reunión a las 9 a.m. con Gen. Mencionó que los inversores de Singapur todavía están esperando tus comentarios. Puedo unirme vía Zoom si gustas. O.

Es tan propia de ella: eficiente, considerada, firmada con esa única inicial. Pero es el posdata lo que me mata. Esa pequeña y silenciosa ventana a su vida. La mención de su hijo. La forma en que todavía cuida de mí, incluso cuando está agotada.

Me quedo sobre el cuadro de respuesta más tiempo del que debería. Quiero escribir algo simple. Algo inofensivo.

Me alegra saber que Henry está mejor. Se te extraña por aquí.

Lo borro. Escribo de nuevo.

Gracias por el recordatorio. Espero que estés descansando un poco.

Todavía es demasiado.

Finalmente, me decido por: *Entendido. Agradezco la información.*

Odio lo frío que se ve, pero es más seguro.

Cierro la computadora y me paso una mano por el cabello. La contención está empezando a sentirse como un castigo que me impuse y cuya razón olvidé.

Cuando la veo, siempre es breve. Reuniones, visitas rápidas, excusas corteses. Me he dicho a mí mismo que esperaré hasta que ella esté lista, pero esperar no significa no sentir. Cada vez que me sonríe en una llamada de Zoom, siento el impulso de atravesar la pantalla y tocarla. Cada vez que me dice *sir* con ese tono seco y burlón, pienso en la forma en que su boca solía dar forma a la palabra cuando estaba a horcajadas sobre mí.

Y luego me recuerdo: ella no es mía para desearla en este momento.

A la mañana siguiente, estoy temprano en la sala de conferencias para mi llamada con Gen. El tipo está en Londres esta semana, así que su rostro brilla pálido en la pantalla. —¿Está bien, Jake? Parece distraído.

—Solo cansado —miento.

—¿Estás trabajando en lo del café con Max otra vez?

—Siempre.

—Bien. La junta directiva de hecho lo mencionó durante la sesión del martes. Les gusta que esté enfocado en la comunidad. Lo hace ver con los pies en la tierra.

—Me emociona que mi desarrollo personal sea un activo de relaciones públicas —murmuro.

Gen se ríe. —Oye, en este negocio, la percepción *es* el desempeño. En fin, manténgame informado. Y no olvide la cena con los inversores el viernes. Traiga a alguien si quiere.

Se desconecta antes de que pueda responder.

Un acompañante.

Por un segundo, la imagino a mi lado: vestido negro, copa de vino, ese ingenio agudo que podría atravesar la charla trivial más pretenciosa de los fondos de inversión. Ya puedo oírla susurrando bromas en mi oído mientras el director financiero habla monótonamente sobre proyecciones.

Luego imagino la mirada que me daría si se lo pidiera. Dubitativa. Retrayéndose tras esos ojos.

Cierro la computadora y alejo el pensamiento.

Esa tarde, Max me llama desde el laboratorio de catas. —Tengo algo nuevo para que pruebes. ¿Vienes?

—Estaré allí en veinte minutos.

Cuando llego, el aire huele a granos tostados y azúcar quemada. Max tiene la mitad del mostrador cubierto de tazas de degustación, etiquetadas con números diminutos en su caligrafía desordenada.

—Este es etíope —dice, pasándome una muestra—. Notas de mora y cacao. Estoy pensando en que sea nuestro tostado insignia.

Le doy un sorbo. —Es suave.

—Como tus respuestas de relaciones públicas —bromea.

—Cállate.

Pasamos una hora perfeccionando el menú, discutiendo sobre las proporciones de leche y la filosofía de la marca. Para cuando me dirijo a casa, es tarde, pero me siento más ligero. El proyecto me mantiene cuerdo.

De vuelta en mi departamento, me sirvo un whisky y miro mi teléfono. Hay otro mensaje de ella.

Henry se quedó dormido viendo una película. Quería agradecerte de nuevo por el globo. Le dije que estás ocupado salvando al mundo con café. Dice que eso suena genial.

Sonrío a mi pesar.

Dile que es mi inversor favorito, respondo, y luego envío el mensaje.

Su respuesta llega unos minutos después. *Cuidado, podría pedir opciones sobre acciones.*

Me río por lo bajo.

Caemos en un ritmo fluido de mensajes de ida y vuelta. Nada abiertamente romántico. Nada peligroso. Simplemente cómodo. Como respirar el mismo aire desde la distancia.

Cerca de la medianoche, le digo que descanse. Ella responde: *Tú también, boss.*

La palabra *boss* pega de forma distinta ahora. Alguna vez fue burlona, cargada de deseo. Esta noche se siente como un límite. Uno que yo puse. Uno que ella ha aprendido a respetar demasiado bien.

Termino mi bebida y me quedo mirando las luces de la ciudad.

Solía pensar que el poder significaba control. Que si podía dominar las variables —dinero, tiempo, imagen—, nunca más me sentiría impotente. Pero el amor no se doblega ante esa lógica. Ridiculiza todas las matemáticas.

Así que espero. Dejo que ella encuentre su equilibrio. Dejo que el silencio se extienda.

Y cada mañana, al pasar por su escritorio vacío, me recuerdo una cosa: ella todavía está en mi mundo.

Eso tiene que ser suficiente. Por ahora.

Capítulo 28

Olivia

La ciudad se ve diferente cuando guardas un secreto lo suficientemente grande como para reorganizar tu vida.

Cada luz de la calle parece más brillante. Cada bocinazo de un taxi se siente como una advertencia.

Sujeto el volante con más fuerza mientras salgo del edificio de Caleb, con la maleta dando tumbos en el asiento trasero. La miro de reojo por el espejo retrovisor una y otra vez, como si pudiera desaparecer y llevarse mi decisión con ella.

Meghan había intentado convencerme de lo contrario anoche. Dijo que estaba nerviosa, que estaba pensando con el corazón y no con la cabeza. Tal vez tenga razón. Tal vez esto sea imprudente. Pero no puedo seguir orbitando alrededor de Jake a través de pantallas y zonas horarias. Necesito verlo. Necesito sentirlo respirar en la misma habitación que yo y recordar lo que es cuando no estamos divididos por la culpa y el miedo.

Él se va a Singapur mañana para una conferencia, tres días en el extranjero con inversionistas y prensa. Yo misma revisé su calendario, porque, por supuesto, todavía tengo acceso a él. Si puedo llegar a él antes del vuelo, puedo pedirle ir con él. Puedo sorprenderlo, apoyarlo y finalmente... contárselo todo.

Ese es el plan. Simple. Limpio. Quizás ingenuo.

Caleb no se lo tomó bien.

Él estaba en la cocina esta mañana, sirviendo café en su taza desportillada de "#1 Tío", cuando se lo conté. Se quedó paralizado a mitad del servicio, mientras el líquido oscuro salpicaba el mostrador.
—¿Vas a hacer qué?

—Voy a ir a su oficina —dije en voz baja—. Y luego tal vez a Singapur. Quiero hablar con él en persona. Ha llegado el momento.

Él apoyó la taza con demasiada fuerza. —Olivia, este no es el camino.

Me giré y apoyé las palmas de las manos en el mostrador detrás de mí. —Me he mantenido alejada el tiempo suficiente. Lo extraño.

—¿Que lo extrañas? —repitió él, con voz aguda—. Liv, él es el padre de Henry. El hombre al que le ocultaste eso durante cinco putos años. No puedes simplemente «sorprenderlo» en un viaje de negocios como si fuera una maldita cita nocturna.

Sus palabras dolieron, pero no me acobardé. —Estás enojado, y tienes todo el derecho de estarlo. Debería habértelo dicho a ti también. Tenía miedo.

Él caminó de un lado a otro, frotándose la mandíbula. —Dejaste que viera a ese niño crecer llamándome lo más parecido a un papá que tenía, cuando su verdadero padre estaba allá afuera construyendo imperios.

—Lo sé. —Mi voz se quebró—. Y lo siento.

Finalmente me miró entonces, con los ojos vidriosos por algo que nunca había visto en él: dolor, no furia.

Fue Meghan quien se lo dijo. Juró que se le escapó. Aparentemente, él había llegado a casa temprano una noche la semana pasada y la escuchó hablar por teléfono conmigo, diciendo: *"Si Jake llega a enterarse de que Henry es su hijo antes de que ella se lo diga, la destruirá".*

La confrontó a ella primero y luego a mí.

Ahora sacude la cabeza lentamente, como si el peso de todo le oprimiera los huesos. —No lo odio, Liv. Ni siquiera te odio a ti. Simplemente... esto no es sencillo. ¿Crees que un hombre como Jake Price va a manejar esto bien?

—No lo sé.

—Exacto.

—Pero tengo que decírselo —dije, con la voz entrecortada—. Porque si no lo hago, entonces seré la misma cobarde que fui hace años. Y porque lo amo, Caleb. Estoy enamorada de él, y le he estado mintiendo cada santo día.

Por un segundo, simplemente me miró. Luego algo cambió. Sus hombros se relajaron. Dio un paso adelante y me atrajo hacia sus brazos. —Ten cuidado, ¿está bien? Y solo... cuéntaselo todo. Sin medias verdades.

—Lo haré.

Él asintió, depositando un beso en la coronilla de mi cabeza. —¿Necesitas que baje esa maleta?

—Por favor.

Lo hizo —refunfuñando, porque estaba pesada—, pero aun así la llevó hasta el auto, la puso en el maletero y revisó el asiento trasero para asegurarse de que no olvidara nada. Cuando Henry salió corriendo a despedirse, lo abracé con demasiada fuerza. Con su vocecita amortiguada contra mi chaqueta, dijo: —Mami, tráeme un llavero del aeropuerto.

—Lo haré, cariño —susurré, con el corazón doliéndome—. Te amo.

—Yo también te amo.

Meghan me abrazó en la acera, susurrando: —Tú puedes con esto. Solo... respira.

Y después de eso estoy en el auto, con el motor zumbando y las manos temblando.

Para cuando llego a Midtown, mis nervios son un cable de alta tensión. Sé que la reunión de Jake con Gen termina al mediodía. Son apenas las 11:30 cuando entro en el lobby de Price Capital, pero no me importa. El guardia de seguridad me reconoce, asiente cortésmente y me indica que pase. Mis tacones resuenan sobre el mármol, un sonido que no había oído en semanas.

Nuestro piso huele igual —a café, a tóner de impresora, a perfume caro—, pero se siente como si hubiera pasado otra vida desde la última vez que estuve aquí. Mi antiguo escritorio está exactamente como lo dejé: ordenado, impersonal, esperando. El escáner de la credencial todavía funciona. Dejo mi bolso, abro mi computadora e intento concentrarme en mi bandeja de entrada para mantener las manos ocupadas.

Apenas logro revisar dos correos electrónicos antes de escuchar su voz.

Grave. Autoritaria. Lo suficientemente familiar como para dejarme sin aliento.

—Gen, esa no es la cifra final y lo sabes —dice mientras camina por el pasillo, terminando la llamada—. Envía el archivo actualizado

antes del mediodía de mi zona horaria o descartamos al proveedor por completo.

La línea se corta.

Luego, silencio.

Cuando levanto la vista, él está allí parado.

Y por un segundo, no se mueve. Solo se me queda mirando, con sus ojos recorriéndome como si no pudiera creer del todo que soy real.

—Cariño —dice al fin, con la voz más ronca de lo que la recordaba.

Eso me desarma por completo. Me pongo de pie, mientras todas las excusas se evaporan.

Cruza el espacio entre nosotros en tres zancadas. —¿Qué haces aquí? ¿Cuándo volviste? —Sus preguntas se mezclan, saliendo atropelladas por la incredulidad, y abro la boca para responder—

—pero entonces sus manos están en mi cara, su boca sobre la mía.

El mundo se inclina.

Toda esa distancia, toda esa moderación, se consume en un latido. Sabe a café y a algo más oscuro, a todo lo que he estado extrañando. Sus manos están firmes en mi cintura mientras me hace retroceder hacia su oficina, y apenas rompe el beso el tiempo suficiente para empujar la puerta de cristal.

Se cierra con un clic detrás de nosotros.

Me besa como si estuviera hambriento. Como si las últimas dos semanas hubieran sido años. No puedo dejar de temblar, no puedo dejar de aferrarme a su chaqueta, con mis dedos hundiéndose en la tela mientras trato de memorizar la sensación de él nuevamente: el calor, el peso, la forma en que exhala contra mis labios.

—Jake... —susurro, sin aliento.

Se separa lo justo para mirarme. —No deberías sorprender a un hombre así. Casi me das un ataque al corazón.

—Lo siento —murmuro, aunque estoy sonriendo a pesar de todo, con el pulso acelerado.

Él me observa. —Estás aquí. En mi oficina.

—Quería darte una sorpresa.

—Lo hiciste. —Él ríe suavemente, con la frente contra la mía—. Dios, te extrañé.

—Yo también te extrañé.

Nos quedamos así por un largo segundo, respirándonos el uno al otro. La tensión que ha estado acumulada entre nosotros durante semanas se siente frágil ahora, como un hilo estirado al límite.

Cuando finalmente retrocede, su mirada me recorre lenta, reverente, y puedo notar que está tratando de interpretar lo que esto significa. Si vine solo para verlo... o si hay algo más grande detrás.

Me pasa un pulgar por la mandíbula. —Dime qué está pasando.

—Me enteré de la conferencia en Singapur —digo, con la voz más firme de lo que esperaba—. Quería preguntarte si me necesitabas allá. Puedo encargarme de la logística, de los resúmenes para los inversionistas, de todo.

Su ceño se frunce, en un punto entre la sorpresa y la preocupación. —¿Quieres venir conmigo?

—Sí. Si me dejas.

Él exhala, con una media sonrisa curvando sus labios. —Olivia, no necesitas mi permiso.

—Lo sé —digo suavemente—, pero quería preguntarte de todos modos.

Su expresión se suaviza de nuevo y algo tierno parpadea en sus ojos. —Entonces sí. Me gustaría mucho.

El alivio que me inunda casi hace que me fallen las rodillas.

Él todavía no lo sabe. No tiene idea de que este viaje es más que trabajo para mí. Que es el lugar que he elegido para contarle la verdad sobre Henry.

Por ahora, simplemente dejo que me sostenga de nuevo, mientras el calor de su cuerpo me da seguridad.

—Pensé que habías dicho que te quedarías en casa esta semana —murmura.

—Lo iba a hacer —susurro—. Pero cambié de opinión.

Él ríe contra mi piel, bajo y tranquilo. —Recuérdame que le agradezca a lo que sea que te haya hecho cambiar de opinión.

Apoyo mi frente contra su pecho, sintiendo su corazón latir rítmicamente bajo mi palma. Por primera vez en semanas, siento que puedo respirar de nuevo.

Aun así, en el fondo de mi mente, la verdad aguarda. Las palabras que he ensayado una y otra vez. *Tengo algo que decirte, Jake. Eres el padre de Henry.*

Pero no aquí. Todavía no.

Por ahora, me permito existir en este momento: sus brazos rodeándome, su aliento contra mi cabello, el aroma a cedro, lino limpio y todo lo que he extrañado.

Porque mañana, el mundo podría cambiar.

Mañana, es posible que él me mire de manera diferente.

Mañana, podría perder al hombre que amo.

Pero hoy... hoy, todavía es mío.

Y eso tiene que ser suficiente.

El día transcurre lentamente, lleno de logística y reuniones, pero por una vez no me importa.

Me siento frente a Jake en la sala de conferencias con paredes de cristal, con mi computadora abierta, mientras el brillo azul de la hoja de cálculo se refleja en su reloj de pulsera. Hemos pasado horas revisando diapositivas de presentaciones, cronogramas de envíos, cifras proyectadas para inversionistas y contratos de la sucursal de Singapur.

—Esta mesa redonda es principalmente para reintroducir las asociaciones de Price Capital en Asia —dice, con los ojos escaneando el archivo que acabo de actualizar—. Han pasado algunos años desde la última vez que me reuní con Tan o con el grupo Evermont en persona. Gen quiere que presente el modelo de expansión directamente. Quiero mostrarles estabilidad.

—Estabilidad —repito, escribiendo la palabra en mis notas—. ¿En cuanto a sucesión, estructura o...?

Él levanta la vista, con una comisura de la boca curvándose hacia arriba. —Todo lo anterior. Necesitan ver que tenemos la infraestructura para expandirnos de manera responsable. Y que los rumores de que mi liderazgo es «poco ortodoxo» son exagerados.

Me muerdo una sonrisa. —¿Te refieres a los rumores de que realmente tratas a tus empleados como humanos?

Él se ríe, con un tono bajo y cálido. —Exactamente esos.

El aire entre nosotros se suaviza. Él está relajado hoy, menos CEO y más Jake. De vez en cuando, cuando nuestros dedos se rozan sobre el mismo documento, puedo sentir de nuevo esa corriente eléctrica entre nosotros.

Repasamos la agenda de inversionistas línea por línea. Hablar con él así —profesionalmente, seriamente— me hace recordar cuánto amo esta parte de nosotros también. Bajo todo el calor y el caos, hay algo real y funcional. Somos un equipo.

A las cinco y media, finalmente cerramos nuestras computadoras.

Jake se recuesta en su silla, frotándose las sienes. —Me estás salvando la vida, ¿lo sabes?

—Solo estoy haciendo mi trabajo.

Él abre un ojo, sonriendo con suficiencia. —Estás haciendo mucho más que eso.

Cierro mi libreta antes de que pueda verme sonrojar. —Entonces, ¿a qué hora debo verte en el aeropuerto mañana?

Él sacude la cabeza. —No te preocupes por eso. Te recogeré a las siete y nos iremos juntos. Me aseguraré de que todo esté bajo control.

Vacilo, con los dedos jugando con el borde de mi libreta. —En realidad... traje mi maleta conmigo.

Sus ojos se levantan bruscamente, con curiosidad.

—Pensé que tal vez podríamos pasar la noche juntos —añado rápidamente—. Antes de irnos. Solo... nosotros.

Por un instante, él no habla. Luego, toda su cara se ilumina con esa rara sonrisa de niño que lo hace parecer años más joven. —Bromeas. ¿Hablas en serio?

Asiento, un poco tímida.

Él se aleja de la mesa y camina hacia mí hasta quedar justo al lado de mi silla. —No tienes idea de cuántas ganas tengo de arrastrarte directamente a Recursos Humanos ahora mismo y solicitar alguna excepción ridícula para cada política de la empresa.

Me río, el sonido se me escapa antes de que pueda evitarlo. —Mejor no hagamos eso.

Él se inclina, con voz más suave. —Extrañaba esto. Te extrañaba a ti.

Se me oprime el pecho. —Entonces recuperemos el tiempo perdido esta noche.

Él acaricia mi mandíbula con el pulgar, con la mirada fija en la mía. —¿Qué quieres hacer?

No lo pienso. Solo me acerco a él, levantándome de la silla y besándolo hasta que mi corazón amenaza con estallar entre mis costillas. Cuando me separo, mi voz es baja pero segura. —Tiempo al desnudo. Servicio de habitación.

Su risa retumba contra mi boca. —Tus deseos son órdenes.

Y así es como terminamos en el asiento trasero de su auto, con las luces de la ciudad parpadeando sobre las ventanillas mientras nos conduce hacia el tipo de hotel que parece demasiado perfecto para ser real. El letrero del frente brilla en plateado contra el cielo nocturno: The Penfield. Es el tipo de lugar donde el personal recuerda tu nombre incluso antes de que lo digas.

Jake le entrega las llaves al valet, con la palma apoyada en la parte baja de mi espalda mientras caminamos por el vestíbulo. Todo reluce: mármol blanco, candelabros, música suave de piano de fondo. Capto nuestro reflejo en las puertas espejadas del ascensor: yo con mi vestido de trabajo, el cabello suelto, los ojos aún llenos de incertidumbre; él, increíblemente seguro de sí mismo, pero sonriendo como si tuviera el universo en su bolsillo.

Cuando llegamos a la suite, desliza la tarjeta y se hace a un lado para dejarme pasar primero.

Es impresionante. Ventanales de piso a techo con vistas al resplandeciente perfil de la ciudad, y hay un balcón privado, un bar de cristal con botellas cuyos nombres no puedo pronunciar y una cama que parece sacada de un sueño.

—Jake —susurro—. No tenías que...

—Quería hacerlo —dice simplemente—. Tenemos toda la noche, y luego podemos irnos por la mañana. Solo nosotros. Sin reuniones. Sin interrupciones.

Me vuelvo hacia él, sonriendo levemente. —Está bien.

Pero en mi cabeza, el pensamiento parpadea: *Es esto. La última noche antes de que todo cambie.*

Mañana se lo diré. Mañana le hablaré de Henry. Pero esta noche, solo quiero recordar qué se siente amarlo libremente.

Él sigue junto a la puerta, mirándome como si estuviera memorizando la escena. —Parece que estás pensando en un millón de cosas.

—Tal vez solo en una —digo suavemente.

—¿En qué?

—En que te extrañé.

Se acerca a mí en dos pasos, deslizando sus manos por mis costados hasta que vuelvo a quedarme sin aliento. Cuando me acerco, con mis labios rozando su oreja, susurro: —Déjame compensártelo.

Y, antes de acobardarme, me arrodillo.

Su respiración se entrecorta, brusca y sobresaltada. —Liv... ¿qué estás haciendo?

Lo miro, y las palabras salen de mí antes de que pueda detenerlas. —Sabes lo que estoy haciendo, mi amor.

En el momento en que esa palabra se me escapa, *amor*, el aire en la habitación cambia. Sus pupilas se dilatan. Los músculos de su mandíbula se tensan. Susurra mi nombre una vez, bajo y reverente, antes de que sus manos busquen mi rostro y sus pulgares acaricien mis mejillas, con ternura pero con urgencia, mientras escudriña mis ojos.

La tenue lámpara de la habitación del hotel proyecta sombras doradas sobre nosotros, con la cama tamaño king asomando detrás de él como una invitación. Todavía llevo mi uniforme de asistente: una blusa blanca impecable metida dentro de una falda lápiz hasta la rodilla, medias que abrazan mis piernas y los tacones que me quité antes junto a la puerta. Jake está allí con sus pantalones de traje y la camisa medio desabotonada, la corbata descartada hace rato, con su ancho pecho subiendo y bajando rápidamente.

—He deseado esto —murmuro, con los dedos temblorosos mientras busco la hebilla de su cinturón. El cuero susurra mientras lo

desabrocho y el metal tintinea suavemente en el espacio silencioso. Sus manos se aprietan sobre mi rostro, pero no me detiene. En cambio, observa, con la respiración entrecortada cuando suelto el cinturón y lo dejo caer sobre la alfombra.

Mis palmas presionan contra sus muslos, sintiendo el músculo firme bajo la tela. Me inclino hacia adelante y rozo con la nariz el bulto que presiona contra su cremallera. Él gruñe, bajo y ronco, y su miembro se estremece bajo mi tacto. Con mano firme, desabrocho el botón y bajo el cierre; el sonido resuena como una promesa.

Sus calzoncillos se tensan obscenamente, con una mancha húmeda floreciendo donde el líquido preseminal empapa la tela. Lo muevo a través del fino algodón, sellando mis labios sobre el contorno de su grueso tronco. Sabe salado a través de la tela, y tarareo contra él, la vibración arrancándole una maldición de los labios.

—Liv —raspa, hundiendo los dedos en mi cabello, no tirando sino guiando. Engancho mis dedos en su pretina y le bajo los pantalones y los calzoncillos de un solo movimiento. Su miembro queda libre, pesado y venoso, con el glande enrojecido y brillando de excitación. Oscila a centímetros de mi rostro, y su aroma almizclado llena mis sentidos.

Rodeo la base con mi mano, dándole una caricia, sintiendo sus pulsaciones. Luego me acerco y paso la punta de mi lengua por la ranura, recogiendo la gota de pre-cum. Jake sisea, empujando las caderas hacia adelante. —Mierda, sí.

Lo tomo en la boca, con los labios estirándose alrededor de su grosor. Es grueso, me llena la boca por completo mientras me muevo hacia adelante, succionando con las mejillas hundidas. La saliva se acumula rápidamente y gotea por su tronco mientras lo introduzco más profundamente, con la lengua girando por la parte inferior.

Es sucio desde el principio; el sonido de las succiones llena la habitación y una arcada me sube por la garganta cuando la golpea. Me retiro, con hilos de saliva conectando mis labios con su miembro, y luego me sumerjo de nuevo, más rápido. Mi mano libre acuna sus testículos, haciéndolos rodar suavemente, sintiendo cómo se tensan.

—Dios, Olivia, esa boca —gruñe, afianzando el agarre en mi cabello. Lo miro, con los ojos llorosos, tarareando alrededor de su miembro. La vibración hace que se estremezca, y me atraganto un poco, con la saliva derramándose por mi barbilla hasta la blusa.

Me separo con un chasquido, jadeando, mientras mi mano lo masturba de forma resbaladiza. —JP —susurro, y el apodo se me escapa como un secreto. Su miembro se sacude con fuerza en mi puño ante el sonido. Sus ojos se oscurecen y aprieta la mandíbula.

—Dilo otra vez —exige, con voz ronca.

—JP, por favor —suplico, antes de tragarlo una vez más. Succiono con más fuerza, moviendo la cabeza frenéticamente, la saliva cubriendo sus testículos mientras le hago una felación profunda. Todo se vuelve un desastre húmedo: mis labios hinchados, la barbilla brillante, su tronco reluciente.

Ahora empuja superficialmente, penetrándome la boca con movimientos controlados. —Eso es, tómalo todo. —Sus testículos se contraen y siento cómo se inflama. Con un gemido gutural, se viene, y chorros calientes me inundan la boca. Trago con avidez, pero algo se me escapa, bajando por la garganta.

—Trágate cada gota, *nena* —gruñe, manteniendo mi cabeza en su lugar hasta que termina. Lo hago, tragándolo todo, con el amargor salado persistiendo en mi lengua. Se retira lentamente, con el miembro ablandándose, pero todavía temblando.

Jadeando, me levanta, aplastando su boca contra la mía. Siento mi sabor en él —no, su sabor en mí— y a él no le importa, su lengua profundizando el beso. Sus brazos rodean mi cintura, levantándome sin esfuerzo. Mis piernas envuelven sus caderas mientras me lleva a la cama, recostándome suavemente sobre las sábanas frescas.

Se cierne sobre mí, con los ojos ardiendo. —Mi turno. —Sus manos se encargan rápidamente de los botones de mi blusa, abriéndolos para revelar mi sostén de encaje. Aparta la tela y su boca se prende de mi pecho, succionando el pezón a través del encaje hasta que queda erecto y dolorido.

Me arqueo, gimiendo. —Jake... JP...

Él gruñe contra mi piel, rozándome con los dientes. Luego baja más, bajando la cremallera de mi falda y quitándomela junto con mis

bragas. Mis medias se quedan puestas, las ligas chasquean mientras separa mis muslos. Estoy empapada, mis labios vaginales brillan, mi clítoris late.

—Mírate —murmura, con el aliento caliente sobre mis pliegues. Su lengua recorre mi hendidura, lamiendo mi excitación en una larga caricia. Grito, apretando las sábanas con los dedos. Se sumerge, sus labios sellándose sobre mi clítoris, succionando con firmeza mientras su lengua se mueve sin descanso.

Es intenso; su barba roza la parte interna de mis muslos mientras me devora como un hombre hambriento. Dos dedos empujan hacia adentro, curvándose para golpear ese punto exacto, moviéndose al ritmo de sus succiones. Mis caderas se agitan, buscando la presión que aumenta en mi vientre.

—JP, oh Dios —jadeo, mis muslos aprisionando su cabeza. Él tararea, y la vibración lanza chispas a través de mí. Su mano libre inmoviliza mi cadera, manteniéndome firme mientras me devora, su lengua penetrando mi canal y volviendo luego a mi clítoris.

Me quiebro; mi orgasmo se estrella sobre mí, mi vagina apretándose alrededor de sus dedos mientras lo inundo. Él lame todo el fluido, prolongando las ondas hasta que quedo temblando y supersensible.

Pero no ha terminado. Se levanta, quitándose el resto de su ropa, con su miembro endureciéndose de nuevo. Se posiciona en mi entrada, con los ojos clavados en los míos. —¿Lista para mí?

—Sí, por favor —suplico, envolviéndolo con mis piernas.

Él empuja hacia adentro, lento al principio, estirándome centímetro a centímetro. Estoy llena; su grosor me abre de la mejor manera. Una vez dentro, empieza a moverse: embestidas profundas de rotación que golpean cada nervio.

—Mierda, estás tan estrecha —gruñe, acelerando el paso. La cama cruje bajo nosotros, el sonido de la piel golpeando resuena mientras me embiste con más fuerza. Respondo a cada una de sus estocadas, con mis uñas arañando su espalda.

—Más fuerte —le ruego, y él obedece, chocando contra mí con una fuerza que deja huella. Su mano se desliza entre nosotros, el

pulgar frotando mi clítoris, y la doble sensación aumenta rápidamente.

Llego al orgasmo otra vez, mis paredes vaginales flaquean, pero él no se detiene. Me penetra a través de él, implacable, angulándose para golpear mi punto G con cada inmersión. Las lágrimas asoman a mis ojos por la intensidad; el placer bordea el dolor.

—Jake... es demasiado —sollozo, pero mi cuerpo me traiciona, levantando las caderas por más.

—Puedes soportarlo —me tranquiliza, besando mis lágrimas incluso mientras empuja más profundo. El sudor lubrica nuestros cuerpos, la habitación se llena de nuestros jadeos y los sonidos húmedos de él enterrándose en mi sexo.

Otro orgasmo me atraviesa, más fuerte, y grito, las lágrimas fluyendo mientras mi cuerpo convulsiona. Él me sigue segundos después, gruñendo mi nombre, su miembro pulsando mientras me llena de semen caliente.

Colapsamos, jadeando, su peso es una presión reconfortante. Pero todavía está semirrígido dentro de mí, y después de un momento, se retira suavemente y me toma en sus brazos.

—Ducha —murmura, llevándome al baño de la suite. La puerta de vidrio se empaña mientras abre el agua caliente y el vapor se desprende.

Me deja bajo el chorro de agua, uniéndose a mí, con nuestros cuerpos relucientes. Sus manos enjabonan mi piel, lavando mis pechos y luego deslizándose entre mis piernas para limpiar el rastro de nuestro encuentro.

Me doy la vuelta, apoyándome contra él, sintiendo que su miembro se endurece de nuevo. —¿Más? —susurro, acariciándolo con la mano.

—Siempre —responde él, levantando una de mis piernas para apoyarla en su cadera. Me penetra lentamente esta vez, el agua cayendo sobre nosotros mientras se balancea profundamente.

Es más lento, más íntimo; su boca en mi cuello, mordiendo suavemente, sus manos por todas partes. Me aferro a él, gimiendo mientras presiona, el vapor haciendo que todo sea más resbaladizo.

—JP, sí —susurro, y sus embestidas se vuelven más rápidas, el agua salpicando. Él baja la mano, sus dedos rodeando mi clítoris, y vuelvo a deshacerme, estremeciéndome contra los azulejos.

Él me sigue, derramándose dentro de mí con un gruñido ahogado contra mi hombro. Nos quedamos así, unidos, hasta que el agua se enfría.

*

Más tarde, cuando ambos estamos envueltos en batas de hotel, sentados con las piernas cruzadas en la cama rodeados de platos tapados y champán, no puedo recordar la última vez que me sentí tan completa, tan viva. La noche se extiende a nuestro alrededor como un secreto que no tenemos que esconder.

El cabello de Jake está húmedo por la ducha, rizándose ligeramente en las puntas. Sonríe mientras pincha un trozo de filete de la bandeja que hay entre nosotros. —Esta podría ser la mejor noche de la historia —dice entre bocado y bocado.

Me río suavemente, sacudiendo la cabeza. —No. La mejor noche de la historia fue el día que te conocí.

—¿Sí? —bromea él, con los ojos cálidos.

—Aja. —Alcanzo mi copa, agitando el champán pálido—. El día que te conocí lo cambió todo.

Su expresión se suaviza. —Ese también es uno de mis momentos favoritos.

Dejo la copa, mirándolo, mirándolo de verdad. —Pero el día que tuve a Henry... esa fue la mejor noche de la historia. Dolorosa, aterradora, pero hermosa. Fue la noche en que me convertí en otra persona.

Ahora está callado, observándome, escuchando como si cada palabra importara.

—Y esta noche —susurro—, esta noche con el hombre que amo... también es la mejor noche de la historia.

Por un instante, la habitación se queda inmóvil. Puedo oír mi pulso, mi respiración y el tenue zumbido de la ciudad más allá de la ventana.

No me hace esperar. Me busca, acunando mi rostro, su voz un susurro contra mi piel. —Yo también te amo, Olivia.

El sonido de mi nombre en su boca —suave, pausado y lleno de certeza— vuelve a desarmarme.

Me besa, lento y tierno, el tipo de beso que no quema sino que sana. Es todo lo que he deseado durante tanto tiempo: el calor, la pertenencia, la promesa silenciosa.

Cuando se separa, su frente descansa contra la mía. —Eres mía esta noche —murmura—. Sin reuniones. Sin vuelos. Solo nosotros.

—Ya contaba con eso —susurro.

Él sonríe, recorriendo mi mandíbula con el pulgar. —Bien. Porque no creo que pueda dejarte ir todavía.

Cierro los ojos, grabando las palabras en mi memoria. Porque sé que, cuando la verdad salga a la luz, cuando todo inevitablemente se desmorone, esta será la noche que reviviré una y otra vez.

La noche en que dijo que me amaba.

La noche antes de que todo cambiara.

Capítulo 29

Jake

Lo primero que noto cuando despierto es el silencio.

No hay teléfono vibrando, ni recordatorios del calendario gritándome, ni Max llamando para preguntar si ya revisé el envío de granos o el diseño de PR. Solo silencio—y ella.

Olivia duerme boca abajo, el cabello desparramado sobre la almohada, una mano acurrucada contra mi pecho. La luz de la mañana le roza la cara y le pinta la piel de dorado. Podría mirarla para siempre. Es ridículo lo en paz que me siento con solo tenerla aquí, en esta cama, en mis brazos.

Esto—esto era lo que no sabía que me hacía falta.

Durante años me repetí que el trabajo era suficiente. Construye el imperio, compra las casas, cierra los tratos, mantente en movimiento. Pero en cuanto ella suspira quedito en sueños, todo en mí se queda quieto.

Quiero esto cada mañana. La quiero a *ella* cada mañana.

Se mueve un poco, le tiemblan las pestañas, y cuando me mira, su sonrisa es lenta, somnolienta y devastadora. —Buenos días —susurra.

—Buenos días, nena. Mi voz sale áspera.

Mira el reloj y gime quedito. —Tu vuelo es en unas horas.

—*Nuestro* vuelo —la corrijo, apartándole un mechón de la cara—. Vienes conmigo.

Sonríe, pero con timidez. —Aún se siente irreal.

Me inclino y le beso la frente. —No estás soñando. Aunque, si lo estuvieras, me gustaría pensar que I'm la parte buena.

Se ríe bajito. —Definitivamente te tienes demasiada fe.

Sonrío y le doy otro beso en el hombro antes de obligarme a levantarme. Mi piloto, Greg, me escribió hace media hora: las revisiones finales del jet están listas, el combustible a tope, el plan de vuelo autorizado. Despegamos de Teterboro a las nueve.

Mientras I’m abotonándome la camisa, Olivia se incorpora sobre las almohadas y toma el teléfono. Está llamando a su familia—FaceTime.

—Hola, peque —dice, y la ternura en su voz me hace doler el pecho.

La carita de Henry llena la pantalla, con una sonrisa tan grande que me tuerce el corazón. Lo he visto una o dos veces, de pasada, pero nunca así. No cuando I’m en su cama, oyendo el amor en su voz.

—¡Mami! ¡Mira lo que Caleb me hizo!

Caleb aparece detrás de él, levantando lo que parece un panqueque con forma de dinosaurio. —Campeón del desayuno por aquí —bromea.

Meghan saluda desde la barra de la cocina, tomando café. —¡Hey, Olivia! ¡Hola, misterioso hombre boss al que no podemos ver!

Olivia se ríe y me mira. —Dicen que hola.

Asiento hacia el teléfono. —Hola, chicos.

La voz de Caleb suena por el altavoz. —¿El *Jake Price*?

—Solo Jake —respondo, divertido.

—Bien. Pues, «Solo Jake», gracias por darle tiempo libre a mi hermana. Henry está feliz de tenerla cerca.

—Cuando sea —digo con sinceridad.

Cuando la llamada termina, ella sigue sonriendo. Quiero besarle esa expresión hasta borrársela, pero si lo hago, vamos a miss el vuelo. Así que agarro las maletas, pido el auto y salimos.

*

Greg nos recibe en la pista. Lleva seis años volando para mí: constante, eficiente y leal. —Buenos días, sir. Ms. Blake.

Olivia se ve un poco abrumada por todo. El jet plateado y pulcro brilla bajo el sol, la tripulación ya prepara la cabina. Entrelazo mi mano con la suya. —¿Estás bien?

Asiente, pero tiene los ojos bien abiertos. —Es que... es mucho. ¿De verdad vives así?

Sonrío apenas. —Te acostumbras.

—Mmm. Creo que me quedaré con los vuelos comerciales.

—Ni lo sueñes —murmuro mientras la ayudo a subir los escalones.

Adentro, el aire huele levemente a cedro y cuero. Pasa los dedos por las costuras de los asientos como si tocara algo sagrado. Tomo su bolsa y la guardo antes de servirnos café a ambos.

Ya en el aire, pega la cara a la ventana y mira las nubes.

—¿Cuánto dura el vuelo otra vez? —pregunta.

—Dieciocho horas, más o menos. Haremos escala para reabastecer en Zúrich.

Abre los ojos de par en par. —¿Dieciocho?

—No te preocupes. Hay una cama atrás, una ducha, Wi-Fi, películas... ni lo vas a sentir.

Se da vuelta, arqueando una ceja. —¿Una cama?—

Sonrío. —Solo por motivos profesionales, por supuesto.—

Me da un golpecito en el brazo, riéndose, y luego recoge las piernas debajo de sí, y habla de la presentación que quiere revisar, del vestido que empacó para la cena de la noche y del esquema del proyecto que está finalizando. Yo solo escucho.

Las horas se derriten así. De vez en cuando, se queda dormida contra mi hombro. Greg se reporta por el intercomunicador, y el zumbido de los motores se vuelve ruido blanco.

Para cuando aterrizamos en Singapur, ya es de tarde. El aire afuera es denso y cálido, con aroma a lluvia y especias.

Nuestro hotel es una maravilla—towers de vidrio que reflejan las luces de la ciudad, piscinas infinitas que parecen derramarse en el horizonte. La suite que nos dieron es impresionante: dos balcones, un baño de mármol, paredes gris suave y una vista del puerto que podría hacer creer en la magia a cualquiera.

Ella está deshaciendo la maleta mientras I’m en una llamada rápida con Gen, poniéndolo al tanto de nuestra llegada. Cuando cuelgo, la encuentro de pie sobre su maleta abierta, frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa?—

Levanta la mirada, apenada. —Empaqué como cinco pares de tacones y todos son negros. Mi vestido de esta noche es color champaña, y va a chocar.—

No puedo evitar reír. —Trágico.—

—¡No es gracioso! —dice, medio riéndose—. ¡Pensé que estaba preparada!—

—Vamos —digo, arrojando mi saco sobre una silla—. Iremos de compras. Hay un centro comercial a dos cuadras.—

—Tienes trabajo —me recuerda—.—

—Tengo a una mujer preciosa que necesita zapatos nuevos —contraataco—. Eso se siente como prioridad.—

Se ríe, negando con la cabeza, pero me sigue de todos modos.

Pasamos la tarde caminando por los pasillos climatizados de Marina Bay, con la luz del sol filtrándose por techos de vidrio. Se prueba tacones, me molesta por las etiquetas de precio, y compra helado a un vendedor ambulante aunque le advierto que se va a derretir en treinta segundos. Está radiante: el cabello recogido, las mejillas encendidas, los ojos iluminados como si estuviera viendo el mundo por primera vez.

En un momento, pasamos junto a una familia: dos padres, un niñito sentado en los hombros de su dad. Olivia los observa en silencio, sonriendo.

—Me encantaría tener un viaje así con Henry —dice en voz baja —. Universal Studios, el acuario, todo. Se volvería loco.—

—Entonces hagámoslo realidad —digo sin pensar.—

Me mira, desconcertada. —Jake...—

—I'm serio —le digo—. Lo traeremos la próxima vez. Me encantaría.—

Algo titila en sus ojos, y por un segundo, no logro descifrarlo. ¿Tristeza? ¿Miedo? ¿Gratitud?

—De verdad debiste quedarte en el hotel a trabajar —murmura. —

Sonrío. —Pasar tiempo contigo es mi cosa favorita en el mundo. —

Y por una vez, lo digo con tanta certeza que me olvido de que hay un mundo fuera de ella.

*

A las seis y media, estamos de vuelta en la suite. Ella está en el baño arreglándose mientras I'm ajustando mi corbata. Cuando sale, olvido cómo respirar.

Su vestido es del color de un champaña suave, de cuello halter que deja los hombros al descubierto. Su piel resplandece contra la tela, y los zapatos nuevos —plateados, con tiras, perfectos— hacen que sus piernas parezcan interminables.

—Guau —digo en voz baja—. Te ves...—

—No digas perfecta —me interrumpe, sonrojándose.—

Sonrío. —Iba a decir ilegal.—

Pone los ojos en blanco, pero puedo ver la sonrisa que intenta contener. —Tú tampoco te ves nada mal.—

Camino hacia ella, enderezando el broche de su collar. —¿Segura que quieres ir a esto? I'm a dos segundos de llamarle a Gen y decir que me dio gripe.—

Se ríe quedito. —No puedes. Tienes que ir.—

—Tiénsame.—

Suspira, y su sonrisa se vuelve algo más tierno. —¿Jake?—

—¿Sí?—

Su voz es queda, frágil. —Te amo tanto. Nunca lo olvides, ¿sí?—

Dejo de respirar por un momento. Sus palabras me golpean más fuerte de lo que ella podría imaginar.

La tomo, y le rozo la barbilla con el pulgar hasta que alza la vista hacia mí. —Hey —murmuro—. No lo voy a olvidar. Ni aunque lo intentara.—

Asiente, y puedo ver que se está guardando algo, una tormenta de emociones a la que no quiere ponerle nombre.

Así que hago lo único que se me ocurre. La beso.

Es lento, profundo, y me ancla.

Se separa al cabo de un momento, con los ojos brillantes. —Vas a terminar con labial por todas partes.—

—No me importa, mi amor —susurro.—

Y entonces la beso de nuevo, sin importarme si mañana toda la sala de juntas se entera.

Porque, ahora mismo, ella es lo único que importa.

*

El salón de baile brilla como una joya. Candelabros dorados. Un mar de esmóquines. El murmullo bajo de risas caras que rueda sobre el tintinear de copas de champaña. Singapur no hace nada a medias, y esta noche no es la excepción.

Llegamos elegantemente tarde—algo que jamás admitiré que fue intencional—. La mano de Olivia es suave sobre mi brazo, su perfume un secreto callado entre nosotros. Cada mirada que se vuelve hacia ella me dan ganas de rodearle la cintura con más fuerza. Lleva el mismo vestido color champaña de antes, el cabello recogido, con unos mechones enmarcándole el rostro. Dios, está radiante.

—Mr. Price —llama alguien, y en seguida vuelvo al modo negocios. Gen nos hace señas, rodeado de miembros del consejo, inversionistas, dos delegados gubernamentales de comercio y algunas caras conocidas de Londres. Max está entre ellos, con una sonrisa, ya a mitad de una conversación sobre granos de café y cadenas de distribución.

—Jake —dice, estrechándome la mano y luego volviéndose hacia Olivia—. Debes ser la misteriosa asistente de la que no dejo de oír hablar.

Olivia se ríe quedito y le ofrece la mano. —Ya no tan misteriosa, supongo.

—Es más que mi asistente —digo antes de poder detenerme—. Ella es Olivia Blake—mi novia.

La palabra se siente bien en mi boca. Como si hubiera estado esperando años para ser pronunciada.

Olivia alza la vista hacia mí, primero sorprendida y luego sonriendo. Solo esa sonrisa hace que el resto de la noche valga la pena.

Pasamos la siguiente hora socializando. Los discursos son breves; el hacer contactos, largo. Hay un zumbido en el aire que solo aparece cuando el dinero y la ambición chocan: acuerdos susurrados sobre vino, asociaciones prometidas entre sonrisas. Olivia se mueve

por ahí con facilidad, segura pero humilde, hace preguntas inteligentes y encanta a todo el que conoce.

En un momento sorprendo a Max mirándola, con una expresión de aprobación tranquila. —Lo hiciste bien, amigo —murmura cuando ella se aparta para ir por otra bebida.

—Sí —digo en voz baja—. Lo sé.

Vuelve con champaña para los dos, las mejillas encendidas por el calor y la atención. —Estás en tu elemento —me provoca.

—No mucho —murmuro—. I'm en *el mío* cuando estás a mi lado.

Ella se ríe quedito y me toca la corbata. —Cuidado, Mr. Price. Te estás poniendo sentimental.

Antes de que pueda responder, oigo mi nombre otra vez. —¿Jake?

La voz me hiela algo por dentro. Me vuelvo—y ahí está.

Claire Masters.

Se ve casi exactamente igual. El mismo cabello rubio y pulcro, la misma sonrisa calculadora. Tal vez unas líneas alrededor de los ojos ahora, pero todavía irradia esa confianza tersa e intocable que en su momento tenía a toda sala de juntas pendiente de cada una de sus palabras.

—Claire —digo, correcto pero frío—. No esperaba verla aquí.

—Bueno, los negocios no duermen —dice con un encogimiento de hombros—. I'm asesorando a Horizon ahora. De hecho, se están asociando con su equipo. El mundo es un pañuelo.

—Pequeño y, al parecer, inevitable —respondo.

Sus ojos se van por un instante a Olivia. —Y esta debe ser... ¿la nueva asistente?

—Mi novia —corrijo, parejo.

Hay un destello de sorpresa, y luego cálculo. Claire le ofrece la mano, toda sonrisas. —Ah. Claro. De hecho nos conocimos una vez, ¿no es así? En el restaurante de Midtown, hace como dos meses.

Olivia asiente, tratando de ubicarla. —Sí, cierto. Ya me acordé.

La sonrisa de Claire se ensancha, pero hay algo afilado debajo. —Debo decir que fue una noche intensa. Pero se fue antes del postre, ¿verdad? Una lástima. La conversación se puso... interesante.

Siento a Olivia ponerse rígida a mi lado. Bajo la mirada hacia ella, pero intenta mantener la compostura.

Claire se inclina apenas, con una voz melosa pero letal. —Sabe, luego me topé con su niñito. Henry, ¿verdad? Adorable. Se parece *igualito* a—

Sus palabras se detienen ahí, pero la mirada que me lanza termina la frase por ella.

El pecho se me paraliza.

—¿Qué dijo? —pregunto en voz baja.

Claire parpadea con inocencia. —Oh, I'm sorry, supuse que lo sabía. Es suyo, ¿no? Solo caí en cuenta cuando los vi a ambos en aquel restaurante. Los ojos, la sonrisa... es asombroso.

El sonido del salón desaparece. La música, las conversaciones, todo se reduce a un rugido sordo detrás de mis sienes.

Los dedos de Olivia aprietan la tela de su vestido. Me vuelvo hacia ella despacio. —¿Liv?

Sus labios se separan, pero no sale sonido. Sus ojos van de mí a Claire, grandes y aterrados.

Ya lo sé.

—Dime que no es verdad —digo, aunque la voz apenas me sale en un susurro.

Ella me mira—de verdad me mira— y lo veo ahí, claro como el día.

La verdad.

Cinco años.

Cinco años de reuniones de trabajo, de calles de Nueva York, de encuentros fortuitos, de ella sentada frente a mí mientras yo le daba órdenes y elogios y pedazos de mí que no le daba a nadie más. Y todo ese tiempo, mi hijo existía. Mi hijo.

Doy un paso atrás. Luego otro.

—Jake —susurra—. Por favor—

Niego con la cabeza. —No. No, no lo hagas.— La garganta me arde. —Tuviste *cinco años*, Olivia. Cinco años para decírmelo. Me viste sentado frente a él y no dijiste nada.

Las lágrimas le corren por las mejillas. —Tenía miedo—

—No me importa —escupo, con la voz quebrándose de una forma que detesto—. No puedes decirme eso ahora. No puedes esconderte detrás del miedo cuando me quitaste *a mi hijo*.

Se le corta la respiración, los hombros le tiemblan.

Max aparece a nuestro lado, la confusión oscureciéndose en alarma. —¿Qué está pasando?

A duras penas puedo articularlo. —Ella... ella tiene un hijo. Henry. Es mío.

La boca de Max se abre y vuelve a cerrarse, y sus ojos van hacia Olivia. Le lee la verdad en la cara al instante.

—Ay, Liv —susurra.

Me vuelvo hacia él, forzando las palabras a través del nudo en el pecho. —Llévala de vuelta al hotel, Max. Por favor.

—Jake— —empieza Olivia, estirando la mano hacia mí.

Vuelvo a apartarme. —No.

El mundo se inclina. Siento miradas sobre nosotros, el oleaje de las curiosidades. La satisfacción de Claire me quema en el rabillo del ojo. No puedo respirar aquí adentro.

Tiro de la corbata, aflojándola como si me estrangulara. —Necesito salir de aquí.

—Jake —dice Max en voz baja—, pero I'm ya me estoy alejando.

Las puertas del salón de baile pasan borrosas. El aire frío de la noche me golpea los pulmones como un castigo. El pulso me retumba tan fuerte que duele.

Llego hasta la acera antes de que me golpee el primer pensamiento claro: *Cinco años.*

Años de cumpleaños que me perdí. Primeros días de escuela. Visitas del Ratón Pérez. Cinco años de un niño creciendo sin saber quién es su padre. Y la mujer de la que me he estado enamorando... ella lo sabía. Lo sabía, y me dejó mirar a ese niño a los ojos sin tener idea.

Me apoyo en la columna más cercana, con las manos temblando. Siento el pecho como si se me hundiera.

Intento reproducir cada momento—cada mirada, cada evasiva, cada vez que cambió de tema cuando salía Henry. ¿Cómo no lo vi? ¿Cómo pude ser tan ciego?

Luego llega la rabia.

Caliente. Afilada. Implacable.

Presiono las palmas contra mis ojos, respiro agitado. Un chofer se acerca, pregunta si necesito un aventón, pero lo aparto con un gesto. La voz me sale áspera. —Solo... dame un minuto.

La ciudad zumba a mi alrededor—autos, neón, risas—, pero me siento a kilómetros de aquí.

Esta mañana, desperté con ella en mis brazos y pensé: *Este es mi futuro.*

Esta noche, ese futuro se fue.

Lo único en lo que puedo pensar es en la cara de Henry en la videollamada, en la pantalla: cómo su sonrisa reflejaba la mía, la facilidad con la que se rió cuando le dije hola. El pecho se me aprieta hasta casi no poder respirar.

Quise una familia algún día. Me dije que no estaba en las cartas. Que hombres como yo no conseguían esa clase de calma.

Resulta que ya la tenía. Y ella me la ocultó.

Max me escribe quince minutos después: *Ya está de vuelta en el hotel. Me quedo con ella esta noche. Solo respira, hermano.*

Respirar.

No puedo.

Llamo a Greg, le digo que prepare el jet. No puedo quedarme aquí, no con las paredes cerrándose y su olor todavía pegado a mi piel.

Cuando el auto se detiene frente a mí, le echo una última mirada al edificio detrás—el salón de baile reluciente, los cristales espejados, toda la ilusión de control.

Luego subo y cierro la puerta.

Porque si me quedo un segundo más, me quiebro.

Y no puedo darme el lujo de quebrarme. No ahora. No cuando lo único que puedo ver es la cara de un niño que se parece a mí.

Capítulo 30

Olivia

La habitación del hotel se siente como la escena de un crimen.

Todo se ve exactamente igual —las cortinas corridas a medias, las sábanas aún un poco revueltas de cuando nos desplomamos después de la cena, el leve aroma de su colonia persistiendo como un recuerdo—, pero ahora todo se siente diferente. Hueco.

Max está de pie cerca del frigobar, con la mandíbula tensa. Su teléfono no deja de vibrar, pero él lo ignora. Cuando intento hablar, se me quiebra la voz.

—No quise que pasara así —digo—. Iba a decírselo. Lo juro, de verdad iba a hacerlo.

Max se gira y, por un momento, veo la misma tormenta que debe de haber dentro de Jake. Su voz es baja pero firme. —Debiste habérselo dicho hace cinco años.

—Lo sé. —Las palabras salen de mí como una confesión desgarradora—. Lo sé, lo sé, es solo que... tuve miedo, y luego no supe cómo, y simplemente siguió pasando el tiempo, y...

Él me interrumpe, exhalando con fuerza y pasándose una mano por el cabello. —Liv, ¿tienes idea de lo que le hiciste esta noche? Él ya ha pasado por un infierno. Perder personas. Ser traicionado por gente en la que confiaba. Tú eras la única persona en la que él pensaba que finalmente podía... —Se detiene, tragándose las palabras.

—Nunca quise lastimarlo —susurro. Me arde la garganta.

—La intención no borra el impacto —dice Max suavemente, y eso duele más porque es verdad.

Se sienta en el sillón frente a mí, con los codos en las rodillas. Su enojo se ha transformado en algo más silencioso ahora, pero sigue ahí, latente. —Ni siquiera me llamó después de irse. Solo le envió un mensaje a Greg para que preparara el jet y me dijo que yo me encargara de todo aquí.

Parpadeo. —¿Se... se fue?

Max asiente. —Hace una hora. Se ha ido.

Las palabras no tienen sentido al principio. Mi cerebro no logra procesarlas.

—¿Se fue? —repito—. ¿Simplemente... simplemente *se fue*?

—Olivia —dice Max, con un tono más cauteloso ahora—. Tienes que entender... él está en shock. Lanzaste una granada a su vida. Está enojado y dolido, y no sabe qué hacer con nada de esto.

Las lágrimas corren por mis mejillas. Me las limpio inútilmente. —Ni siquiera dejó que me explicara.

—¿Qué hay que explicar? —pregunta Max en voz baja—. Tuviste a su hijo, no se lo dijiste, y se enteró por *Claire Masters*, de todas las personas. ¿Sabes lo que eso le hizo? Esa mujer ya lo humilló una vez. Esta noche pudo hacerlo de nuevo.

Me presiono la mano contra la boca para no sollozar en voz alta. —No sabía que ella lo sabía. No sabía cómo ella...

—No importa cómo lo supo —interrumpe Max—. Lo que importa es que Jake lo sabe ahora. Y está destrozado.

El silencio que sigue es insoportable. Me quedo mirando el suelo, viendo la alfombra crema borrosa a través de mis lágrimas. Me duele tanto el pecho que apenas puedo respirar.

Max finalmente se pone de pie, agarra una botella de agua del frigobar y la pone a mi lado. —Bebe algo. Parece que vas a desmayarte.

La tomo, con los dedos temblándome. —¿Qué pasa ahora?

—Yo me encargaré del resto de la conferencia mañana —dice Max—. Luego pasaré por ti y te llevaré de regreso a New York. Probablemente Jake ya esté en casa para entonces.

Se me estruja el corazón. —Se fue a casa sin mí.

No responde, y ese silencio es respuesta suficiente.

Cuando Max se va, la habitación se vuelve insoportable. Cada centímetro parece habitado por fantasmas: por su voz, por el peso de lo que he hecho, por el recuerdo de sus manos recorriendo mi rostro anoche mientras me susurraba que me amaba.

Me quedo sentada en el borde de la cama por mucho tiempo, con el teléfono en el regazo, la pantalla iluminando mis manos

temblorosas. Intento llamarlo. La línea no conecta. No hay recepción, o tal vez ya me bloqueó.

Llamo de nuevo. Nada.

El dique se rompe. Me acurruco contra el respaldo de la cama, sollozando hasta que me duele el pecho.

Cuando finalmente puedo respirar de nuevo, llamo a Meghan. Es tarde allá, pero responde al primer timbrazo, con voz soñolienta pero alerta al instante.

—¿Liv? ¿Qué pasa?

El sonido de su voz me desmorona de nuevo. —Lo sabe —susurro—. Sabe lo de Henry.

Hay una pausa. —Oh, Olivia...

—Lo arruiné todo —logro decir entre sollozos—. Claire se lo dijo. En la conferencia. Frente a todos. Ni siquiera pude decírselo yo misma.

—¿Claire? —repite Meghan, incrédula—. ¿La cliente con la que dijiste que él solía...?

—Sí —digo rápidamente—. Ella.

—Dios mío.

Le cuento todo: la cena, el vuelo, la confesión, la expresión de su cara cuando se dio cuenta. Cómo simplemente... se alejó.

Meghan no me interrumpe, ni una sola vez. Cuando termino, tengo la voz destrozada.

—Sabías que tarde o temprano esto saldría a la luz —dice suavemente.

—Pensé que podría controlar el cómo —susurro—. Pensé que si esperaba el momento adecuado...

—Nunca hay un momento adecuado para algo así.

Sus palabras son amables, pero me golpean fuerte.

—¿Y si nunca me perdona? —pregunto, con la voz quebrándose de nuevo—. ¿Y si esto es todo?

—Entonces sobrevivirás —dice, con tono firme—. Pero no creo que haya terminado. Jake te ama. Uno no se aleja de eso para siempre.

—Meghan...

—No estoy diciendo que será fácil —añade—. Pero tienes que dejarlo respirar. Deja que lo procese. Le soltaste la verdad más grande de su vida. Tiene que descubrir qué hacer con ella.

Asiento aunque ella no puede verme. Siento el pecho como si estuviera lleno de grava.

—Intenta dormir, Liv —dice con ternura—. Veré cómo está Henry por la mañana. Él está bien. Caleb también. Solo... descansa.

Cuando termina la llamada, me quedo mirando el techo hasta que la borrosidad de las lágrimas hace que todo nade ante mis ojos.

Todo está en silencio excepto por el zumbido de la ciudad afuera, amortiguado por el cristal. Mi teléfono descansa en la mesita de noche, inútil. Me duele cada parte de mi ser.

Repaso todo: su voz, su rostro, la forma en que me había mirado hoy más temprano, como si yo fuera lo único en la habitación que importaba. Y ahora, yo soy la razón por la que su mundo se desmoronó.

La ironía arde.

Vine aquí para decirle la verdad, para finalmente arreglar lo que rompí hace cinco años. En cambio, hice pedazos lo que sea que habíamos empezado a construir.

Cuando finalmente logro dormitar, no es sueño; es más como si me estuviera ahogando.

*

La mañana llega pálida y gris. La lluvia no ha parado desde el amanecer. Tamborilea contra el cristal con un ritmo lento y constante, como un latido que no es el mío.

Me despierto con un mensaje de Max: *Conferencia a las 9. Pasaré por ti al mediodía. Resiste.*

Las horas pasan a rastras. Me ducho, me visto e intento comer, pero todo me sabe a nada. Cuando Max llega, se ve agotado. Tiene la corbata floja y las mangas arremangadas.

—¿Lista? —pregunta.

—Tan lista como puedo estar.

El trayecto en auto al aeropuerto es silencioso. Él no habla hasta que casi llegamos.

—Jake tampoco me responde a mí —dice finalmente—. Probablemente esté evitando a todo el mundo.

Miro por la ventana, con el pecho apretado. —No lo culpo.

—No deberías —dice Max con voz baja—. Pero deberías estar preparada para el hecho de que esto no se va a solucionar rápido. Jake no perdona a medias.

—No estoy buscando un perdón fácil —susurro—. Solo quiero que sepa que no lo hice para lastimarlo.

Max suspira. —Creo que él lo sabe. Eventualmente, lo recordará.

Abordamos el jet en silencio. El asiento a mi lado se siente incorrecto sin él allí. Su chaqueta todavía está colgada en el apoyabrazos, como si se hubiera ido con tanta prisa que la olvidó. Presiono mi mano contra la tela. Huele a él.

A mitad del vuelo, Max rompe el silencio. —¿Lo amas?

La pregunta se siente como un puñetazo. —Sí —susurro—. Más que a nada.

—Entonces no te rindas todavía —dice—. Pero la próxima vez que lo veas, prepárate para enfrentar todo. Las preguntas. El enojo. El dolor. No escapes de nuevo.

—No lo haré.

—Tendrás que ganarte su confianza de nuevo, Olivia —dice en voz baja—. Y eso va a tomar tiempo.

—Lo sé.

Él me mira por un largo momento, luego asiente, lo suficientemente satisfecho para dejar el tema.

Para cuando aterrizamos en New York, el sol ya se está poniendo. Llamo a Meghan para avisarle que ya regresé, y escuchar la voz de Henry de fondo casi me hace desmoronarme otra vez.

Cuando finalmente llego a mi departamento, el agotamiento me golpea como una ola gigante. Dejo caer mi maleta, me quito los zapatos y me quedo de pie en medio de la sala, simplemente respirando.

El silencio de Jake es ensordecedor.

Cada instinto en mí quiere manejar hasta su casa, explicarle, suplicarle... pero no lo hago. Todavía no. Él merece tiempo.

Preparo té. Me siento en el sofá. Espero.

La ciudad zumba afuera, indiferente a mi angustia.

Cuando mi teléfono se ilumina de nuevo, es un mensaje de Max. *Está en casa. No vayas esta noche. Déjame hablar con él primero.*

Escribo y borro tres respuestas diferentes antes de decidirme por: *Está bien. Gracias.*

Luego me acurruco con la manta de Henry que estaba en el sofá, hundo mi cara en el suave algodón y me dejo llorar hasta que no queda nada.

Porque la verdad es que sabía que esto pasaría.

Simplemente nunca imaginé que dolería tanto.

Capítulo 31

Jake

El escocés sabe a arrepentimiento.

Me sirvo otro vaso de todos modos. El segundo, tal vez el tercero, tal vez el quinto; ya perdí la cuenta. El ardor debería hacerme reaccionar, pero no es así. Solo hace que la habitación gire más despacio, con pesadez, como si me moviera a través de jarabe.

El fuego en la chimenea proyecta luz contra las paredes, el dorado se desangra en las sombras. Todo se ve igual, pero nada se siente bien. La ciudad afuera de la ventana de mi penthouse sigue moviéndose —bocinas, sirenas, viento— pero aquí adentro solo somos yo, un vaso y el eco de la voz de Olivia cuando dijo: *Te amo.*

Cierro los ojos con fuerza, pero no desaparece.

Me mintió. Durante cinco años.

Imagino el rostro de Henry; la risa del niño cuando vio los autos en el evento de la F1, la forma en que llamó a Caleb «tío» con ese afecto natural. Todo este tiempo, pensé que yo solo era un hombre más en la vida de su madre, su jefe, su amante, nada más.

Me tiembla la mano. El escocés se derrama sobre mis dedos.

Cinco años. Mi hijo. Mi maldito hijo.

Me levanto demasiado rápido y el vaso choca contra el borde de la mesa de centro mientras se me resbala de la mano. Se hace añicos, esparciendo el líquido ámbar por el suelo de madera. El sonido corta el silencio como un disparo.

Me presiono las palmas de las manos contra la cara. El ruido en mi cabeza no se detiene.

—Cristo bendito.

La voz me hace sobresaltar. Me doy la vuelta y Max está junto a la puerta, con los hombros tensos y la mirada recorriendo el desastre: yo, la botella, el vidrio en el suelo. Se ve agotado.

—Estás bebiendo —dice.

—Sí —respondo secamente—. Buena observación.

—Jake...

—Tengo permitido beber, Max.

—Sabes cómo se ve eso —dice en voz baja—. No puedes lanzar la misma granada que casi me mata a mí.

Eso me golpea duro. La culpa me atraviesa el pecho. Me paso una mano por la cara. —Lo siento —murmuro—. No estaba pensando. Solo necesitaba... —Me callo porque ni siquiera sé qué necesitaba.

Él entra, recoge la botella y la deja en el carrito del bar como si fuera algo venenoso. —Tienes que parar antes de que esto empeore.

—Estoy furioso, Max —digo, y se me quiebra la voz—. Estoy furioso y no sé qué hacer con esto.

—Lo entiendo. Créeme que lo entiendo.

Se acerca, con expresión cautelosa, como si yo fuera un animal al que intenta no asustar. —¿Has estado sentado aquí toda la noche?

—Desde que aterricé.

—¿Y bebiendo todo el tiempo?

—Más o menos.

Él exhala. —Dime qué quieres hacer.

Me río sin humor. —¿Qué quiero? Quiero dejar de ver su cara cada vez que parpadeo. Quiero no saber que tengo un hijo por ahí que es igualito a mí. Quiero no sentirme como el idiota más grande del mundo por haberme enamorado de alguien que ni siquiera pudo decirme la verdad.

—Jake...

—Necesito verla.

Max abre mucho los ojos. —Esa no es una buena idea ahora mismo.

—Necesito hablar con ella.

—Estás borracho.

—Entonces tú maneja.

Me mira fijamente por un largo momento. —Si te llevo, no bebes ni una gota más.

—Bien.

Titubea, luego agarra su abrigo de la silla y me sigue hacia afuera.

El viaje en el elevador se siente eterno. El pulso me retumba en los oídos. Max no deja de mirarme de reojo, probablemente evaluando qué tan volátil estoy. Puedo sentir su preocupación —pesa en el espacio entre nosotros— pero no puedo parar. No puedo quedarme quieto ni un segundo más sabiendo que ella está al otro lado de la ciudad, fingiendo que todo es normal.

No hablamos en el camino.

Cuando se detiene frente a su edificio, veo la luz en la ventana de su departamento. Se me oprime el pecho.

—Jake —dice Max con cuidado, con voz firme pero cansada—, si subes, no hagas algo de lo que te arrepientas. Sé que estás enojado, pero ella no es tu enemiga.

Abro la puerta. —Quédate aquí.

—Jake.

—Quédate —repito, y la cierro de un portazo antes de que pueda discutir.

Subir las escaleras se siente como marchar hacia una ejecución. Cada escalón quema a través de la niebla del alcohol. Para cuando llego a su puerta, mi pulso martillea tan fuerte que duele.

Toco. Fuerte.

Se oye un movimiento adentro y luego se abre la puerta.

Ella está allí descalza, con un suave pijama gris y el cabello recogido en un moño flojo. Tiene los ojos hinchados de tanto llorar. Cuando me ve, se pone pálida.

—Jake —susurra, como si decir mi nombre pudiera calmarme.

El sonido solo retuerce más el cuchillo.

——¿Pensabas decírmelo —digo con voz ronca—, o simplemente ibas a seguir mintiendo para siempre?

Sus labios se separan, temblando. —Por favor, ¿podemos hablar...?

——¿Ah, ahora sí quieres hablar? —Me acerco, y las palabras brotan antes de que pueda detenerlas—. Tuviste cinco años, Olivia. Cinco años de oportunidades. Y no dijiste *nada.*

Las lágrimas ruedan por sus mejillas. —Tenía miedo. No entiendes...

—Tienes razón —la interrumpo con voz tajante—. No entiendo cómo la mujer que pensé que amaba pudo ocultarme a mi propio hijo.

Detrás de mí, la voz de Max llega desde el pasillo. —Jake, vámonos. Este no es el lugar.

Lo ignoro.

Las manos de Olivia se retuercen entre sí. —Por favor, solo déjame explicarte.

—No quiero excusas.

—¡No se trataba de *ti!* —clama—. ¡Se trataba de protegerlo a él!

—¿De mí? —grito, más fuerte de lo que pretendía.

Ella abre la boca, pero no sale ningún sonido.

La puerta del pasillo se abre de golpe y de repente hay más voces: las de Caleb y Meghan. Caleb da un paso al frente primero, con la mandíbula apretada.

—Retrocede, hombre —dice—. Tienes que calmarte de una maldita vez.

——Esto es entre ella y yo —le espeto.

—No cuando mi hermana está llorando —responde Caleb. Se acerca, con los hombros firmes, irradiando una energía protectora en cada centímetro de su cuerpo.

—Jake —dice Meghan suavemente, apareciendo detrás de él—. Por favor. Solo dale espacio. Dale tiempo.

Olivia se ve destrozada. Sus ojos saltan de uno a otro, el pánico va en aumento. —Por favor, Jake. Hablemos. Solo nosotros. Por favor.

No puedo. No puedo mirarla sin ver el rostro de Henry. Sin sentir cada gramo de la traición pesando en mi estómago.

—¿Tienes idea de lo que esto me hizo? —digo con voz trémula—. Miré a ese niño y ni siquiera lo *sabía.* Te pregunté por su padre y me mentiste en la cara.

——¡Porque estaba aterrorizada! —solloza—. Eras mi jefe, Jake. Tenías toda tu vida resuelta y yo era...

—No lo hagas —le advierto—. No pongas esto como si fuera por mí.

Y entonces se escucha otro sonido: una vocecita soñolienta.

—¿Mamá?

Todos nos damos la vuelta.

Henry está de pie en el pasillo, con el pelo alborotado y su pijama de dinosaurios que le queda un poco corto en los tobillos. Nos mira parpadeando, confundido, abrazando un peluche.

—¿Qué está pasando? —pregunta en voz baja.

El aire abandona mis pulmones. No puedo moverme. No puedo respirar.

Se parece tanto a mí que duele físicamente.

Olivia se mueve al instante, arrodillándose frente a él y secándose los ojos. —Hola, cariño. Todo está bien. Regresa adentro, ¿sí?

Él mira de ella hacia mí, confundido. —¿Qué está pasando?

Doy un paso atrás como si me hubieran golpeado.

La voz de Caleb corta el silencio. —Tienes que irte, Jake.

Los ojos de Olivia están muy abiertos, desesperados. —Por favor, no hagas esto. Por favor. Podemos arreglarlo. Solo habla conmigo.

Sacudo la cabeza, sintiendo que se me cierra la garganta. —No hay nada que arreglar.

—Jake...

——Espera noticias de mis abogados —digo con voz gélida a pesar de que mi pecho se fragmenta—. Estás despedida.

La voz de Max de pronto está a mi lado, urgente. —Jake, no hagas esto. No así.

No puedo parar. Me dirijo al elevador, con el eco de mis propias palabras resonando en mis oídos.

—Lárgate —dice Caleb a mis espaldas, con tono tajante—. Ya has hecho suficiente.

No miro atrás.

Las puertas del elevador se cierran y se siente como si cayera una guillotina.

*

El viaje de regreso es en silencio.

Max aprieta el volante, con los nudillos blancos. Puedo sentir cómo arde su desaprobación a mi lado, pero no habla sino hasta que llegamos a la autopista.

—No debiste haberla despedido.

—Ella me mintió.

—También lo hicieron la mitad de los directores cuando ocultaron los números de Londres, pero no les arruinaste la vida.

—Esto no se trata del trabajo.

—Exactamente. Lo que significa que no deberías hacer que se *trate* del trabajo.

Miro por la ventana. Las luces de la ciudad se difuminan contra el vidrio como manchas de color, demasiado brillantes, demasiado lejanas.

—Me ocultó a mi hijo, Max —digo en voz baja—. Me perdí cinco años. Sus primeros pasos. Sus primeras palabras. Cada cumpleaños. Cada maldito momento.

—Lo sé —dice Max suavemente—. Y tienes todo el derecho a estar enojado. Pero ella no es tu enemiga.

No respondo.

Porque en este momento, no sé quién es ella.

Cuando llegamos a mi edificio, Max se mete al garaje pero no apaga el motor. Me mira durante mucho tiempo.

—No estás razonando bien —dice finalmente—. Sube, duerme un poco y no llames a nadie hasta que lo hagas.

Asiento, entumecido.

—Jake.

Lo miro.

Él traga saliva. —Eres mi hermano. Siempre estaré de tu lado. Pero si sigues castigándola solo para aminorar tu dolor, vas a perder mucho más de lo que ya has perdido.

No tengo respuesta para eso.

Cuando bajo del auto, el aire nocturno me golpea como el hielo. Lo respiro, lento y superficial, hasta que la puerta se cierra detrás de mí y Max se aleja manejando.

Adentro, todo vuelve a estar demasiado silencioso.

Suelto las llaves sobre la encimera, dejo mi abrigo en el suelo y mi corazón en algún lugar que no puedo alcanzar.

Su voz resuena en mi cabeza. *Te amo.*

El sonido rompe algo en mí.

Presiono las palmas de las manos contra la pared, con los hombros temblando.

Me han traicionado antes —socios, inversores, personas que buscaban poder—, pero esto se siente diferente. Esto no es sobre negocios. Esto es sobre lo único que nunca pensé que quería hasta que ella me lo dio: una familia.

Y ella me la robó antes de que yo siquiera supiera que existía.

Capítulo 32

Olivia

El mundo sigue moviéndose, pero yo me siento atrapada dentro de un marco.

La ciudad fuera de mi ventana zumba; los cláxones y el parloteo suben desde la calle, mientras la luz del sol se cuela a través de las delgadas cortinas. Pero dentro de este departamento, todo se siente apagado, como si alguien le hubiera bajado el volumen a la vida.

Los crayones de Henry están esparcidos sobre la mesa de centro, su última obra maestra a medio terminar: un auto con alas, un dinosaurio al volante y una versión de nosotros hecha con palitos sonriendo en la esquina. Él tararea suavemente para sí mismo sobre la alfombra, completamente ajeno a lo mucho que lo he arruinado todo.

A lo mucho que he lastimado a su padre.

La palabra todavía me hace estremecer.

Padre.

Jake.

El hombre que amo. El hombre que me miraba como si yo fuera el centro de su universo, que me dijo que se estaba enamorando de mí en un susurro que sonaba a eternidad.

Y yo lo destruí.

*

Estoy sentada en el sofá, todavía en pijama, con el cabello recogido y un café intacto enfriándose en la mesa junto a mí. Mi teléfono descansa al lado, en silencio. Sin mensajes, sin llamadas perdidas. No desde esa noche.

Caleb se fue. Llevó a Henry al parque porque, según dijo: —Necesitas respirar, Liv—. Meghan pasó más temprano con panquecitos y su versión de mejor amiga para el control de daños:

sonrisas suaves, consejos firmes, manos en mis hombros. Pero nada ayuda. Nada puede ayudar.

Porque lo he perdido.

Y lo peor de todo es que entiendo por qué.

Debí haberle dicho la verdad hace cinco años. Cuando lo volví a ver, cuando me di cuenta de quién era mi nuevo jefe, cuando me abrazó y me dijo que me había buscado por todas partes..., debí haber dicho: *Me encontraste. Y ahora hay alguien más aparte de mí.*

Pero el miedo tiene una forma de dejarte paralizada.

Recuerdo tener veintitrés años, estar embarazada, en la quiebra y aterrorizada. Oregon debía ser un nuevo comienzo. Me dije a mí misma que él no necesitaba saberlo, que estaba protegiendo a Henry de un mundo al que yo no pertenecía: un mundo de privilegios y dinero y personas que nunca entenderían lo que significaba luchar.

¿Pero la verdad?

Me estaba protegiendo a mí misma: del rechazo, del juicio y de la mirada que él podría darme si pensaba que lo había atrapado.

Y ahora he perdido la oportunidad de decírselo cara a cara.

Alargo la mano hacia mi computadora portátil, el movimiento es automático. Abro un documento en blanco. Por un momento, solo me quedo mirándolo, parpadeando ante el cursor mientras este parpadea de vuelta, esperando.

Si no responde mis llamadas, tal vez lea mis palabras.

Tal vez lo entienda.

Empiezo a escribir.

Querido Jake:

No sé si leerás esto.

Ni siquiera sé si ya importa, pero tengo que intentarlo.

Cuando te fuiste esa noche, me quedé en el umbral mucho después de que te hubieras ido. Henry me preguntó quién eras. Le dije que eras alguien especial. Él sonrió y yo lloré hasta que no pude respirar más.

Una vez me dijiste que crees más en los hechos que en los sentimientos, así que aquí están los hechos.

Henry es tuyo.

Fue concebido la noche en que nos conocimos, esa noche absurda que empezó con tequila y risas y terminó con pizza. Nunca olvidé la forma en que me besaste bajo la luz de la calle. Nunca olvidé cómo me miraste como si yo fuera algo que valiera la pena desear.

Cuando descubrí que estaba embarazada, intenté encontrarte. Lo único que sabía eran tus iniciales, J.P., y los datos de tu mejor amigo. Intenté comunicarme contigo a través de su asistente, pero nada. No supe de ninguno de los dos por mucho tiempo. Te habías mudado y yo no sabía cómo localizarte.

Y entonces el miedo se apoderó de mí.

Construí una vida para Henry. Trabajé en empleos temporales, ahorré cada centavo y estudié por las noches cuando él dormía. Me dije a mí misma que mantenerlo alejado de tu mundo era lo correcto. Que podía protegerlo del caos, de los titulares, del tipo de personas que querrían una parte de ti por tu apellido.

Pero eso también era una mentira.

La verdad es que te tenía miedo a ti. A lo que pensarías. A lo que perdería si me miraras con decepción en lugar de amor.

Dijiste una vez que no perdonas fácilmente. No espero que lo hagas.

Pero por favor, que sepas que nunca, jamás, hice esto por crueldad.

Lo hice porque era una chica asustada de veintitrés años que no sabía cómo amarte y criar a un hijo al mismo tiempo.

Henry es mi corazón. Cada decisión que he tomado —cada mentira, cada omisión— fue para protegerlo. Pero tal vez protegerlo también significaba negarle a la única persona que lo habría amado con tanta ferocidad como yo.

Lo siento por eso.

Lo siento por todo.

Me dijiste una vez que odiabas a la gente que se rendía. Pero creo que esta vez, tengo que hacerlo.

No puedo volver a entrar en esa oficina y fingir que soy tu asistente. No puedo sentarme frente a ti y fingir que no pasó nada, que no nos desmoronamos.

Así que, adjunto a este correo, encontrarás mi carta de renuncia formal. Y una cosa más: las fotos de Henry de bebé. Su primera sonrisa. Su primer cumpleaños. Su primer día de jardín de niños. Todo lo que te perdiste, pero espero que algún día quieras ver más.

Es divertido, Jake. Es terco y curioso, y hace mil preguntas al día. Le encantan los autos, los dinosaurios y los números, igual que a ti.

Lo amarías.

Espero que algún día quieras hacerlo.

—Olivia

Para cuando termino de leerla, me tiemblan las manos. Imprimo la carta, la deslizo en un sobre y añado las fotografías y mi renuncia firmada.

Cuando lo sello, siento como si estuviera cerrando una puerta.

Es tarde por la tarde cuando conduzco hasta su edificio. La ciudad se siente más nítida, más fría. Me estaciono cerca de la acera y, durante un largo minuto, me quedo allí sentada, apretando el sobre contra mi pecho.

El guardia del vestíbulo me reconoce, pero no dice nada. Solo asiente y acepta el sobre, prometiendo que se lo entregará al Sr. Price personalmente.

Caminar de regreso al auto se siente como moverse bajo el agua.

Cada paso que me aleja de ese edificio se siente más pesado.

*

El día siguiente es lento, pesado, incoloro.

Henry se despierta temprano y se mete en mi cama, todavía tibio por el sueño. Apoya su mejilla en mi brazo y dice: —Mami, ¿podemos hacer panqueques?—.

Parpadeo ante la luz del sol que entra por la ventana. —Sí, mi amor. Podemos hacer panqueques—.

Pasamos la mañana mezclando la masa y derramando la mitad en el mostrador. Él se ríe cuando se le mancha la nariz de harina, y yo también me río, pero suena vacío.

A mediodía, llaman a la puerta.

Es Caleb.

Sostiene un sobre de manila con el sello de Price Capital en la esquina. Su expresión es ilegible.

—Llegó correo para ti —dice en voz baja.

Se lo recibo, y mi pulso se acelera. —Gracias—.

Él me observa por un momento y luego suspira. —Liv... ¿estás segura de que estás bien?—.

Asiento con la cabeza. —Sí—.

Parece que no me cree, pero no insiste. Se da la vuelta para irse, despeinando el cabello de Henry al pasar. —Pórtate bien con tu mamá, campeón—.

—¡Está bien, tío Caleb! —Henry sonríe de oreja a oreja.

Espero hasta que la puerta se cierra antes de sentarme a la mesa y abrir el sobre.

Adentro hay una sola hoja de papel.

Un membrete que reconozco al instante.

Grupo Legal Price & Monroe.

El Sr. Price acusa recibo de su correspondencia. Ha organizado una reunión entre usted y su asesor legal, el Sr. Jacob Monroe, para discutir asuntos relacionados con la custodia y el reconocimiento paterno. La reunión está programada para el viernes a las 10:00 a. m. en la oficina de la firma en Manhattan.

Se me corta la respiración.

Así que esto es todo. La respuesta.

Ni una palabra del propio Jake. Solo esto.

Se siente clínico, estéril; como si toda la calidez que alguna vez existió entre nosotros hubiera sido borrada por completo.

Doblo el papel con cuidado y lo dejo en la mesa. Se me nubla la vista, pero me niego a llorar frente a mi hijo.

—¿Mami?—.

Henry me está mirando desde el suelo, con su dinosaurio apretado en una mano. —¿Estás bien?—.

Fuerzo una sonrisa. —Sí, mi amor. Mami está bien—.

Pero siento un nudo en la garganta.

Porque ¿cómo le explicas a un niño de cinco años que el hombre que lo hace reír, que le despeinó el cabello y lo llamó "campeón",

que estuvo a su lado en una pista de carreras y le dijo que era valiente... podría no querer volver a ver a ninguno de los dos?

Guardo la carta en un cajón y paso el resto de la tarde fingiendo. Fingiendo que somos normales, que mi corazón no se está rompiendo en cámara lenta.

Esa noche, cuando Henry ya duerme, me quedo junto a la ventana mientras la ciudad brilla abajo. Trazo el cristal con la punta del dedo, delineando el horizonte, el río, los lugares que antes se sentían como una posibilidad.

Mi teléfono vibra una vez.

Es un número desconocido.

Lo abro.

Sra. Blake, habla Jacob Monroe. Confirmo nuestra reunión para el viernes por la mañana a las 10:00 a. m.

Ni una mención de Jake. Ni un rastro de calidez.

Solo negocios.

Escribo de vuelta: *Confirmado. Gracias.*

Luego me quedo mirando el mensaje un largo rato antes de dejar el teléfono.

Hay una caja debajo de mi cama llena de pedazos de la vida que construí sin él: ropa de bebé, fotos de ultrasonidos, dibujos que Henry hizo cuando aprendió a sostener un crayón por primera vez. La saco ahora, me siento con las piernas cruzadas en el suelo y la abro.

Adentro hay años de recuerdos que él nunca pudo tocar.

Saco una foto de Henry en su primer día de jardín de niños: sonriendo, con la mochila demasiado grande para sus hombros, sosteniendo un dinosaurio de papel que hizo para la clase.

Tiene la sonrisa de Jake. Los ojos de Jake.

Y en ese momento, sé una cosa con certeza:

No importa lo que pase, lucharé por este niño. Por la vida que he construido. Por el amor que todavía siento, aunque ahora sea unilateral.

Porque el amor, para mí, dejó de ser una opción el día que Jake Price me tocó hace cinco años y lo cambió todo.

Capítulo 33

Jake

—Estás cometiendo un error —dice Max por lo que debe de ser la décima vez.

Está de pie en medio de mi cocina, con el cabello hecho un desastre, vistiendo una de mis viejas sudaderas como si se estuviera preparando para una discusión que ya sabe que va a perder.

—Dije que lo dejes así.

—Jake...

—Max. —Mi tono corta el aire. Dejo mi vaso, el tintineo resuena en el silencioso departamento—. No voy a discutir esto contigo.

Él se cruza de brazos. —Ni siquiera has leído la maldita carta.

Miro de reojo el sobre que está en la mesada, aún sellado, exactamente donde lo tiré hace días. Mi nombre escrito con su caligrafía: prolija, con curvas, un poco nerviosa. De la misma forma en que firma cada reporte, cada mensaje.

No me atrevo a tocarlo.

—Es tu asistente —dice Max despacio, con cuidado, como si intentara no asustarme—. Y es la madre de tu hijo. No puedes ignorar eso.

—También es la mujer que me mintió durante cinco putos años.

Él aprieta la mandíbula. —Tú nunca te rendiste conmigo, ni siquiera cuando estuve en mi peor momento. ¿Entonces por qué diablos se lo haces a ella si la amas?

—Esto es diferente.

—¿En qué?

—En que tú no me ocultaste a un hijo, Max.

Las palabras salen más cortantes de lo que pretendo, pero no me retracto. No puedo. He estado viviendo en este pozo de furia y desamor durante días, y me está devorando vivo.

Él se acerca. —Estaba asustada, hombre. Eso no lo justifica, pero tú más que nadie deberías entender lo que el miedo le hace a la

gente.

—No me importa —respondo bruscamente—. Me reuniré con mi abogado en una hora. Voy a solicitar los derechos de visita para mi hijo. Eso es lo único que importa ahora.

Max niega con la cabeza, disgustado. —Está bien. Pero te arrepentirás de esto. Sabes que lo harás.

No respondo. Porque tal vez tenga razón. Tal vez no. Ya no lo sé.

*

La sala de conferencias de la firma de abogados tiene paredes de vidrio, es estéril y demasiado brillante. El tipo de lugar donde la verdad se siente pequeña.

Llego primero. Mi abogado, Jacob Monroe, ya está allí, con la corbata impecable y una pila de carpetas frente a él. Asiente cuando entro. —Mr. Price.

—Terminemos con esto de una vez.

Él se aclara la garganta. —La otra parte llegará en cualquier momento.

No necesito preguntar de quién se trata.

Unos minutos más tarde, la puerta se abre.

Olivia entra, con su hermano al lado y su abogado detrás. Se ve... más pequeña, de alguna manera. Pálida. Su cabello está recogido en un moño suelto, viste una suave blusa blanca fajada en unos pantalones negros. Profesional. Serena.

Pero sus ojos —esos ojos en los que solía perderme— parecen atormentados.

Caleb me mira como si quisiera lanzarme contra una pared.

—Mr. Price —saluda su abogada con voz cautelosa.

Asiento una vez, pero mi mirada permanece fija en ella.

—Comencemos —dice Monroe, abriendo su carpeta—. Estamos aquí para establecer los parámetros legales respecto al reconocimiento de paternidad y los derechos de visita para el menor, Henry Blake.

Se me oprime el pecho al oír el nombre.

La abogada de Olivia, una mujer de mediana edad con un traje gris, dice algo sobre la custodia, arreglos que prioricen la estabilidad y la verificación pendiente. Apenas la escucho hasta que la palabra *paternidad* corta la niebla.

—Dadas las circunstancias, una prueba formal de paternidad es el procedimiento estándar —está diciendo—. Una vez que tengamos los resultados, podremos...

—No es necesario —interrumpo.

Todos se giran para mirarme.

—Él es mío —digo en voz baja, con firmeza—. No necesito una prueba que me lo diga.

Monroe se ajusta la corbata. —Aun así se recomienda tener documentación legal, Mr. Price.

Hago un gesto con la mano. —Está bien. Lo que necesiten. Solo háganlo.

La conversación continúa a mi alrededor: fechas, firmas, protocolos. Mi mente se distrae con el rostro de Henry. La forma en que me sonrió en el evento de la F1. Cómo me preguntó si me gustaban los dinosaurios.

En ese entonces no tenía idea de que era mío. Mi hijo.

Cada palabra que Olivia pronuncia se siente como si un fantasma me tocara. Está callada, respondiendo preguntas solo cuando se lo piden. Noto la forma en que retuerce sus dedos en el regazo, el leve temblor en su mano cuando firma su nombre.

Finalmente, cuando todo termina, ella se levanta. Yo también.

Caleb rodea los hombros de ella con su brazo de forma protectora.

Ella me mira con los ojos empañados. —Lo siento, Jake —susurra —. Y te amo.

Las palabras me golpean como un martillo.

—No te creo —le digo.

Ella contiene el aliento.

Doy media vuelta y salgo antes de verla llorar.

*

La carta me está esperando cuando llego a casa.

Primero me sirvo un trago: algo fuerte, ámbar, lo suficientemente caro para que queme al bajar. Luego me siento en la mesada y finalmente rompo el sello.

Sus palabras se extienden por la página, prolijas y cuidadosas. Leo cada línea. Cada disculpa. Cada razón.

Me cuenta sobre el miedo. Sobre Oregón. Sobre tener veintitrés años y estar sola. Sobre Henry.

Sobre mí.

Para cuando llego al final, las palabras se vuelven borrosas.

Lo amarías.

Suelto la carta y presiono la palma de las manos contra mis ojos, pero eso no detiene el dolor en mi pecho.

—¿Cómo pudo pensar que no lo amaría?

—¿Cómo pudo pensar que no la elegiría a ella?

Termino la botella antes de darme cuenta de que estoy borracho. La habitación da vueltas, los bordes se suavizan. Estoy enojado de nuevo: enojado con ella, conmigo mismo, con cada maldita decisión que nos trajo hasta aquí.

Cuando Max llama a la puerta, casi no abro.

Me mira una sola vez y suspira. —Estás acabado.

—Estoy bien.

—No lo estás. Y te dije que esto pasaría.

—No necesito un sermón.

—¿Entonces qué necesitas, Jake? —Su voz se quiebra—. Te ves fatal. ¿Crees que beber hasta la inconsciencia arreglará esto?

—Solo necesito...

Suena mi teléfono.

Frunzo el ceño y lo agarro de la mesada. El nombre de Caleb parpadea en la pantalla.

Respondo. —¿Qué?

Hay gritos de fondo, el sonido de gente moviéndose rápido, sirenas.

—Jake... Dios... —La voz de Caleb es áspera, agitada—. Son Olivia y Henry.

Se me cae el alma a los pies. —¿Qué pasó?

—Ellos... iban por la carretera saliendo de la ciudad. Hubo un accidente. El auto volcó.

El mundo se inclina.

—¿Dónde están? —exijo.

—En el St. Vincent's. Ya estoy aquí. Ella... ella estaba entrando en pánico, Jake. Pensó que ibas a quitárselo. Estaba huyendo.

—Mierda.

—Sí —escupe Caleb—. Esto es culpa tuya, hombre. Todo.

Cuelga antes de que pueda responder.

Me quedo allí un largo segundo, mirando el teléfono, con el latido de mi corazón retumbando en mis oídos. Luego agarro mis llaves.

Max me sujeta del brazo. —Tú no vas a manejar.

—Tengo que irme.

—Estás borracho.

—No me importa.

Él maldice entre dientes y agarra su chaqueta. —Está bien. Yo manejo.

*

El hospital es un caos.

Luces fluorescentes. El olor a antiséptico. El sonido de alguien llorando al final del pasillo.

Diviso a Caleb cerca de la estación de enfermeras. Sus manos están cubiertas de la sangre de alguien más; de ella, me doy cuenta.

Se gira cuando me ve, con la furia reflejada en todo su rostro.

—Esto es tu puta culpa —dice, con voz baja y temblorosa—. Estaba aterrorizada, Jake. Tú la empujaste a esto.

—¿Dónde está ella?

—En urgencias. Le están haciendo estudios.

—¿Y Henry?

—En observación. Conmoción cerebral leve. Muerto de miedo.

Paso a su lado, cruzo las puertas corredizas y entro en el frío resplandor de la sala de emergencias.

Ella está allí.

Acostada en una cama de hospital, pálida contra las sábanas blancas, con una venda en la frente. Una vía intravenosa entra en su brazo. Las máquinas emiten pitidos suaves a su lado.

Su pecho sube y baja, con una respiración superficial pero constante.

Por un momento, no puedo moverme. Solo me quedo ahí, mirando.

La mano de Max se posa en mi hombro. —Está viva —dice en voz baja—. Eso es lo que importa.

Asiento, pero no me parece suficiente.

Porque esto... este es el costo de mi ira.

Me acerco paso a paso, lento, con miedo de tocarla.

Su cabello está enredado. Tiene un moretón a lo largo de la mandíbula. Pero incluso así —rota, magullada— sigue siendo lo más hermoso que he visto en mi vida.

—Liv —susurro.

No hay respuesta.

Su mano está fría cuando la tomo, sus dedos están inertes entre los míos.

Bajo la cabeza, con los ojos ardiendo.

—Lo siento —digo, y las palabras apenas logran salir—. Dios, cuánto lo siento.

Detrás de mí, escucho a Max murmurarle algo a Caleb; sus voces se desvanecen mientras salen para darme espacio.

Ahora solo estamos ella y yo.

Y el peso aplastante de todo lo que he hecho.

Me siento al lado de su cama, aún sosteniendo su mano. Entonces me permito llorar.

*

Pasan horas antes de que finalmente salga, con el sol bajo en el cielo, pintando la ciudad de dorado.

Max está apoyado contra el capó del auto, con los brazos cruzados.

—Está estable —le digo.

Él asiente. —Bien.

Me paso una mano por la cara. —Es mi hijo.

—Sí.

—Casi los pierdo a ambos esta noche.

—Sí.

Miro hacia el cielo y trago saliva con dificultad. —Ya no puedo hacer esto a medias, Max. No puedo seguir dejando que el orgullo tome mis decisiones.

Él me dedica una pequeña y cansada sonrisa. —Entonces no lo hagas.

Me quedo mirando las puertas del hospital, con el tenue reflejo de mi rostro en el cristal.

—Mañana —digo en voz baja—. Cuando despierte, se lo diré todo. Que quiero estar ahí. Por ella. Por él. Que haré lo que sea necesario para arreglar esto.

Max asiente. —Bien. Porque necesitas empezar a ser el hombre que se merecen.

Exhalo un suspiro largo y tembloroso.

—Tengo la intención de serlo.

*

Los hospitales tienen una forma de encoger el tiempo. Las horas se deslizan en un bucle infinito de pasos, actualizaciones susurradas y café que sabe a arrepentimiento.

Es casi el amanecer cuando la enfermera me dice que ella está lo suficientemente estable como para salir de observación. He estado sentado en la sala de espera por lo que parece una eternidad, con las manos entrelazadas, la cabeza gacha y cada nervio demasiado tenso.

Max regresa con dos cafés y ojeras profundas. —¿Quieres azúcar en esto?

Niego con la cabeza. —No.

Me lo entrega de todos modos. —Toma. Parece que te pasó un camión por encima.

—Me siento peor.

Él no insiste. Solo se deja caer en la silla a mi lado, apoyando los codos en las rodillas. —Están dejando entrar a la familia ahora —dice en voz baja.

La palabra *familia* se me queda atorada en el pecho.

Me pongo de pie. Siento las piernas inestables, como si no fueran mías. —Primero Henry —digo.

Él asiente. —Habitación 214.

El ala pediátrica huele ligeramente a plástico y menta. Me detengo frente a la puerta, con la mano suspendida sobre la manija. Mi hijo está al otro lado de esta puerta. El niño con el que me he cruzado sin saberlo en los pasillos, con el que he bromeado, al que he protegido y del que nunca me di cuenta de que era mío.

La abro.

Henry está sentado en la cama, con un vendaje en el empeine, y un canal de dibujos animados se reproduce silenciosamente en el televisor empotrado. Cuando mira hacia aquí y me ve, su rostro se ilumina.

—¡Jake!

Esa sola palabra me conmueve profundamente.

Entro y me cuesta todo lo que tengo no desmoronarme. —Hola, amiguito.

Él sonríe de oreja a oreja. —Mamá dijo que podrías venir.

—¿Ella te lo dijo? —mi voz suena extraña incluso para mí.

Él asiente, balanceando las piernas. —Sí. Dijo que eres mi dad.

El aire abandona mis pulmones. Me siento en la silla al lado de su cama, con los codos apoyados en las rodillas. —¿Dijo eso?

—Ajá. Aunque ya lo había adivinado un poco.

Parpadeo. —¿Ah, sí?

—Bueno, ambos ponen la misma cara cuando están pensando —dice, como si fuera lo más obvio del mundo—. Y mamá siempre habla de ti. No como de las otras personas. Dice que eres inteligente, divertido y mandón, pero de forma amable. Así que... sí.

Me arde la garganta. Me aclaro la voz, intentando hablar y fallando.

Henry frunce el ceño. —¿Estás enojado?

—No —logro decir—. Dios, no. Solo estoy... —me detengo—. Me alegra que estés bien.

Él se encoge de hombros, jugueteando con la sábana. —Lo del auto dio miedo. Pero dijeron que mamá también estará bien.

—Lo estará.

Él me estudia por un momento, serio de una manera en la que ningún niño debería tener que serlo. —Me alegra que seas mi dad —dice suavemente—. Siempre me pregunté cómo sería conocerlo. Y eres tú. Eso es genial.

Me toma todo de mí no perder los estribos justo ahí.

Busco su mano, pequeña, cálida y pegajosa por el jugo en la bandeja. —También es genial para mí —digo en voz baja—. No tienes idea.

Su sonrisa regresa, amplia y sincera. —Mamá dijo que dirías algo así.

Me río, pero suena tembloroso. —Sí, bueno. Ella me conoce.

Llaman a la puerta. Entra Caleb, seguido por Meghan y Max.

La mirada de Caleb pasa de mí a Henry, y luego vuelve a mí. —¿Estás bien, pequeño?

Henry asiente. —¿Puedo comer panqueques cuando volvamos a casa?

—Claro que sí —dice Caleb, suavizando la voz.

Cuando Henry vuelve la vista al televisor, Caleb me mira. —Está despierta. El médico dice que la pasarán a recuperación en una hora.

—Gracias a Dios —susurro.

Él se cruza de brazos, con esa postura protectora de hermano mayor de nuevo a pleno. —Usted y yo tenemos que hablar.

Asiento. —Sí. Tenemos que hacerlo.

Salimos al pasillo, dejando a Meghan y a Max con Henry.

El corredor está silencioso, solo se escucha el zumbido bajo de las máquinas y los pasos de las enfermeras.

Caleb se apoya contra la pared, con la mandíbula tensa. —Todavía estoy enojado —dice—. La asustó de muerte.

—Lo sé.

—Pero... también vi cómo se veía cuando llegó. Y me doy cuenta de que le importa. Así que vamos a resolver esto como adultos, no como enemigos.

Exhalo. —Eso es todo lo que quiero.

Él me examina por un largo momento. —Henry es mi sobrino. Olivia es mi hermana. Necesito saber que no va a hacer esto más difícil de lo necesario.

—No lo haré —le digo con sinceridad—. Solo quiero estar presente. Para ambos.

Él asiente lentamente. —Bien. Porque ese niño lo adora. Y por mucho que me cueste admitirlo, se merece tenerlo cerca.

Tengo un nudo en la garganta que no puedo tragar. —Gracias.

Meghan se une a nosotros unos minutos después, con el cabello recogido y una manta del hospital sobre sus hombros como una capa. —¿Ya terminaron de gruñirse el uno al otro?

Caleb frunce el ceño. —No estábamos gruñendo.

Ella le lanza una mirada. —Claro. —Luego a mí, más suave—: No dejes que la culpa te coma vivo, Jake. Ambos cometieron errores. Pero ella te ama. Incluso después de todo.

Mi voz es baja. —No sé si me merezco eso.

—Tal vez no —dice ella con gentileza—. Pero ella se merece a alguien que lo intente de todos modos.

Asiento, mirando el suelo de linóleo. —Eso planeo hacer.

*

Más tarde, encuentro a Max junto a las máquinas expendedoras, metiendo billetes arrugados en la ranura.

—¿Caleb ya te dio permiso? —pregunta sin darse la vuelta.

—Algo así.

Presiona el botón para los pretzels. —Parece que envejeciste diez años.

—Así me siento también.

Agarra la bolsa y se vuelve hacia mí, con una expresión más suave. —¿Estás bien?

Suelto un suspiro. —No. Pero lo estaré.

Él asiente. —Eso es suficiente por ahora.

—Necesito tu ayuda —digo.

—Siempre.

—No puedo arruinar esto otra vez, Max. Ni con ella, ni con Henry. Necesito arreglar esto. Adecuadamente. Con cuidado.

Él me estudia y luego asiente una vez. —Entonces lo haremos juntos.

Me froto la cara con una mano. —¿Cómo es que sigues de pie? Has estado despierto casi tanto tiempo como yo.

Esboza una leve mueca. —Adrenalina. Y cafeína. Y el hecho de que la vida entera de mi mejor amigo acaba de explotar.

Logro una risa débil. —Pero no deberías estar aquí. Los hospitales y el estrés no son exactamente buenos para ti.

Él se encoge de hombros. —Mientras ella esté bien, todo estará bien. Olvidas que yo he estado donde ella está: aterrorizado, acorralado, tomando malas decisiones porque pensaba que eran las únicas que me quedaban. Lo entiendo.

Lo miro de reojo. —Sí. Sé que lo entiendes.

Me da una palmadita en el hombro. —¿Y ahora qué?

Vuelvo a mirar hacia el pasillo donde están Olivia y Henry. —Ahora me aseguro de que ambos sepan que no me voy a ningún lado.

*

Nos dejan entrar en su habitación esa noche.

Esta vez está despierta, sentada, con una vía intravenosa todavía conectada a su brazo. Se ve agotada, frágil, pero viva.

Su mirada me encuentra al instante. Hay miedo allí, y vergüenza, pero también algo más; algo que se siente peligrosamente como esperanza.

Henry está a su lado, parloteando sobre los panqueques que Caleb le prometió. Mira entre nosotros, sonriendo. —Mamá dijo que hoy puedo elegir la película.

—Por supuesto que sí —dice Olivia suavemente, acariciando su cabello.

Él me mira. —Tú también puedes verla, ¿verdad?

La pregunta es inocente, pero rompe algo dentro de mí.

Encuentro los ojos de Olivia. Por primera vez en semanas, ella no desvía la mirada.

—Aquí estaré —le digo.

Sus ojos brillan, y una sola lágrima se desliza por su mejilla. No intenta quitársela.

Me siento en la silla al lado de su cama y, por un momento, nadie dice nada. El aire se siente pesado pero lleno de algo nuevo; frágil, tal vez, pero real.

Esto es lo que casi perdí. Lo que casi destruí con orgullo e ira.

Mi familia.

Y esta vez, no voy a alejarme.

Capítulo 34

Olivia

Los hospitales siempre huelen igual. Estéril. Pesado. Una mezcla de cloro, aire reciclado y agotamiento. Pero esta noche huele ligeramente a café —el café de Jake— porque trajo tres tazas del pequeño local a la vuelta de la esquina. La mía se está enfriando en la mesa junto a mi cama. No la he tocado, pero el solo olor es reconfortante.

Han pasado dos días desde el accidente. Dos días desde que todo se desmoronó y, de alguna manera, empezó a acomodarse de nuevo.

Henry está bien. Los doctores dijeron que la conmoción fue leve, que solo necesita descansar. Está al otro lado del pasillo ahora, durmiendo, con un libro para colorear abierto junto a su cama. Caleb está dormido en la silla a su lado, con la cabeza de Meghan apoyada en su hombro. Max se fue a buscar más comida hace una hora, aunque sospecho que en realidad está afuera haciendo llamadas. Se ha estado haciendo cargo de la carga de trabajo de Jake para que Jake pueda quedarse aquí con nosotros.

Jake.

Está sentado a los pies de mi cama, con la corbata floja y las mangas arremangadas hasta los codos. Sus ojos están cansados, pero ahora están limpios. No son la tormenta que eran cuando se marchó hace semanas.

Levanta la vista cuando me muevo. — ¿Necesitas algo?

—Agua está bien —digo.

Sirve un poco de la jarra que está sobre la mesa, me la pasa y, por un momento, nuestros dedos se tocan. No sé si es la medicina o simplemente todo lo que ha pasado, pero podría llorar de nuevo solo por eso.

—¿Henry está dormido? —pregunta.

—Sí. Por fin.

Él asiente. —Quería que me quedara en la habitación. Le dije que primero vendría a ver cómo estabas tú.

—Gracias —susurro.

Él me observa con la mirada suave. —No me des las gracias. Debería haber estado ahí mucho antes de todo esto.

Niego con la cabeza, intentando estabilizar mi voz. —Ambos cometimos errores, Jake. Yo oculté algo que no debí. Tú dijiste cosas que no sentías. Pero Henry... —trago saliva—. Él es lo mejor que me ha pasado en la vida. Y tenía tanto miedo de perderlo que no podía ver lo que te estaba haciendo a ti.

Él se inclina hacia adelante, con los codos en las rodillas. —Cuando Claire me lo contó, sentí como si el suelo desapareciera bajo mis pies. No por la mentira —aunque sí, eso me destrozó—, sino porque me di cuenta de cuánto tiempo había perdido. Cinco años sin conocer a mi propio hijo.

No puedo sostenerle la mirada. —Lo sé.

—Pero luego lo vi en esa cama de hospital, me sonrió y me di cuenta de que... todavía tengo tiempo —dice en voz baja—. No puedo recuperar lo que se fue, pero puedo elegir lo que viene después.

Me arde la garganta. — ¿Qué quieres que venga después?

Él sonríe apenas, una sonrisa pequeña, cansada y desgarradoramente real. —Quiero despertarme con ustedes dos discutiendo por las marcas de cereales. Quiero sentarme en las gradas mientras él juega fútbol o ajedrez o lo que sea que termine amando. Quiero volver a casa contigo.

Las lágrimas que he estado conteniendo finalmente se desbordan. — ¿Aún quieres eso? ¿Después de todo?

—Sí —dice simplemente—. Porque te amo. Y porque ustedes dos son mi familia. Sea fácil o no.

Me cubro la boca, temblando. —Jake...

Él se levanta y se acerca, arrodillándose junto a la cama y tomando mis manos con cuidado entre las suyas. —Debería haber leído tu carta antes —murmura—. Estaba enojado. Pensé que sería más fácil simplemente seguir enojado. Pero no lo fue. Fue un infierno.

—¿Qué cambió?

—Max. —Suelta una risa corta—. Me dijo que estaba cometiendo el mismo error del que te acusé a ti: huir de lo que me asustaba. Y luego llamó Caleb. Me dijo que dejara de ser un cobarde.

Me río entre lágrimas. —Eso suena propio de él.

Jake sonríe. —Es un buen hermano.

—Él ama a Henry —susurro—. Siempre ha estado ahí para nosotros.

—Lo sé. Él no es el enemigo.

—No. No lo es.

Por un rato nos sentamos en silencio, con el pitido constante de un monitor llenando los huecos entre las palabras.

Luego dice en voz baja: — ¿Se lo dijiste a Henry?

Asiento. —La noche antes de irnos a Oregon. Ya no podía ocultarlo más. Había empezado a hacer preguntas que no podía responder sin mentir.

—¿Y él está bien?

Sonrío débilmente. —Dijo que se alegra de que seas tú. Dijo que tengo buen gusto.

Jake se ríe, dejando caer la cabeza contra el colchón. —Tiene razón.

Acaricio su cabello con los dedos, ese contacto tan simple que extrañé tanto. —Quiere verte mañana por la mañana.

—Ahí estaré.

—Lo sé.

*

Para la tarde siguiente, nos dan el alta. Henry insiste en salir caminando por su cuenta, con una mano en la mía y la otra en la de Jake. Caleb lleva su maleta y Meghan hace malabares con las flores y las tarjetas. Max maneja.

Se siente casi normal.

Pasamos primero por mi departamento. El que está junto al de Caleb. Todavía huele a la vela de vainilla que Henry insistía en que encendiéramos todas las noches antes de dormir.

Jake se queda unos instantes junto al umbral. — ¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

Él deja la mochila de Henry y mira a su alrededor: las fotos enmarcadas, el set de Lego a medio armar sobre la mesa, los artículos de arte que Henry esparció por el mostrador.

—Tú construiste todo esto —dice suavemente.

—Sí. Pieza por pieza.

Él asiente. —Es un buen hogar.

—Gracias.

Max deja las llaves sobre la mesa. —Ya me voy —dice—. El doctor quiere que descanse.

—¿Estás seguro? —pregunta Jake.

Max sonríe. —Estoy sobrio, estoy bien y mañana por la mañana tengo sesión de terapia. Ve con tu familia, hermano.

Jake lo atrae para un abrazo rápido. —Gracias. Por todo.

Max se encoge de hombros. —Ni lo menciones. Solo... no lo arruines esta vez.

Jake sonríe con suficiencia. —Intento no hacerlo.

Cuando se cierra la puerta, todo vuelve a quedar en silencio.

Henry ya se ha acurrucado en el sillón con su manta, con los dibujos animados a bajo volumen. Caleb y Meghan se despidieron hace diez minutos.

Jake se vuelve hacia mí. —Está profundamente dormido.

Asiento. —Fue un día largo.

Él se acerca, metiendo las manos en los bolsillos. —Tú también deberías dormir.

—Lo haré.

Él vacila. — ¿Quieres que me quede?

La pregunta queda suspendida en el aire entre nosotros.

Asiento lentamente. —Sí. Quiero.

Él cruza la corta distancia que nos separa, tomando mi rostro entre sus manos y apoyando su frente contra la mía. —No más secretos —murmura.

—No más secretos —le devuelvo el susurro.

El beso es suave y pausado, nada parecido a los roces frenéticos que solíamos robarnos. Es un regreso al hogar. Un perdón.

Cuando nos separamos, no puedo evitar sonreír. —Sabes, se suponía que te contaría todo antes de Singapur. Aquella noche en el hotel, iba a decírtelo.

Él desliza su pulgar por mi mejilla. —Lo sé. Pero tal vez sucedió como tenía que suceder.

—Tal vez.

Mira hacia donde está Henry, durmiendo pacíficamente. —Es perfecto.

—Realmente lo es.

Jake exhala. —Todavía no puedo creer que sea mío.

—Deberías haberlo visto de bebé —digo suavemente, riendo con un nudo en la garganta—. Tenía tu cabello, tu cara seria, ese mismo pequeño pliegue entre las cejas cuando intentaba entender cómo funcionaban sus juguetes.

Él se ríe en voz baja. —Suena a mí.

—*Eres* tú.

Él me estrecha entre sus brazos. Siento que la tensión finalmente se derrite de mi cuerpo. No es perfecto, no es simple, pero es nuestro.

*

Unas semanas más tarde, las cosas empiezan a sentirse normales otra vez.

La franquicia de café de Max consigue su primer inversor. Caleb ayuda a Henry a armar un go-kart en el garaje. Meghan planea una noche de juegos todos los viernes. Jake reparte su tiempo entre su oficina y el hogar —*nuestro* hogar.

Insiste en preparar el desayuno todos los domingos, aunque quema las tostadas la mitad de las veces.

A veces lo sorprendo mirando a Henry como si todavía intentara creérselo. A veces lo sorprendo mirándome a mí como si ya lo hiciera.

Una noche, después de que Henry se ha ido a dormir, encuentro a Jake en la cocina, con la laptop abierta y las hojas de cálculo brillando en la pantalla.

—¿Sigues trabajando? —pregunto.

Él sonríe, cansado pero feliz. —Solo termino algunos números para el trato de Singapur. No puedo creer que se concretara.

—Eres brillante. Por supuesto que se concretó.

—¿Qué te parecería volver a la compañía? ¿Trabajando como analista de datos para todas mis empresas?

Mi corazón late tan rápido que casi siento que me desmayo. —¿De verdad?

—Sí, *cariño.*

—Sí. Creo que me encantaría.

Él se reclina, sentándome en su regazo. —Sabes, antes pensaba que el éxito significaba el próximo negocio, el próximo gran nombre en mi currículum.

—¿Y ahora?

Me besa el hombro. —Ahora se parece mucho a esto. Tú, yo y un niño durmiendo al final del pasillo.

Me río suavemente, delineando su mandíbula. —Esa parece una muy buena definición.

—Es la única que tiene sentido ya.

Me da un beso en la sien, con voz baja. —Te amo, Olivia.

Sonrío contra su piel. —Yo también te amo.

Afuera, la ciudad zumba: constante, viva, llena de luz. El tipo de sonido que se siente como una posibilidad.

Y por primera vez en años, no siento que esté huyendo.

Estoy en casa.

Epílogo

Jake

La casa está en silencio de esa forma inusual y dorada que solo ocurre las mañanas de domingo.

Esa clase de silencio lleno de vida: el zumbido de la cafetera, el suave golpe de unos pies pequeños en algún lugar del piso de arriba, la risita apagada que siempre delata a Henry antes de que salte los últimos tres escalones.

—¡Buen día, papá! —grita mientras entra derrapando en la cocina, con los calcetines resbalando sobre la madera—. Está más alto ahora —doce años que parecen treinta—, pero sigue teniendo la misma sonrisa salvaje. Los mismos ojos que me desarman cada vez.

—Buen día, campeón —le digo, dando vuelta a los pancakes como a él le gustan—. ¿Tu mamá sigue dormida?

—Dijo que está «descansando los ojos» —dice él, haciendo las comillas en el aire con los dedos—. Lo que significa que no.

Me río. —Ve a despertarla de todos modos. Dile que el desayuno está listo.

Él sonríe y sale disparado hacia arriba, gritando su nombre lo suficientemente fuerte como para despertar a todo el vecindario.

Me apoyo en la encimera, bebo un sorbo de café y miro a mi alrededor. Las fotos enmarcadas de nuestra boda. Los títulos que Olivia obtuvo, que ahora cuelgan en el pasillo. La pila desordenada de proyectos escolares de Henry. La vida que construimos: imperfecta, hermosa, real.

Han pasado ocho años desde aquella noche en Singapur. Ocho años desde que pensé que había perdido todo lo que importaba. Ahora, cada mañana, me despierto a su lado y todavía no puedo creer que pueda conservarla.

La compañía de café de Max es un éxito; lleva cinco años sobrio y acaba de comprar una casa en Vermont con su prometida. Caleb y

Meghan tienen gemelos ahora; son el caos encarnado, pero un buen caos.

Y Henry...

Dios, Henry es la mejor parte de mí que nunca supe que necesitaba.

Todavía ama los autos, todavía construye cosas, todavía me llama *papá* como si lo hubiera sabido toda su vida. Tal vez así ha sido.

Escucho la risa de Olivia antes de verla. Esa misma risa fácil y sincera que me cautivó la primera vez. Lleva puesta una de mis camisas, con el cabello todavía revuelto por el sueño y los ojos tiernos cuando me sorprende mirándola.

—¿Qué? —pregunta ella, sonriendo.

—Nada —respondo, aunque lo es todo—. Es solo que... todavía no puedo creer que estés aquí.

Se acerca por detrás, me rodea la cintura con los brazos y apoya la barbilla en mi hombro. —Lo decís todas las mañanas.

—Y voy a seguir diciéndolo —susurro, dándome vuelta para besarla.

Henry se queja detrás de nosotros. —¡Qué asco!

Ambos nos reímos.

Lo sujeto por el cuello en broma, le revuelvo el cabello y él se zafa, fingiendo fruncir el ceño. —Ustedes dos son tan raros.

—Sí —digo, viéndolo devorar los pancakes—. Pero somos felices.

Olivia me aprieta la mano por debajo de la mesa y sé que está pensando lo mismo que yo: lo lejos que hemos llegado, cuánto hemos aprendido sobre el perdón, el amor y la valentía que se necesita para construir algo duradero.

Afuera, el sol de la mañana inunda la ventana de la cocina, volviéndolo todo dorado.

Y me doy cuenta de que, por primera vez en mi vida, no quiero nada más que esto.

Solo nosotros.

FIN